26. cms.
R-73.606
BIBLIOTECA · Granada · DE ANDALUCIA
ANT
XIX
963

JUAN,

HERMANO

DE LOS POBRES.

NOVELA ORIGINAL

DE LA

SEÑORA DOÑA ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA:

IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJOS DE ZAMORA.

Montereria, núm. 3.

A. M.

JUAN, HERMANO DE LOS POBRES,

NOVELA ORIGINAL

DE LA SEÑORA DOÑA ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.



GRANADA.—1871.

Á LOS SEÑORES

DOÑA MARIANA MARTINEZ TELLO DE TOLEDO,

Y

DON JOSÉ TOLEDO Y MUÑOZ.

La misericordia para nuestros semejantes, la compasion hácia nuestros hermanos necesitados, es un sentimiento innato y celestial que Dios puso en el corazon del hombre al colocarle en el camino de la vida; es un lazo que liga al pobre con el rico desde el principio de los siglos, acortando visiblemente la distancia que les separa.

Como prueba de esta verdad, quiero juntar en el presente libro dos nombres, que son el símbolo de esta virtud predilecta de Dios.

Uno que repiten los ángeles en el cielo; otro que bendicen los pobres en Granada.

Este último es el de ustedes: de ustedes, que derraman sus bienes á manos llenas para socorrer al necesitado.

Nada vale mi humilde libro; sin embargo, yo se lo dedico, porque entre sus hojas hallarán un eco de los sentimientos que les animan.

Acéptenle ustedes con indulgencia, pensando, que cualquier defecto que hallen en él, es hijo de mi poco génio, y cualquier flor que encuentren en sus páginas, ha brotado al riego de las lágrimas de gratitud que arrancan sus beneficios.

La Autora.

INTRODUCCION.

La caridad es una emanacion divina del amor infinito de Dios.

Hermana cariñosa de la fé; compañera inseparable de la esperanza, señala su paso por los beneficios que derrama, y borda de perlas su blanca vestidura con las lágrimas que su mano enjuga.

La fé es una luz clara y segura que no agitan los huracanes de la vida, y que alumbra la senda del cielo: es una llama á cuyo inmutable calor se templa el alma de los héroes.

La esperanza es una flor sagrada que brotó en la cima del Calvario, sembrada con una gota de la sangre de un Dios, y regada con las lágrimas de una Vírgen madre.

Pero si la fé hace á los mártires, si la esperanza alienta á los justos, la caridad, asentándose en el alma como en su propia y única morada, forma con su aliento los ángeles, y convierte á los hombres en hermanos.

La fé subyuga nuestro pensamiento, domina nuestra razon, y se alza poderosa sobre nuestra inclinada frente.

La esperanza nos dá el anticipado goce de las dichas que aun no poseemos, y es como un dulce y constante rocío que refresca y vivifica la incolora flor del humano espíritu.

Pero la caridad late en nuestro seno, brilla en nuestras lágrimas, se identifica en nosotros mismos, y no es una virtud que adquirimos, es un sentimiento innato en nuestro propio corazon: es el reflejo del amor de Dios que traemos impreso en el alma, cuando esta desciende del cielo á morar por un tiempo indeterminado en la cárcel de nuestro pecho.

La caridad, pues, la caridad cristiana es el primero de los dones

celestes, porque tuvo su orígen, no en los arcanos de la mente de un Dios Eterno, sino en los misterios del corazon de un padre Dios.

Por eso embellece cuanto toca: por eso es la palanca poderosa que conmueve la sociedad al soplo de un suspiro, al impulso de una gota de llanto.

Por eso es la mano ignorada que liga todos los séres: el hilo eléctrico que trasmite los mas ocultos dolores de corazon á corazon: el nivel invisible que iguala al pobre con el rico, cambiando los tesoros de la compasion, por los tesoros inapreciables de la gratitud.

Dichosos ¡ay! los que reciben del cielo los dones de la fortuna y los dones del corazon. Ellos pueden trocar el mal en bien, los lamentos en bendiciones; ellos pueden cubrir las carnes del desnudo, mitigar el afan del hambriento, consolar á la viuda, y amparar al huérfano.

A ellos les es dado ser una segunda providencia de los desgraciados, y decir á imitacion del Salvador del mundo: «Venid á mí todos los que sufrís, que yo os ayudaré, y mitigaré vuestros pesares.»

Los frívolos placeres del orgullo, las necias satisfacciones de la vanidad y de la ostentacion, los goces todos de la tierra, dejan al gustarlos un sabor amargo en el alma, y un imperceptible rastro de tristeza en el fondo del corazon.

Pero la dicha que ofrece una mirada de gratitud, la bendicion de un alma consolada por nosotros, ó la conviccion de que hemos hecho una buena accion, no se borra jamás de nuestro pecho, llenándolo sin cesar de dulces y puras alegrías, á manera que una humilde violeta embalsama el ambiente en torno con el aroma que despide.

Felices, pues, felices los que sienten arder en su alma la llama sagrada de la caridad celestial, pues iluminados por ella, caminarán por el mundo con planta firme y segura, trocando en rosas las espinas, y llevando sobre su frente las bendiciones de los hombres y la bendicion de Dios.

CAPÍTULO I.

Las sombras, estendiéndose por el cielo, luchaban con los postreros reflejos de los rayos de un sol de Enero, pálido y casi sin fulgor.

El frio que era intenso y cruel, se dejaba sentir con más fuerza en la miserable y desmantelada alcoba de una pobre casa, situada en uno de los barrios más solos y retirados de la recien cristiana entonces, y siempre bella Granada.

La noche, que avanzaba rápidamente, se habia posesionado ya de aquella pobre habitacion, cuyas ventanas caian á una estrecha y húmeda calleja, solitaria y abandonada á la sazon.

Á pesar, sin embargo de la creciente oscuridad, podíase divisar en uno de sus rincones un lecho ocupado sin duda por una persona que sufria, á juzgar por los gemidos inarticulados que partian de allí á cada instante.

Junto á aquella cama, y envuelta tambien entre la sombra, una mujer oculta la frente entre las manos, lloraba silenciosamente, mientras una niña de tres á cuatro años dormitaba á sus piés, tiritando de frio, y medio cubierta con las pobres ropas de su madre.

Nada interrumpia el lúgubre silencio que reinaba en aquella estancia, pues los que la ocupaban estaban absortos, ella en su duelo, él en los dolores que padecia, y la tierna niña en su inocente y tranquilo sueño.

No sucedia otro tanto en la pieza superior á la triste alcoba, pues en el sombrío silencio que reinaba en ella, podia escucharse el monótono son de una guitarra tocada por una mano vigorosa y ligera, y entre miles cantos destemplados y roncos, el eco de alguna interjeccion, poco edificante por cierto.

A más de esto, el ruido de muchas pisadas, tan desiguales y fuertes, que hacian retemblar las puertas y crujir el techo, daba á conocer que los que habitaban el piso alto, bailaban alegremente, sin cuidarse para nada de la desgracia de sus vecinos.

Estos acaso no sentian aquel bullicio, ó al menos no parecian estrañarlo; sin duda estaban muy acostumbrados á él.

De pronto las ropas del lecho se agitaron, un suspiro turbó la calma de aquella morada, y con acento lento y cansado,

—María, dijo lentamente el pobre enfermo; ¿estás ahí?

—Sí, contestó la mujer con una voz tan fresca que demostraba su juventud y tan dulce que manifestaba su belleza: su belleza, sí; por que existe un no sé qué en el acento de la mujer, que está siempre en armonía con la hermosura de su rostro.

—Sí, volvió á decir con cariño, aquí estoy, Luciano; ¿no sabes que no me separo de tí?

Un triste gemido fué la sola contestacion del enfermo.

—¿Qué me querias? preguntó de nuevo María, tendiendo su mano en la oscuridad para buscar sin duda la del moribundo.

—Quisiera... no sé, contestó él lentamente; siento un desvanecimiento, una angustia... ¡tantas horas sin tomar alimento!

Otro gemido, pero tan triste y doloroso que parecia desgarrar el alma de la que lo exhalaba, se escapó esta vez de los lábios de la jóven, en cuyas mejillas rodaron en silencio algunas ardorosas lágrimas.

—Díme, murmuró Luciano, que sin duda habia aguardado una respuesta, con un afan que en vano trataba de ocultar y con una

voz harto insegura y temblorosa; díme, ¿no hay nada que pudiera reanimarme un poco?

—Sí, respondió María, voy á darte una taza de caldo que tenia guardada para...

Si hubiese habido en aquel instante una luz en la habitacion, Luciano hubiera podido notar la palidez que se estendió por las hermosas facciones de su esposa al pronunciar la frase que acababa de extinguirse en sus lábios, cortada sin duda por un recuerdo que la heria.

—Decias...? esclamó él con ansiedad.

—Nada, nada: espera un instante, en breve estoy aquí.

María no habia querido decir á su esposo que reservaba aquel caldo para su hija. ¡Él entonces no hubiera querido aceptarlo!

Levantóse, pues, para traerlo, pero tan aturdida estaba, que al efectuarlo movió con violencia á la niña, que despertó sobresaltada.

María, despues de un momento, volvió con una taza, y diciendo á Luciano con interés:

—Toma, toma, esto te hará mucho bien.

En aquel instante la niña que se habia puesto de pié lloraba con desconsuelo y decia entre su llanto:

—Mamá, mamá, ¿donde estás? dáme de comer, tengo hambre.

Los piés de María quedaron clavados en el suelo, dejándola inmóvil y muda en medio de la habitacion.

En su alma se levantaba una borrasca terrible: su corazon iba á sostener un combate horroroso.

No tenia mas alimento que aquel que traia en su mano: entre su hija hambrienta y su esposo moribundo y sin fuerzas, ¿á quién daria la preferencia?

La una lloraba, el otro estendia sus manos hácia ella.

María no podia decidirse.

Su corazon, como su pensamiento, habian quedado mudos y sin accion.

Si se tratase de ella y de uno solo de aquellos séres queridos, la eleccion no hubiera sido dudosa.

¿Qué madre no separa el pan de su boca para acercarlo á la de sus hijos?

¿Qué esposa no se sacrifica por su esposo?

Pero allí eran dos: dos séres igualmente queridos, dos séres igualmente necesitados.

El uno tenía la debilidad de la niñez, el otro la de la enfermedad.

El corazon de María se hacia pedazos, y sin embargo callaba y comprimia sus gemidos y devoraba sus lágrimas.

Luciano, aletargado por la fiebre, habia vuelto á caer en su pesado sopor.

Dos ó tres golpes dados en la puerta de la habitacion, vinieron á interrumpir aquella escena.

La jóven, sin embargo, no se movió tampoco.

Pero viendo sin duda el que llamaba que no era atendido, empujó con fuerza y la puerta se abrió, dando paso á un hombre que esclamó al entrar con desenfado:

—Eh! vecina, ¿dónde diablos están ustedes? ¿no hay luz aquí todavía?

—Espere V., dijo con rapidez María, soltando la taza y procurando encender un pequeño velon, espere V.

El recien venido guiado por aquella voz, se adelantó algunos pasos y al cruzar con la jóven en la oscuridad,

—Luis espera arriba, murmuró casi á su oido; dice que el negocio se ha de hacer esta noche ó nunca.

María vaciló: su rostro se desfiguró horriblemente, pero nadie pudo verla; la habitacion permanecia aun en las tinieblas.

Un instante despues, la jóven colocaba una luz en la mesita de la alcoba, y el recien venido se acomodaba en la silla que María ocupaba poco antes.

Aquel hombre, con un desenfado impropio de las cortísimas relaciones que le unian con Luciano, empezó una conversacion inconveniente é inútil, mezclando en ella algunas frases que solo María podia entender.

Si el abatimiento de Luciano no hubiese sido tal; si no se hubiese

encontrado en un estado tan grave; si la fiebre que le devoraba no hubiera turbado sus ideas hasta el punto de no conocer casi á las personas que tenia á su lado, ni saber siquiera donde se encontraba, indudablemente se hubiera sorprendido al notar las miradas significativas que el recien llegado dirigía á su esposa.

Pero el desgraciado estaba próximo á la muerte, y su pensamiento fluctuaba vago y perdido entre la tierra y el cielo.

María temblaba sin embargo á la sola idea de que el enfermo percibiera aquellas señales de inteligencia, y miraba con afan al lecho, bendiciendo al cielo en su interior al ver cerrados los ojos de su esposo, y presa á éste de un profundo y pesado sopor.

Entonces, ora fuera por huir de la presencia de aquel hombre, que parecia dominarla con sus palabras y con su acento, ora por otros motivos mas poderosos é ignorados, salió rápidamente de la habitacion, separando de sí á la niña que queria seguirla, y diciéndola con violencia:

—¡No! no: quédate, hija mia, es imposible que tú veas..... no: ¡jamás!

Y cerrando tras sí la puerta, cruzó un estrecho corredor, subió las escaleras, y en un segundo se halló en el piso alto y muy cerca del cuarto donde bailaban.

—¿Dónde estará él? murmuró con afan, ¿en el número dos como otras veces, ó en ese infame garito? Si es cierto que aun espera, que quiere hablarme á solas, no debe hallarse ahí. Veamos pronto: si Luciano notase mi ausencia.....

Y siguiendo adelante buscó el cuarto designado con el número dos, el cual debia conocer sin duda, pues á no ser así le hubiera sido imposible dar con él en la oscuridad.

Al fin, dejando atrás el ruido y la algarabía que cada vez sonaban con mayor estrépito, llegó junto á una puerta, por cuyas mal unidas tablas salian algunos rayos de luz.

Empujó sin ruido, y casi al mismo tiempo se halló junto á un hombre que la esperaba sin duda.

—¡Luis! murmuró ella con apagado acento, ¡Luis!

—Al fin has venido, le respondió él solamente.

—Es que.....

—Es que tienes á Luciano, á tu esposo, á las puertas de la muerte y no quieres separarte de él; ya lo sé.

—¡Oh! es verdad, el infeliz está muy malo.

—Porque ha seguido una senda torcida siempre. El mundo tiene varios caminos: unos que conducen á la independencia y á los goces, otros que llevan á la miseria, á la muerte acaso.

—¡Ah!

—A la muerte, sí; porque un hombre que se halla enfermo, sin recursos para llamar un médico, sin algunas miserables monedas para comprar las medicinas; añadiendo acaso á los tormentos de la enfermedad los tormentos incalculables del hambre, ¿qué estraño es que sucumba al cabo por muy jóven y fuerte que sea?

—Calla por Dios, Luis; tus palabras me hacen daño; tus palabras son de esas que desgarran el alma y perturban la conciencia.

—Pero no dejarás de convenir conmigo en que encierran una verdad.

Hubo algunos momentos de silencio.

María, con la frente inclinada hácia el suelo, parecia que luchaba con mil pensamientos distintos.

—En suma, preguntó al cabo: ¿para qué me has hecho venir? ¿para qué mandas junto á mí ese hombre que me aterra, que con el miedo que me inspira domina mi voluntad?

—Es muy sencillo y deberias adivinarlo; para que escribas esa carta.

—¡Esa carta!

—Sí: con cuatro líneas está todo hecho; con solo decir al marqués de Sandoval que le esperas esta noche, no necesito mas.

—Y ¿no ves que no puedo yo consentir en ello? ese hombre me ha conocido cuando nuestra posicion era distinta, me manifestaba siempre un afecto profundo, pero noble y desinteresado.

—Razon de más para que le escribas. Con eso estaremos seguros de que no faltará á la cita.

—¡No! jamás; me moriria de vergüenza si me viese, si pudiese comprender el estado á que hemos llegado.

—¡Bah! ¿y quién te ha dicho que se trata de que tú le hables? en haciéndole venir, lo demás es cuenta mia.

—Pero ¿qué intentas hacer? ¿para qué le quieres?

—Eso me incumbe á mí no mas, contestó Luis secamente, solo puedo decirte que por ese pedazo de papel te daré algun dinero, y podrás en muchos dias tener pan para tu hija, y acaso, acaso devolver á Luciano la salud y la vida.

—Con todo, no puedo, no debo hacer lo que quieres: sin duda me ocultas alguna intencion siniestra; yo sé que otras veces..... ¡ay! Luis, tú has sido muy culpable, y si ahora tratases.....

—No hablemos del pasado; hoy solo te digo: ¿aceptas mi proposicion? ¿sí ó no?

—No, nunca.

—Bien, haz lo que quieras; cuando desechas la posibilidad de mejorar tu suerte, contarás con otros recursos.

—¡Recursos!

—O á lo menos no será nada para tí la idea de verte mañana viuda, de llamar á tu hija huérfana.

—¡Mi hija!

—Tal vez luego recuerdes con horror que pudiste salvar á Luciano y no quisiste hacerlo; que Luisa, niña aun, soportó en su infancia las privaciones y el hambre, sin que su madre diese un paso para evitarlo.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! murmuró María sintiendo que las lágrimas se agolpaban á sus ojos y que sus ideas empezaban á confundirse; ¡mi esposo, mi hija!

—Todo puede arreglarse aun, dijo Luis cogiendole una mano, y al cabo..... no pienses tan mal: yo no trato de hacer ningun daño al marqués, solo quiero hablarle sin testigos..... y ya ves, esto no puede ser en su casa; allí me conocen..... luego pudiera haber alguno que me viese, y si yo me arriesgara á presentarme en público, ya sabes..... pero él no tiene nada que temer.

—¿De veras? esclamó María empezando á vacilar.

—¡Ya lo creo! acaso has pensado..... vamos, ten un poco de confianza en mi, y..... ven, ven; buscaremos lo necesario para es-

cribir; en el cuarto de Pedro hallaremos tintero y papel: ven.

Y abriendo la puerta salió al corredor, llevando á María asida de la mano, y caminando á lo largo de la pared.

La jóven le seguia trastornada y vacilante, haciendo una débil resistencia.

—Anda con precaucion, la dijo Luis al oido; por nada del mundo quisiera que me sintiera Margarita, y está muy cerca de nosotros.

—¡Ella tambien aquí! preguntó María con asombro: ¡ella aquí!

—Sí, en ese cuarto, por cuya puerta tenemos que cruzar: está medio entornada; pasa con ligereza y no pronuncies una sola palabra.

María obedeció á su hermano y guardó un profundo silencio; pero por un movimiento involuntario dirigió su vista al sitio donde, segun habia dicho él, se hallaba Margarita.

Por una pequeña abertura pudo divisar solo una cabeza inclinada y un rostro medio cubierto por una cascada de cabellos rubios.

Una jóven leia ó meditaba en aquel estrecho cuarto.

Aquella jóven era sin duda Margarita.

María, arrastrada por la mano de Luis, no pudo distinguirla bien.

Despues de algunos segundos de caminar en silencio, llegaron por fin al cuarto de Pedro.

Luis le abrió, sacando la llave de uno de sus bolsillos, y penetró en el interior, haciendo tambien entrar á su hermana.

Allí, como él habia pensado, hallaron tintero y pluma.

—¡Escribe! dijo Luis con voz imperiosa: escribe.

—¿El qué? preguntó la jóven enteramente trastornada.

—Yo te dictaré, repuso él, extendiendo ante la esposa de Luciano un pliego de papel, y poniendo entre sus dedos la pluma ya mojada.

Ella obedeció, dominada por la situacion, y estampó las frases que él repetia casi á su oido, y con una voz lenta y acentuada.

Cuando estuvo terminada aquella extraña carta, cuyo significado apenas podia comprender la que acababa de escribirla, Luis

la tomó, fijó en ella una rápida mirada para convencerse de la exactitud con que habia sido obedecido.

—Ahora, adios, dijo á su hermana, deslizando entre sus manos un objeto que ella oprimió con fuerza y afan; ahora, adios; yo cuidaré que nada te falte, y..... pronto nos veremos otra vez.

—Adios, murmuró ella débilmente, adios.

Y salió rápidamente de aquel cuarto cuya atmósfera la ahogaba.

Algunos minutos despues, penetraba de nuevo en la pobre habitacion, donde se hallaba Luciano próximo á las puertas de la muerte.

Este, á pesar de su estado, habia notado su larga ausencia, y la esperaba con ansiedad.

—¿Dónde has estado? la preguntó con imperceptible voz al divisarla, ¿por qué has salido á esta hora?

María, turbada, no sabia que contestar, pero el amigo de Luis que habia permanecido allí despues de darla el aviso de que éste la esperaba, acudió en su auxilio diciendo con precipitacion:

—¡Eh! vecino, no os enfadeis, sin duda habrá ido á buscar un médico ó provisiones para la niña, aprovechando los momentos en que yo me hallaba aquí para no dejaros solo.

—Es verdad, respondió María, acogiéndose á estas palabras como á una idea salvadora, quisiera traer un médico, quisiera.....

Luciano la miró con estrañeza.

Demasiado sabia el infeliz que les era imposible solicitar la asistencia de un doctor.

—Tal vez no le haya V. encontrado en su casa, dijo de nuevo aquel hombre, acudiendo otra vez en socorro de María y comprendiendo cuanto habia pasado entre ésta y su hermano: si quiere V., yo que voy á salir ahora mismo iré á buscarle, y le diré en su nombre que venga ahora mismo. ¿No es al doctor Hernan Gil el que vive muy cerca de aqui, al que habia ido á buscar?

Estas frases fueron acompañadas de una mirada tan significativa, que María no pudo menos de esclamar con un acento de verdadera gratitud.

—¡Oh! si, si; vaya V. y no tarde.

Aquel hombre que nada tenia que hacer allí, saludó rudamente, y salió de la estancia, ofreciendo cumplir al momento el encargo que voluntariamente habia tomado sobre sí.

—¿A qué llamas al médico? preguntó Luciano cuando estuvieron solos, fijando en su esposa una doliente mirada; ¿no sabes?.....

—Sí, todo: pero Dios acaso tendrá misericordia de nosotros; procuremos volverte la salud, y luego.....

El pobre enfermo, fatigado por su extremada debilidad, apoyó la cabeza en la almohada, acariciando en su mente la idea de recobrar por aquel medio la salud y la vida.

Era tan jóven, tenia á su lado prendas tan caras para su corazon, que acogia con avidéz cualquiera esperanza de salvacion, aunque esta debiera luego empeorar su ya tristísima y penosa situacion.

En medio de su soñolencia veia á María, veia á su hija, y esperaba que Dios, compadecido de su dolor, no le privase de la existencia, separándole de aquellos séres tan débiles y tan desamparados en la tierra.

María al verle sosegado salió de la alcoba, y al hallarse sola se dejó caer en una silla ocultando la frente entre las manos, y murmurando muy bajo entre ardientes y silenciosas lágrimas:

—¿Qué hé hecho yó, Dios mio? ¿qué hé hecho? y sobre todo, ¡ay! ¡qué va á suceder!

II.

Habian pasado algunas horas: la noche que adelantando lentamente, habia dejado la ciudad envuelta entre el manto de la oscuridad y el sueño: las calles estaban enteramente desiertas, y ni una luz ni un sonido demostraban la animacion del movimiento y de la vida.

María seguia velando triste y abatida, colocada entre la pobre cuna de su hija, y el lecho de dolor de su esposo.

Pocas esperanzas habia leido en la frente del anciano médico que acababa de verle y de recetarle algunas medicinas, y la triste jóven, alzando al cielo el pensamiento, le pedia con fervor la vida de Luciano, esperando mas de la misericordia de Dios que de la ciencia de los hombres.

Sin embargo de su dolor, otras ideas y otros temores venian á turbar su espíritu y á interrumpir su plegaria.

Iban á dar las doce y su corazon se estremecia á cada instante trascurrido.

Sin saber por qué, presentia un terrible drama, en el que á su pesar habia tomado una parte muy activa.

La carta que habia escrito y que Luis le dictara, estaba concebida en términos misteriosos, pero dando al marqués una cita para aquella casa, y para las doce de aquella misma noche.

María habia escrito trastornada por su situacion, cegada por los colores del cuadro que su hermano habia trazado ante su vista: pero ahora, sola, vuelta á la razon, lejos de la influencia de Luis, no podia menos de hacerse á cada paso estas preguntas:

—¿Vendrá ese hombre? ¿Para qué le querrá? ¿Qué objeto llevan en traerle aquí?

Ninguna respuesta satisfactoria podia darse, y esto la desesperaba, haciéndola temblar cada vez mas ante aquella hora tan próxima.

A veces la consolaba la idea de que el marqués no acudiria á su llamamiento, quedando frustrados por consiguiente los planes de Luis, cualquiera que estos fuesen.

Pero al recordar que la carta estaba firmada con su nombre, que Sandoval conocia su letra, y que un amor oculto y comprimido ardia en el alma de aquel hombre, aunque respetando siempre sus deberes de esposa, el valor la abandonaba, pensando que por nada del mundo dejaria de acudir á verla.

Sus meditaciones iban siendo cada vez mas alarmantes, y á cada sonido, y á cada rumor que el silencio de la noche hacia llegar á su oido, un temblor convulsivo la agitaba, y su alma se estremecia presa de un terror mortal.

Las doce habian sonado lentas y acompasadas en algunos relojes de la poblacion.

Pasaron algunos minutos entre la quietud y el mas profundo silencio.

Aquella casa en que algunas horas antes resonaban las risas y los cantos de la mas estrepitosa alegria, oscura y tranquila ahora, no dejaba adivinar que bajo sus muros se encerraban pasiones y dolores que alejaban completamente el sueño de los ojos de sus moradores.

De repente, María se levantó como impulsada por un choque eléctrico: llevó las manos al corazon para contener sus latidos y escuchó con ansiedad.

Acababa de percibir en el piso superior pisadas fuertes y precipitadas, y un ruido parecido al de una lucha sostenida entre algunos hombres contra otros.

Luego varios gritos; luego palabras amenazadoras, y por último, una voz bien conocida de ella, la voz del marqués de Sandoval pidiendo socorro y lanzando imprecaciones.

La jóven, próxima á desmayarse, presintiendo un crímen espantoso, y allí inmóvil, de pié, y en el mayor silencio, parecia la estátua del terror en su mas doliente y angustiosa expresion.

Al cabo de algun tiempo, las pisadas y los gritos cesaron, pero pronto un tropel mas cercano dejó conocer que los que luchaban arriba, bajaban ya por la escalera.

¿Qué habia sucedido? ¿qué pasaba allí?

Aquella duda era terrible.

María sintió abrir con violencia la puerta esterior y correr precipitadamente por la calleja.

Sin pensar lo que hacia, se dirigió rápidamente á la ventana, y la abrió de par en par.

—¡Dispara sobre él! esclamó una voz en la oscuridad. ¡Dispara sobre él ó se nos escapa!

La detonacion de un arma de fuego sonó entonces, mezclándose á ella un ¡ay! desgarrador.

—Ha caido al suelo, murmuraron bajo la ventana.

—Sí; ya no podrá hablar.

—¿Y la carta? preguntó Luis, á quién María reconoció estremecida.

—Aun la conservará en sus bolsillos, respondió uno de los que habian hablado primero.

—Es preciso encontarla: está escrita y firmada por mi hermana, y si la halláran sobre el cadáver, todo se podria descubrir.

—Buscaremos entre sus ropas, y así...

—Pero ¿estás seguro de que está muerto?

—Creo que sí; y en todo caso, separando el cuerpo de aquí y arrojándolo al cauce del rio, que no está lejos, podemos quedar tranquilos.

—Dices bien; vamos.

—Ayuda tú, Pedro.

—Espera.

—¡Qué!

—Allí al estremo de la calle, distingo la claridad de una linterna.

—¿Será alguna ronda?

—Es lo probable; el ruido del tiro la habrá atraido hácia aquí.

—Huyamos pronto: vamos á ser descubiertos.

—Entremos otra vez dentro y escapemos por la puerta del sótano; si no, daremos con ellos, y si nos cojen...

—¡Pronto! ¡Pronto!

La calle quedó desierta en un segundo, pues aquellos hombres huyeron despavoridos con el miedo de su delito.

María solo quedaba en la ventana sin voz ni accion para gritar, y sin tener fuerzas para separarse de aquel sitio.

Aterrada con el crímen, espantada con la parte que habia tomado en él, permanecia con los ojos dilatados, y suspenso el aliento, fija la atencion en la luz que habia alejado á los culpables, y que avanzaba lenta y misteriosa por el estremo de la calle.

En aquella época de supersticion, se daba crédito á los aparecidos, y María, cuyo ánimo agitado estaba dispuesto al terror, pensó con espanto que aquella luz era el alma de un ser sobrenatural que venia á pedir justicia de aquel infame asesinato.

Un suspiro llegó en aquel instante perdido y vago hasta su oido.

Aquel suspiro salia de los lábios del que ella creia un cadáver.

Sin duda aquel ¡ay! llegó tambien á ser escuchado por el que traia la luz, porque entonces aceleró el paso, y se acercó con rapidez hasta llegar al lado del marqués.

Iba envuelto en una ropa talar, y caminaba con presteza.

Esto fué lo único que María pudo distinguir.

—¡Muerto! murmuró con un acento doloroso que llegó á los oido de la jóven cuando se aproximó al que yacia tendido en tierra, y despues de examinarle con afan:

—¡Muerto! ¡Sin auxilio! ¡Sin que Dios haya prestado un consuelo á su postrer hora! ¡Sin que su bendicion haya escudado su frente! ¡Señor, Señor! pues vos habeis querido que suceda así, ¡tened misericordia de él!

Hubo un momento de pausa.

El desconocido se habia postrado de rodillas y parecia orar en silencio por el alma de aquel cadáver.

De pronto hizo una esclamacion de alegría, apoyó la mano sobre el pecho del marqués, y

—¡Vive! dijo con afan: su corazon late, aunque muy imperceptiblemente. ¡Oh! Corramos, llevémosle pronto donde pueda prestarle auxilio. ¡Dios mio, ayudadme á salvarle! ¡Angel protector de la caridad, ven conmigo!

Y con una agilidad y una fuerza prodigiosa, levantó aquel cuerpo inanimado, le colocó sobre sus hombros, y echó á andar con rapidez.

—¡Cielos! esclamó María viéndole desaparecer. ¿Qué es esto? ¿Qué significa cuanto acaba de pasar? ¿Es una ilusion de mi pensamiento? ¿Quién es ese hombre? ¿De dónde ha venido? ¿A dónde vá?

—¡Ese hombre es Juan, el hermano de los pobres; ese hombre es Juan, el enviado de Dios! Dijo de improviso una voz purísima y dulce á la espalda de María.

La esposa de Luciano lanzó un grito terrible al escuchar aquellas inesperadas palabras.

Volvió el rostro con rapidez, y sin poder resistir á tantas emociones, cayó desmayada en los brazos de una jóven, que la recibió en ellos.

Aquella jóven era Margarita, que asustada con cuanto acababa de pasar, habia huido del sitio en que la vimos por primera vez, y

sin saber á dónde dirigirse, penetró en el cuarto de María, llegando á tiempo de oir á ésta, de asomarse tambien á la ventana, y de reconocer al primer rayo de luz que empezaba á despuntar, á Juan, al hermano de los pobres, como acababa de decir.

María, en su trastorno, no habia sentido sus pisadas, ni pudo apercibirse de su presencia, hasta que su acento vino á poner el colmo al espanto que la embargaba.

III.

Antes de seguir adelante la historia que confiando mas en Dios que en nuestras propias fuerzas, hemos emprendido y nos proponemos llevar á cabo, necesitamos decir algo de aquel que en primer término ha de figurar en ella; del que santificó las calles de mi bella Granada hollándolas con sus piés, cansados y descalzos muchas veces; del que colocó en ella la primera piedra del edificio levantado por su caridad y escudado por su nombre; del que enjugó en ella mas lágrimas y calmó mas dolores, que estrellas tiene su brillante cielo, flores sus campos y perfumes su ambiente; del escogido entre los hombres, del bendecido por Dios; del santo entre los santos, de aquel en cuyo seno ardia sin extinguirse la santa y consoladora llama del amor y de la misericordia; de aquel, en fin, á quien Margarita habia llamado con el nombre de Juan, el hermano de los pobres.

Rogamos, pues, á nuestros lectores que nos perdonen, si por un momento volvemos la mirada atrás y hacemos retroceder su atencion algunos años antes, para buscar á nuestro héroe en los primeros años de su vida.

Sin embargo, esta narracion precisa en nuestro libro, será sucinta y concreta, volviendo á hallarle bien pronto en el lugar en que acabamos de dejarle.

Juan habia nacido el 24 de Marzo de 1495 en Montemayor el Nuevo, una de las cuatro principales provincias del reino de Portugal, cuyo trono ocupaba entonces D. Juan II, cristiano y católico monarca que regía sus destinos con incomparable acierto.

El padre de aquel niño á quien Dios reservaba tan grande y santa mision en la tierra, y tan señalado lugar en el cielo, se llamaba Andrés Ciudad, y era un honrado aunque pobre labrador, á quien la bella y la buena María Duarte hizo feliz dándole su mano, y trayéndole en dote no riquezas, ni títulos, ni honores, sino una virtud sólida, un alma pura y una piedad ejemplar.

Jamás una nube de disgusto habia empañado el cielo de su ventura, ni á ninguno de los dos se le habia hecho pesado el lazo indisoluble que les unia; lazo que el nacimiento de su hijo venia á estrechar con fuerza mayor, con mayor ternura.

Aquel hijo, fruto de la union de dos corazones amantes y sencillos, recibió á los diez dias de nacer las puras aguas del bautismo, y con ellas el nombre de Juan, nombre al cual un dia debia unir como un alto blason, como un divino título el santo nombre de Dios.

—María, habia dicho Andrés á su esposa, viéndola con su hijo en los brazos: nosotros no tenemos bienes que legar á este niño, pero podemos sembrar en su alma la semilla de la virtud, y hacerle justo y honrado, si no rico y poderoso.

—Las riquezas no constituyen la felicidad, Andrés mio, respondió la jóven esposa; tú y yó mas que nadie podemos decirlo, pues si jamás hemos tenido las manos llenas de oro, la paz y la alegría no han faltado á nuestro corazon; hagamos, pues, de Juan un hombre bueno, y Dios se encargará de lo demás.

Andrés besó la frente de su hijo, estrechó la mano de su mujer, y quedó tranquilo ante el porvenir de ambos.

Pasaron algunos años.

Juan crecia recibiendo la sábia y el aliento del mismo seno que le habia dado la vida.

La pátria donde habia visto la luz, se hallaba entonces agitada por diversos acontecimientos.

D. Juan II, su noble y buen rey, habia bajado al sepulcro sin dejar sucesor alguno, y su hermano el infante D. Manuel, á quien los portugueses amaban por la rectitud de su conducta y por las nobles prendas de su carácter, fué elevado al trono entre las aclamaciones de un pueblo, que veia en él la base cierta de su futura felicidad.

Pero el nuevo rey se hallaba ya en el ocaso de la vida, pues contaba ya cuarenta y cuatro años de edad, y quiso ligar á su suerte la de una princesa jóven y hermosa que animara con sus encantos aquella córte triste y sombría hasta entonces.

Isabel de Castilla, hija de la grande Isabel I y de Fernando el Católico, reunia á la belleza y á los pocos años, la virtud sólida de su augusta madre, su privilegiado talento, y todas las dotes necesarias para ser una gran reina.

D. Manuel pidió su mano á los poderosos reyes Católicos, y éstos, que ya en otra ocasion habian aceptado para su hija un sitio sobre el trono de Portugal, y que solo anhelaban la dicha y el engrandecimiento de ésta, no dudaron en aceptar tal alianza, efectuándose las bodas con régia pompa y sin igual ostentacion.

Gracias, mercedes, empleos, brotaron de manos de la jóven soberana, que bien pronto se hizo amar y respetar de sus nuevos súbditos.

Sin embargo, no fué igual para todos la fortuna, pues el honrado Andrés vió disiparse por completo la suya, por la misma causa que otros habian encontrado su bien.

Uno de sus parientes, elevado de improviso á un alto puesto, tuvo que ausentarse de la ciudad, y en su precipitacion y en su nuevo engrandecimiento, se olvidó del pobre labrador, y éste perdió el único apoyo con que en la tierra contaba.

El orgullo y la vanidad son malos consejeros, y aquel hombre

no solo dejó de proteger á Andrés, sino que en adelante se desdeñó de llamarle pariente suyo.

Los padres de Juan, sin recursos para labrar por sí la mas pequeña porcion de tierra, se hallaron sumidos en la mas espantosa miseria, y esto cuando la educacion de su hijo iba á necesitar nuevos gastos y mayores cuidados.

La jóven madre, afligida por su falta de recursos, pues hasta llegó á faltarles el pan, lloró amargamente su desgracia, aunque ocultando sus lágrimas de la vista de Andrés, por no aumentar el dolor que llenaba por completo el corazon del buen esposo.

Los dias trascurrieron, y la escasez, sentada en aquel mísero hogar, estendia en derredor un velo mas sombrío y triste cada vez.

Juan, con una inteligencia superior á sus años, comprendia cuanto pasaba en el alma de sus padres, y venciendo la debilidad de la infancia, soportaba con una resignacion admirable aquella angustiosa y triste situacion.

—¡Si yo pudiera, decia en su interior, si yo pudiera ayudarles en algo, si yo pudiera al menos librarles del cuidado de mi alimento y de mi sosten! En otra parte, lejos de aquí tal vez, alguno utilizaría mis servicios, y yo pudiera ganar lo necesario para mí, y aun para socorrer á mis padres. Y es preciso probar, es forzoso salir de esta inaccion en que veo consumirse á mi madre y envejecer á mi buen padre, es necesario adoptar una resolucion, y Dios, que vé mi intento, me ayudará sin duda.

Embebido en estos pensamientos, pidió al cielo valor para llevarlos á cabo, y esperó una ocasion para participar á sus padres sus designios.

Un dia que su madre, sentada junto á una ventana, elevaba al cielo sus ojos con una espresion de angustiosa súplica, mientras una lágrima se deslizaba lentamente por sus mejillas,

—Madre, la dijo Juan, ¿por qué estás triste, por qué lloras así?

María se apresuró á ocultar aquella gota de llanto, y fingiendo una sonrisa,

—Te engañas, Juan, contestó: ¿teniéndote á tí y á tu padre, qué penas me pueden inquietar?

—Y sin embargo, el llanto empaña tus ojos: yo lo he visto hace un momento. Madre mia, tú te afiijes por mi suerte presente, tú te aflijes por mi dudoso porvenir.

—¿Y qué madre no olvida sus propias privaciones para pensar solo en las de su hijo?

—Si tú quisieras, buscaríamos un medio de remediarlo todo.

—¡Un medio!

—Sí.

—No te entiendo.

—Tú has dicho alguna vez que el trabajo todo lo puede.

—Y bien...

—Yo quisiera trabajar.

La madre sintió que su corazon se oprimia, y respondió con triste voz:

—Tú, Juan, eres aun muy niño. Además, ya ves que tu padre, que es apto para todo, y honrado como el que más, apenas halla ahora quien quiera utilizar sus servicios.

—Eso es aquí, pero lejos...

—¿Qué quieres decir?

—Que yo deseara...

—Sigue.

—Salir de Montemayor.

—¡Irte! esclamó la pobre madre, cuyas mejillas se tornaron pálidas como la luz primera del alba.

—Sí, madre mia.

—¡Separarnos cuándo empiezas á cruzar los umbrales de la vida, cuándo mas necesitas de mi cariño y mi desvelos!

—Somos muy pobres, contestó el niño con acento resignado, somos muy pobres, y es preciso conformarnos con la suerte.

—¡Ah!

—Además, yo no iré solo: el ángel de la guarda me acompañará, y Dios me prestará su amparo.

—¿Pero á dónde piensas ir?

—¿No has dicho otras veces que en Oropesa tenias un tio anciano y rico, sin familia y sin herederos?

—Sí, pero hace muchos años que no sé de él, y su misma riqueza le separó de nosotros, pues la pobreza, hijo mio, es una barrera insuperable que separa á los necesitados de los que son poderosos. Además, sabe el cielo si habrá muerto ó si te rechazaria de su lado.

—Probemos, madre; yo iré, le buscaré; tal vez le halle, y tal vez ablande su corazon en favor tuyo; la voz de un niño tiene á veces ecos que penetran en el alma. ¡Quién sabe si Dios me guiará y podré hacer menos trabajosa tu suerte y la vejez de mi pobre padre! ¡Oh! influye con él para que consienta en mi partida; una voz interior me dice que mi suerte está fijada lejos de esta tierra; un impulso secreto me advierte que mi destino está lejos de aquí.

—¡Separarnos! murmuró de nuevo la madre; ¡separarnos!

—Creo que de este modo seré feliz, dijo Juan con acento persuasivo, y luego añadió para sí: seré feliz, porque al menos no los veré padecer.

María inclinó la cabeza aterrada ante aquel sacrificio, pero al cabo de algunos instantes, alzó la frente y respondió:

—Hablaré de ello á tu padre, hijo mio, y Dios le inspirará lo que debe hacer.

IV.

La pobre madre derramó muchas lágrimas en el silencio de su pobre hogar.

Separarse de aquel hijo único y querido, era la prueba mas dolorosa que el cielo le podia ofrecer, y su alma amante y cristiana, se sentia llena de congoja, pero se alzaba resignada besando con respeto la mano que la ofrecia aquel amargo cáliz.

Algunas horas despues de su conversacion con Juan, Andrés llegaba de su trabajo, rendido de cansancio y falto de fuerzas.

Su esposa tembló al verle aparecer, pues su presencia le recordó la promesa qne habia hecho á Juan.

A no haber sido por su triste preocupacion, hubiera notado que el aspecto de Andrés era mas abatido y sombrío que otras veces.

María se acercó á él, le despojó de los utensilios del trabajo, y al tocar sus manos heladas, miró con pena su vacío hogar.

—¿Tienes frio? preguntó con dulce voz á su esposo.

—No, contestó éste: es que...

—Tus manos tiemblan entre las mias, tu frente abrasa, ¿estás enfermo? ¡dímelo por Dios!

—María, repuso Andrés que habia querido disimular en vano: María, somos muy desgraciados!

—¿Qué quieres decir?

—El corto recurso que nos quedaba, el mezquino jornal del trabajo, acaba de faltarnos tambien.

—¡Cómo!

—¡He sido despedido hoy!

—¡Dios mio!

—Esto es triste, muy triste: vamos á carecer de todo, y ¡ay! vamos á ver á Juan morirse de hambre.

El corazon de María se oprimió de un modo cruel; sin embargo, hizo un heróico esfuerzo, uno de esos esfuerzos de que solo una madre es capaz, y murmuró con opaca voz:

—Juan podrá evitarlo.

—¡El!

—Sí: desea irse en busca de suerte.

—¡Quiere dejarnos! murmuró Andrés estremecido.

—No, no es eso: respondió María con rapidez, temiendo que sus palabras hiciesen brotar una duda en el alma de su esposo. Si nuestro hijo quiere partir, es para endulzar nuestra desgracia: su escasez no le aflije tanto como la nuestra.

—¡Hijo de mi alma! esclamó el padre con espansion.

—Desea ir á Oropesa en busca de mi tio, echarse á sus piés, y rogarle que nos ayude.

—Y ¿qué haremos?

—Lo que tú ordenes, dijo la jóven resignada.

—Yo...

—Pero piensa que nuestra situacion es penosa por demás; que cada dia vemos á ese pobre niño sufriendo la escasez, el hambre; que tal vez oponiéndonos á su marcha, le privamos de un porvenir menos triste, menos dudoso.

Hubo algunos instantes de silencio; Andrés le rompió diciendo con pausado acento:

—María, yo no encontraré alegria ni felicidad separado de nuestro hijo; pero dices bien, no puedo verle ambriento y desnudo:

ante este pensamiento, siento que mis ideas se turban y que mi cabeza enloquece.

—¡Ah!

—Además; no sé que voz secreta me dice que debo ceder á su voluntad.

María inclinó la cabeza sobre el pecho, sin atreverse á responder.

—Sí, continuó Andrés como inspirado por una luz celestial; que parta, yo sé, yo conozco que el cielo le guia y que no le abandonará.

—Y..... ¿cuándo emprenderá su viaje? preguntó la madre con balbuciente voz.

—El dia que él mismo señale.

Ni una palabra mas volvió á hablarse.

La tristeza se habia asentado en aquella casa, y el corazon de sus habitantes cedia sin resistencia á su sombrío influjo.

María participó á Juan la decision de su padre, y la partida quedó señalada para el siguiente dia.

La infeliz madre pasó muchas horas disponiendo el pobre equipaje de su hijo, y la aurora la sorprendió sin haber logrado conciliar el sueño.

¡Cuántas y cuántas lágrimas rodaron por sus pálidas mejillas en aquella noche, la última que Juan pasaba bajo su techo!

¡Dios solo pudo contarlas! solo el ángel de su guarda pudo recogerlas y convertirlas en un bálsamo divino que con el nombre de Esperanza, derramó lentamente en el alma de la triste madre.

Cuando la luz del alba vino á iluminar su frente, dejó su asiento, se acercó al lecho del niño, le contempló un instante dormido, murmurando con un acento tan bajo que apenas salió de sus trémulos lábios:

—¡Pobre alma mia! ¿dónde despertarás mañana?

Y estampó un beso ardiente y amoroso en las blancas sienes de su hijo.

Al ruido de los pasos de su madre, al roce de aquel amante beso, Juan se despertó, y despues de vestirse sus viejas pero limpias ro-

pas, salió de la estancia con María silencioso y pensativo.

Ambos se dirigieron al templo, y ambos, puesta en Dios la confianza, obtuvieron allí esperanzas y consuelos.

Andrés les habia seguido aunque de lejos, pues tambien habia ido á buscar en aquel sitio valor y resignacion.

¡Tan cierto es que la religion, faro misterioso que guia al hombre sobre la tierra, tiene lenitivo para todos los males, bálsamo para todos los dolores.

Al salir de la iglesia se unieron los tres, y cabizbajos y llenos de amargura, emprendieron el camino hácia las puertas de la ciudad.

Aunque iban despacio, pronto llegaron á ellas, y tuvieron ante sí aquel horizonte que se abría para su hijo, bajo un cielo diáfano y azul.

El momento era solemne, la situacion angustiosa.

Andrés se detuvo, dió á su hijo algunas instrucciones, le recomendó con los ojos llenos de lágrimas las máximas de virtud que tantas veces le habia repetido en su infancia, y parecia querer prolongar aquellos momentos como los últimos felices de su vida.

El cuadro que formaban unidos, era triste y desgarrador en demasía.

Aquella dulce madre, aquel padre afligido, que se despedian de su hijo porque no tenian pan que acercar á sus lábios, aquel niño que iba á emprender un viaje solo, á pié, acosado por la miseria, fiando su suerte á la Providencia, tenian algo de doloroso y conmovedor que oprimia el corazon.

Mas el tiempo avanzaba y era preciso decidirse.

Juan se postró de rodillas, y con la frente inclinada, esperó humildemente la bendicion paternal.

Andrés apoyó sus manos sobre aquella cabeza querida, y en el nombre del Señor, invocó para ella la proteccion del cielo.

Cuando llegó su vez á María, ésta se adelantó, besó con delirio los cabellos de su hijo, y dirigió su plegaria, no á los ángeles, ni á los santos, ni á las potestades celestiales, sino á la Vírgen María, amparo y sostén de las madres afligidas.

En medio de aquella naturaleza solitaria y tranquila, bajo aquel cielo trasparente y sereno, la oracion de María se elevó sin duda á la Reina de los ángeles, entre el perfume de aquellas silvestres y olorosas flores.

¡Oh! tal vez por la fuerza de aquellos ruegos, tal vez por la influencia de aquel acento que pedia amparo para un hijo adorado, fué acaso por lo que la Vírgen Santísima mostró despues á Juan un afecto y una proteccion tan decidida.

La voz de una madre, la súplica de su amor es tan fervorosa, que halla eco en todas partes, y sobre todo en el cielo.

Andrés hizo mil y mil encargo al pobre niño, le repitió cien veces el nombre y la profesion de aquel tio desconocido que en su afan iba á buscar.

María prodigó á su hijo todo el tesoro de sus caricias, y despues de darle, él el último consejo y ella el postrer beso, se separó de sus brazos, y emprendió llorando el camino que le alejaba de Montemayor.

Sus padres quedaron inmóviles viéndole partir, cuidándose solo de enjugar sus dolientes lágrimas, cuando éstas le impedian divisar en la distancia la ya vaga y perdida sombra del pobre y desvalido Juan.

V.

El niño caminó todo el dia sin separar de la memoria la dulce imágen de su madre y los tiernos recuerdos de su hogar.

Pensando en la triste suerte de los autores de sus dias, revolviendo en su imaginacion los medios de hacer fortuna para ofrecérsela á ellos, el tiempo se le hacia menos pesado, y menos penosa la marcha.

Cerca del medio dia, se sentó un instante para tomar reposo, y para comer las únicas y escasas provisiones que María habia podido prepararle.

Entonces fué cuando su situacion le pareció mas amarga, pues era la primer vez que no hacia sabroso su alimento la bendicion de su anciano padre.

Las lágrimas que empezaron á correr por sus mejillas, mojaron su duro pan, y al terminar su comida y levantarse para proseguir su viaje, la idea de que la noche no tardaria en llegar y que no tenia donde albergarse, estremeció su corazon, y le hizo temblar de miedo.

Entonces de su alma pura y cristiana, se elevó hasta los cielos una plegaria, suplicando al Padre de los desamparados que acudiese en su ayuda, enviándole un protector que le amparara en aquel momento.

La súplica de aquel pobre niño que apenas contaba catorce años de edad, sin duda fué escuchada por Dios, pues un viejo y venerable sacerdote apareció en aquel momento en el estremo del camino, marchando con pausa en su pesada y vetusta mula.

Habia en el rostro del anciano tanta bondad, tan inefable dulzura, que al corazon de Juan descendió un rayo de esperanza y alegría.

—¡Loado sea Dios! murmuró con espansion: ¡loado sea Dios! ya no estoy solo en este sitio.

Y con los ojos fijos en el viajero, le vió adelantarse hasta él.

Cuando ya estaba muy cerca, se levantó rápidamente, y le saludó con respeto.

El anciano fijó su vista en el semblante humilde y espresivo de Juan, y guiado por un sentimiento de compasion.

—¿Dónde vás, niño? le preguntó con interés.

—Señor, le respondió él con acento suave, vengo de Montemayor, y me dirijo á Oropesa.

—Y ¿con quién vás?

—Solo voy.

—¿Y tus padres?

—Se han quedado en la poblacion que abandono.

—¿Huyes acaso de su lado?

—Camino con su licencia y con su bendicion.

—Pero ¿cuál es el objeto de tu viaje?

—Buscar á un pariente de mi madre y pedirle que nos proteja, pues mis pobres padres carecen de lo necesario para vivir.

—¿Y cuándo piensas llegar?

—Ni sé la distancia que tengo que recorrer, ni lo que cada dia me permitirán andar mis fuerzas.

El anciano reflexionó por un instante.

—Soy casi tan pobre como tú, dijo por fin á Juan, y por consiguiente poco puedo darte: pero te ofrezco un asiento en mi mula, que bien nos podrá llevar á los dos, y de este modo te se hará mas fácil el camino, puesto que tengo que pasar por el lugar donde te diriges.

—Acepto lleno de gratitud, respondió Juan alegremente.

—Pues vamos, hijo mio, sube al momento, y Dios sabe que quisiera hacer mas por tí, pues tu juicio y tu humildad, unidos á tus pocos años, me han interesado vivamente.

El niño saltó á la cabalgadura de su protector ayudado por éste, y ambos siguieron el camino, agradecido y contento el uno, lleno de satisfaccion el otro por la buena accion que acababa de practicar.

El socorro que Dios enviaba al hijo de María no podia ser mas oportuno, pues la noche, que avanzaba lentamente, hubiera aterrado al pobre niño, mucho mas, hallándose solo en medio de un camino.

Su protector emprendió con él una conversacion animada y cariñosa, en que las dotes de aquel alma angelical y recta aparecieron de manifiesto á los ojos del anciano.

Juan, destinado por Dios para cumplir una mision santa y sublime sobre la tierra, poseia un corazon, en que la caridad se habia asentado como reina; un carácter dulce, una inteligencia nada comun, y una humildad y una modestia estremadas.

Los postreros rayos del sol poniente dando de lleno en su fisonomía, iluminaban aquel rostro animado por sus grandes y hermosos ojos negros que tambien espresaban sus pensamientos, y que cautivaban sin saber por qué; su serena frente, su nariz recta, y sus lábios un tanto abultados, signo indeleble de la bondad de su carácter, completaban aquel todo bello y atractivo, que el viejo sacerdote no se cansaba de mirar.

Durante el camino, el niño hizo partícipe de sus esperanzas y de sus deseos á su nuevo amigo: le habló de sus padres, de su anhelo por embellecer y hacer dichosos sus postreros dias, y mas de una vez una lágrima rodando por las mejillas del noble anciano, vino á

BIBLIOTECA · Granada · DE ANDALUCIA

JUAN, HERMANO DE LOS POBRES.



El anciano se separó de él, despues de ofrecerle algunas monedas...

mostrar el interés conque oia aquel sencillo relato.

Las provisiones que llevaba el ministro de Dios, bastaron para cubrir sus necesidades y las de su jóven protegido, y así caminando juntos, legua tras legua, llegaron á Oropesa, donde debia hacer noche el sacerdote, y adónde iba á separarse de Juan, acaso para siempre.

¡Tal vez estaba dispuesto por el cielo que ninguna afeccion gran- y profunda tuviera tiempo de apoderarse y dominar el corazon del hijo de Maria, para que no se albergase en él un amor solo, sino un amor infinito hácia toda la humanidad.

—Pasarás la noche á mi lado, le dijo el anciano; y mañana nos separaremos, yo para proseguir mi camino, y tú para buscar á ese protector desconocido, á quien Dios quiera que halles.

Y sin decir una palabra mas, cruzaron las puertas de la ciudad y despues de recorrer algunas calles, se detuvieron ante una posada de pobre y modesto aspecto.

Juan no cesaba de dar gracias al cielo por aquel auxilio inesperado, y aunque decidido á sufrirlo todo, temia el momento de quedar solo en aquella poblacion desconocida para él.

Esto sin embargo debia llegar, y al siguiente dia el anciano se separó de él, despues de ofrecerle algunas monedas, que podian librarle del hambre y la miseria, hasta hallar la persona á quien con tanto afan venia á buscar.

Juan las aceptó con gratitud y dió gracias al bondadoso sacerdote, que desapareció de su vista dejándole su bendicion.

Solo el niño, ya no debia ocuparse de otra cosa que de hallar al tio de su madre, cúyo nombre debia servirle de guia para saber su paradero.

Echó á andar á la ventura, preguntando por un viejo llamado Ginés Duarte que habitaba en aquella poblacion.

Nadie le dió razon al pronto, hasta que una mujer que hilaba á la puerta de una tienda,

—Hijo mio, le dijo, el que buscas, hace ya mucho tiempo que dejó este mundo y solo queda de él una cruz y un nombre en el cementerio.

—¡Dios mio, será posible! respondió el niño desconsolado. ¡Y yo que no tenia aquí mas amparo que él!

La que acababa de darle tan triste noticia, procuró consolar á Juan, pero éste, abatido por aquel contratiempo, se alejó de aquel lugar, sin saber qué hacer ni adónde dirigirse.

—¡Dios mio, esclamó, guiad mis pasos y amparad mi debilidad ya que habeis querido que no tenga otro protector que Vos!

Y caminando á la ventura, empezó á seguir la calle primera que se ofreció á su vista.

Despues de algun tiempo de seguir andando, se halló sin saber cómo, ante un edificio triste y sombrío, cuyos altos y espesos muros se elevaban con un aspecto siniestro entre las otras casas que le rodeaban.

Aquella morada habitada por el crímen, guardada por la fuerza, y marcada por la justicia del hombre, encerraba en su centro las lágrimas y el remordimiento, pues era la cárcel pública de la ciudad.

Juan se detuvo ante sus puertas; parecia que su alma estaba encadenada allí por un sentimiento de compasion.

El acento de los infelices encarcelados llegó á sus oidos implorando su caridad, y se acercó á la espesa reja que separaba á aquellos hombres de la sociedad que los rechazaba, mientras una gota de llanto humedecia sus hermosos ojos.

—Desgraciados, murmuró, su destino es mas amargo que el mio; yo estoy libre, y sobre todo, no llevo en la conciencia el peso que abruma la suya. ¡Si pudiera aliviar su suerte!

Y sin meditar mas, sacó de sus bolsillos las pobres monedas que le habia dado su compañero de viaje, y las distribuyó entre aquellos infortunados, sin recordar que privándose de ellas, se privaba de todo recurso en adelante.

Allí permaneció contemplando con pena á los presos, que tras aquellas barras de hierro suspiraban por el aire, por el sol, por la libertad.

Tal vez Juan en su constante anhelo de hacer bien, hubiera so-

portado las cadenas por ver libres de ellas á los que allí las arrastraban, sin pensar una vez siquiera que el delito y no la suerte era quien les habia conducido hasta aquel lugar.

Meditando en el pesar de aquellos hombres pasó mucho tiempo.

Ya iban á cerrar las puertas que separaban á los encarcelados del resto del mundo, y el niño aun permanecia allí angustiado y sombrío, sintiendo en su alma todo el peso del ageno sufrimiento.

—¡Eh! ¡muchacho! ¿qué haces aquí? preguntó una voz fuerte y desapacible detrás de él, sacándole de este modo de su dolorosa abstraccion.

Juan se volvió y se halló frente á frente de un hombre que frisaba ya en la edad madura, pero cuya alta talla y cuyo semblante adusto y ceñudo, le daban un aspecto feroz y casi salvaje.

Era el alcaide de aquella sombría morada.

—¿Qué haces ahí? volvió de nuevo á preguntar.

—Señor, le contestó Juan dulcemente; hace algunas horas que llegué á la ciudad: no sabia dónde ir, pero ví que aquí habia séres que sufrian, y me detuve á su lado atraido por un sentimiento de pesar.

En el rostro del alcaide se pintó un asombro infinito.

Permanecer en un lugar, detenido por los sufrimientos, en vez de ir en busca de las diversiones y los placeres, era cosa extraña y mas extraña aun en un muchacho de pocos años.

—¿Cómo te llamas? le preguntó aquel hombre con un acento menos severo.

—Juan, contestó sin vacilar el hijo de María.

—¿Y dices que á nadie conoces en Oropesa?

—A nadie, señor, es la verdad.

—¿Qué has venido pues á hacer aquí?

—A buscar un pariente de mi madre, á cuyo lado esperaba mejorar mi suerte y la de mis padres.

—Entonces ¿por qué dices que á nadie conoces?

—Porque me han dicho que ha muerto el que yo venia á buscar.

—¿Y qué piensas hacer?

—Aun no lo sé.

—¿Volverás al lado de tus padres?

—¡Oh! no: son demasiado pobres y yo no quiero serles gravoso ni aumentar sus penas dejando que me vean sufrir sin recursos á su lado.

—Y ¿qué partido adoptarás entonces?

—Trabajaré para vivir.

—¡Trabajar! ¿qué sabes hacer?

—Lo que me manden.

—Pero..... ¿podrás.....?

—Mi buena voluntad suplirá á mi ignorancia.

El alcaide permaneció callado algun tiempo.

Juan tímido y receloso, iba á marcharse ya, pues saludó con respeto y dió algunos pasos hácia adelante.

—Aguarda, le dijo aquel hombre, aguarda un instante mas.

El niño se detuvo al momento.

—Si halláras amo que quisiera utilizar tus servicios ¿qué harías?

—Dar gracias al cielo por haberle encontrado.

—¿Y te conducirias...?

—Con toda lealtad.

—En ese caso sígueme.

—¡Cómo!

—Yo soy el que te necesito.

—¿Será cierto?

—Habia menester de un muchacho listo y honrado, y creo que reunes ambas cosas.

—Señor...

—Desde hoy vivirás en mi casa, y si cumples bien, cuidaré de tu alimento y de tu vestido: en cambio tú...

—Yo seré sumiso y fiel, y desempeñaré mi cargo con alegría y solicitud.

—Está bien.

—Solo os pediré una cosa.

—Dí.

—Que alguna vez, cuando para nada necesiteis mis servicios, cuando haya terminado los quehaceres que me confieis, me permitais venir á este sitio, á consolar y socorrer á esos infelices.

—Podrás hacerlo siempre que te plazca, contestó aquel hombre algun tanto conmovido y admirado en demasía, pues muchas veces tendrás por obligacion que estar al lado de esos á quienes intentas amparar. Ahora, vamos; voy á llevarte á la que en adelante será tu casa, ven.

Juan siguió al alcaide, que le presentó á su buena familia, compuesta de su esposa y de sus hijos, casi niños aun.

Todos acogieron al pobre Juan con afecto y bondad, y allí, cumpliendo con rigurosa exactitud sus numerosos deberes, y ocupando sus ratos de ócio en derramar el consuelo en el alma de los desgraciados y en partir con ellos cuanto tenia, empezó á cruzar una vida tranquila y apacible, un tiempo el mas sereno acaso de su laboriosa y combatida existencia.

Solo el pesar de verse lejos de sus padres afligía su corazon, hallando un lenitivo á esta pena cuando despues de muchos dias de afan, de privaciones y de trabajo, reunia una corta cantidad para remitirla á Montemayor, acompañada de una carta llena de frases cariñosas y humildes, en las que depositaba todo el amor que hácia sus padres sentia aquel tierno y noble corazon.

En las respuestas de éstos, en las bendiciones y la caricias que aunque de lejos le mandaban, hallaba su sola alegría, y el valor y la fuerza necesaria para cumplir sin vacilar cuantos deberes le habian confiado.

VI.

Juan pasó algunos años casa de su señor, ganándose cada dia mas y mas la voluntad de éste, por su honradez, por las prendas de su carácter, y por su noble corazon.

Sus jóvenes señores, que habian crecido al par que él, le miraban como á un hermano, y aun la esposa del alcaide, partia con él sus cuidados y el cariño de sus hijos.

Pero los que mas que nadie le amaban, y miraban su presencia como un don del cielo, eran los desventurados presos, pues el jóven repartia entre ellos su pan, sus vestidos, sus desvelos y el amor y la caridad que ardia sin cesar en su alma.

Era un ángel de consuelo, una segunda providencia, que habia descendido hasta allí, para mitigar y dar siempre esperanza á los mas acerbos dolores.

En la vida de aquel niño, trasformado en hombre ya, habia tanta pureza, tan intachable virtud, que era imposible verle sin amarle y sin sentir la influencia de su palabra y de su bondad.

Lo que antes era inocencia, se habia trocado en rectitud, lo que antes era solo buen instinto, se convertia rápidamente en santidad,

y si antes era sumiso, complaciente y bueno, ahora era honrado, justo, y esclavo de su deber.

Tambien en su persona se habia efectuado un cambio notable.

Juan, con su dulce sonrisa, con su noble frente, sus hermosísimos ojos y su gallarda estatura, era uno de los jóvenes mas apuestos de la ciudad.

Estas dotes que él mismo ignoraba, no habian pasado desapercibidas para un corazon, que identificado desde el primer dia con el corazon de Juan, habia visto trocarse la simpatía de la infancia por un sentimiento mas vivo y mas tierno á la par.

Magdalena, la hija mayor de sus señores, la que habia partido con él sus juegos de niña, pues tenia casi su misma edad, habia comprendido sin duda el valor dé aquel alma, y sin darse cuenta de ello, le habia entregado la suya.

La enamorada niña á nadie habia descubierto aquel secreto de su corazon, y sus primeros amores sin esperanza y sin fortuna, hallaban una tumba en el fondo de su pecho.

La jóven era bella: acaso en sus sueños de niña, al contemplar los encantos de su fresco y encantador semblante, la lisonjeaba la idea de conseguir el amor de Juan, y de llenar con su imágen el vacío de su pecho.

Pero si este pensamiento la alhagaba un instante, la seguridad de que sus padres jamás aprobarian aquel cariño, la llenaba de angustia, destruyendo sus ilusiones.

Esta lucha, este contínuo afan, robaron la sonrisa á su boca y el color á sus mejillas, sin que nadie de los que la rodeaban, pudiese adivinar la causa de tan visible mudanza.

El hijo de María, el honrado Juan, lo habia notado como los demás, y aunque sentia un vivo pesar por la tristeza y la palidez de Magdalena, jamás pensó ni por un instante, que él fuese la causa de ello.

Un dia que la casualidad los habia reunido y que nadie podia escucharlos, Juan se acercó á la jóven y la dijo con interés:

—Magdalena, vos sufrís, y yo que os miro como un hermano, yo que miro á vuestros padres como á mis únicos bienhechores, da-

ria la mitad de mi vida por saber el pesar que os aflije, por poder consolaros, y por volver así la alegría y la tranquilidad á vuestra buena y cariñosa madre, y á mi señor, vuestro honrado padre.

—Sin duda el afecto que me tienes, contestó la niña, te hace ver pesares donde no existen, y te hace concebir un temor que me prueba tu interés, pero que es harto infundado.

Él movió lentamente la cabeza y replicó con aire de duda:

—¿Que nada teneis? ¡plugiese á Dios! pero vuestro rostro desmiente vuestras palabras.

—¡Cómo! ¿pues qué ves en él? dijo con prontitud la niña, en cuyas mejillas se pintaron dos rosa de bengala.

—Vuestra palidez...

Al pronunciar estas palabras, los ojos de Juan, que se habian fijado en el semblante de la jóven, manifestaron una espresion de sorpresa y de duda, y despues se inclinaron al suelo, donde permanecieron fijos por mucho tiempo.

¿Qué significaba aquel rubor?

Magdalena turbada á su vez por aquel silencio, sentia latir su corazon de un modo violento, y no sabia definir con verdad si queria prolongar aquella entrevista ó poner término á ella.

Su pudor la mandaba alejarse de allí, pero su corazon la retenia junto á aquel que tanto amaba.

¿Comprendia Juan lo que pasaba en el alma de aquella niña? ¿Nacía su silencio de que por una de esas revelaciones momentáneas habia comprendido en un instante lo que Magdalena ocultaba tanto tiempo y con tal afan?

¡Quién sabe! pero los dos jóvenes no podian darse cuenta de lo que sentian en aquel momento.

Al fin, viendo que la turbacion de Juan escedia á la suya, la niña quiso terminar aquella situacion, y murmuró con voz dulce é insegura:

—Amigo mio, no quieras averiguar si existe ó no un pensar en mi alma, porque sería inútil tu empeño.

—Teneis razon, respondió él lentamente; ¿quién soy yó para aspirar á vuestra confianza?

—¿Qué dices?

—Perdonad, si llevado de mi lealtad, de mi afecto, he ido mas lejos de lo que es permitido á un pobre criado como yó.

—Pero...

—Si mi solicitud os ha ofendido, sírvame de disculpa el afan que la inspiraba.

—¡Oh! no hables así; me obligarias á revelar un secreto que jamás debes saber: no hables así por favor, esas palabras me hacen daño.

—Es que...

—Juan, si tu condicion es humilde, atesoras en tu alma dotes de tal valía, que te elevan y con mucho sobre todos los demás.

—Magdalena...

—Mi buen padre te ama, bien lo sabes, hace justicia á tu honradez, ¿á qué recordar, pues, la posicion que ocupas, si él te mira como un hijo, los demás como un hermano, y... yo... como á mi mejor amigo?

—Ya sé que debo mucho á vuestra bondad, y por eso me atreví á preguntaros; ¡deseo tanto veros dichosa!

—¡Oh! ¡jamás podré serlo! murmuró Magdalena con dolor, cediendo sin pensar al sentimiento que la dominaba.

—Luego confesais...

—No sé lo que digo.

—Y ¿qué puede oponerse á vuestra ventura?

—¡Un imposible!

—¿Podrá haberlo para quien es amada de sus padres y posee todos los bienes de la fortuna?

—¡Ay! que esos mismos bienes, tal vez sean la causa de mi mal.

—¿Y si...?

—No me preguntes mas; sin querer, acaso dejo á mi lábio que diga lo que quiere callar mi corazon.

Hubo algunos instantes de silencio, en que los dos jóvenes se hallaban preocupados por una misma idea.

Ella temia haber dicho demasiado.

El temia llegar á comprender mucho tambien.

Magdalena al cabo tomó la resolucion que su deber la dictaba.

—Separémonos, dijo, separémonos, y no vuelvas, yo te lo ruego, á querer descifrar los sentimientos de mi corazon, pues en ellos quizá, hay envueltas muchas lágrimas para los dos.

La niña huyó rápidamente al pronunciar estas palabras, dejando á Juan inmóvil y mudo ante una sospecha vaga é incierta.

Las palabras de la jóven habian sido una luz harto clara y segura para aquel que, sin pensarlo, se habia hecho dueño de su ternura.

La tristeza de Magdalena, el cambio operado en ella, tenian ya una esplicacion cierta y terminante para el hijo de María, aunque en su sencilla ignorancia y en el poco valer que se suponia á sí mismo, hallaba todavía un mar de vacilacion y de duda.

La idea de que la hija de sus señores podia amarle, cruzó por su mente una vez y otra, apoyada en las frases de la niña, en su rubor y en la dulce y temblorosa expresion de su acento.

Pero él desechó con insistencia este pensamiento, ora porque le juzgaba una creacion de su orgullo, ora porque veia en él una desgracia terrible, amenazando su porvenir.

—¿Será posible que ella me ame? se habia preguntado con afan; ¿será verdad que se ha fijado en mí? no, no puede ser; ¿quién soy yó, cuál es mi mérito para haber conseguido...? desechemos esta idea; darle cabida en mi mente, sería faltar al respeto que debo á mis bienhechores; sería turbar el reposo de esta casa, donde hallé hace tanto tiempo asilo y pan; sería mostrarme un ingrato y en mi corazon no cabe la ingratitud.

A pesar de estas razones, á pesar de estos argumentos, las palabras de Magdalena resonaban sin cesar en su oido, y mil incidentes, mil sencillos hechos, venian á asegurarle en la creencia de aquel amor ignorado.

Despues de una larga y profunda meditacion, despues de una lucha entre sus sentimientos y su razon, el jóven alzó la frente y murmuró con noble resolucion:

—Si esto es cierto, si mi temor no me engaña, huiré de esta casa, pondré el tiempo y la distancia entre Magdalena y yó; prefiero perderlo todo, á que un padre pueda reconvenirme de haber alterado la paz de su hija, siendo tan distinta nuestra posicion; soy un infeliz criado, un desdichado sin porvenir, sin esperanzas; un hijo que se debe todo á sus padres, que por ellos trabaja, que por ellos tiene el deber de afanarse y ofrecerles cuanto gane: y mi pobreza y mi posicion, son un obstáculo para estos amores desiguales, que yó, antes que nadie, debo comprender.

Juan se decidió á observar con el mayor cuidado, y á la primera prueba segura de aquel afecto, dejar á Oropesa, y abandonar para siempre aquella morada, donde no queria sembrar la desunion y la desgracia.

Por la noche, y cuando segun su costumbre se hallaban todos reunidos en deredor del hogar, Juan se presentó, y al interrogar con una mirada el rostro de Magdalena, la vió cambiar de color á su sola presencia, y este fué un nuevo indicio que vino á confirmarle en sus sospechas; sin embargo, aguardó de nuevo.

—¿Por qué has tardado tanto en volver esta noche, Juan? le preguntó la esposa del alcaide.

—He tenido que cumplir algunas órdenes de mi señor; contestó él tímidamente.

—Sin embargo, ya debias...

—Perdonadme, señora, es que me he detenido además para socorrer á un desgraciado.

—¡Cómo!

—Algunos malhechores injuriaban á un pobre anciano, sin duda para arrebatarle su escaso haber; yó pasaba por el sitio en que esto sucedia, y sin detenerme á pensarlo, tomé la defensa del desvalido.

—¿De veras?

—Sí, y con buena suerte: pues aunque ellos estaban armados, logré alejarlos y salvar al infeliz.

—Pero te espusiste.

—Y ¿qué importaba mi vida ante la de aquel anciano, que

acaso tenia deudos, hijos tal vez que le amasen?

—Si te hubiese ocurrido alguna cosa...

—A mí...

—Sí, era muy fácil, y...

En aquel instante la anciana fijó con interés la mirada en Juan, y al reparar en algunas gotas de sangre que manchaban su vestido,

—¿Qué es esto? esclamó con sobresalto.

—¡Oh! no es nada.

—¡Sangre! ¡estás herido!

—¡Dios mio! gritó Magdalena levantándose con rapidez y corriendo hácia Juan, sin ser dueña de contenerse.

—Esto nada significa, balbuceó él turbado y confuso.

—Madre, madre ved que tiene: pronto, pronto por Dios! dijo la jóven mientras en su rostro se pintaba un dolor infinito.

—Tranquilízate, replicó la anciana levantándose para acercarcarse tambien.

—Os aseguro que no es nada, añadió Juan estremecido ante la espresion del rostro de la niña, que descubria su profunda emocion; os aseguro que no es nada.

—Es cierto, hija mia; esto no presenta cuidado alguno, es una mano ligeramente lastimada, herida muy levemente; poniendo una venda solo, bastará para que mañana esté bien de un todo; voy yó misma por ella, y así cesará el temor.

Y la anciana salió de la estancia para buscar lo que decia.

Magdalena aprovechó aquellos momentos, y murmuró al oido de Juan antes de que nadie pudiese oirla:

—Juan, Juan, no te espongas de nuevo, si te sucediese alguna desgracia, yo moriria de dolor.

—¡Cielos! esclamó él en el interior de su alma y sintiéndose vacilar: ya no hay duda, me ama; ¡su inocencia la vende! ¡Oh! yo debo marchar de aquí.

VII.

Las horas de aquella noche fueron de angustia y dolor para el pobre Juan.

Retirado en su modesto cuarto cuando ya todos en la casa se habian entregado al descanso, vió pasar el tiempo sin que el sueño cerrase sus ojos y diese reposo á su espíritu.

Resuelto á dejar aquella casa tan hospitalaria para él, vacilaba en el modo de hacerlo, pues ninguna escusa podia dar para motivar su partida.

En un principio, pensó volver al lado de su buen padre, al de su santa y cariñosa madre, á quien en tantos años no habia visto.

Pero la idea de que nada tendria que ofrecerles á su regreso, de que desconocido y estraño casi en Montemayor, acaso no hallaria trabajo en que ganar lo suficiente para sí y para los autores de sus dias, le hizo variar de resolucion.

—No, dijo, yó pensé al abandonarles, volver solo cuando pudiera poner término á su miseria, y regresando ahora, solo conseguiria aumentarla mas con mi presencia, no, no iré á Montemayor, mi destino está lejos de allí.

El acento de Juan al pronunciar estas palabras, se tornó inspirado y seguro.

Parecia que una voz interior, la voz suprema de Dios murmuraba á su oido estas palabras:

—No, no vuelvas á la ciudad en que viste la luz, tu pátria no es esa, tu pátria es el mundo entero; no vayas á refugiarte en el seno de tu familia, tu familia es el género humano, no vayas á ofrecerles tu amor y tus cuidados á tus ancianos padres, ellos son felices, tienen su dicha eterna asegurada poseyendo un hijo como tú, y tu amor y tus cuidados son de los pobres, de los desgraciados, de los que lloran en fin. ¡No, no vuelvas á tu hogar! Otro punto de la tierra está reservado para ser teatro de tus virtudes, objeto de tu caridad y escala para tu gloria.

Y así era en efecto, y su destino señalado por Dios, debia cumplirse.

—¿Qué haré? murmuró Juan de nuevo, volviendo en medio de sus reflexiones á fijarse en su situacion. ¿Qué diré á mi bienhechor? ¿Qué diré á ese hombre bueno y honrado, que me abrió las puertas de su casa, y que me ha dejado vivir en ella como á uno de sus hijos? ¿Qué motivo le daré para anunciarle que me ausento, para decirle que ya no quiero comer su pan ni alojarme bajo su techo?

Ante estas reflexiones, aquella alma noble y agradecida se llenaba de amargura y sentía un pesar cruel.

Pero al recordar el amor de Magdalena y las tristes consecuencias que esto podia atraer sobre ambos, el grito de su conciencia se levantaba firme y poderoso aconsejándole huir para siempre de aquella casa.

Fiel á este propósito y determinado á llevarle á cabo, elevó al cielo una plegaria, poniéndole por testigo de la rectitud de sus pensamientos, y de la lealtad de su proceder.

Dios sin duda escuchó sus ruegos y le dió valor para cumplir su deber, pues fortalecido por su oracion se levantó de su asiento, hizo un pequeño paquete con su ropa y con los objetos que poseia, y despues de ponerlo todo en órden, esperó que estuviese próxima la aurora para determinarse á marchar.

Los momentos trascurrieron lentos y silenciosos.

Las horas se sucedieron unas á otras como una procesion de enlutados fantasmas, y al fin el lucero vespertino eclipsó la luz de las blancas estrellas.

Entonces Juan tomó su modesto ajuar; se despidió con una mirada de aquellos sitios tan queridos, envió un tierno y sentido adios desde el fondo de su pecho á los séres que abandonaba; rogó con fervor á la Vírgen que protegiese é hiciese feliz á Magdalena, y salió de su estancia bajando lentamente la escalera, conteniendo los suspiros y dejando rodar por sus mejillas un sin fin de silenciosas lágrimas.

Al cabo llegó á la puerta de la calle y salió para siempre de aquel lugar donde habia pasado tantos años.

Una vez solo, Juan empezó á meditar á dónde se dirigiria, y de qué medios se valdria para ganar la subsistencia, puesto que ningunos ahorros habia hecho en el tiempo de su servidumbre, porque además de mandarle á sus padres la mayor parte de ellos, los pobres y los necesitados eran los dueños de lo que reservaba para sí.

Deseando esquivar las miradas estrañas, y sobre todo, temeroso de hallar al padre de Magdalena, su bueno y querido señor, que le reconvendria y querría saber las razones porque le abandonaba, se encaminó á las puertas de la ciudad, y salió al campo en busca de la soledad y calma para resolver lo que debia ejecutar.

Algun tiempo anduvo á la ventura cruzando llanos y sembrados, hasta que rendido de cansancio se dejó caer junto de un arroyo, donde pudo apagar la sed ardiente que le devoraba.

Era cerca del medio dia, y nuestro pobre jóven sacó un pedazo de pan que llevaba en sus bolsillos, únicas provisiones que habia podido adquirir al salir de la ciudad, y empezó á comer de él con ese envidiable apetito que á pesar de las penas y los azares de la vida, se siente siempre á los diez y ocho años.

Aun no habia terminado su frugal comida, cuando sintió á su espalda el rumor de una alegre cancion, modulada por una voz infantil y frezca, acompañada del valido lento y monótono de algunas ovejas que caminaban al son de sus pequeñas esquilas.

Juan volvió la vista con rapidez y distinguió cerca de sí, y caminando entre las verdes ramas una niña, una pastora de doce á trece años, que conducia su ganado á la márgen del arroyo.

La niña al divisarle quiso volverse, pero sin duda al reparar en el semblante bondadoso y dulce de Juan, el miedo cedió su lugar á la confianza, y se acercó risueña y tranquila, saludándole con una sonrisa y algunas palabras cariñosas.

—Buenos dias, niña, contestó él á su vez; ¿dónde vás por aquí sola con tus ovejas?

—Las traia á beber esa agua que corre á vuestros piés.

—¿Eres tú la pastora de ese ganado?

—Sí señor; respondió la muchacha con cierta especie de orgullo.

—¡Con tan pocos años!

—Y ¿qué importa?

—Pudiera ocurrirte alguna desgracia.

—¡Bah! ninguna; además, este oficio me vá á durar poco.

—¿Por qué?

—Porque mi padre vá á buscar un zagal, y así que le halle, no volveré á salir con las ovejas.

—¿De veras busca un zagal? preguntó Juan con interés.

—Y tanto que sí. Pedro que era el antiguo pastor y que mantenia á su anciana madre con lo que ganaba, ha encontrado un amo que le dá mejor salario, y se ha despedido de nuestra casa hace cuatro dias.

—¡Ah!

—Desde entonces yó tengo que venir con las ovejas á este sitio, pero mi madre no quisiera eso: dice como vos, que puede pasarme algun mal.

—¡Yo lo creo!

—Y solo espera hallar quien reemplace á Pedro para no dejarme salir de casa.

—¡Oh! y hace muy bien.

—No por cierto: á mí me gusta mas correr todo el dia con estos animalitos, que estarme metida en casa quieta siempre, y cosiendo ó hilando, segun me mande mi madre.

—Pero...

—Es tan hermoso el campo, el aire, la libertad; y luego las cabras me conocen ya, y las ovejillas tambien; saltan y brincan tras de mí, y yó me divierto en verlas, y en correr y jugar con ellas.

—Y ¿díme, niña, qué se necesita para ser zagal de tu casa?

—¿Qué se necesita? ¡qué sé yó! Pedro era un buen muchacho, aunque sabia muy pocas cosas; pero decia mi padre que era hombre de bien, y que por eso le queria.

—¿Sí?

—Yo creo, pues, que con ser hombre de bien bastará para ello.

—¿Quieres enseñarme el camino de tu casa?

—¿Para qué?

—Para hablar con tu padre.

—¿Y qué teneis que decirle?

—Que si otro no desea el cargo de pastor de su ganado, quiero serlo yó.

—¡Vos!

—Sí; ¿qué te estraña?

—Que Pedro era rústico y tan pobre, mas pobre sin duda que pareceis ser.

—Mas pobre no, puesto que yó no poseo sino ese pedazo de pan, del cual he comido la mitad, y que bastará apenas para alimentarme hoy.

La fisonomía de la pastora espresó sorpresa y pesar.

Miró á Juan con sencilla atencion y esclamó:

—Estaba resuelta á querer mal al que viniera á quitarme el placer de salir de casa y de pasar casi todo el dia en los valles y en los sotos, pero supuesto que sois tan necesitado, supuesto que careceis de pan, venid á mi casa, yó misma os llevaré, y rogaré á mi padre que os admita en ella.

Y la pastora despues de guiar adelante el corto ganado, echó á correr rápidamente acompañada de Juan, que la seguia murmurando:

—Bien haya la caridad que se alberga en el pecho de esta niña.

Dios la inspira para ofrecerme un nuevo asilo. ¡Oh! al que cumple con su deber no puede faltarle el amparo del cielo.

Un cuarto de hora despues, llegaban ambos á las puertas de una hermosa casa de campo, y la muchacha que se habia adelantado algunos pasos, entraba en ella gritando llena de afan:

—Padre, padre, venid; aquí hay un jóven que quiere hablaros; y despues dirigiéndose á Juan: Pasad, le dijo con su ligereza habitual, pasad, aquel es; no temais nada, que aunque parece adusto, es muy bueno y os recibirá bien.

El jóven adelantó algunos pasos, y distinguió á un anciano de noble y bondadoso aspecto.

Juan aunque turbado y temblando casi, le espuso con sencillas palabras el objeto de su venida, y el padre de la niña pastora le hizo algunas preguntas sobre su nombre y su condicion, á las cuales respondió él con la verdad, que brilla siempre en los lábios del justo.

Sin duda aquel hombre quedó satisfecho de sus respuestas y de su aspecto, pues le recibió en su casa, y desde aquel dia Juan quedó convertido en humilde pastor.

VIII.

Ahora, y para ser exactos en la verdad de nuestro relato, debemos trasladarnos de nuevo á Montemayor, y ocuparnos por algunos momentos de los padres de nuestro héroe.

María, su dulce y cariñosa madre, aquella que le habia llevado en su seno, y le habia dado la mitad de su vida, se sentia desfallecer, separada de aquel hijo en quien habia depositado todo el amor de su corazon.

Hay penas que cual un mortal tósigo destruyen la existencia de quien les lleva en su seno.

La de una madre separada para siempre quizá del hijo de su alma por falta de recursos, porque la miseria ha puesto entre ambos un muro de hierro, es de esas que ni encuentran lenitivo, ni el tiempo puede calmar.

La esposa de Andrés se hallaba en este caso, y cual una de esas pobres flores que languidecen y mueren por falta de sol, así la infeliz se sentia morir sin el sol de su vida, sin su amado hijo.

En vano su esposo la prodigaba los cuidados y el afecto mas tierno; ella los comprendia, los recibia con una sonrisa de cariño, y

una espresion de gratitud, pero en el fondo de su alma siempre habia una sombra de duelo y una nube de pesar.

Poco á poco, y agobiada por aquel profundo dolor, su cabello habia encanecido, su frente se habia cubierto de arrugas y sus lábios pálidos y secos, solo tenian amargos suspiros.

Se hallaba enferma, gravemente enferma, y ni una queja habia salido de su boca que diera á entender su mal.

¿Y para qué alarmar al pobre Andrés? ¿para qué hacerle sufrir con la idea de una separacion cercana, si su mal no tenia remedio, si su mal estaba en el corazon?

La infeliz se habia propuesto sufrir y morir sin exhalar un leve gemido, sin quejarse una sola vez.

Las noticias de Juan, sus amantes cartas eran el único y suave bálsamo que mitigaba las heridas de aquel pobre corazon.

Pero habia perdido la esperanza de verle, y su enfermedad se habia agravado en términos de no dejarla abandonar el lecho.

Andrés al verla de aquel modo comprendió lo alarmante de su situacion, y tembló estremecido ante la idea de su desgracia.

Quiso animarla, sacarla de aquel estado, pero María replicó con apagada voz:

—No, amigo mio; todo es inútil ya; Dios es el único remedio para mí: acudamos pues á Dios.

El infeliz inclinó la frente.

Cuando su esposa le hablaba de aquel modo, era porque veia su fin cercano, era porque sentia que la vida se escapaba de su corazon.

A pesar de su dolor, quiso satisfacer el último deseo de aquella á quien tanto habia amado, y que habia sido para él una compañera dulce y buena; y poco despues de haberle ella manifestado su anhelo, junto á su lecho se hallaba un ministro del Señor.

Jamás el alma de aquella virtuosa y santa mujer se habia manchado con una culpa grave, y la confesion que brotó de sus lábios, se asemejaba á la inocente confesion de un niño.

La pobreza y los dolores habian sido su patrimonio, y ella los

habia aceptado tranquila y resignada; resignacion y tranquilidad debia haber pues en sus últimas horas.

Su muerte era copia fiel de su vida.

Un solo dolor la hacia amarga, como un solo dolor habia combatido sus dias.

La separacion de su hijo.

Si antes de morir hubiera podido bendecir la frente de Juan, si su última mirada hubiera sido para él, entonces su muerte hubiera sido dulce y dichosa.

Pero las almas de los justos, las almas aquellas para quienes Dios tiene reservadas las inmarchitas flores del cielo, solo deben hallar espinas en la tierra, lugar de peregrinacion larga y penosa, cuyo fin está en el sepulcro.

Al anochecer de aquel mismo dia, la muerte con su fúnebre cortejo de duelo y destruccion, se hallaba sentada á la cabecera de María, tocando sus sienes con su dedo descarnado y frio.

Andrés se hallaba á su lado teniendo entre sus manos la mano de la moribunda, y escuchando las últimas palabras de aquellos lábios próximos á cerrarse para siempre.

Aquella pobre habitacion presentaba un cuadro desolador y triste, albergando bajo su techo el dolor, la pobreza y la agonía.

Ni un amigo, ni un deudo, habian venido á murmurar algunas palabras cariñosas al oido de la que dejaba la tierra, ó al del que en adelante iba á permanecer solo con ella.

¡La pobreza es una valla de acero colocada entre los que sufren y los que son dichosos!

¡Una mala consejera que aleja del infeliz al que podia prestarle consuelo!

Si María hubiera poseido inmensas riquezas, si el fausto y el brillo hubieran rodeado su lecho mortuorio, no hubiesen faltado en torno de ella y de su esposo personas solícitas para consolar la agonía de la una y el dolor del otro.

¡Pero eran pobres, y esto bastaba á dejarlos solos, aislados con su desgracia y con su pesar.

Un silencio triste y solemne reinaba en deredor, interrumpido

solo por la fatigosa y tarda respiracion de María, por los ahogados sollozos de Andrés, y por las preces del ministro de Dios, único ser que no los habia abandonado, y que allí como en todas partes, compartia y dulcificaba el ageno infortunio.

De pronto aquella calma siniestra fué interrumpida por el ¡ay! postrero de la enferma, y por una esclamacion terrible del anciano que la habia perdido para siempre.

La infeliz, víctima de su amor maternal, acababa de volar al cielo á esperar á aquel hijo que tan alto lugar habia de ocupar en él.

La amargura de Andrés fué inmensa, indescriptible.

No le quedaba consuelo alguno en el mundo, pues el único que hubiera podido prestárselo, ya lo sabemos, estaba muy lejos de él.

El anciano no se separó en toda la noche del cadáver de María.

Quiso estar á su lado aquella postrera velada que ella iba á pasar en su pobre hogar: en aquel hogar que hasta allí habia embellecido con su hermosura y su virtud.

Al amanecer, los restos de aquella santa mujer fueron conducidos á la última morada, en un pobre y humilde ferétro, sin mas compañía que la de Andrés y la del buen sacerdote que habia bendecido su frente al espirar.

Pero si su salida del mundo fué oscura y miserable, su entrada en el cielo debió ser gloriosa y feliz.

Los ángeles sin duda suplirian el olvido y la injusticia de los hombres y honrarian el arribo á la inmortal Jerusalem, de la madre del Patriarca de la caridad.

Y ella debió ser feliz, muy feliz en la eterna mansion, pues desde aquella region de eterna luz, divisaria la celeste aureola que ceñiría la frente de su hijo.

Andrés sí, Andrés era mas digno de compasion, pues iba á carecer de una mano amiga que enjugase el sudor de su frente, y cerrase sus ojos al adormecerse en el postrer sueño.

Escribió á Juan dándole parte de su horfandad, y le rogó con las mas cariñosas instancias que volviese á su lado á compartir su

pena y á acompañarle en los últimos años que debia pasar en el mundo.

Esta carta fué como siempre dirigida á la cárcel pública de Oropesa; pero como sabemos, ni Juan estaba allí, ni el honrado alcaide podia dar noticia de su paradero.

Quedóse pues sin contestacion, y el desgraciado Andrés esperó en vano un dia y otro razon de su hijo.

Aquel silencio en tan críticas circunstancias era inesplicable, y la palabra «ingratitud,» brotó mas de una vez de los lábios del pobre anciano.

Sin esperanza, sin ánimo ya, creyendo que Juan le habia olvidado, ó que acaso habia muerto tambien, buscó amparo y sostén en Aquel que jamás cierra sus puertas al que le implora con verdad.

Corrió á los piés de Dios, y Dios le ofreció un asilo entre los hijos de San Francisco.

Los venerables religiosos compadecidos del infortunio de Andrés, conociendo sus virtudes y la rectitud de sus ideas, le abrieron las puertas de su casa, y el amparo que el mundo le habia negado lo halló en la religion y en la caridad.

Antes de encerrarse para siempre en aquella santa casa, se dirigió de nuevo á su hijo, dándole parte de su resolucion, y manifestándole el lugar en que se hallaba, y adonde en adelante podia buscarle.

Aquel adios de su pobre padre tampoco llegó á manos de Juan; la suerte lo habia dispuesto de modo que ninguno pudiera saber por entonces del otro, pues las cartas del jóven en que noticiaba al autor de sus dias el cambio de su destino, llegaron tarde á Montemayor; la casa donde Juan habia pasado su infancia, la casa donde iban dirigidas, la encontraron cerrada para siempre, pues Andrés á nadie habia dicho el lugar que le iba á dar albergue.

De este modo Juan, que estaba destinado á ser el amigo, el hermano de los pobres, perdia cuantas afecciones podian ligar su corazon, para que su corazon pudiese consagrarse todo entero á los desgraciados, á la caridad, á Dios.

Su madre muerta, su padre oculto de una manera tan estraña y

tan misteriosa á sus ojos; ahogado en su alma por su rectitud y su nobleza el sentimiento que Magdalena hubiera podido inspirarle, ¿qué le quedaba en la tierra ya?

¡Oh! ¡nada! cumplir su alto destino y sembrar á su paso las semillas del bien, de la misericordia y de la abnegacion.

Volvamos á encontrarle donde le dejamos por un instante, puesto que le hemos seguido paso á paso en los primeros años de su vida.

IX.

A vista de su aspecto modesto y dulce y de su palabra humilde y sentida, Juan habia obtenido el cariño de su señor, y con él la seguridad de una subsistencia tranquila y exenta de privaciones.

Dios sin duda habia recompensado su honrado proceder; Dios, que jamás deja sin premio una buena accion, habia presentado á su paso á aquella hermosa niña para salvarlo de la miseria y del abandono, del mismo modo que mandó un ángel protector hasta la triste Agar, cuando sola en el desierto, iba á ver morir de sed y de hambre al hijo de sus entrañas.

¡Ay! si en medio de las tribulaciones y angustias de la vida, levantásemos al cielo nuestro espíritu, buscando allí solo amparo y consuelo; si llenos de segura fé, no de esa fé estéril y muerta, sino de la que cree y confia, de la que sufre y espera, pusiésemos en manos de Dios nuestras desventuras y nuestras penas, dejando á su cuidado el librarnos de ellas, y esperándolo todo de su misericordia y su bondad, ¡cuántas horas de afan evitaríamos á nuestro corazon, cuántas abrasadoras lágrimas apartaríamos de nuestros ojos!

Pero por desgracia, en medio de nuestra locura, pedimos siem-

pre al mundo lo que solo el cielo nos puede dar, buscamos en los hombres lo que únicamente está en las manos de Dios, y de este error nace nuestro incesante anhelo y el contínuo afan de nuestro agitado espíritu.

Juan por su fé, halló asilo y subsistencia, y lo que es mas aun, halló una paz inalterable, una calma dulce y serena.

Entonces fué cuando en medio de la soledad, en la contemplacion profunda de la naturaleza, libre y separado de la sociedad y de las mentiras humanas, su alma se consagró á Dios, y el sentimiento de la caridad mas grande y sublime, oculto hasta entonces dentro de su ser, se reveló inmenso y poderoso, elevándole sobre la pequeñéz de la tierra y acercándole para siempre al cielo.

Apacetando su rebaño, acompañado solo de sus blancas ovejas, pasaba los dias en el campo, sin que mirada alguna se fijase en él, y sin que nadie le pidiese cuenta de sus acciones.

Su oracion se dirigia entonces pura y fervorosa á Aquel en cuyas manos habia fiado su porvenir, á Aquel á quien habia consagrado su vida.

La fé y el amor, aquellos focos sagrados que germinaban en su alma, aquella luz divina que ardia en su corazon como en un tranquilo santuario, creció y se avivó doblemente alimentada por la soledad y protegida por la contemplacion.

Sus nuevos dueños le amaban, y edificados por la conducta de aquel santo jóven, mil veces siguieron su ejemplo, y estimulados por él, aquella casa se convirtió en asilo de pobres y desvalidos que bendecian de contínuo la mano que les socorria.

La caridad y la compasion de Juan hácia los necesitados, era como una flor sagrada y pura que derrama siempre en torno su dulce perfume y su influencia celestial.

Su nombre se habia estendido por aquellas cercanias y no habia quinta ó granja, aldea ó caserío, donde no le colmaran de elogios y no pidieran para él al cielo venturas y prosperidades.

Todos, pues, miraban al jóven pastor como al ángel bendito del consuelo y la misericordia.

Mas en tanto que la religion plantaba en aquella morada su es-

tandarte puro y sagrado, otra bandera aterradora y sangrienta, la bandera de la guerra, ondeaba por todas partes bajo el hermoso cielo de la España y la Francia.

Dos monarcas poderosos, Cárlos V de Austria y Francisco I, se disputaban no solo el reino de Nápoles, sino sus propios estados y sus propias glorias.

La tea de la discordia ardia agitada por la funesta mano de la ambicion y del orgullo; de esa pasion que precipitó al ángel rebelde desde la cumbre de la gloria hasta el mas profundo y espantoso abismo; de esa pasion que es el móvil de las mas culpables acciones y de las mas negras ingratitudes.

A su impulso, los campos se tornaban estériles é infecundos, porque el labrador se convertia en soldado, y en vez de regar la tierra con el noble sudor de su frente, la empapaba en su propia sangre y en la sangre de sus hermanos.

A su influjo, los hombres se convertian en enemigos, las esposas en viudas, los hijos en huérfanos, y en dolor y espanto la dulce alegria y la tranquila y cariñosa paz.

¡Oh! guerra, funesta guerra que asolas los imperios, undes los tronos y ensangrientas las sociedades; tu nombre es el emblema de la destruccion y el luto; tú te enjendraste y tomaste sin duda tu primer aliento en el corazon de Luzbel, alentada con el soplo de su impotente ira, y sostenida con el fuego que le consume en la eternidad.

Juan Ferruz, el último señor del hijo de María, el honrado y rico labrador en cuya casa habia sembrado la edificacion y la virtud, siguiendo la locura general, inficionado por el mal de la época, tambien iba á abandonar su morada, á trocar por la espada el cayado, y la calma del hogar por los azares del campamento.

De noble condicion, de posicion ventajosa, presentóse al noble señor D. Fernando Alvarez de Toledo, conde de Oropesa, á brindarle con sus servicios y á ofrecer su brazo en defensa de su rey.

Su patriotismo fué premiado, pues D. Fernando le nombró capitan de un ejército de soldados, compuesto de sus mismos vasallos.

Con esta fuerza, Ferruz debia marchar al socorro de Fuenterrabia, ocupada entonces por los franceses, despues de un sitio penoso y largo por demás.

El rico hacendado llamó á Juan, á su pobre servidor, y le habló en estos términos:

—El honor español está en peligro; las águilas francesas quieren domar á los leones castellanos, y no habrá corazon leal y honrado que no atienda á la voz de la pátria que le llama en su defensa. Nombrado he sido capitan de un tercio de soldados: he tenido esa gloria, y al partir de esta tierra, al abandonar mis deudos y mi casa, quiero llevarte conmigo. Acostumbrado á las fatigas como pastor, valiente como jóven, tú vendrás á mi lado, y compartirás con tu señor las penas y los azares del combate; de guardador de ovejas, te convertirás en guardador de los estados de tu rey; de jóven pacífico é inofensivo, en hombre de armas y de guerra. ¿Tienes algo que oponer á mi deseo?

—Iré, señor, donde vos me ordeneis que vaya; servidor vuestro soy tanto aquí como en la ciudad, y á cumplir vuestra voluntad me obliga la gratitud y los favores que dispensándome estais siempre. Hace mucho tiempo que estoy en vuestra casa y creo que ya no tengo otra, pues no sé de mis padres nada: una y otra carta mia han quedado sin respuesta, y me figuro que ya no pertenecen á este mundo. Solo á vos tengo pues: disponed de mí como mejor os plazca.

—Está bien, y no ha de pesarte; te lo aseguro, porque yo cuidaré de tu porvenir.

—¡Ah! gracias.

—Entre tanto disponte á partir, pues salimos mañana para Fuenterrabia.

Juan se alejó de Ferruz, y se dirigió á los sitios donde entre soledad y calma habia pasado tantos dias.

Allí levantó su pensamiento á Dios y despues de rogarle que le protegiese en aquella vida que iba á emprender, tan agena á sus gustos y á sus costumbres, buscó á sus amigos, á aquellos á quienes iba todos los dias á consolar y á socorrer, y se despidió de ellos en-

tregándoles como última prueba de los sentimientos de su corazon, todo cuanto poseia, sin reservar nada para sí.

—La vida de soldado no cuesta mucho, habia dicho á los que socorria; tomad, tomad ese dinero, que mi señor cuidará de mí.

La noticia de su partida fué un motivo de duelo para cuantos eran favorecidos con la limosna de su mano, ó la palabra de sus lábios, pues nadie que sufriese pasaba junto á él sin recibir consuelo ó socorro.

X.

Una lucida tropa compuesta en su mayor parte de los vasallos del conde de Oropesa, se apresuraba al dia siguiente á salir de la ciudad, para dirigirse al sitio donde les llamaban los gritos de un pueblo oprimido bajo el yugo del enemigo extranjero.

Entre ellos y próximo al capitan que los mandaba, iba Juan, el mas apuesto quizá entre todos sus compañeros.

Multitud de gente se apiñaba en medio de la plaza, donde debian reunirse y formar aquellos soldados, aquellos hijos del pueblo que por primera vez tomaban las armas, y que guiados por sus nobles señores, abandonaban la paz de su morada por las fatigas de la guerra, aceptando los peligros voluntariamente, sin mas afan ni mas esperanza que el amor á la pátria.

Todos se agrupaban, se acercaban todos, y murmuraban entusiasmados mil bendiciones para aquellos hombres, y mil imprecapara sus enemigos.

Las banderas se agitaban ya en el espacio: las músicas marcia-

les llenaban ya los aires como un adios de despedida de los que iban á partir, y estos á su grave compás se alejaban de la muchedumbre, asemejándose á una larga cinta de cien colores que se mueve y ondula á larga distancia.

De pronto, y de entre un grupo compuesto de diez ó doce personas de ambos sexos, salió un grito comprimido que fué percibido apenas, pues quedó ahogado entre los lábios que le habian exhalado.

—¿Qué tienes, Magdalena? preguntó una mujer casi anciana á una jóven que estaba á su lado, y que pálida como la hoja de una azucena fijaba hácia adelante sus azorados ojos; ¿qué tienes?

—¡Oh! madre mia, madre mia, mirad.

—¿Qué?

—Allí entre los soldados está él, está Juan.

—¿De veras?

—Sí: no me equivoco: vedlo.

—Pero tú...

—¡Vá á la guerra, á los campos de batalla!

—Sí, sí; ya le veo: pero al cabo ¿qué nos interesa? él fué un ingrato, ya lo sabes; ¡huir de nuestra casa donde era mirado como un hijo!

La jóven inclinó la cabeza sin contestar; acaso queria ocultar á la vista de su madre dos rebeldes lágrimas que rodaban por sus mejillas.

—¡Yá vienen; yá van á pasar por aquí! dijeron algunas voces junto á Magdalena haciéndola estremecer.

En efecto, la columna se acercaba, y los soldados se despedian con la mano de sus deudos ó sus amigos al cruzar por delante de ellos.

Ya habian pasado muchos, casi todos, y Magdalena, trémula como una flor agitada por el huracan, miraba con ansiedad, y aguardaba que aquel á quien habia consagrado su primer amor pasase ante ella, como habian pasado las ilusiones todas de su corazon, sin dejar huella ni rastro alguno.

Juan venia de los últimos, y caminaba indiferente y distraido sin cuidarse de cuanto tenia en deredor.

—¡Adios, Juan! gritó su antigua señora cuando le tuvo muy cerca y sin poder dominar el impulso de su corazon, que le recordaba que aquel jóven haba sido casi un hijo para ella; ¡adios!

Él levantó los ojos maquinalmente al escuchar aquella voz, y por una atraccion ignorada, los fijó en Magdalena, próxima casi á desfallecer.

Su corazon latió con anhelo, y su frente se tiñó del color de la púrpura.

Fué á hablar, pero la palabra quedó cortada en sus lábios, y solo haciendo una seña con la mano pudo responder al saludo de la anciana y buena señora.

En cuanto á la jóven, una sola mirada reasumió su despedida·

—¡Pobre niña! murmuró Juan al alejarse; ¡el cielo la haga feliz!

—¡Id con él Vírgen Santísima, y libradle de los peligros á que se vá á esponer! esclamó ella viéndole desaparecer entre aquella turba de soldados que iba á defender la gloria y los derechos del emperador Cárlos V.

XI.

Los primeros albores de la mañana teñian de púrpura y oro la estension de los campos.

El sol, alzándose de su lecho de grana, iba á aparecer en medio de los cielos para dar vida á la naturaleza, gala á las flores y animacion y movimiento al mundo.

En el campamento de los españoles situado al frente de Fuenterrabia, empezaba á escucharse el alegre toque de diana, despertador inflexible del soldado, y órden breve pero terminante de entregarse á los cotidianos ejercicios.

Todos se habian puesto de pié con la ligereza conque se cumplen las leyes de ordenanza, y segun sus clases se entregaban á sus diferentes ocupaciones.

—Dios te guarde, Juan, dijo un anciano de aspecto marcial aunque de calva frente, saliendo de una tienda de campaña, y dirigiéndose á un mozo bizarro y apuesto que se acercaba respetuosamente hácia él; Dios te guarde.

—Y á vos tambien, Fernan, respondió el jóven inclinándose.

—Siempre ese tratamiento..... ya te he dicho que entre camaradas debe mediar mayor franqueza.

—Anciano sois.

—No lo niego.

—Y á los ancianos traté yó siempre con respeto y cortesia.

—¡Bah!

—Las canas son una corona que Dios pone sobre la frente de los viejos, y los mozos debemos respetarlas como si adornáran la cabeza de nuestros padres.

—Atento y comedido eres, y bien puede perdonártese la cortedad de tu carácter en gracia de lo escesivo de tu respeto. Pero hablemos de otra cosa, ¿sabes las noticias que corren por el campamento?

—Nada he oido hoy.

—Dicen que faltan las vituallas.

—Ayer faltaban.

—Que nos veremos apurados para no levantar el sitio y volver la espalda al enemigo.

—Eso no será fácil, tratándose de un ejército español que es tan fuerte en el combate como sufrido en los trabajos.

—¡Oh! si por mí fuera, iríamos á buscar los víveres dentro de la misma plaza que sitiamos.

—No iríais solo, buen Fernan.

—¿De veras?

—Por lo menos yó sé de alguno que tratándose del bien de sus camaradas, no dudaria en acompañaros.

—¿Hablas por tí mismo, eh?

—No os engañais.

—Ya sé que eres un valiente muchacho y que no le temes á las balas.

—La muerte solo obedece á la voluntad de Dios, y mientras éste no le mande herir, no podrán hacerlo los hombres.

—Segun eso, tú no temerias ir en busca de municiones.

—De ningun modo, y si me dieran licencia...

—¿Qué harias?

—Montar á caballo, y fuera del modo que fuera, traer al ejército víveres, antes que ceder ó esponerlo á morir de hambre.

—Soy un pobre soldado, y nada debo hacer sin la órden ó el permiso de mis jefes.

—¡Disculpas!

—Cuando yó decia...

—Tanto alarde de valor, y luego...

—¡Eh! basta: yó respondo de Juan, dijo Fernan adelantándose, y el que quiera ultrajarle, tendrá que habérselas antes conmigo.

—¡Contigo!

—¡Lo dicho!

Algunos respondieron con calor.

La discusion tomó el carácter de acalorada disputa, y sin duda alguna hubieran venido á las manos, si una voz potente y sonora no se hubiera dejado oir, suspendiendo rápidamente las palabras en los lábios de los mas acalorados.

Uno de los jefes, atraido por el ruido y la algazara que formaran, acababa de presentarse diciendo airado y severo:

—¿Qué es.esto? ¿qué significa ese desórden? ¿es así como cumplís vuestro deber hallándonos al frente de una ciudad enemiga?

El respeto hizo enmudecer todas las lenguas; ni uno solo se atrevió á responder.

—Por qué hablábais así? preguntó de nuevo el jefe, dulcificando un poco su acento y desarmado ante la actitud respetuosa de los soldados.

—Señor, respondió Fernan adelantando algunos pasos, se trataba de un valiente que se ofrece á hacer una espedicion y traer cual resultado de ella, algunas vituallas para el ejército.

—¡Ola!

—Algunos se han burlado de él y otros han creido...

—¿Qué puede cumplir lo que ofrece?

—Ciertamente.

—Y tú, que eres un veterano esperimentado y zagás, ¿qué opinas?

—Qué Juan hará lo que dice.

—Y ¿cual es?

—Héle aquí.

Fernan empujó hácia adelante á su amigo, en el cual fijó su superior una mirada investigadora, preguntándole despues con acento breve:

—¿Es cierto lo que ha dicho ese hombre?

—Sí, señor.

—Eres muy jóven: ¿podrás cumplir lo que ofreces?

—Espero en Dios que podré llevarlo á cabo.

—De modo, que si yó te otorgara mi permiso...

—Antes de un cuarto de hora emprenderia la marcha.

Hubo algunos momentos de silencio.

—Pues bien, prueba suerte, dijo al fin el jefe dirigiéndose á Juan lentamente; y si sales bien de la empresa, no olvides que yó admiro y protejo á los valientes.

Un murmullo de aprobacion circuló en deredor, y todos se apartaron para dejar paso al que habia pronunciado aquellas palabras.

XII.

Juan con todo el ardor de sus pocos años, y una vez autorizado para ello, se separó de sus compañeros y montó en un arrogante caballo, decidido á llevar á cabo aquella empresa, á pesar de los peligros que el realizarla ofrecia.

Ansiando cumplir su palabra y fiando el éxito á la ligereza y á la audacia, metió espuelas al noble animal, que partió á escape, haciendo vacilar al inesperto jóven, que poco conocedor todavia en el manejo de las armas, y mucho menos en el de contener ó domar un fogoso corcel, acaso hubiera dado consigo en tierra, si no hubiera hecho esfuerzos inauditos para sostenerse y caminar.

No por eso se entibió el valor de Juan, antes bien se hizo mas arrojado al ver el peligro, é intentó marchar con nueva prisa andando en una rápida carrera y en muy poco tiempo, mas de una legua de camino.

Fatigado en estremo, se detuvo para tomar aliento, y para enjugar el copioso sudor que corria por su frente.

Dócil entonces el caballo obedeció á la presion del freno, y se aró en el sitio en que el jóven quiso detenerle.

Mas ¡ay! que al intentar de nuevo emprender la marcha, clavó as espuelas en los hijares del fogoso bruto, que al sentirse herido, dió un terrible bote arrojando con violencia á Juan, que desprevenido y descuidado, cayó en tierra á larga distancia, como un robusto tronco tronchado por la raiz.

Un ¡ay! agudo y doloroso se escapó de sus lábios, mezclándose al ruido que producia su cabeza al chocar sobre las piedras.

Nada mas pudo escucharse, pues el novel soldado perdió el sentido, y ni pudo pedir socorro, ni pronunciar una palabra.

Es cierto que en aquella soledad y en medio de un país enemigo, sus gritos hubieran sido inútiles ó perjudiciales, atrayendo en torno de él séres que en vez de auxiliarle, le hubieran hecho prisionero.

Mucho tiempo permaneció el jóven inanimado y sin vida, paralizados sus sentidos, y sin luz sus cerrados ojos.

El golpe habia sido violento y cruel, y Juan estuvo á punto de perder la existencia en aquel sitio, solo y abandonado de todos.

Pero sin duda el ángel de la caridad velaba con amor por aquel corazon en que reinaba como señor, y cubriéndole con su manto, dándole fuerza con su dulce calor, le volvió la vida y reanimó su espíritu con su propio aliento.

Juan abrió los ojos despues de dos horas de profundo letargo.

Sin ideas, sin conocimiento de su situacion, ni del sitio en que se hallaba, su primer movimiento fué llevarse la mano á la frente, pues un dolor agudo que allí sentia le obligaba instintivamente á ello.

Pero aquella mano se tiñó de sangre, y al retirarla, sintióse presa de un terrible mal estar que jamás habia sentido.

Su cabeza herida y lastimada, parecia que se habia trocado en plomo, pues era tal el peso que sentia en ella, que le fué imposible levantarla.

Sus brazos y sus piernas estaban de tal modo contusos y dolori-

dos, que á pesar de sus esfuerzos, no consiguió moverse de aquel sitio.

Entonces Juan lo recordó todo: el bote de su caballo, su terrible caida, su soledad, su abandono.

La debilidad que sentia era estremada, mucha la sangre que habia perdido, y su estado tristísimo y cruel.

El jóven creyó que iba á morir.

Jamás se habia visto enfermo desde que la desgracia le habia separado del hogar paterno: nunca por consiguiente los recuerdos de su infancia aparecian tan dulces en su memoria como aquel dia en que carecia de todo afecto, de todo cuidado, de todo amor.

Nunca como entonces le habia parecido su aislamiento tan triste y amargo.

Iba á morir: iba á morir solo, abandonado, sin una mano que cerrase sus ojos, sin una voz que le hablase del cielo; sin una mirada cariñosa que endulzase su agonia.

Estos pensamientos, acudiendo en tropel á su mente, llenaron de angustia su alma y oprimieron su corazon.

Pensó en su madre, en su buena y santa madre, á quién no habia vuelto á ver desde niño.

Recordó á su padre, á aquel padre por cuya bendicion hubiera dado un mundo en aquel momento.

Trajo á su memoria, en fin, todos sus recuerdos, todos sus sueños del porvenir, y al verlos desechos, el desaliento sucedió á la animacion, el dolor á la antigua calma.

Sin arrimo, sin esperanza en la tierra, alzó sus ojos al cielo.

Sin una madre que le prodigase sus desvelos y le amparase en su aflictivo estado, recurrió á la Madre de los cristianos, recurrió á la Madre de Dios.

Una súplica ardiente y fervorosa subió de su corazon hasta sus lábios, los cuales murmuraron con triste y apagada voz:

—Vírgen inmaculada, si es mi destino acabar aquí mis dias, tened piedad de mí, y acudid en mi socorro; venid á endulzar mis últimos instantes, pues solo vos, Señora, solo vos podeis ayudarme.

Al terminar esta sencilla súplica, Juan se sintió desfallecer de nuevo.

El esfuerzo habia sido superior á sus fuerzas, y su vista se nubló otra vez, y una cinta de hielo ciñó su frente, privándole del conocimiento y dejándole sumergido en un profundo letargo muy parecido al sueño ó á la muerte.

Sin duda la pérdida de la sangre producia en él aquel penoso accidente.

La Reina de los cielos escuchó la plegaria del jóven y quiso socorrerle, dándole ayuda y prestando un sostén á sus perdidas fuerzas.

Una aparicion bella y consoladora iluminó la mente del infeliz Juan.

En el misterio de sus sueños vió á la Santa Vírgen descender á su lado, tocar sus heridas, y con acento suave, indefinible, quedo, hablarle en un lenguaje que él solo podia entender, de Dios, de la virtud, del cielo.

Al contacto de aquella mano, al sonido de aquella voz, soñó Juan que recobraba nueva vida; que una sávia fecunda y regeneradora se difundia por todo su ser, animándole y confortándole de un modo inusitado y milagroso.

Pasaron algunos instantes.

El jóven soldado dormia.

Un acento dulcísimo y puro, vino á despertarle.

Juan abrió los ojos, y se sintió fortalecido con aquel instante de reposo.

Mas como correspondiendo á las ilusiones de sueño, vió ante sí una dulce y bellísima realidad.

Una pastora, hermosa como la luz primera del alba; pura y modesta como el cáliz de la violeta; jóven y frezca como una rosa á medio abrir, y bondadosa y amable como la imágen de la caridad, se hallaba junto á él, y le preguntaba con amor:

—¿Cómo os sentís? ¿sufrís mucho?

—¡Ah! sí.

—¿Qué anhelais?

—Tengo una ardiente sed, respondió el soldado, cuyo corazon se agitaba con los recuerdos de su sueño.

La jóven no contestó, pero se alejó por un instante para volver á poco trayendo un vaso de agua cristalina y frezca de una fuente oculta sin duda en la espesura, y cuyo grato murmullo llegó entonces por vez primera hasta el oido de Juan.

—Tomad, dijo ofreciéndole dulcemente el vaso: tomad y bebed.

Él obedeció maquinalmente, y sumergió sus lábios en el frezco líquido con un ánsia indescriptible.

—¿Os sentís mejor? preguntó la pastora con celestial y amorosa voz.

—¡Oh! sí: esa agua me ha vuelto la vida.

—Ahora, levantad.

—Hace un instante que no podia.

—Apoyaos en mi mano.

—¡Ah!

—Probad así.

La desconocida tendió á Juan su diestra y él aceptando la ayuda que se le ofrecia, probó á incorporarse, y pudo no solo efectuarlo, sino que se puso de pié y se halló en estado de andar, con asombro profundo de su parte.

¿Era su pronta mejoría efecto del sueño, del reposo que habia gozado algunos momentos?

¿Era acaso producida por su invocacion á la Reina del cielo?

¿Era que la misericordia y el poder soberano de María realizaba en él un milagro?

¡Quién sabe!

Solo Dios, que desde su excelso trono tiene la vista fija sobre sus elegidos, y les guia y les preserva de los peligros para que puedan cumplir el alto fin para que fueron creados, lograria descifrar este arcano.

Mas ¿qué mucho que hubiera vuelto á Juan la salud en un instante, Aquel que con una sola palabra sacó del caos un mundo? ¿qué mucho que hubiera alejado la muerte de su frente aquella mano que se habia tendido á Lázaro y le habia sacado de la tumba?

Cuando se trata de un ser vulgar, de un hombre cualquiera, los hechos deben ser vulgares y sujetos en todo á la sola posibilidad humana.

Pero cuando se trata de un ser sobrenatural, de un ser que tiene en su orígen algo del cielo; de un ser en fin, en cuya creacion se ha esmerado la mano de Dios, concediéndole virtudes y gracias especiales, ¿por qué hemos de dudar que le conceda tambien una proteccion particular? ¿Por qué hemos de dudar que intervenga en sus hechos y en los acontecimientos de su vida, y que le separe de la generalidad en las gracias, del mismo modo que le ha separado de la generalidad en la santidad y en las virtudes?

Fortalecido ya y animado el dichoso Juan, solo pensó en volver á su campo, pues el caballo, despues de arrojarlo en su carrera, habia proseguido desbocado, perdiéndose en la espesura de la sierra.

A pié, en país enemigo, y temiendo á cada paso caer prisionero de los franceses, su deseo mayor era huir de aquel sitio y regresar junto á sus amigos, por mas que sintiera volver sin las suspiradas provisiones.

—Dios no ha querido auxiliar mi empresa, se dijo á sí mismo; tal vez con ella hubiera echado una mancha en mi alma... ¡Oh! si de este modo he logrado evitarlo, bien haya mi caida, y bien haya la sangre que he vertido; esta se restaña, pero una vez perdida la paz de la conciencia, tarde, muy tarde, se recobra.

El jóven se preparó á emprender su marcha rogando antes al cielo que le mostrase el camino que debia seguir, pues á la verdad, se hallaba tan desorientado en aquel sitio, que no sabia qué senda debia adoptar.

Sin querer detenerse ya, dió algunos pasos trabajosos é inseguros, y en breve tiempo se halló en un punto, donde, despues de mirar muchas veces el terreno, conoció al fin la senda que le conduciria mas pronto á su campamento. Siguió por ella con la rapidez que le permitia su pasada caida, y pronto perdió de vista aquellos lugares, donde habia estado á punto de perder la vida.

Poco tiempo despues se presentaba en su campo, cansado,

mostrando en su persona un cansancio y una fatiga sin igual.

Fernan Perez, que fué uno de los primeros que le vieron, y que le estimaba en gran manera, salió á su encuentro, y al ver su estado, le preguntó con acento cuidadoso y lleno de interés:

—¿Qué es esto, Juan? ¿han estado á punto de aprisionarte los enemigos?

—No, amigo mio, mi mala estrella es la que me ha puesto tan mal parado, y aun así debo dar gracias al cielo de que salvo y con vida me veais.

—¿Pues qué ha sido?

—Mi cabalgadura me arrojó, y á poco mas quedo muerto en aquel apartado sitio.

—¿Y el caballo? dijo Fernan notando entonces que Juan venia desmontado.

—Huyó por aquellos campos, y no me fué posible hallarle de nuevo.

—¡Cómo!

—Dos horas permanecí en un estado que se asemejaba mucho á la muerte: sin luz en los ojos ni aliento en el corazon: cuando volví en mí estaba solo, y solo he venido por evitar un nuevo lance.

—¡Oh! y has hecho muy bien; por ahora no pienses mas que en restablecerte, pues soldados como tú hacen falta al lado del noble conde de Oropesa, y en cuanto á caballos, confío en que no han de faltarte mientras los haya en el campo francés, y mientras nosotros tengamos brazos para ir á arrebatárselos.

Algunos soldados que llegaron en aquel momento cortaron la conversacion, acosando á Juan á preguntas, lamentándose de la desgracia ocurrida, y, preciso es decirlo, sintiendo mucho mas que aquella, la falta de los víveres que aguardaban.

El jóven fué conducido por sus amigos donde pudiera recibir los socorros y el cuidado que su situacion requeria.

XIII.

Pocos dias despues Juan estaba ya en las filas de sus compañeros, participando de sus peligros y de sus alegría, y entregado de nuevo á los quehaceres y ocupaciones de su vida de soldado, sin que en la apariencia se hubiesen alterado en nada sus antiguas costumbres.

Sin embargo, si alguien hubiera podido leer en el fondo de su corazon, si por las noches, cuando todos se entregaban al reposo, una mirada indiscreta hubiera podido fijarse en la humilde tienda del pobre soldado, le hubiese visto de rodillas dirigiendo á Dios sus plegarias y ageno y lejos de cuanto le rodeaba.

Desde su encuentro con la hermosísima zagala que habia sido su bienhechora, el eco de aquella voz dulcísima y pura vibraba siempre en su alma y resonaba en su corazon con una armonia celestial.

Su acento, sus miradas, apareciendo sin cesar en su memoria, tenian algo de divino y sobrenatural.

Ella con la dulzura de sus palabras le habia recordado el cielo, y al cielo con mas asiduidad y mas afan se dirigian las ardientes plegarias de Juan.

Y no habia noche por oscura y silenciosa que fuese, y no habia dia por hermoso y lleno de luz, en que el pensamiento del jóven no se alzase hasta el trono del Eterno, demandándole bendiciones y enviándole fervorosas acciones de gracias y alabanzas.

Ninguno de sus compañeros se atrevian á turbar sus plegarias, ni aquellos instantes de meditacion que algunos habian llegado á sorprender.

Todos por el contrario le respetaban, y si no podian imitarle, solian al menos hacerle justicia, admirando sus cualidades.

Sin embargo, la tierra es un valle de lágrimas, y llanto y tribulaciones solo hemos de encontrar en ella.

Los mas justos, los mas impecables, tienen horas sin fin de amargura y pesar, que solo sirven para fijar mas y mas su pensamiento en el cielo.

Esto debia acontecer á Juan, y esto le sucedió algunos dias despues de su peligrosa caida.

Uno de los jefes del ejército en que servia, que miraba al jóven como uno de los soldados mas honrados y leales, se acercó á él una noche y alejándole de sus compañeros, empezó á hablarle en estos términos:

—Juan, tú eres bueno y fiel, tú te entregas á la oracion y al trabajo en los momentos que tus compañeros se dedican á la inaccion ó al juego. Hace tiempo que observo tu conducta y estoy seguro que eres digno de la confianza que voy á hacerte.

—Señor, respondió el mancebo, mi vida está á disposicion de mis jefes, á quienes siempre miraré como á mis superiores y dueños.

—Entonces oye..... pero no: ven á mi tienda y allí podremos hablar sin testigos, pues me doliera en el alma que otro que tú pudiera escuchar lo que voy á decirte.

Juan siguió á aquel hombre, y ambos penetraban poco despues en la tienda que servia de morada al capitan.

Esté se sentó y el soldado permaneció de pié á una respetuosa distancia.

—Acércate, le dijo su interlocutor; acércate y escucha.

Juan obedeció.

—Siéntate aquí; debemos hablar largo rato, y no estás bien así de pié.

—Señor...

—Deja por ahora el vano respeto: te he juzgado digno de mi confianza, y desde este momento, y hallándonos solos, debo tratarte de igual á igual.

—Sin embargo...

—¿Qué?.

—Mi deber...

—Es obedecerme. Siéntate pues, y oye. Por una cuestion de honra he provocado á un hombre, con el cual debo batirme mañana al amanecer.

—¡Un duelo! murmuró Juan con acento pesaroso; ¡un duelo!

—Sí, un desafío en el que acaso perderé la vida, porque mi adversario es diestro y valiente, pero ¿qué remedio si esta es la ley del honor y debo sujetarme á ella?

—¡La ley del honor!

—Sí. ¿Es posible que un soldado español lo ponga en duda?

—Señor, yó entiendo el honor á mi modo.

—Luego opinas?...

—Y ¿qué vale mi opinion, siendo la de un jóven humilde y oscuro.

—Sepamos cual es.

—No quisiera...

—Díla.

—Yo nunca me atreveré á manifestar mi parecer en presencia de mis jefes.

—¿Y si estos te preguntáran?

—Responderia sin vacilar.

—Entonces...

—Todos me llaman tímido, y me acusan de poco entendido pa-

ra alternar en una conversacion cualquiera: yo confieso que esto es así: ni poseo los dones del génio, ni me precié jamás de sábio: pero en cuestiones en que la conciencia es el solo juez, la conciencia y no el génio debe responder.

El capitan miró con estrañeza á Juan, y llevado de la curiosidad, le dijo despues de un momento de pausa:

—Díme, pues, cómo juzgas el duelo; yó quiero saber lo que esa conciencia que invocas sabe dictar á tu razon.

—Señor, el duelo que los hombres llaman ley del honor es una afrenta á la ley divina, y un terrible olvido de la ley humana; es el crímen arrancando su manto á la justicia para disfrazarse con él, y castigar severo las faltas ó saciar el implacable ódio: es el asesinato intentando sustituir al deber; es el suicidio quitando á Dios sus derechos en nombre de la razon; es la venganza, el rencor robando su lugar al generoso perdon, á los nobles impulsos del alma; es en fin, señor, el alarde de la impiedad, la vanidad de la culpa.

—Y sin embargo es una costumbre y la sociedad lo autoriza.

—La sociedad no siempre camina por la senda del deber, iluminada por la fé, sostenida por la esperanza, y ligada por los dulces lazos de la caridad cristiana.

Hubo algunos instantes de silencio.

La voz de Juan, dulce y sumisa de contínuo, habia adquirido una entonacion vibrante y poderosa, y en sus hermosos ojos irradiaba luminosa y brillante la ardiente luz de la sagrada fé.

El capitan habia enmudecido ante la innegable verdad de sus palabras, y parecia que vacilaba, sintiéndolas penetrar en el fondo de su corazon.

—Vamos, murmuró al cabo, tratando de sacudir aquella influencia que luchaba con sus ideas; vamos, es preciso acabar; me llamarian cobarde si no llevase á cabo este desafío, si dudase ó vacilase ahora.

El jóven nada respondió.

No se le pedia su parecer y él era demasiado humilde para atreverse á darlo.

Sin embargo, pensó que mas grandeza de alma, mas valor se

necesita para arrostrar frente á frente la censura del mundo, con la mano puesta sobre el corazon y dándonos por satisfechos con la sola é ignorada aprobacion de nuestra conciencia, que para obrar en contra de nuestras opiniones, por miedo á la crítica de eso que se llama opinion pública.

—Dejemos, sí dejemos vanas disertaciones, y vengamos al punto para que te he traido hasta aquí.

—Os escucho, señor, contestó Juan tristemente, viendo la obsecacion de aquel hombre.

—En la suposicion de que la suerte me sea adversa, de que mañana á estas horas haya dejado de existir, quiero confiar á tu lealtad algunas alhajas y una gruesa cantidad, que irás á entregar despues de mi muerte á mi buena y noble esposa Doña Constanza de Arévalo y de Lara, llevándola al par mi postrer adios, y notificándola mi desgracia del modo que la sea menos doloroso.

—¡Yó!

—Sí: sé que ninguno te aventaja en juicio y honradez, y esto me ha impulsado á dirigirme á tí para confiarte esta mision: además, estamos al frente de un ejército enemigo, y expuestos por consiguiente á mil asechanzas; en tu poder esas riquezas no corren riesgo alguno, pues nadie puede suponer que un pobre soldado como tú, sea poseedor de ellas; en mano de cualquiera de mis amigos estaban mas expuestas en caso de una sorpresa, pues segun es la posicion en que nos hallamos, así somos vigilados y mayor es el interés que el enemigo pone en nuestra captura y en apoderarse de lo que poseemos.

Juan se disculpó una y mil veces; y alegó cuantas razones le sugirió su imaginacion para reusar una mision que deseaba á toda costa evadir.

Pero aquel hombre rogó y mandó de tal modo, que el jóven tuvo que resignarse y aceptar aquel cargo tan delicado y penoso.

El capitan se levantó: entregó á Juan un pequeño cofrecito, y despues de encarecerle su valor y recomendarle eficazmente su custodia, se despidió de él recordándole otra vez el nombre de su esposa y las señas de su morada.

El jóven se dispuso á salir, pero ni uno ni otro repararon en medio de su distraccion, que las cortinas de la tienda se habian movido imperceptiblemente, y que unos pasos ténues y ligeros mostraban que una persona se alejaba recatadamente.

El soldado sin sospechar que alguien podia observarle, salió de la tienda protegido por la oscuridad, y ocultando entre las ropas el precioso depósito que acababan de confiarle.

Meditabundo y contrariado se dirigió á su morada pensando en la estraña aventura que le acababa de suceder.

—¿Dónde esconderé yó este depósito? se preguntaba sin cesar; ¿dónde le guardaré hasta que sea hora de volvérselo á su dueño?

La idea de que su capitan podia morir acudiendo entonces á su mente le hizo estremecer, y meditar en la locura y en el error de las vanidades mundanas.

Sin embargo, pensó tambien en que si su jefe moria, su mision era mas larga y enojosa de cumplir.

Sobre todo, le mortificaba el cuidado de aquel tesoro, pues él que jamás habia poseido bienes algunos, ni sabia dónde guardarlos, ni estaba acostumbrado á llevarlos jamás consigo.

Mucho pensó, mucho meditó, sin saber que solucion darle.

Pero al cabo, y como asaltado por una idea repentina,

—¡Ah! dijo, eso es: no hallo un medio mejor.

Y redobló el paso con anhelo.

Juan atravesó el campamento, y se dirigió á una ermita casi arruinada, que aunque oculta y olvidada de todos, guardaba en sus pobres muros una imágen de la Santa Vírgen de los Dolores.

El sitio era solo y muy escusado.

Juan miró con afan en torno para asegurarse de que nadie le habia seguido.

Convencido de esto por el silencio y la soledad que reinaba en derredor, suspiró con libertad y murmuró muy quedo:

—Sí, aqui estará seguro; aquí nadie podrá sospechar que existe esta riqueza; acaso en mis manos, guardándola en mi poder, estaba mas expuesta á una pérdida, á una sorpresa: cavemos aquí.

El jóven hizo en el suelo un profundo hueco con una ligereza

admirable, y ayudado de sus armas, bien pronto obtuvo espacio suficiente para colocar en él el pequeño cofre.

Una vez depositado allí, le cubrió de tierra enteramente, y haciendo algunas señales para no equivocarse, se alzó otra vez, borrando todas las huellas de lo que acababa de hacer.

Despues se preparó á marchar, y tomando la misma direccion que habia traido, se alejó de aquel sitio tranquilo, y confiando poder responder de las riquezas que habian fiado á su honradez y buena fé, pues allí las creia seguras y resguardadas.

¡Cuánto era por desgracia su error!

Apenas el jóven se habia perdido en la sombra, un bulto se destacó cerca de la ermita, y se adelantó rápidamente al sitio que aquel acababa de dejar.

Con una agilidad y una prontitud incalculable, repitió la operacion que Juan habia hecho pocos minutos antes.

Cavó en la tierra tambien, pero en vez de depositar nada en ella, sacó por el contrario el cofrecillo que el incauto jóven habia colocado allí, y sin cuidarse de disimular su falta, huyó con él murmurando con una sonrisa siniestra:

—Al menos, ese nécio me ha dado muy poco trabajo: si hubiera conservado cerca de sí esta riqueza, me hubiera visto precisado á matarle para arrebatársela, y la sangre puede dejar alguna mancha en el que la vierte. ¡Oh! he tenido suerte: de este modo yó me hago rico sin inspirar sospechas, ni tener que recurrir á la violencia.

Y dicho esto, desapareció á toda prisa por el lado opuesto al que habia llevado Juan.

XIV.

—Conque la suerte os ha sido propicia? decia Juan en la tarde del siguiente dia á su capitan, que tranquilo y satisfecho acababa de aparecer ante él.

—Sí, tienes razon; por fortuna el lance ha terminado mejor de lo que yó creia.

—Pero ¿acaso vuestro contrario...?

—Mi contrario está herido, aunque no de gravedad: y además, ambos nos convencimos de que el motivo de nuestro duelo solo habia sido una lastimosa equivocacion.

—¡Ah!

—De este modo, todo ha concluido felizmente.

—Conque ¿por una equivocacion...?

—Sí, si; él no me habia ofendido: yó comprendí mal y...

Juan quedó pensativo y sorprendido.

La idea de que por algunas palabras mal entendidas, por un hecho insignificante, dos hombres habian estado expuestos á per-

der la vida, le preocupaba dolorosamente, mirando con sentimiento al que así menospreciaba la existencia que para mas altos fines le habia concedido Dios.

Su jefe, sin comprender el motivo de su preocupacion, le preguntó sonriendo.

—¿Sientes acaso que la cuestion halla tenido este desenlace?

—¡Líbreme Dios! os veo ileso y salvo, y esto regocija mi corazon; ya sabeis, señor, que si yo hubiera podido evitar ese desafío lo hubiera hecho aun á costa de mi sangre; pero como un humilde soldado solo debe acatar las decisiones de sus superiores, me resigné á él, y solo pensé en obedeceros. Ahora...

—¿Qué vas á decir?

—El depósito que me hicisteis es un cargo demasiado penoso para mí, y ya que las circunstancias han variado...

—Te comprendo. ¿Quieres...?

—Devolverlo á vuestro poder.

—Enhorabuena. Hazlo, puesto que así lo deseas.

—Entonces...

—Aquí aguardo; vé por él.

Juan no esperó que le repitiera tal órden por segunda vez; aquellas riquezas le daban un cuidado contínuo, y deseaba ardiente que salieran de sus manos.

Ligero como el viento se dirigió al sitio donde la noche anterior las habia depositado, murmurando mientras caminaba:

—Mi responsabilidad era grande; gracias al cielo que me libro de este peso.

Y siguió adelante cada vez con mas afan.

Algunos minutos despues divisaba á lo lejos la arruinada ermita.

Al fin llegó junto á sus muros.

Las miradas de Juan se dirigieron en torno con un estremecimiento terrible.

El hueco hecho por él la noche anterior, y cubierto despues con prolijo esmero, estaba allí vacío y abierto por una mano que no se habia cuidado de borrar las huellas de su accion.

El dolor y el asombro de Juan no tuvieron límites.

Buscó, removió en torno con el afan angustioso de la desesperacion, pero todo fué en vano; su desgracia era cierta y el mal irremediable.

Juan se aterró, sintió que las fuerzas le faltaban, y de sus lábios brotaron algunas palabras vagas y sin sentido.

¿Qué iba á hacer? ¿qué iba á decir á aquel hombre que con tan buena fé habia depositado en sus manos su fortuna?

¿Creeria lo sucedido? ¿dudaria de su honradez? todas estas preguntas se las hacia el triste jóven sin hallar respuesta para ninguna.

—¡Robado! murmuraba en su afliccion; ¡robado! y yó que coloqué en este sitio esas riquezas creyéndolas aquí mas seguras! ¡Desgraciado de mí! ¿Qué haré, Dios mio, qué haré?

Mucho tiempo permaneció inmóvil y aterrado sin saber que partido adoptar.

Sus piés clavados en aquel sitio se negaban á sostenerle casi, y su cabeza se desvanecia abrumada bajo el peso de aquel inesperado infortunio.

—Y ese hombre me espera, murmuró al fin. ¡Y tendré que presentarme á él! ¡Cada instante que pasa lo contará como una falta! Ya estará comentando mi tardanza; cada momento que trascurre le irritará mas contra mí!

Y queria alejarse de allí, y presentarse ante su jefe, y confesarle la verdad, pero el temor y el desaliento le sujetaban en aquel sitio y no sabia qué partido adoptar.

—Es forzoso, dijo despues de algunos instantes; es forzoso y no debo vacilar. ¡Dios me ofrece esta prueba y debo aceptarla! Él vé mi inocencia y velará por mí; á su cuidado fio mi suerte, puesto que lee en mi corazon.

Y resignado en medio de su tribulacion, emprendió su camino llevando un mundo de pesar en el alma.

Con las mejillas pálidas, con la frente abatida, llegó á la tienda de su jefe, á quién su tardanza tenia ya inquieto é impaciente.

En su triste aspecto, en su andar vacilante y confuso, compren-

dió que algo grave debia acontecer, y adelantándose algunos pasos preguntó al jóven con voz breve:

—¿Qué pasa? ¿por qué me has hecho esperar tanto?

Juan no despegó los lábios: no halló una frase que contestar.

Este silencio esasperó al capitan que añadió con mas violencia:

—Habla, habla pronto. ¿No ves que te pregunto con afan?

—Señor, señor... murmuró Juan con ahogado acento.

—¿Qué? ¿No fuiste al salir de aquí por el depósito que te confié?

—Sí, sí, pero ese tesoro...

—¡Dí!

—Me ha sido robado.

—¡Robado!

—Sí.

—Mientes desgraciado, eso no es posible; eso es...

Una sospecha terrible pasó por la mente del capitan.

Creyó á Juan culpable.

Creyó que el brillo del oro le habia cegado hasta el punto de turbar su razon, de convertirle en un miserable.

De otro modo, ¿cómo podia esplicarse aquel hecho? ¿cómo comprender que en algunas horas solo, que habia tenido en su poder aquella riqueza, la casualidad habia hecho que le fuese robada?

El jóven se hallaba aterrado y mudo.

Demasiado comprendia la sospecha de que era objeto, pero á pesar de su inocencia, no encontraba una frase para defenderse de ella.

Su silencio esasperó mas al capitan.

—Habla, habla, dijo con violencia aproximándose á él: dí la verdad, dí que te has engañado al asegurar que ese oro...

—No, por mi desventura no me equivoco.

—¿Sabes que esa riqueza era toda mi fortuna, el patrimonio de mi hijo?

—Solo sé que ha desaparecido, que yó...

—¿Sabes el castigo que aguarda al que abusa de la confianza que se deposita en él?

—¡Dios mio!

—Sabes...

—Soy inocente.

—Mientes infeliz, tú, tú solo...

—¡Yó!

—Mira, quiero tener lástima de tí. Vé, tráeme ese cofrecillo y yó olvidaré lo que me has dicho, olvidaré que has intentado hacerme creer esa fabula; vé, vé pronto.

Juan no se movió.

—Anda, anda pronto, prosiguió dulcificando su acento; tal vez te has engañado, tal vez ofuscado por la primera duda, el temor ha turbado tu vista; anda, quiero creer que todo ha sido una equivocacion; busca, busca bien.

El triste soldado no se movió de aquel sitio. ¿Y para qué? bien sabia él que nada alcanzaria: antes de venir habia agotado todos los recursos, se habia convencido hasta la evidencia de la verdad.

Su inmovilidad, su silencio irritó mas á aquel hombre, que sin poderse contener le sacudió violentamente del brazo, apostrofándole de un modo terrible.

A fuerza de amenazas, á fuerza de golpes, Juan contó todo lo ocurrido, cuya relacion irritó doblemente al capitan, juzgándola un cuento inverosímil é increible.

Aconsejado por la cólera, trató á Juan de un modo bien cruel, amenazándole con hacer caer sobre él todo el peso de la ley, si en un brevísimo plazo no venia á poner en sus manos aquel cofrecillo que encerraba una fortuna.

Juan salió de la tienda con la frente agoviada mas por el peso de la deshonra que por el temor á la muerte.

Algunas horas despues, el hecho se habia hecho público y el desgraciado jóven esperaba ser tratado como el mas vil malhechor ante el fallo que iban á pronunciar sobre su suerte en un consejo de guerra.

Este no debia serle muy favorable, si se atiende á que se le acusaba de un abuso de confianza, de un robo enorme, y sobre todo, debiendo juzgársele con la severidad y la rapidez que acompaña siempre á la disciplina militar.

XV.

Poco tiempo habia pasado.

Juan esperaba la muerte resignado y sumiso.

Toda la confianza y la deferencia de su jefe, se habia trocado en un ódio profundo que le obligaba á no transigir ni perdonar.

El pobre jóven habia elevado á Dios su ruego con la sencilla fé del inocente, y aunque ya no esperaba nada de la justicia de los hombres, lo aguardaba todo de la misericordia de Dios.

Otro en su lugar, al morir tan sin culpa, al sentir sobre sí el peso de una acusacion infame, siendo tan leal y honrado, se hubiera desesperado, se hubiera entregado á los accesos de la mas impotente cólera.

Juan, por el contrario, se humillaba bendiciendo los arcanos del Señor, y abandonaba su suerte á su infinita sabiduría.

Esta confianza no podia engañarle.

Su ángel custodio no podia abandonarle en aquel trance, ni el cielo permitir que la mano del hombre cortase el hilo de aquella existencia tan pura.

Sin embargo, los jefes encargados de juzgarle, lo hicieron de una manera bien triste para él, ora fuese que se vieran obligados á ello por las instigaciones de su compañero, ó bien porque las apariencias todas estaban en contra de Juan.

Segun su fallo, el pobre soldado era acreedor á una muerte ignominiosa, y esta no debia hacerse esperar, sino las horas precisas para que el sentenciado se dispusiera á abandonar la vida y á purificar su alma para presentarla en manos de Dios.

Todo esto fué notificado á Juan, el cual oyó su sentencia con valor y resignacion.

El que todo lo espera en el mas allá; en esa otra existencia imperecedera y eterna, recibe las amarguras y los contratiempos sereno y tranquilo, sin cuidarse mucho de ellos, del mismo modo que el viajero no se aflije ni se desanima por las penalidades que halla en el lugar donde ha de reposar una sola y única noche.

Juan al saber su próxima muerte, no se ocupó ya sino de Dios, dispuesto á dejar sin pena un mundo donde tan pocas afecciones dejaba y adonde tan escasas horas de dicha habian brillado para él.

Pasó la noche que precedia á su última aurora invocando á la santa Vírgen y á su ángel custodio para que acompañasen su alma en aquel postrer viaje, á cuyo término hemos de hallar una eternidad de tormentos ó una ventura sin fin.

Las horas pasaron largas y silenciosas como sombras enlutadas, sin producir á su paso rumor alguno, y separadas una de otras por algunas lentas campanadas solo.

El campamento estaba triste.

Todos sabian el próximo fin de su hermano de armas, y todos le amaban por su dulce carácter y por sus grandes virtudes.

Las apariencias le acusaban, pero en el pensamiento de ninguno cupo la idea de que fuese culpable.

Amaneció al cabo, y cabizbajos y con aspecto sombrío empezaron á cumplir las órdenes que habian recibido para llevar á cabo la ejecucion.

Juan se hallaba en la tienda que le servia de prision, sin que la luz del alba al iluminar su frente la hiciera inclinarse ni palidecer.

De pronto se oyó en el espacio el redoble de un tambor.

Era la escolta que venia á buscar al sentenciado.

Eran sus compañeros que venian á buscarle, no para llevarle como otros dias á hacer fuego sobre el ejército enemigo; esta vez el fuego de las armas de sus hermanos iria dirigido á su corazon.

Sin replicar, sin pronunciar una palabra, Juan se puso en marcha y siguió á los soldados murmurando una plegaria al emprender la partida.

Con paso mesurado y lento caminaban todos al lugar de la ejecucion.

Ya habian cruzado la mitad del camino, ya faltaba muy poco para el desenlace de aquel funesto drama, cuando sin esperarlo, sin pensarlo siquiera, apareció un apuesto ginete al estremo de la senda que la escolta seguia.

¿Quién era? ¿adónde se dirigia?

Ninguno podia decirlo: y sin embargo, iba por los inescrutables designios de la Providencia, á representar un papel harto importente en aquella sombría escena.

El desconocido adelantó rápidamente, y al llegar junto á los soldados se detuvo, cediendo sin duda al impulso de la estrañeza y la curiosidad.

—¿Sois soldados españoles, no es cierto? preguntó al que cruzaba junto á él.

—Sí tal, respondió el interpelado.

—¿Y adónde vais con tal aparato? presumo que no será á atacar al enemigo, porque vuestro número es poco.

—Ojalá fuera así.

—¿Entonces...?

—Vamos á cumplir un triste deber.

—¡Cómo!

—A ejecutar una sentencia.

—¿De muerte?

—¡Sí!

—¿Algun traidor...?

—No los hay en el ejército español.

—¿Algun criminal acaso?

—Mas bien un desgraciado: al menos yó lo creo así.

Y el soldado contó con noble franqueza todo cuanto sabia acerca de Juan, sin olvidar la conducta siempre ejemplar y honrada del pobre jóven.

—¿Cuál es el nombre del capitan que le hizo el depósito de que hablais? preguntó el desconocido despues de haber escuchado con suma atencion.

—Don Alvaro de Lara, respondió su interlocutor.

—¡Don Alvaro de Lara! ¿Es posible? y yó que venia... ¡oh! llevadme, llevadme á su tienda, y sobre todo, procurad ganar algun tiempo, que yó os ofrezco alcanzar el perdon de ese jóven, cuyo semblante demuestra mas infortunio que culpa.

Y rápido como el pensamiento, cruzó en direccion al campamento español sin dejar de murmurar:.

—¡Alvaro! ¡oh! Dios sin duda me trajo á este camino para que pueda hacer una buena accion.

XVI.

En la tienda de Don Alvaro de Lara se hallaba éste solo y con un aspecto contrariado y ceñudo por demás.

Con la cabeza inclinada y la frente contraida, medía á largos pasos el espacio en que se hallaba, y de sus lábios comprimidos y pálidos salia de vez en cuando alguna palabra entrecortada ó algun ruidoso suspiro.

En todo su continente revelaba una agitacion y una contrariedad terrible.

A veces se detenia y miraba á la puerta, ó parecia prestar atencion á los ruidos exteriores, mientras sus manos se crispaban por una contraccion nerviosa.

Era que sabia que aquella hora era la destinada para la ejecucion de Juan, y en su pecho se agitaba una lucha espantosa entre su enojo, sus remordimientos y su duda.

En aquel momento se acusaba interiormente de haber contribuido á cortar la vida de un hombre, y las pruebas de rectitud y de

bondad que habia visto siempre en Juan, acudian á su memoria, acusándose á sí mismo cuando menos de haber puesto en sus manos la tentacion del crímen, al entregarle aquella riqueza.

De pronto la cortina de la tienda se levantó con violencia, dejando ver la figura de un hombre que estendió su vista en derredor.

Don Alvaro no pudo contener una esclamacion, pues juzgó en su inquietud que el que llegaba venia á noticiarle que la sentencia estaba ejecutada.

Pero el recien llegado adelantó ligeramente, y al distinguirlo murmuró con afan:

—¡Alvaro!

Este dudó por un momento dominado por la sorpresa, hasta que tambien esclamó al fin:

—Lope, Lope, ¿tú aquí?

—Ya lo ves.

—¡Será posible!

—¿No me esperabas?

—¡Oh! no; pero vienes...

—Vengo á cobrarte una deuda.

—¡A mí!

—Sí: una deuda de gratitud, que contrajiste conmigo hace dos años.

—¡Ah! es cierto; pero siéntate, sin duda acabas de llegar al campamento.

—Así es.

—Y á pesar de no habernos visto en tanto tiempo, ni has estrechado mi mano, ni...

—¡Oh! despues, despues.

—Pero...

—El tiempo urge, y luego sobrado lo tendremos para recordar nuestra amistad y mostrarnos nuestro afecto.

—Mas en fin...

—Dentro de algunos instantes vá á morir un hombre y tú puedes impedirlo.

—¡Yó! ¿Cómo?

—Pronunciando la palabra «perdon.»

—Es que...

—Lo sé todo.

—Un consejo de guerra le ha juzgado.

—Sin embargo, es preciso que tú le salves.

—Repara...

—¡Oh! nada.

—Una vez sentenciado yó no puedo...

—Puedes, si es preciso, decir que te engañaste, que han parecido tus riquezas.

—Mas ¿qué interés te mueve á exigir lo que me pides?

—Un impulso del corazon.

—¿Conoces á ese soldado?

—Solo le he visto un instante.

—Entonces...

—Aquel rostro no es el de un criminal: estoy seguro de ello; además, una voz interior me dice que de este modo obro bien hoy, y que te libro mañana de un remordimiento.

—¿A mí?

—Sí, porque ese jóven es inocente, y en breve acaso se descubra al verdadero culpable.

—¿Por qué lo crees así?

—Ya te he dicho que es un impulso del corazon. ¿Conque accedes á mi demanda?

—Lope...

—¿Vacilas?

—Tú no sabes...

—¿El afan que has mostrado en que castiguen á ese hombre? Sí, lo sé todo.

—Entonces...

—Tengo empeño en ello; no se qué mano oculta impulsa mi alma á que te exija la vida de ese jóven, recordándote, si para ello es preciso, que me debes la honra y la existencia.

—¡Ah!

—Que me dijiste en el instante de recibir ambas cosas de mi

mano que jamás olvidarias mi accion, que tu voluntad me pertenecia desde aquel dia.

—Es verdad, es verdad, á no ser por tí...

—Pues bien, Alvaro, sirva esta memoria para que perdones á ese infeliz, para que interpongas tu influencia para librarle: de este modo todos admirarán tu generosidad, y Dios mismo bendecirá tus obras.

—¿Y será bastante que yó ruegue en su favor, cuando acaso á estas horas...

—A estas horas los soldados que le llevan, que son sus compañeros, que le aman, que cuentan una accion bella de él cada uno, esperan, confiados en mi palabra, que vaya á llevarles el perdon.

—¿Tú?

—Sí, ven; no perdamos un instante: el tiempo vuela, sígueme y pruébame de este modo que eres digno de mi amistad.

Y sin aguardar mas respuesta, cogió el brazo de Don Alvaro y salió de la tienda.

Lara le siguió mitad obligado por sus ruegos y mitad vencido por los deseos de su propio corazon, que pasado el primer impulso de la cólera, hablaba tambien muy altamente en favor del infortunado Juan.

Dios sin duda favoreció el noble propósito de Don Lope, allanándole el camino de aquella buena obra, pues en breve llegaron junto á aquellos que ante sus palabras podian concederles el perdon.

Don Lope habló con calor en favor del sentenciado; Don Alvaro tambien apoyó su demanda retirando la acusacion, y al fin las repetidas instancias de unos y otros lograron un éxito satisfactorio.

La vida de Juan estaba salvada.

Algunos instantes despues, aquel hombre á quien la Providencia habia conducido á aquel sitio inspirándole al par la idea de salvar al novel soldado, llegaba ante los que custodiabau á éste, agitando su blanco pañuelo.

—¡Perdonado! gritaron algunos al divisarle de lejos.

—¡Perdonado! respondió él con alegría.

Una aclamacion unánime respondió á estas palabras.

Todos cercaron con entusiasmo á Juan, que cayó de rodillas alzando al cielo su mirada y enviándole en ella una ferviente y muda accion de gracias.

El gozo de sus compañeros se vió turbado empero, pues Don Lope les manifestó que Juan debia separarse de ellos y abandonar el ejército.

Esto no podia menos de suceder.

Le perdonaban la vida, pero como las apariencias estaban en contra suya, como dudaban aun, no podian menos de castigarle de algun modo, y por eso le espulsaban, dejando impresa en su frente la vergüenza de la culpa.

Esto impresionó al jóven en gran manera, aunque Dios veia su inocencia, y Juan tenia en bien poco la opinion del mundo, estando seguro de la aprobacion del cielo.

De nuevo iba á verse solo y sin saber qué hacer de una vida harto azarosa é insegura.

En cuanto á Don Lope, volvió á la tienda de su amigo, y al despojarse de su traje de camino para reposar algunas horas,

—Gracias, Alvaro, le decia, gracias: hemos hecho una buena accion y podemos descansar tranquilos.

—¡Oh! sí; ahora te lo confieso, me has quitado un enorme peso del corazon, pero esas riquezas que he perdido...

—El cielo te las envia de nuevo: mi venida tenia por objeto darte una nueva feliz.

—¿A mí?

—Sí.

—Esplícate.

—La noble tia de tu esposa, la hermana mayor de su madre ha muerto, legándote su fortuna y dejando á tu hijo el título de marqués de Sandoval.

—¿Será posible?

—La marquesa era inmensamente rica, ya lo sabes, y yó he sido el encargado de participarte esta nueva.

—Cuánto te debo, Lope.

—¿A mí? nada

—Eso dices, y...

—No hablemos de eso; las deudas del alma se pagan con la amistad, y tú acabas de probarme que la tuya es muy síncera, cediendo á la primera exigencia que han formulado mis lábios.

XVII.

Juan se despidió de sus amigos, y una vez libre, abandonó el campamento decidido en su interior á volver á Oropesa, y á gozar de la dulce tranquilidad y paz de su oficio de pastor.

El peligro y la tribulacion pasada le hacian desear con mas ardor la soledad y la calma de los campos.

—Allí, dijo, no me veré acusado ni deshonrado por los hombres: allí podré dedicarme á Dios, el único que lee en el corazon y no se engaña en sus juicios.

Y sin detenerse un punto, emprendió á grandes jornadas el camino que debia conducirle á su antiguo retiro.

Solo, sin recursos, hubiera acaso perecido de hambre y de fatiga en aquella larga jornada, si el cielo por distintos medios y de una manera oculta y milagrosa no hubiera acudido en su socorro.

Auxiliado por él, Juan llegó al fin de su viaje, y pudo volver á ver aquellos sitios donde tan dulcemente habian trascurrido sus horas.

Su reposo empero debia durar muy poco.

La bandera del islamismo se alzó contra la cruz.

La córte de Alemania fué invadida por las huestes del imperio Otomano.

Soliman IV al frente de sus bárbaras legiones puso sitio á la noble Viena, y el corazon de los cristianos se agitó con un solo latido á la noticia de tal agresion.

Un grito unánime respondió en toda España al gemido de la cindad sitiada, y el invencible Cárlos V alzando en sus potentes manos el estandarte de la cruz, reunió á toda la nobleza española que quiso correr á su lado, ansiando probar que pertenecian á una nacion cuyos católicos y leales hijos, llevaron el glorioso lema de consagrar su espada y su vida á su Dios, á su rey y á su dama.

La idea de combatir á los enemigos del cristianismo, alzó miles y miles de brazos, entusiasmó á miles y miles de corazones, y el de Juan no fué por cierto de los últimos.

Ante la idea de derramar su sangre por el triunfo de la cruz, olvidó sus pasadas penas, no recordó sus anteriores peligros, y abandonó su quietud, volviendo á empuñar la espada, y lanzándose otra vez entre los horrores de la guerra.

Por fortuna en esta ocasion tuvo la dicha de ver el triunfo de los suyos.

La fé de Jesucristo, esa brillante y segura luz que ha iluminado el alma de tantos héroes y sostenido á tantos mártires, alentó poderosa á sus bravos soldados, y el islamismo se vió humillado por el ardor de los cristianos.

La empresa de estos fué bendecida por Dios, y en breve tiempo el emperador Cárlos V, con el prestigio de su valor y de su nombre, abatió el poder de los turcos, haciendo no solo que éstos levantasen el sitio de Viena, sino que abandonasen la Alemania.

Una vez asegurada la tranquilidad de los cristianos, y libres del poder de los otomanos, el emperador regresó lleno de gloria á España, trayendo entre sus huestes vencedoras á Juan, á quién esta vez habian respetado las balas y protegido la fortuna.

Como su idea al tomar las armas fué solo hacer la guerra á los infieles, y ésta habia terminado ya, el jóven se halló libre de nue-

vo, dueño de sus acciones y con la sola esperanza del trabajo, para crearse un porvenir.

Entonces pensó volver á los sitios que le vieron nacer y evocar allí los recuerdos de su infancia.

Mas antes de realizar este deseo de su corazon, quiso visitar el sepulcro del grande Apóstol protector de España, á quien tantas veces habia invocado en los campos de batalla.

A este fin, emprendió su marcha en aquella direccion, y á los pocos dias se arrodillaba en las gradas de la gran catedral, asombro del mundo y una de las primeras que cuenta en su seno la católica Europa.

Una vez cumplido este deber, cedió al fin á los impulsos de su corazon, y atravesando la Galicia llegó á las fronteras de Portugal, su pátria, pátria tambien de sus buenos padres.

Caminando sin descanso llegó al cabo de muchos dias á Montemayor, de donde habia salido hacia tantos años.

Al divisar de lejos las torres de su ciudad natal, al respirar aquel ambiente que él juzgaba que respirarian sus padres, el corazon de Juan latió con violencia y descubriendo su noble frente saludó con respeto aquella tierra y aquel aire bendecido.

—Allí ví la primera luz, murmuró con emocion; allí se meció mi cuna; allí recibí las primeras caricias de mi padre y los dulces cuidados de mi madre; ¡mi madre! ¿qué será de ella? ¡pobre peregrino que he vagado triste y solo por el mundo! ¿qué hallaré al volver á mi abandonado hogar?

Una lágrima tembló en las pestañas de Juan y una plegaria brotó en sus lábios.

Despues con paso anhelante penetró en la ciudad, y estraño enteramente en ella, preguntó al primero que encontró, cual era el camino de la calle en que vivian sus padres, cuyo nombre aun conservaba gravado en la memoria.

Dijéronle por donde debia ir, y sin vacilar un instante emprendió la direccion indicada.

Poco despues se detenia á la puerta de aquella casita tan pobre y tan humilde, que por un instinto de su alma reco-

noció al momento, y llamaba á ella con mano temblorosa.

Nadie contestó á los primeros golpes, por mas que Juan esperase con una ansiedad terrible, y con una atencion estremada para oir la voz que iba á responderle.

Repitió los golpes de nuevo, y un acento dulce y argentino, el acento de una niña de pocos años fué el que llegó hasta el viajero, preguntándole qué queria.

Aquella voz no era la de su madre; aquella voz no vibraba en el alma de Juan, y si produjo algun sentimiento en ella, solo fué el desaliento y la duda.

Entonces haciendo un violento esfuerzo pronunció el nombre de sus padres, é interrogó con afan á la que le habia salido á abrir, por el paradero de aquellos séres queridos.

La niña que habitaba la casa le miró con estrañeza, asegurándole que no le comprendia y que no sabia quienes eran María Duarte ni Andrés Ciudad.

Juan preguntó de nuevo, insistió una vez y otra, pero nada pudo averiguar.

Entonces se alejó de aquel sitio, y se encaminó á la primera hospederia que encontró, donde penetró lleno de incertidumbre.

Allí, y cediendo al afan que le dominaba, se acercó al hostelero y repitió sus preguntas de nuevo.

Nada pudo saber de sus padres, pero averiguó donde moraba un anciano cuyo nombre era Don Alonso Duarte.

Aquel anciano era hermano de su madre.

Sin perder un instante, dirigióse en su busca con la esperanza de hallar allí noticias de los autores de sus dias.

El triste Juan tardó muy poco en hallar la casa de Don Alonso, y en hacerse anunciar á éste.

El anciano no esperaba ver aparecer ante su presencia á Juan, pues el convencimiento de que habia muerto se albergaba en su alma hacia muchos años.

Sin embargo, cuando el jóven se dió á conocer, cuando habló de su madre, cuando recordó su infancia, cuando evocó las dulces y santas memorias de su pobre hogar, Don Alonso se sintió conmo-

vido, y la voz de la sangre alzó su poderoso grito en aquel corazon helado por los años y por los sufrimientos.

—Sí, dijo abriendo sus brazos al mancebo: sí, sí; tú eres el hijo de mi triste María, tú eres aquel Juan cuyo amor llenó su alma mientras vivió.

La sangre del jóven se heló en sus venas.

Su frente se cubrió de una mortal palidez.

—¿Luego mi madre ha muerto? murmuró con angustiado acento.

—Sí, hace ya mucho tiempo.

—¡Desgraciado!

—El dolor de tu ausencia la llevó al sepulcro.

—¡Madre de mi alma! ¡madre mia!

Gruesas lágrimas brotaron de los ojos de Juan arrancadas de su alma por el recuerdo de la triste María.

Don Alonso guardó silencio, respetando aquel inmenso dolor. Y sin embargo, aun le quedaba otro golpe que dar en el corazon del desgracíado hijo.

—¿Y mi padre? preguntó éste con acento tímido y ahogado: ¿y mi padre?

El anciano no respondió.

No hallaba una palabra para manifestarle que era huérfano enteramente, que tambien el honrado Andrés habia bajado al sepulcro.

—¡Tambien ha muerto! esclamó Juan con indecible amargura comprendiendo aquel silencio.

—¡Valor, hijo mio! dijo Don Alonso con apagado acento.

—¡Solo! ¡solo! repetia el jóven con doliente voz: ¡solo en el mundo!

—¡Oh! ¡no lo estás!

—¿Que no?

—¿Acaso no soy nada para tí?

—¡Ah! sí, soy un ingrato: sin embargo...

—Ya sé que la pérdida de una madre deja un insondable vacío en el alma: ya sé que la falta de un padre nadie la puede reparar.

—Y para mí, para mí es mucho mas dolorosa esta desgracia, pues han muerto sin tenerme á su lado, sin que yó les haya visto, ni haya podido recoger su último suspiro ni su última bendicion.

—Tu pobre madre solo pensaba en tí en sus postreras horas; tu nombre, tu recuerdo llenó los momentos de su agonía, y si no logró darte esa bendicion que echas de menos en la tierra, no lo dudes, te la dará de contínuo en el cielo.

—Pero decidme al menos, decidme como fué su muerte.

—María sucumbió primero. El fin de su existencia fué resignada y dulce como habia sido toda ella. Su esposo no la abandonó y cerró piadosamente sus ojos, al verla adormecerse con el sueño de los justos. En cuanto á Andrés...

—¡Oh! continuad, continuad.

—Al verse separado de la que habia sido su amante y buena compañera; al verse lejos de tí, cuyo paradero ignoraba, y á quién tambien creia muerto, el mundo le pareció triste y desierto, y huyó de él, yendo á refugiarse entre los hijos de San Francisco que le abrieron las puertas de su santa casa como á un hermano querido.

—¡Ah!

—Allí pasó sus últimos dias admirando á todos con su virtud y su santidad.

—Gracias, Dios mio, murmuró Juan con efusion.

—Sí, su vida fué ejemplar, y el cielo será su morada.

Hubo algunos instantes de silencio.

—Y ¿qué vas á hacer ahora? preguntó Don Alonso con cariño.

—A alejarme de estos sitios adónde me habia traido el amor de los autores de mis dias.

—¿Vas á ausentarte de nuevo?

—Sí, sí. ¿Qué tengo que hacer en Montemayor?

—¡Oh!

—Muertos mis padres, esta ciudad sería una tumba para mí.

—¿Conque vás á abandonarme? y yó que creia...

—¡Tio...!

—Oyeme, Juan; yó soy viejo, tengo algunos bienes de fortuna

y estoy solo en la tierra; quédate á mi lado, serás para mí un hijo y yó en cambio seré para tí el mas cariñoso padre.

—¡Quedarme!

—Sí, y despues que yó muera serás el solo poseedor de cuanto tengo.

—Mal me juzgais si me creeis ambicioso.

—No; pero eres jóven y la vida puede aun tener encantos para tí, mas todavia si hallas en ella algun oro conque vivir cómodamente.

—No será por cierto el afan de la riqueza y el bienestar el que me detenga en este suelo donde á cada instante se renovaria mi dolor; no, yó no puedo permanecer en estos sitios, y sobre todo, perdida la esperanza de cerrar los ojos de mis padres, quiero volver á mi vida aislada y solitaria, quiero cruzar el mundo otra vez: quiero seguir este secreto impulso de mi corazon que siempre me llevó á otros lugares: quiero, en fin, obedecer la voz de Dios que aleja de mí la quietud y el bienestar.

—Pero...

—Nada me digais; todo seria inútil; mi resolucion es esta y no habrá quien me haga desistir de ella.

—Pero ¿adónde irás?

—Ni yó mismo lo sé.

—Mas aquí...

—Aquí se me brinda con la felicidad y el reposo, y la dicha y la paz solo deben buscarse en el cielo.

XVIII.

Al cabo de algunos dias, y sin acceder á las súplicas de Don Alonso, Juan salia de Montemayor llevando consigo algunos dones que el cariñoso anciano le habia obligado aceptar.

Esta vez la piadosa María no le acompañó como en su niñéz hasta fuera de la ciudad, ni el buen Andrés le dió sus consejos antes de partir.

Ahora salia solo, abandonaba aquellos sitios que le vieron nacer sin dejar en pos una lágrima, ni llevar ante sí una esperanza.

¡Mísera y triste condicion humana!

Vivimos cercados de personas queridas, de séres que se afanan por nuestra dicha; todo lo anhelamos para ellos; su bien, su cariño, es el móvil de nuestras acciones; pero damos un paso, dirigimos en torno una mirada, y nos hallamos solos, aislados en el camino de la vida, esperando á nuestra vez abandonarle muy en breve.

Aquellos á quienes amábamos, aquellos que eran el encanto y

la ilusion de nuestra vida, se han convertido en nada y han caido para siempre en el abismo de los siglos.

Juan al salir de Montemayor elevó al cielo una plegaria por el alma de sus padres. ¡Una plegaria, único lazo que podia ligarle ya con ellos!

Antes de emprender el camino, quiso en nombre de Dios, y guiado por el impulso que ardia en su alma, entregar á la pobres todo el dinero y los regalos que habia recibido de su tio.

Así lo hizo, y pobre, á imitacion del Salvador del mundo, y dejando consuelo doquier tambien como éste, abandonó para siempre su suelo natal, emprendiendo la marcha á Andalucía, adónde Dios le llamaba para que plantese el glorioso estandarte de la humildad y de la caridad.

Caminando á pié, y sin recursos, llegó á Ayamonte, desde donde se despidió del reino de Portugal, trayendo á nuestra pátria la gloria y el bien de contarle entre sus hijos.

Despues de visitar el hospital de aquel punto, salió de él y llegó á Sevilla, perla de Andalucía, y emporio entonces de riqueza, de hermosura y creciente ilustracion.

Pero Juan se halló solo en la pátria de San Fernando, y sin saber que hacer para atender al sostén de su vida; caminando á la ventura, llegó al barrio de San Bernardo, donde la Providencia le deparó un asilo, entrando en casa de Doña Leonor de Zúñiga, dama rica y principal que le admitió á su servicio para cuidar de sus vastas heredades.

XIX.

Muchos dias pasaron.

Juan, leal y honrado siempre, desempeñaba sus nuevos deberes con un celo sin igual.

Atento siempre al bien de su señora, no reposaba un instante, ni dejaba jamás á ningun otro el cuidado de velar por su cuantiosa hacienda.

Un dia en que el cielo se hallaba cubierto de nubes y en que el recio viento auguraba una violenta tempestad, salió como de costumbre á recorrer los campos y á recoger el ganado, esparcido por ellos en aquel momento.

Guiado por su afan, no se apercibió de que la lluvia empezaba á caer con fuerza, y que la voz del trueno, poderosa y vibrante, empezaba á oirse á lo lejos, pregonando en el espacio la magestad y el poder de Dios.

Las tranquilas aguas del caudaloso Guadalquivir aumentaron

su corriente con la que arrojaban las nubes, y Juan en su orilla se vió detenido sin saber adónde guarecerse.

El espacio quedó desierto.

Pastores y caminantes habian huido á los primeros amagos de la tempestad.

Juan iba tambien á ponerse al abrigo de ella, cuando distinguió á lo lejos un carruaje que adelantaba lentamente.

El jóven se detuvo.

Un instinto del corazon le decia que allí podria evitar una desgracia.

Los caballos que arrastraban el coche marchaban con trabajo y deteniéndose á cada instante fatigados por la lluvia.

De pronto la luz de un relámpago, seguida de un trueno espantoso, les hizo encabritarse y retroceder espantados, haciendo volcar rápidamente el carruaje.

Juan corrió rápidamente al auxilio de los viajeros, para socorrerles en aquel momento de peligro.

—Socorro, socorro, gritó una voz desde el interior del coche; socorro.

Este grito hizo que el jóven aumentase la velocidad de su marcha y que llegara á tiempo de coger en sus brazos á un hombre anciano y de aspecto distinguido que sin reparar en nada, se habia arrojado por una de las portezuelas.

—Mis hijas, mis hijas, dijo al llegar al suelo sostenido por Juan. ¡Oh! sacadlas á ellas, mientras yo sugeto los caballos.

Y con el afan que presta el ver en peligro á una persona amada, el desconocido corrió á detener los asustados animales, mientras Juan sacaba del pesado vehículo á una señora anciana y á cuatro jóvenes que sin duda eran las hijas del viajero.

Cuando éste las vió en el suelo libres del pasado riesgo, volvióse hácia Juan y le dijo con voz temblorosa:

—Gracias, amigo mio, gracias; sin vuestro auxilio no se que hubiera sido de nosotros en tan apurado lance, casi os debemos la vida y aunque no soy rico, no debo sin embargo dejar vuestra buena accion sin recompensa.

Y sacando algunas monedas de su bolsillo, las ofreció á Juan murmurando al mismo tiempo:

—Perdonad la cortedad del don á un pobre desterrado, que aunque noble y caballero, camina privado de sus bienes hoy, al lugar de su destierro.

El mancebo alzó sus elocuentes ojos hasta fijarlos en el desconocido, y separando dulcemente su mano,

—Señor, le dijo, guardad la recompensa para aquel que mejor la merezca; yo solo he cumplido con mi deber ayudándoos en esta hora, y sobrado pagado estoy con la satisfaccion de haber sido útil á quien necesitaba de mí.

—Sin embargo...

—Eso que llamais buena accion, perderia su mérito al ser pagada con oro.

El desconocido fijó sus ojos en Juan, admirado de su lenguaje.

—No son por cierto algunas monedas las que pueden pagar los servicios como el que acabais de prestarme, pero pueden probaros al menos mi gratitud, y ser un recuerdo mio.

—En cuanto á la gratitud ya he dicho que no la merezco; el Supremo legislador del cielo y tierra, nos dijo al darnos la vida: «amaos los unos á los otros como hijos de una misma madre, que es la iglesia,» ya veis señor si á un hermano no se le favorece en cualquier apuro.

—¿Habeis sido siempre pastor? preguntó el viajero, no pudiendo comprender que bajo aquel rústico aspecto se albergara un corazon tan elevado y una tan clara inteligencia.

—No señor, contestó Juan; aunque he pasado bastantes años en la soledad de los campos.

—Segun eso...?

—He sido tambien soldado.

—¡Ah!

—He cambiado alguna vez el cayado por la espada, pero mis hábitos y mis deseos me han hecho volver siempre á mi primitivo oficio.

—¿Y habeis peleado...?

—Contra los enemigos de mi pátria, y contra los enemigos de mi Dios.

—¿Como simple soldado?

—Sí; una vez en Fuenterrabia á las órdenes del conde de Oropesa, y otra vez en Viena bajo las banderas del gran Cárlos V.

Sí, teneis razon; á su lado se agrupó no hace mucho toda la nobleza castellana, y vos sin duda...

—Yo no soy español de nacimiento, aunque lo soy de corazon.

—¿Cuál es entonces vuestra pátria?

—Portugal.

—¡Dios mio! ¿Será posible?

—¿Qué os admira?

—En Portugal ví la luz primera.

—Estraña casualidad es la de habernos encontrado tan distantes de nuestro suelo.

—Sí por cierto, y yo la bendigo, pues me ha hecho conoceros.

Hubo algunos instantes de silencio en que el caballero examinó con mas atencion el rostro de Juan.

Despues le dijo con un acento lleno de interés.

—¿Y ahora os hallais contento con vuestra suerte?

—Sí, puesto que en ella me ha colocado la mano de Dios.

—Si no fuera así y anhelárais cambiarla...

—¿Qué?

—Yo me holgaria de ello.

—¿Cómo?

—Sí, porque esto seria un consuelo que el cielo me ofreceria en mi infortunio.

—¿Sois desgraciado? preguntó Juan cuyo corazon sintió desde entonces una viva simpatia hácia aquel hombre.

—¡Oh! mucho; me veo anciano y caminando hácia un pueblo estraño, donde no encontraré un rostro amigo, ni un alma que me compadezca en mi desgracia.

—Y entonces...?

—Una calumnia ha arrojado sobre mi frente el sello de la culpa, y he sido desterrado y obligado á abandonar mi casa, mis bie-

nes, y á partir á Ceuta, donde me acompaña mi pobre esposa y mis amadas hijas.

Juan recordó entonces que tambien se habia visto acusado sin culpa y las angustias y el dolor que le habian causado, y esto acabó de inclinarle en favor de aquel hombre,

—¡Cuánto daria por remediar vuestra suerte! dijo con una voz que salia de lo profundo su alma.

—Podeis hacerlo; respondió el caballero con viveza.

—¿Cómo?

—Acompañándonos en nuestro viaje.

—¡Yó!

—Sí, y ya veis qué alivio seria para mí tener á mi lado una persona que mostrase interés y cariño por los mios, y que hubiera tenido por pátria aquella que tambien lo es mia.

El jóven vaciló un instante.

La idea de ser útil á un anciano empezó á dominar su corazon y á inclinarle á ceder á las súplicas del viajero.

—¡Oh! sí, venid con nosotros, dijo una niña de pocos años que se adelantó entonces hácia ellos alzando hasta Juan sus candorosa mirada: venid con nosotros; mi pobre padre tendrá con eso un compañero que le ayude, y yó un amigo á quien querer en esa tierra donde vamos y adónde dicen que estaremos solas.

Y la niña en su inocencia asió la mano del mancebo y le acarició con dulzura.

La anciana que habia oido el anterior diálogo atenta y silenciosa, tambien fijó en el jóven una mirada que revelaba una elocuente súplica, y parecia aguardar su respuesta con una angustiosa ansiedad.

La vejéz y la infancia desvalidas mezclaban su voz para suplicar á Juan, y esto era demasiado para que aquel corazon todo abnegacion y todo ternura, hubiese podido resistir á ella.

—¿Qué me respondeis? preguntó con empeño el viajero; ¿qué me respondeis?

—Que ahora... yó no puedo...

—¿Os negais?

—No, no, pero...

—¿Os asusta tal vez venir á un punto donde hay tantos infelices, cuyo aspecto desgarra el alma á cada paso?

Si alguna duda quedaba en el pecho de Juan, estas palabras bastaron á disiparla.

Los desgraciados habian sido siempre sus hermanos: mas aun, su único amor sobre la tierra, y entonces que ya no tenia sus padres, puede decirse que eran el único objeto que llenaba por entero su corazon.

—Os prometo acompañaros, dijo al anciano resueltamente; os prometo acompañaros en vuestro destierro.

—¿De veras? esclamó éste con alegria.

—Sí: mas como tengo que entregar á su dueño la hacienda y los ganados que me confió, no podré hacerlo en este instante, pero os prometo reunirme con vos dentro de algunos dias en el punto que me indiqueis.

—¿Y no faltareis?

—Os empeño mi palabra.

—Pues bien, en Gibraltar os esperamos en el término de ocho dias.

—Alli estaré.

—No os detangais, puesto que de hacerlo, yó no podria aguardaros mas, pues como ya sabeis no camino libre.

—Dentro de ocho dias estaré á vuestro lado.

—Y de Gibraltar partiremos para Ceuta, lugar de mi destierro.

—Sí, puesto que me he resuelto á seguiros.

Al terminar estas palabras, la tormenta habia cesado y podian salir de debajo del árbol donde se habian resguardado durante la lluvia y continuar su camino.

Despues de reiterar las seguridades de volverse á ver, Juan les ayudó á subir al carruaje y éste se puso en marcha mientras uno y otros cambiaban algunas frases de afectuosa despedida.

Un instante despues, el coche se perdia en la distancia caminando por la orilla del Guadalquivir, y el antiguo soldado le veia desaparecer pensativo y cabizbajo.

—¿Qué voy á hacer? murmuró cuando se halló enteramente solo; ¿qué voy á hacer? ¿por qué he cedido á las súplicas de ese hombre ofreciéndole seguirle? ¿por ventura, es mi destino cruzar el mundo siempre errante, y siempre sin tener un hogar donde albergarme por mucho tiempo? ¡quién sabe! acaso me guia la voluntad de Dios, acaso él ha puesto en mí este afan, este anhelo de seguir siempre adelante; si es así, caminemos, caminemos y no tratemos de resistir á su voluntad.

XX.

Ocho dias habian trascurrido.

Grande afluencia de gente se apiñaba en el ancho puerto de Gibraltar, esperando ver salir un bergantin que debia hacerse á la vela para la próxima plaza de Ceuta.

El azul del cielo se reflejaba puro y sin nubes, sobre las claras aguas del océano.

La brisa movia lentamente las lonas del gallardo buque, y multitud de marineros alegres y ligeros, trasportaban los fardos y animaban á los viajeros hablándoles de una feliz y pronta travesía.

Las voces y las canciones se mezclaban en confuso clamor con los suspiros de despedida; y todo era animacion, y voces y movimiento.

Tan solo, á un extremo del puerto, y como esquivando las miradas de los demás, se veia un grupo de personas que miraban con indiferencia aquellos preparativos de marcha.

Únicamente, cuando de las calles inmediatas acudia algun nue-

vo curioso, un anciano, que ocupaba el centro de aquel grupo, volvia los ojos con ansiedad, y despues de mirar atentamente, murmuraba con disgusto.

—No es él.

Y volvia á inclinar la frente, y volvia á su indiferencia.

—Acaso no vendrá; murmuró una anciana colocada al lado de aquel hombre, y respondiendo á estas palabras que repetia por centésima vez.

—Hoy es el término fijado, hoy nos embarcamos, y sin embargo...

—¿Por qué dás tanto valor á la venida de ese desconocido, y sobre todo, por qué dás tanto crédito á la palabra que te empeñó?

—Lo primero porque es mi compatriota; lo segundo por que en aquel rostro, se veia retratada la verdad: aquel hombre, estoy cierto de ello, ¡aquel hombre no sabe mentir!

—Y sin embargo, ya lo ves, no viene.

—Aun no es tarde: aun puede llegar. Yo tengo fé en él, y ya verás como no me engaño.

Los que así hablaban, eran el viajero á quien ayudó Juan en la márgen del Guadalquivir y su pobre familia, que esperaban resignados la hora en que les ordenasen embarcar.

Pero en aquel instante y como respondiendo á las palabras del noble anciano, un hombre apoyado en un pesado baston de viaje y con un pequeño lio á la espalda, apareció en una de las calles que guiaban al puerto.

Aquel hombre era Juan.

Una espresion de contento indecible se retrató en el semblante del desterrado portugués, al reconocerle desde lejos.

Juan en aquel momento era un consuelo, una esperanza para él.

¡Le hubiera sido tan triste emprender el viaje sin llevarle á su lado!

¡Se hubiera considerado tan solo, tan aislado, sin él!

—¡Ya ves como no me equivocaba! esclamó dirigiéndose á su esposa, ya verás como tendremos en él un fiel compañero.

Y haciendo una seña con la mano, logró atraer la atencion de

Juan, que desde el punto en que se hallaba les buscaba entre aquella confusion.

Al divisarse se dirigió hácia ellos sin vacilar un segundo, y al encontrarse á su lado,

—Aquí estoy, les dijo: gracias al cielo, creo que aun llego á tiempo.

—Sí, sí; murmuró el anciano D. Iñigo, pues este era el nombre del desterrado; aun podeis venir con nosotros, y ya veo que el cielo no me desampara, pues en medio de mi desgracia oyó mis súplicas, y me envia un compañero.

Y despues señalando á sus hijas,

—Aquí teneis, dijo; en adelante mirareis por ellas, y hallarán en vos un protector.

—¡Oh! esclamó Laura, que era niña aun, y la menor de las cuatro: yó estaba impaciente porque vinieras, porque estoy segura que hemos de ser buenos amigos.

Las otras tres le sonrieron dulcemente, aunque con la tristeza que imprime en el alma la idea del destierro.

—En mí tendreis un leal servidor, dijo Juan con modestia, pues si he abandonado á mi antigua señora doña Leonor de Zúñiga, ha sido por creer que mis servicios os podrian ser útiles.

—Eso creo, y por nada del mundo hubiera querido renunciar á ellos. Desde ahora formais parte de mi familia, y en cuanto á las mesadas, vos fijareis lo que quereis ganar.

—No hablemos de eso ahora. Dejadlo hasta saber si quedais contento de mí.

Al terminar Juan estas palabras sonó en la playa un cañonazo. El que llamaba á bordo á los viajeros que debian partir.

—Vamos ya, murmuró D. Iñigo disponiéndose á marchar, vamos ya, y haga el cielo que algun dia brille mi inocencia como brillan esas aguas que vamos á cruzar en busca de un lugar de trábajos y destierro.

Todos echaron á andar; D. Iñigo se apoyó en el brazo de su esposa, Laura se asió de la mano de Juan y las otras jóvenes caminaban unidas tristes y abatidas por la desgracia de sus padres.

XXI.

La plaza de Ceuta, morada de desgraciados, lugar de expiacion, conquistada por los reyes católicos Fernando é Isabel, al poder africano, combatida por las furiosas olas del océano que se estrellan contra sus murallas, del mismo modo que se estrella contra el valor de sus bravos defensores, los esfuerzos y el afan de los hijos de la media luna, es triste como las lágrimas que encierra, sombría como la desesperacion de los que están condenados á habitarla.

Hombres endurecidos por los trabajos, avezados á las privaciones y al castigo, pierden allí la salud y á veces la existencia, tornándose de hombres robustos y llenos de vida, en séres débiles y agoviados bajo el peso de la miseria.

No es estraño que la noble familia de D. Iñiño de Mendoza, habituada á las comodidades, á las consideraciones y al lujo, cayera postrada en el lecho del dolor, como caèn las flores mústias y aja-

das por un sol demasiado abrasador, á los pocos dias de su llegada á la Plaza.

Estraños en ella, sin recursos, por que toda su hacienda y sus riquezas habian sido confiscadas por el Estado, su situacion era amarga y angustiosa por demás.

Los pocos bienes que habian llevado consigo, se consumieron bien pronto con los gastos producidos por la enfermedad, y en breve tuvieron que carecer hasta de lo mas necesario, pues la pobreza se asentó á las puertas de aquella casa, con todo su terrible acompañamiento de dolor y de agonía.

Juan habia gastado ya el dinero que sacára de Sevilla, é interesado por aquella desgraciada familia, se afanaba y economizaba para atenuar en lo posible, sus privaciones y miseria.

D. Iñigo veia desesperado á las prendas de su corazon empeorarse cada dia, sin poder auxiliarlas, pues ni medicinas ni alimento le era posible ofrecerles.

—¿Qué haré, Dios mio, se decia á cada instante, qué haré, las veré morir, sin que en mi desgracia me sea posible auxiliarlas? ¡mi esposa, mis hijas, á quienes todo sonrreía, cuyo porvenir era tan brillante, morir aquí solas, abandonadas de todos! Si mi condicion fuese otra, si mi decoro no me impidiese hacer pública mi falta, yo trabajaria, yo hasta seria capaz de mendigar por ellas, pero mi nombre, mi posicion hacen que enmudezca mi boca, ponen un sello á mis lábios, y tendré que verlas careciendo de todo como el último pordiosero.

Juan que pensativo y mudo habia escuchado estas palabras, dudaba si responder á ellas, ó guardar silencio, temeroso de que la vergüenza de ver que él, un criado, se enterase de su situacion, y agravase el dolor del pobre desterrado.

Todos sus ahorros los habia dado, hasta de su propio alimento se habia privado, usando de las mayores precauciones para no ofender la delicadeza de D. Iñigo, para auxiliar de este modo á aquella pobre familia.

Sin embargo, nada de esto era bastante, y el jóven se afligia por no encontrar modo de salir de aquella penosa situacion.

Laura, la encantadora niña, era la que peor se hallaba, pues sus pocos años, la hacian tener menos resistencia que su madre y sus hermanas.

Con su rubia cabeza apoyada en su pobre almohada, con sus mejillas pálidas y adelgazadas, parecia un ángel próximo á volar al cielo, despues de comprender la pequeñez y miseria de este mundo de un dia.

Una mañana Juan se acercó á ella para ofrecerla un medicamento, que á duras penas habia logrado comprar.

La niña le reusó dulcemente diciendo al jóven con débil acento.

—No le quiero Juan, no le quiero: no me hace falta esa bebida; lo que tengo es.....

—Qué, preguntó el mancebo que amaba tiernamente á aquella niña; ¿qué tienes, hija mia?

Laura miró en torno y añadió:

—No, no quiero decirlo: podria oirme mi madre y se afligiria mucho.

—¡Oh! ahora nadie nos oye: habla ángel de Dios, habla sin miedo.

La niña bajó la voz mas aun, y dijo con un acento ténue y casi imperceptible:

—¡Juan, tengo hambre!

La frente del antiguo soldado se cubrió de una sombría nube: su corazon se llenó de una tristeza profunda y murmuró para sí.

—Esta niña tiene hambre: ¡ah! yo no hago lo bastante por ellos; yo debo trabajar, trabajar sin descanso para proporcionarles algun alivio. Dios me ha puesto á su lado, Dios me manda velar por ellos, son mis hermanos; no, son mas aun, son mis señores, y mi vida les pertenece. Ellos, pertenecen á una clase elevada, y se degradarian en dedicarse á trabajar humildes, y en hacer pública su pobreza, pero yo no debo tener reparo alguno, mi condicion no es distinguida y puedo mezclarme con los pobres trabajadores sin humillar mi dignidad. Estoy resuelto, voy ahora mismo á rogar que me admitan entre los que se ocupan en reparar la muralla, mis

brazos son fuertes y vigorosos, y podré, afanándome mucho, ganar un crecido jornal.

Y dicho esto salió de la casa á toda prisa, con intencion de poner por obra su propósito.

XXII.

Juan llevó á cabo su noble idea.

Desde aquel dia se entregó á los trabajos mas rudos para alimentar á sus señores.

Desde aquel dia Laura y sus hermanas tuvieron pan.

Ocupado en las obras de reconstruccion de la muralla, se afanaba con un ardor indecible por superar á todos sus compañeros para que fuese mayor el precio de su jornal.

Por las noches venia ufano y satisfecho de sí mismo, y con el producto de aquel dia de fatiga, socorria aquella noble y desgraciada familia, proporcionándole así alimento y medicinas, que restauraban sus fuerzas y le devolvian la salud.

Su nuevo oficio no le impedia atender al servicio de sus señores.

Tambien su incansable desvelo, tambien su inagotable caridad hallaban modo de prestarles toda clase de servicios en las horas que debia consagrar al reposo.

D. Iñigo que veia á aquel noble jóven ser una segunda providencia para ellos, le habia obligado por mil medios á descubrirle la manera con que adquiria aquel dinero, que era en aquella ocasion, su solo recurso.

Pero Juan en medio de su modestia y de su virtud, ocultaba sus buenas acciones, del mismo modo que la violeta se esconde entre la yerba para exalar sus perfumes.

El anciano le veia salir al amanecer, y volver ya pasada la tarde, pero jamás logró que Juan le dijese á donde pasaba aquellas horas.

Siempre contestaba con respuestas evasivas, y siempre para ofrecer aquel dinero con tando afan adquirido, buscaba mil medios que ocultasen su procedencia.

Un dia sin embargo, un poco mejorada la esposa de D. Iñigo, quiso salir á respirar un momento la fresca brisa del mar.

Apoyada en el brazo de su esposo y seguida de sus hijas, abandonó su estrecha habitacion y empezó á caminar lentamente por las calles de la poblacion.

—¿Dónde quieres ir? la preguntó el anciano dulcemente.

—¿No sé? respondió ella: desde que llegamos aquí caimos enfermas, y solo he visto las cuatro paredes de nuestra pobre morada: no conozco la poblacion y no sé á donde podamos dirigirnos.

—¡Si á lo menos viniera con nosotros Juan!

—¡Oh! él debe saber estos sitios; pero lleva ya tantos dias de no estar como antes á nuestro lado!

—Salgamos á las murallas, madre mia, dijo entonces la pequeña Laura; desde allí veremos el mar, veremos las barcas, y acaso distingamos algunos de los moros que dicen llegan diariamente á esta plaza: ¡tengo tantas ganas de ver uno!

—Sea como tu quieras, hija mia, sea como tu quieras. Yo tambien ambiciono contemplar las olas del mar, esas olas que en su contínuo vaiven, besarán acaso las playas que abandonamos hace tiempo.

Y sin decir una palabra mas se dirigieron al punto indicado por la niña.

Algunos momentos despues se detuvieron ante un espectáculo hermoso y sorprendente.

Los últimos rayos del sol se retrataban en el claro oleaje, y reberberando sus luces en las blancas espumas, las convertian en desiguales montañas de oro y topacio, movibles y flotantes sobre un campo de esmeraldas.

Los lejanos buques con sus blancas velas y sus diferentes banderas meciéndose airosamente, los marineros alegres y ágiles como pajaros, subiendo á los empinados mástiles; las blancas gabiotas con su sesgado vuelo cruzando el espacio, y en la playa multitud de hombres, de trabajadores, de presidiarios, cruzando en todas direcciones, unos indiferentes y descuidados, tristes los otros, alegres ybulliciosos los demás: todo, todo en fin, formaba un cuadro confuso y variado, imposible de describir.

La familia de D. Iñigo se detuvo un instante, y dirigió los ojos en torno con una mirada curiora y asombrada.

¡Hacia tantos dias que no habian gozado del trato social; hacia tantos dias que en su enfermedad y su abandono habian vivido solos, encerrados en una habitacion, sin ver á nadie enteramente!

De pronto los ojos de Laura se fijaron en uno de los trabajadores que agoviado bajo una carga demasiado pesada caminaba lentamente al otro lado de la muralla.

Estaba solo, porque todos sus compañeros se habian alejado ya, y sin embargo, trabajaba, trabajaba sin descanso, y sin limpiar siquiera el sudor que corria por su frente.

—¡Padre, padre mio; gritó la niña estendiendo sus brazos en aquella direccion, mirad, mirad á Juan!

—¡Cómo! ¿qué dices?

—¡Allí, allí está!

—¿Pero donde?

—¿No lo veis? aquel que conduce aquelllas piedras á la espalda: aunque vá inclinado, le he conocido perfectamente.

—¡Dios mio! esclamo el anciano reconociendo al fin al santo joven: sí, no hay duda el és.

—¿Pero qué hace, qué significa esto?

—Significa, murmuro D. Iñigo, que Juan trabaja para nosotros; que no contento con ofrecernos sus desvelos, su lealtad, sus servicios, nos consagra el sudor de su frente con el cual gana el pan que comemos, y que su mano nos ofrece.

—¡Será verdad!

—¡Sí, Isabel, sí hijas mias, en él teneis un segundo padre!

—¡Dios le bendiga! esclamó la anciana enjugando una lágrima.

—¡Dios le bendiga! repitieron su hijas con emocion.

XXIII.

D. Iñigo y su familia volvieron á su casa derramando lágrimas de gratitud, y bendiciendo con afan el nombre de su bienhechor.

Toda la grandeza, toda la abnegacion de Juan, habia aparecido á los ojos de sus protegidos, que daban gracias al cielo por haber puesto en su camino aquel ángel de consuelo.

Socorrer á un desgraciado cuando hay oro en nuestras manos, cuando solo necesitamos seguir el impulso de nuestro corazon, es noble y meritorio sin duda; pero socorrerle cuando para ello necesitamos ofrecerle el sudor de nuestra frente, y los afanes de nuestra vida; cuando solo tenemos que darle el producto de horas sin fin de trabajo inmenso: esto es superior á las acciones de los hombres, y el ser que lo ejecuta, lleva en su alma un destello del amor infinito de Dios.

Cuando el jóven volvió aquella noche á su morada, le esperaba una escena tierna y conmovedora por demás.

D. Iñigo y su familia le aguardaban con impaciencia.

Al verle aparecer, el noble anciano tomó su mano y llevándole

ante su esposa y sus hijas, las dijo con el acento conmovido y los ojos llenos de lágrimas:

—Besad esta mano encallecida por el trabajo, hijas mias, besad esta mano, y dad gracias de rodillas á este noble jóven que ha sido para nosotros una segunda providencia, pues sin él, acaso vuestro pobre padre hubiera muerto desesperado, sin poder soportar vuestras privaciones y vuestra miseria.

En vano Juan quiso sustraerse á aquellas demostraciones de afectos y admiracion: todos le rodeaban, le celebraban todos, y se afanaban á porfia por manifestarle su cariño y su gratitud.

Desde entonces fueron mas estrechos los lazos que le ligaban con aquella desgraciada familia.

Juan enmedio de las satisfacciones que le ocasionaban los beneficios que dispensaba á sus señores, tuvo tambien sus momentos de amargura, pues aquel corazon todo pureza y santidad, era en sus afecciones tierno y confiado como un niño.

Trabajando á su lado habia un jóven natural de Évora provincia de Portugal, con el cual no tardó Juan en contraer una estrecha y tierna amistad, que le causó grandes pesares y crueles sinsabores.

Aquel compañero tan querido, aquel amigo para quien Juan no tenia secreto alguno, cansado sin duda de la miseria y del trabajo, adjuró de la fé, abandonó la religion de sus mayores, y abandonando la plaza dé Ceuta, buscó un refugio entre los bárbaros hijos de la media luna.

El alma del católico Juan se llenó de dolor con esta noticia, y hubiera dado la mitad de su vida por salvar el alma de aquel desgraciado, que en tan poco tenia la santa religion del Crucificado.

Entristecido, abrumado por aquella decepcion, pasaba los dias silencioso y pensativo sin sospechar que aquel infeliz no solo habia consumado su perdicion, si no que trataba de arrastrarle por la rápida pendiente que le habia conducido á él á un abismo de perdicion.

En efecto, Juan recibió varias cartas de su falso amigo llenas de consejos é instigaciones para que siguiera aquel fatal ejemplo,

y para que á su vez adjurara de las doctrinas del Crucificado.

Mas el que estaba escogido por Dios para cumplir tan altos destinos, no podia vacilar en la senda del bien, ni podia faltar por un momento á su divina mision.

Juan se entristeció, pero no vaciló: sufrió el golpe, como la roca recibe el azote de las olas del mar, sin conmoverse siquiera por un instante.

D. Iñigo no pudo menos de notar la melancolía de Juan, y aunque sin saber la causa le prodigó los cuidados y los consuelos que su cariño le dictaba, sin conseguir sacarle de su preocupacion.

En uno de los momentos en que el noble caballero se afanaba en indagar la causa del pesar de su servidor, entró Laura gritando con alegria.

—Padre, padre.

—¿Qué me quieres? preguntó D. Iñigo con estrañeza.

—¡Oh! venid, venid conmigo.

—¿Qué ocurre?

—Mi madre os llama.

—¿A mí?

—Sí, dice que acaban de llegar noticias de la córte.

—¡Ah!

—Y que son favorables; sí, ¡muy favorables!

—¡Cómo!

—Vamos; ella os dirá.....

D. Iñigo aturdido y preso de una agitacion ignorada siguió á la niña, y en breve ambos llegaron á la reducida estancia de la anciana.

—¿Qué ocurre? preguntó su esposo con anciedad.

—¡Oh, no sé si tendrás valor!

—¿Para qué? habla.

—Es que á veces una alegria puede matar.

—¡Dios mio!

—¡Iñigo, Iñigo eres libre!

—¡Libre!

—Sí: se ha reconocido tu inocencia y podemos volver á la córte.

—¡Qué escucho!

—Y además.....

—Sigue.

—Mira, mira.

Y la anciana mostraba al pobre desterrado una pequeña maleta, que éste hasta entonces no habia podido notar.

—¿Pero qué es esto? preguntó con una nueva sorpresa.

—Mis deudos, que con tu indulto nos mandan los medios de poder regresar dignamente á nuetros abandonado hogar.

En efecto, en aquella maleta existian ropas, papeles, y una considerable cantidad destinada al socorro de aquella familia.

D. Iñigo lo examinó todo temblando de emocion y esclamó al fin lleno de alegria.

—Gracias, gracias Dios mio, porque no moriré olvidado en estraña tierra.

Despues de algunos instantes de espansion y de proyectos halagüeños, Laura, la hermosa y agradecida niña, dijo á su conmovido padre:

—Ahora ya podemos recompensar á Juan lo que ha hecho con nosotros, ¿es verdad?

—¡Oh, sí! esclamó D. Iñigo, voy á ofrecerle cuanto tengo, y aun así no le pagaré dignamente uno solo de los servicios que tan generosamente nos ha prestado.

Y salió de la estancia seguido de Laura, decidido á buscar á Juan para brindarle con su oro, y con su poderosa influencia, para labrarle un porvenir.

XXIV.

Juan recibió la noticia de la libertad de su señor con una verdadera alegria.

Esto le permitia volver á su pátria, sin el disgusto de haber dejado abandonada aquella pobre familia que Dios habia puesto al abrigo de su proteccion.

Además, desde la partida de su amigo, la permanencia en Ceuta era para él violenta y enojosa por demás.

D. Iñigo agradecido le ofreció segun le habia dicho, todo su oro, toda su proteccion: con esto el jóven, segun él decia, podia llegar á ocupar un puesto, á brillar en el mundo.

Pero el que ambiciona un lugar en el cielo, en poco ó en nada tiene los puestos y grandezas de la tierra.

Juan reusó aquellas ofectas, pues como premio á su conducta le bastaba la aprobacion de Dios y la satisfaccion de su propia conciencia.

Nada quiso admitir pues, probando de este modo á D. Iñigo que los beneficios que le habia dispensado eran hijos de la bondad

de su alma y no llevaban, como la generalidad de los beneficios mundanos, la sola idea de la recompensa.

Entonces, y libre ya de aquel cargo, dispuso su vuelta á la pátria adoptiva que Dios le habia destinado.

Tomó pasaje en un buque que se hacía á la vela para Gibraltar, y despues de una despedida tierna y cariñosa, en que se vertieron abundantes lágrimas de ternura, abandonó aquel punto, y entregándose de nuevo á merced de las olas perdió de vista aquellas playas donde tantos dias de afan habian pasado para él.

El mar es una inmensa tumba cubierta de frágil espuma, que el mas ligero soplo deshace, como deshace el soplo de la muerte la espuma impalpable de nuestra vida.

Una ola, una ráfaga de viento precipita al fondo una nave, cerrándose sobre ella despues de sumerjirla para siempre.

Esto hubiera sucedido á la embarcacion que conducia á Juan, si Dios no hubiera querido preservar su vida, tan preciosa para el engrandecimiento de la cristiana caridad.

Al poco tiempo de navegacion, el huracan habia desatado sus furiosas olas, la lluvia caia á torrentes, y la voz del trueno retumbando en los aires, pregonaba el poder y la magnificencia del Hacedor.

Los marinos aterrados corrian de un lado para otro, viendo rotas las jarcias y destrozado el aparejo, sin esperanza de salvacion.

Juan inmóvil sobre cubierta, presenciaba aquel espectáculo con asombrados ojos, mientras qué en sus lábios temblorosos vagaba una súplica y una ferviente oracion.

—¡Oh! se dijo, Dios no nos puede abandonar: es cierto que nuestras culpas nos hacen indignos de alzar hasta Él nuestra voz en medio de la tribulacion, pero si nuestras faltas son grandes, mayor es su piedad, mayor es su misericordia: invoquémosle pues, que su nombre auyenta el peligro y domina las tempestades.

Y dirigiéndose á sus compañeros,

—Amigos, esclamó: la muerte se acerca á nosotros entre el fragor de la tormenta: cada ola puede ser un pliegue de su blanco sudario; cada gemido del viento puede convertirse para nosotros en

el ¡ay! de una víctima: nuestro solo recurso está en el cielo: nuestro solo amparo está en manos de aquella á quien llamamos en nuestra fé, estrella de los mares; lleguemos pues á ella que no desoirá la voz de los que nos llamamos sus hijos.

Los tristes marineros se agruparon en torno de Juan, que inmóvil, de pié y con los brazos estendidos murmuraba con acento conmovido y vibrante, las dulces palabras del Ave María.

Todos le imitaron; todos levantaron su voz á la que es áncora de esperanza y faro de salvacion, y sin duda la madre de Dios escuchó aquellas plegarias: sin duda estendió su mano á la tormenta y la dijo: «De aquí no pasarás,» porque el viento cesó, las nubes se disiparon, y en breve las trasparentes olas del mar, reflejaban en su movible espejo, el azul purísimo de los cielos.

El peligro habia pasado, y la nave siguió su curso lento y tranquilo hasta fondear en el cercano puerto de Gibraltar.

XXV.

No seguiremos á Juan paso á paso en aquella animada y apiñada ciudad: solo nos contentaremos con decir que pasó en ella algun tiempo, entregado á diferentes trabajos, con los que le era forzoso adquirir lo necesario para vivir.

Despues, y cansado de tantos afanes, se dedicó á la venta de libros y estampas piadosas, en cuyo ejercicio hallaba tiempo para entregarse mas y mas á las prácticas religiosas y á frecuentar los templos, centro y objeto de su amor y de sus deseos.

Por asuntos de su nuevo comercio que le obligaban diariamente á ir de un pueblo á otro para buscar compradores ó géneros nuevos, salia continuamente de la ciudad, llevando sobre sus hombros sus libros y sus vitelas, y cruzaba soledades y sendas abandonadas que le recordaban su oficio de pastor, y las horas que habia pasado en la contemplacion de Dios, lejos del mundo y del bullicio de los hombres.

Un dia que habia emprendido una de estas escursiones, caminaba lentamente, fatigado por el calor y por el peso de su mercancía, cuando oyó clara y distintamente el rumor de un arroyo que corria tranquilo entre la verde espesura.

Paróse un instante, y obligado por la sed, buscó con la vista aquel agua apetecida.

Mas al dirigir sus miradas en torno, quedó suspenso, y un grito de admiracion estuvo próximo á escaparse de su boca.

Y era que allí, frente á él, y solo enteramente, distinguió un hermoso niño que caminaba con dificultad, pues sus piés descalzos y lo fragoso del terreno, le obligaban sin duda á ello.

Juan apresuró el paso y se acercó hácia él lleno de compasion y cuidado, pues recordó que hacia muchos años, él tambien, solo, sin amparo y descalzo, habia caminado en busca de suerte, dejando tras sí un padre á quien no habia vuelto á ver, y el cariño de una madre buena y amorosa como ninguna.

Estos pensamientos le hicieron interesarse por aquel niño desconocido, y acercarse hasta él, preguntándole con solicitud y desvelo:

—¿Dónde vas hermoso niño, dónde vas solo por estos sitios?

El niño fijó en él sus grandes ojos donde brillaba una mirada dulcísima y celestial, y estendiendo su mano hácia adelante, indicó á Juan el camino que tenia ante sí.

El pobre vendedor de libros sintió en su corazon un estremecimiento estraño al influjo de aquella mirada, y murmuró contemplando la direccion señalada.

—Ese es mi camino; ven: marchemos juntos; yo te serviré de apoyo; yo te defenderé de los peligros que ofrece el bosque y la soledad.

Y limitando su paso al paso del niño, siguió por algun tiempo marchando en su compañia.

Las veredas eran cada vez mas estrechas y mas escobrosos los senderos.

Los piés del niño blancos y delicados como la hoja de una azucena, seguian cruzando con dificultad aquel pedregoso suelo.

Alguna vez vacilaba y estaba próximo á caer, pero seguia adelante sin exhalar una queja y sin separarse tampoco de Juan.

En uno de estos momentos, el jóven se inclinó para apartar algunas ramas, y por un movimiento involuntario, se detuvo esclamando:

—¡Descalzo! Dios mio; ¡descalzo y andando tanto espacio!

Y despues, fijándose mas y mas, volvió á repetir con acento doloroso.

—¡Esos piés están heridos, la sangre brota de ellos! ¡Oh! eso no puede ser; va á sucumbir á la fatiga y yo debo evitarlo; sí: lo impediré aunque para ello tenga que abandonar mis vitelas y perder todos mis libros.

Y tomando al niño en sus brazos,

—Ven, hijo mio, ven le dijo: yo te llevaré para que descanses sobre mi seno.

El niño acudió gustoso y un momento despues Juan seguia el camino sin que le abrumase el peso de su doble carga.

Así anduvieron por algun tiempo.

—¿Cómo te llamas? dejo al fin deteniéndose un momento.

—Emmanuel, contestó el niño con dulce voz.

—¿Y tus padres?

—No están lejos de mí.

—Sin embargo no les veo, por mas que miro en derredor.

—Mi madre te conoce, y tú la amas á ella.

—¿Yo?

—Alguna vez la has llamado, y ella ha acudido á tu voz,

Juan quedó confuso y silencioso.

En vano repasaba su memoria procurando averiguar lo que aquellas palabras querian decir.

Y en medio de su silencio, se sentia fatigado y sediento.

El doble peso, el sol, que le abrasaba con sus rayos, lo largo del camino, algo de inmenso y grande que le agoviaba en aquel instante, le hicieron detenerse y dirigir la vista en derredor, buscando una sombra donde reposar de su cansancio.

El murmullo de una fuente llegó entonces á su oido.

—¡Oh! dijo, apagaré la sed en esa agua y proseguiremos despues.

Y soltando al niño en el suelo, se encaminó al sitio donde murmuraba la corriente.

Un arbusto frondoso le cubria con sus ramas.

En derredor tambien se ostentaban varios árboles cargados de hermosas frutas.

Mas lejos un granado lucia sus verdes hojas, entrelazadas de flores encendidas y de hermosas granadas, enseñando entreabiertos sus apretados granos.

El niño se habia colocado junto á él.

Su mano se extendió hácia una de ellas.

La separó de las ramas en tanto que Juan apagaba la sed, y mostrándosela á lo lejos,

—Juan de Dios, le dijo, llamándole por vez primera con aquel alto sobre nombre, Juan de Dios, Granada será tu cruz.

El jóven le miró asombrado.

Sobre la granada que le ofrecia, se alzaba verde y lozana una rama en forma de cruz.

Juan la distinguió aunque lejos, distinta y clara por demás.

Corrió presuroso, pero al llegar en medio de la senda, tropezó y estuvo próximo á caer.

Cuando se alzó y miró en torno, el niño ya no estaba allí.

Le buscó por todas partes, pero en vano.

¿Quién era? ¿de dónde habia venido? ¿en qué parte se habia ocultado? todas estas preguntas se hizo con rapidez el pobre vendedor de libros, pero á ninguna pudo darse contestacion.

La peregrina belleza del rostro de aquel ángel; su mirada pura y celestial, su acento dulce y suave se presentaron entonces con mas detalles en la mente de Juan, que cuando le tenia entre sus brazos y cerca ante su vista.

¿Por qué era esto? ¿qué queria decir?

¿Era que hay luces que nos ciegan con su brillo, y á las cuales no podemos contemplar fijamente?

¿Habia sido un sueño la presencia de aquel niño? habia sido una ilusion?

Aquella granada, aquel nombre de Dios unido al suyo, ¿qué queria decir?

Juan cayó de rodillas presa de una emocion desconocida.

Sus lágrimas corrieron en abundancia.

Eran las puras aguas que sellaban aquel bautismo.

—¡Señor, gritó en medio de su anhelo; si esto es un sueño, yó os bendigo, pues él me hace dichoso por un momento; si es una ilusion de mi mente, yó os bendigo tambien; y si es una órden, si es un aviso del cielo, yó adopto el nombre que me dais, yó acepto á Granada por la pátria mia; yó abrazo gustoso la cruz que me espera en ella.

XXVI.

Algunas semanas despues de abandonar Juan á Gibraltar, se abria por vez primera una pequeña tienda modesta y pobre, pero que encerraba en su centro tesoros incalculables de santidad y de virtud.

Situada á la entrada de Granada y junto á la puerta llamada de Elvira, debia conseguir bien pronto una clientela numerosa de parroquianos y compradores, por la afluencia de gente que entraba y salia por aquel sitio.

Un hombre de unos cuarenta años de edad arreglaba en ella libros y papeles, ofreciendo á la atencion pública multitud de estampas y vitelas, impregnadas todas de esa poesía y esa dulzura que embellecidas con la pluma ó con el pincel, nos ofrecen siempre los asuntos cristianos ó religiosos.

Aquel hombre era Juan.

Juan, que siguiendo las inspiraciones de Dios, se habia establecido en la ciudad arrancada del poder musulman algunos años an-

tes por los heróicos reyes Católicos, D. Fernando y D.ª Isabel.

En aquel nuevo oficio, mas que el lucro y la ganancia, guiaba á Juan el deseo de estender la lectura de obras santas y cristianas que ensalzasen el nombre de Dios, y de sembrar por su mano la semilla del bien, que siempre y en todas épocas, produce buenos frutos.

Un libro, si nos enseña la virtud, si nos habla de Dios, si nos ofrece los consuelos de la religion, y las esperanzas del cielo, es un amigo cariñoso que nos acompaña en las horas de soledad y hastío, elevando nuestras almas, y fortaleciendo nuestro espíritu: el bien que derrama será tan numeroso como los ejemplos que contiene; su saludable influencia durará tanto como sus páginas, y será como las aguas de un sereno y cristalino arroyo, que fecundan y embellecen las riberas por donde pasan.

¡Dichosos aquellos que consagran su vida á estender y facilitar al pobre las buenas lecturas; ellos le harán un bien incalculable é inmenso: ellos habrán conseguido ilustrarle verdaderamente, y enseñarle aquello que debe saber para ser honrado y feliz!

¡Ay! si en nuestros tiempos hubiese muchos que cuidasen de expender libros buenos, destruyendo los perjudiciales, cuán distinta estaría la sociedad en que vivimos!

El antiguo soldado desempeñaba con acierto su nueva profesion, con la cual vivia cómodo y holgado, si se atiende á sus costumbres sóbrias y modestas, puesto que podia disponer del tiempo necesario para entregarse á las práticas religiosas.

En uno de los dias en que se hallaba sentado á la puerta de su casa, vió pasar multitud de gente que acudia presurosa á las afueras de la poblacion.

Todos caminaban de prisa y como ansiosos de presenciar un espectáculo nuevo.

Así era en efecto.

El cuerpo de la emperatriz Isabel, esposa del gran Cárlos V, muerta en la flor de la edad y cuando todo la sonreia, debia llegar á la ciudad, custodiado por multitud de caballeros alemanes y españoles, á cuyo frente se hallaba el ilustre duque de Gandía.

La emperatriz iba á ser depositada en el panteon de la familia de su augusto esposo, en el sepulcro de los reyes católicos Fernando é Isabel.

El cabildo de la ciudad iba á recibir muerta á la que un pueblo entero habia recibido algunos años antes como soberana y como señora, al compás de los vivas y las músicas de triunfo.

Todos corrian, se agrupaban todos por contemplar aquel despojo de la majestad y la hermosura.

El cortejo fúnebre habia llegado en efecto á las puertas de la ciudad, y cumplidas las formalidades prescritas por el ceremonial, avanzaba lentamente por las calles llenas de gente y cuajadas de una muchedumbre silenciosa y recogida.

Una multitud de caballeros seguian el enlutado féretro, á cuyo lado, pálido, conmovido profundamente y vestido rigorosamente de negro, caminaba un hombre de hermosa figura y de continente distinguido y noble.

Aquel hombre era Francisco de Borja, uno de los caballeros mas apuestos de la córte, y mas queridos del emperador.

Las voces de:

—Ya vienen, ya vienen; resonaban en deredor, y Juan siguiendo el impulso general, abandonó su puesto, cerró su pobre tienda y se mezcló entre la confusion.

Guiado por ella llegó hasta los umbrales de la gran basílica, cuyas puertas abiertas de par en par, dejaban ver sus altas naves cubiertas de negro, é iluminadas por la oscilante luz de cien blandones amarillos.

El féretro, colocado en el centro, contenia el cadáver de la que habia sido por tanto tiempo gala de una córte, la mas poderosa de su tiempo, y tipo de hermosura, de poder y de grandeza.

Juan, haciendo grandes esfuerzos, logró penetrar en el templo lleno por doquier de lo mas escogido y noble de la poblacion.

Un génio poderoso, un hombre ilustre por su virtud y su sabiduria, era entonces lumbrera de la Iglesia, y doquier dejaba oir su palabra llena de fé, de uncion y de elocuencia, arrastraba millares de almas, que atraidas por ella, seguian el camino del bien.

Era el venerable maestro Juan de Avila, que ocupaba tambien la cátedra del Espíritu Santo en aquel dia, y su voz dulce, sonora y poderosa, llenó en breve las naves de la iglesia, dirigiéndose por última vez á la emperatriz Isabel, y refiriendo la nada de las grandezas y vanidades mundanas.

Todos le oian absortos y conmovidos; todos le escuchaban con respeto y admiracion; pero dos almas solo se identificaban con la suya: dos almas solo recibian las impresiones de su acento, como una tierra vírgen y fecunda recibe la semilla que arrojada por la mano de un diestro labrador, produce muy pronto hermosas flores y abundantes frutos.

Estas dos almas, hermanas de la suya; estas dos almas, cuya pátria tambien era el cielo, eran las de Juan de Dios y la de Francisco de Borja.

Ambos con la frente inclinada, con el lábio suspirante y con e corazon estremecido, unian su pensamiento al pensamiento de Juan de Avila, y elevaban su mirada y su alma al cielo, separando su espíritu de la pequeñez y la miseria de la tierra.

El uno pensaba en aquella mujer tan bella, tan jóven, tan admirada, trocada en polvo por el helado soplo de la muerte, y su corazon se angustiaba y se deshacia en lágrimas, jurando sobre aquellos frios restos renunciar á las pompas y las ilusiones de la vida.

El otro recordaba la fragilidad y lo pasajero de la existencia, y ofrecia á Dios consagrársela por entero, y no vivir en adelante sino para el amor y la caridad.

La oracion fúnebre terminó; la multitud abandonó el templo silenciosa y recogida, y aquellos dos hombres permanecieron de rodillas, mudos é inmóviles; Francisco con los ojos clavados en aquel cadáver; Juan con la mirada fija en Dios.

XXVII.

Una hora permanecieron aun abstraidos en su dolor.

Una hora en que sus ángeles custodios estuvieron suspensos, por no interrumpir aquella meditacion.

Despues, se unieron para recoger las lágrimas de ardiente fe que brotaban abundantes y silenciosas de aquellos corazones, y unidos tambien entonaron el himno de alabanza, para cantar la entrada de un hombre en el número de los santos, y la perseverancia de un justo bendecido por la mano de Dios.

A la corona preparada en el cielo para el venerable Juan de Avila, debieron añadirse aquel dia dos nuevas y brillantes flores mas.

Atraidos por una fuerza ignorada, los dos hombres que oraban alzaron á un tiempo la frente y se dispusieron á levantarse: ambos se miraron, y ambos se comprendieron sin duda.

Francisco vió en aquel semblante el de un hermano, y se sintió atraido hácia el: Juan vió en aquel hombre un alma que sufria, y

él, apóstol del amor y la caridad ambicionó consolarle desde entonces.

La mirada que se dirigieron fué de esas que ligan para siempre dos corazones.

Era muy seguro que la fisonomia del uno, no se borraria jamás de la memoria del otro.

Sin embargo, en aquel instante no se dijeron una sola palabra ni cruzaron un solo acento.

Francisco de Borja era aun el noble duque de Gandía, y tuvo que alejarse de aquel sitio para cumplir los deberes de su rango y de su cargo: en cuanto á Juan, penetrado por las frases del orador sagrado, salió tambien de la iglesia dispuesto á consagrarse enteramente á Dios, y á llorar con lágrimas de sangre los momentos que hasta entonces habia distriado de Él su pensamiento.

Consagrado enteramente al Eterno, y teniendo en poco una sociedad de la cual nada queria ni esperaba nada, no se cuidó de ocultar el estado de su espíritu, entregándose á dolorosas y terribles penitencias; y en medio de un mundo donde todo es cálculo y apariencia, aquella pública manifestacion de sus sentimientos, aquella completa abstraccion, y olvido de sí mismo, debian producir su efecto.

Juan de Dios fué calificado de loco, y por loco le tuvo la generalidad.

Desde aquel dia se le vió triste y pensativo, ocupándose solo de meditar el modo de sufrir por su Criador.

Su ambicion se reducia á escuchar de nuevo la divina palabra de los lábios de Juan de Avila, y esta ocasion no tardó en presentarse, pues el venerable maestro se hacia oir del pueblo en todas partes y todos los dias.

El 20 de Enero, dia en que la iglesia celebra la fiesta de un mártir ilustre, del soldado romano Sebastian, inscrito en el catálogo de los santos, en el reinado de Maximiano, que con su crueldad le ofreció una doble corona, Juan de Dios tuvo ocasion de oir de nuevo al sábio y elocuente Avila.

Nos seria imposible describir lo que pasó en su alma en aquella

casion, solo diremos que al salir del templo se dirigió presuroso á su casa, y anhelando imitar á Jesus en la humildad y la pobreza, tomó el dinero y los enseres que poseia, y convocando con dulce acento á los pobres, de quienes se consideraba hermano, los repartió entre ellos, no conservando nada para sí.

Luego distribuyó tambien las estampas y los libros que constituian su comercio, y llegó á tanto su caridad, que en aquel mismo dia dió tambien sus muebles y aun parte de la ropa que vestia.

Esta conducta acabó de convencer á cuantos le veian de su estado de demencia, pues en medio de una sociedad egoista y calculadora, por loco se tiene al que lleno de abnegacion da cuanto posee, quedando por su sola voluntad reducido á la mas estremada miseria.

Ninguno de cuantos le rodeaban comprendió su admirable propósito ni la ardiente llama de la caridad que ardia en su alma.

Solo otro espíritu, iluminado como el suyo por la sagrada luz de la verdad divina, adivinó tras aquella aparente locura una santidad infinita, un juicio recto y una admirable resolucion.

Solo otro génio, otro ilustre santo, solo el maestro Avila comprendió á Juan y entrevió el móvil de sus acciones.

Cuando los hechos que de él se referian llegaron á su noticia, quiso conocerlo, quiso ver por sí mismo al que las gentes llamaban loco, y en cuyas acciones adivinaba un deseo inmenso de padecer por Dios.

Le llamó á su presencia, y despues de dirigirle algunas palabras afectuosas, quiso interrogarle acerca de su estado y de sus intenciones.

Juan le contestó sin vacilar, revelándole la verdad y descubriéndole su alma entera.

Entonces el apóstol de la fe, admirado de aquella heróica resolucion, le exhortó á continuar en ella.

—Adios, le dijo, cuando llegó la hora de separarse; adios, hermano mio: yo apruebo vuestro propósito, y estoy muy lejos de juzgaros con la ligereza que lo hace el mundo: lo que él llama locura, lo creo virtud intachable y fe sobrehumana, lo creo santi-

dad, y desde hoy me glorío en ofreceros mi afecto y en tenderos mis brazos con efusion. Yo me considero incapaz de daros consejos, pero perseveremos ambos, sigamos la senda que hemos emprendido; y al separarnos, démonos una cita, una cita para el cielo, donde ambos presentaremos á Dios, que es nuestro único fin, el fruto de los trabajos y los afanes que en este mundo háyamos soportado.

XXVIII.

Cuando Juan salió de casa de su venerable amigo, en su alma se habia arraigado más y más el deseo de padecer por Dios.

Decidido á seguir el impulso de su destino, guardó silencio cuando le llamaban loco: guardó silencio cuando creyendo en su demencia, le condujeran al asilo de los infelices privados de razon.

Allí sin quejarse, sin murmurar una palabra, soportó castigos y privaciones sin fin, aceptando aquel sufrimiento como una expiacion de sus culpas, ó como el crisol en que habia de purificarse su alma, para entrar limpia y sin mancha en la mansion de los justos.

En aquella morada del infortunio y el dolor, sintió avivarse en su alma la llama de la caridad, pues la compasion que sentia hácia los pobres enfermos, tratados con desvio y sin consideracion por los asalariados enfermeros, despertó en él un deseo ardiente de dedicarse por completo al cuidado de los dolientes, y fijó en su pensamiento la idea de su verdadero destino y de la mision que Dios le habia marcado al enviarle á la tierra.

En aquel asilo de la desgracia y la miseria, creado por los poderosos reyes católicos, se decidió su porvenir, pues Juan ofreció al cielo desde el fondo de su alma, consagrarse á los pobres, en el instante en que saliera de aquella mansion de la desgracia.

Juan de Avila, que supo su estancia en el hospital de dementes, fué á verle, le consoló y le alentó sosteniendo su valor y su esperanza en el cielo.

Las visitas de aquel hombre eminente y el amor y deferencia que demostraba al que todos juzgaban loco, empezaron á hacer que éste fuese mirado con mayores consideraciones y tratado con benevolencia y cariño por cuantos le rodeaban.

Además, aquel carácter dulce é inofensivo, aquella piedad ejemplar y aquella sólida virtud, no podia confundirse con la locura por mucho tiempo, y Juan al fin fué declarado convaleciente y en estado de volver á gozar de la consideracion y el trato de los hombres.

Deseando poner por obra el proyecto que habia concebido en aquellos dias de reclusion y aislamiento, pidió licencia para abandonar el hospital, y esta le fué concedida sin reparo alguno, pues el estado de su razon no daba lugar á temor de ninguna especie.

Salió al fin, y al verse de nuevo entre los hombres sus hermanos, quiso dar gracias á Nuestra Señora de Guadalupe, á quién con toda fe se habia encomendado.

A este fin emprendió el camino hácia el santuario donde se venera esta renombrada imágen, y en medio de mil fatigas y de mil penalidades, llegó al cabo á aquel suntuoso templo, donde tuvo el consuelo de verse favorecido con la presencia de la Madre de Dios. Una vez satisfecho su deseo, y recordando la prediccion de aquel niño desconocido que le hablara en medio de la soledad de los bosques, volvió á Granada resuelto á fijar para siempre en ella su residencia, y dar cima al proyecto que hacia algun tiempo se albergaba en su mente, de ser en adelante padre de los desgraciados, amparo de los tristes, y hermano amoroso de todos los pobres.

XXIX.

Con las mayores privaciones y trabajos hizo su camino Juan, y algunos dias despues entraba en Granada, pobre y arapiento como habia salido de ella.

Falto de alimento y sin recurso alguno, se dirigió al monte vecino para coger un haz de leña, y con su producto comprar á lo menos el preciso sustento de aquel dia.

Mas el temor de no hallar compradores y el recuerdo del tiempo en que le habian tenido por loco, le detuvo un momento, temiendo las burlas y los golpes de otros dias.

Decidióse al cabo aguijoneado por la debilidad, y haciendo su carga, la colocó sobre su espalda y echó á andar lentamente en direccion á la ciudad.

Sus fuerzas se agotaban á cada paso, y dos ó tres veces estuvo próximo á caer, mas que agoviado por el cansancio, agoviado por el hambre.

Habia mucho tiempo que no habia llevado á su boca ni un solo

pedazo de pan, y la naturaleza no tenia fuerza para resistir por mas tiempo.

Nadie, sin embargo, se acercaba para comprar aquel pobre haz de leña, que lastimaba sus miembros y hacia vacilar su paso.

Ya no podia continuar, pero la Providencia, que prueba nuestras fuerzas sin dejar que se agoten, acudió en su auxilio, dándole lo que en aquel instante necesitaba.

Una infeliz viuda tomó la leña que Juan llevaba, dándole en cambio una escudilla de lentejas aderezadas.

La necesidad del nuevo leñador quedó remediada; y él, alegre y satisfecho, dió gracias á Dios por aquel beneficio.

Las sombras se extendian ya por el cielo, y Juan no tenia tampoco ni posada donde albergarse, ni una sola moneda conque pagarla.

Sin poder decidirse á pasar la noche en medio de las calles de la ciudad por temor de que le tuviesen por un vagabundo, pensó guarecerse en la casa de Dios, cuyas puertas están siempre abiertas para todo el que en él confía.

Una ermita consagrada á los Mártires en el monte del mismo nombre, fué su refugio, y en ella, y alzando á Dios sus plegarias, vió trascurrir aquella primera noche.

El dia siguiente lo pasó de la misma manera, convertido en leñador, y dividiendo sus horas entre este penoso trabajo y la oracion, ese lazo eterno que liga al hombre con su Hacedor.

La de Juan era fervorosa y ardiente, era pura y confiada, y Dios llenaba su pensamiento é iluminaba su razon.

¡Tal vez los ángeles enamorados de aquel fervor, al presentar á los piés de la Vírgen las alabanzas de aquel justo, pedirian á su Reina que premiase, oyéndolas, aquellas sentidas plegarias! ¡Tal vez ellos mismos, rozando con sus alas aquella frente bendita, le hicieron ver en sueños una diadema ceñida á sus sienes por la poderosa mano de la Madre de Dios!

Sí; á su continuada oracion, debió Juan el ver reflejarse en su mente aquella vision gloriosa, en que la castísima María, seguida del discípulo amado que la acompañó ál pié de la Cruz, y que allí

la recibió por madre, le ofrecia una corona, reflejo sagrado de la que habia ostentado en su cabeza el divino Redentor de mundos y hombres.

¿Qué podia temer desde entonces aquel alma creyente? ¿Cómo habian de aterrarle ó hacerle temblar los trabajos y penalidades que el mundo le iba á ofrecer?

Se halló pues fortalecido y lleno de esperanzas, dispuesto á llevar adelante las mas heróicas empresas.

Resolviendo en su mente nuevas ideas y pensamientos mas elevados, salió del templo y empezó á cruzar calles distraido y meditabundo.

Dios sin duda que queria que empezase á cumplir ya su alta mision condujo sus pasos, pues á poco tiempo de marcha, alzó maquinalmente los ojos, y distinguió un papel que colocado en la fachada de una casa y en letras claras y gruesas decia: «se alquila para pobres.»

Aquellas palabras fueron sin duda una revelacion divina, pues Juan se detuvo ante aquel aviso, como si sus piés hubieran quedado clavados en el suelo.

«Para los pobres;» estas solas palabras hicieron latir su corazon, y puso en sus lábios estas otras:

—Aquí está mi destino.

Despues, y como inspirado por un impulso misterioso, se dirigió al primero que halló á su paso y preguntó resueltamente donde podria hallar al dueño de aquella morada, pues queria tomarla para sí desde entonces.

Le dieron las noticias que deseaba, y algunas horas despues se presentaba ante un caballero rico y anciano pidiéndole la casa en arrendamiento, y ofreciéndose á pagar á su tiempo la cantidad que estipulasen.

Maravillóse en estremo el propietario de que un hombre tan pobre y mal vestido, se comprometiese á dar aquella suma, pero habia tanta honradez en el espresivo rostro de Juan, tanta seguridad en su acento, que dominado por él cedió sin resistencia, y el contrato quedó hecho.

La casa estaba situada en la calle de Lucena, y el dia que Juan tomó posesion de ella para trasformarla en asilo de pobres enfermos, era el 8 de Noviembre de 1587.

XXX.

El antiguo y espacioso edificio fué recorrido por Juan con una inmensa alegria; es verdad que la casa estaba enteramente desmantelada y sin mueble alguno, pero él confiaba en que Dios proveería á todo, y que la caridad llevaria á cabo la obra emprendida por él con tal decision, aunque tan falto de recursos.

—Yo invocaré la piedad de mis hermanos en favor de los desgraciados, dijo: yo llamaré al corazon de los ricos en nombre de los pobres, y estoy seguro que me responderán con sus dádivas y su compasion.

Y resuelto á todo, y animado en su santa empresa por el éxito del primer paso que habia dado en ella, empezó á preguntar el nombre de las personas caritativas y acomodadas.

—Les hablaré de parte de Dios, pensó Juan; y seré oido; nada quiero para mí, pero lo necesito todo para los infelices enfermos desvalidos.

Se citaba la casa de un anciano sacerdote perteneciente á la

Real capilla, como la mas frecuentada por los mendigos y los huérfanos, pues en ella encontraban todos consuelo y remedio en su miseria.

A ella se dirigió Juan, resuelto á poner su obra bajo el amparo del ministro de Dios, y á santificarla con su ayuda, bien seguro que aquel anciano no se la negaria.

Llegó pues á sus puertas, y antes de llamar á ellas,

—Vírgen Santísima, esclamó; venid conmigo y poned en mi humilde lábio la persuasion, puesto que yo por mi solo nada puedo hacer.

Un criado salió á abrir al escuchar el llamamiento que con mano temblorosa hizo turbado y vacilante Juan.

—¿A quién buscais? le preguntó aquel hombre con estrañeza viéndole tan mal vestido y de un aspecto tan humilde.

—A vuestro señor, contestó él sin vacilar.

—Ahora... no sé si podrá...

—Decidle que le busca uno que necesita su apoyo, y que ha menester su ayuda.

El criado, que se hallaba acostumbrado á no cerrar sus puertas á los indigentes, pasó el recado, recibiendo la órden de conducir á Juan á la presencia del sacerdote.

Este, que era muy anciano, le recibió con una sonrisa bondadosa, y al ver su aspecto tímido, le preguntó con dulzura:

—¿Qué me quereis? ¿En qué puedo seros útil?

Juan, que habia fijado sus negros ojos en aquella venerable fisonomía con una espresion de duda y de asombro, respondió con sentido acento:

—Señor, nombre teneis de caritativo y dadivoso, y á vuestro corazon vengo á recurrir.

El eco de aquella voz pareció que despertaba un recuerdo en el alma del ministro de Dios.

—Yo he oido ese acento, y no sé donde, esclamó: yo creo que no es esta la vez primera que nos vemos, y sin embargo, no recuerdo donde.

—Yo tambien he pensado encontrar un reflejo de vuestra ima-

gen entre mis recuerdos pasados, pero tampoco sé decir en que época os he visto, señor.

—¿De dónde sois?

—De Montemayor, pero hace muchos años que abandoné mi patria.

—¿Mas dónde habeis pasado vuestra primera infancia?

—En Oropesa, adónde fuí al abandonar el techo paterno, luego.....

—¡En Oropesa! ¡Oh! yo fuí allí hace mucho tiempo y... pero decid ¿seríais vos un pobre niño que encontré solo y abandonado en medio del camino?

—¡Yo, yo era! entonces ya os conozco, vos fuísteis mi protector, el que me ofreció un asiento en su cabalgadura, el que partió conmigo su comida, y el que me dió en fin parte de su haber al ir á separarse de mi. ¡Oh! bien me lo dijo el corazon al traspasar estos umbrales, bien me decia, que me hallaba en presencia de mi primer bienhechor.

El anciano tendió su mano á Juan, que la besó con efusion.

Ambos se hallaban conmovidos por aquel encuentro inesperado.

—Y ¿á qué has venido hoy, hijo mio, á qué has venido en busca mia? dijo el sacerdote despues de algunos instantes.

—Me ha traido hasta aquí la fama de vuestra caridad.

—¿Te hallas necesitado?

—Nada poseo, pero nada hé menester tampoco.

—¿Entonces...?

—Si yo tengo en mi trabajo lo necesario, hay sin embargo séres desgraciados á quiénes es preciso socorrer, y por ellos vengo ahora.

—Esplícate.

—Señor, aunque sin recursos, aunque solo y humilde entre los humildes, hay en el fondo de mi alma una voz que me grita sin cesar en favor de los desgraciados; guiado por ella y fiado en la bondad de Dios, he concebido el proyecto de crear un asilo para los enfermos pobres; allí les conduciré, allí les daré la limosna de mis

cuidados y consuelos, y pediré á los demás para ellos la limosna del oro y de los recursos que necesiten.

El venerable sacerdote le escuchó lleno de asombro.

La voz de Juan, firme y tranquila en un principio, se habia tornado conmovida y suplicante despues; habia en ella algo de divino y sobrenatural, que dominaba el corazon.

—Bien, hijo mio, bien: apruebo tu pensamiento y le bendigo en nombre de Dios; no en vano adiviné en tí mucho de noble y y santo la vez primera que te ví. ¡Lleva á cabo tu empresa! ¡la Providencia velará por ella! Yo poco puedo; toma sin embargo cuánto hoy poseo, y sea mi primera limosna como la aurora que precede á un esplendente dia, sea fecunda semilla que arrojada en una tierra vírgen, dé generosos y abundantes frutos.

Y al decir esto, colocaba en la mano de Juan un pequeño bolsillo con la cantidad de 312 rs., único dinero que su inagotable caridad habia dejado al anciano en aquel momento.

Juan le recibió lleno de alegría bendiciendo aquella mano bienhechora, y juzgando aquel don prenda segura del buen éxito de su empresa.

Algunos instantes despues salia de aquella casa llevando en su mano la limosna primera y la primera piedra al par, del edificio gigantesco que con ánimo esforzado y espíritu sereno iba á levantar, tan firme como la voluntad que lo emprendia, y tan duradero como la fé que lo inspiraba.

XXXI.

Aquel seguro puerto para la desgracia, tomó en pocos dias un incremento estraordinario.

Empresa bendecida por Dios, de Dios recibia impulso y crecia mas, cuanto con menos recursos se habian contado para ella.

Cuarenta y seis lechos pobres y humildes, pero abrigados con su amor, consiguió Juan colocar en su nueva casa, y los cuarenta y seis se vieron bien pronto ocupados por otros tantos infelices agoviados por la enfermedad y amenazados por la muerte.

Todos ellos eran asistidos y consolados por Juan, que se multiplicaba para atenderlos, sin olvidar á ninguno, y para ir de puerta en puerta pidiendo limosna para ellos.

No habia necesidad que no socorriese, no habia infortunio que no tratase de consolar.

Por donde quiera que iba, recibia las bendiciones de los desgra-

ciados que acudian á verle pasar, apellidándole con entusiasmo padre y bienhechor de los desamparados.

Ahora, y ya que hemos narrado, ciñéndonos á una exacta verdad histórica, los primeros años de la vida de Juan, le acompañaremos con el privilegio del novelista, la noche en que á las puertas de la casa de María, se encontró herido y casi sin vida al rico y noble marqués de Sandoval.

Juan, que era incansable cuando se trataba de socorrer á sus hermanos, habia recibido la noticia de que á las altas horas de la noche se escuchaban ayes y lamentos á través de la puerta de una casa situada en un estremo de la poblacion, y esto le alarmó y escitó fuertemente su cuidado.

Pidió informes, averiguó el lugar en que esto acontecia, y allí se encaminaba, cuando hizo la casualidad que llegase á sus oidos un gemido lento y doloroso.

Estremeció Juan involuntariamente; detuvo el paso, y escuchó con mas atencion.

Aquel ¡ay! débil y lejano le probaba que un ser allí cerca necesitaba de auxilio.

Su corazon no necesitó mas.

Dió algunos pasos, miró con ansiedad en torno, y distinguió á pocos pasos tendido en tierra el cuerpo de un hombre sin movimiento ni vida al parecer.

Juan corrió hácia él, se arrodilló á su lado y murmuró con pesar:

—¡Muerto! y sin auxilio, sin oir en su postrer instante el nombre augusto de Dios!

Y dejando caer la cabeza sobre el pecho, empezó con lábio tembloroso una oracion.

Entonces el marqués exhaló un suspiro, y su pecho se agitó casi imperceptiblemente.

Juan apoyó la mano sobre su corazon y sobre sus lábios, y al sentir aquel leve aliento,

—¡Vive! esclamó; ¡me habia engañado! ¡oh! ¡si el cielo me ayudase á salvarlo! pero... ¿á estas horas dónde voy? dónde le conduzco que pueda recibir prontos auxilios?

El marqués se agitó de nuevo.

—Mi casa está destinada á los pobres y este hombre parece rico, pero no importa; la caridad iguala al poderoso con el necesitado; yo le salvaré esta noche, y mañana Dios me iluminará sobre lo que debo hacer.

Y sin añadir mas, cogió en sus brazos el cuerpo de Sandoval y caminó con él, con toda la ligereza que le permitian sus fuerzas.

Entre las sombras y el silencio cruzó algunas calles solitarias y desiertas, y una hora despues se detenia á los umbrales de su casa, falto de aliento y cubierto de sudor.

Sin detenerse á descansar, abrió rápidamente la puerta, subió las escaleras y entrando en la primera estancia, colocó al marqués en un lecho improvisado, y se dispuso á despojarle de sus ropas y á reconocer su herida con una prontitud admirable.

Juan pudo sujetar la sangre á los primeros esfuerzos y vió que el pecho de Sandoval estaba atravesado junto al corazon, aunque el hierro homicida, dirigido sin duda por una mano precipitada y mal segura, no habia destruido la vida de aquel hombre por una casualidad providencial.

—Quizá pueda vivir, murmuró su salvador lleno de una santa alegria; quizá pueda vivir; ahora lo que necesita primero es reanimarle, volverle el aliento, y para ello bastará conque logre hacerle beber algunas gotas de un cordial; por fortuna aquí tengo lo que necesito.

Y dirigiéndose á un armario donde encerraba su pobre botiquin, sacó de él un pequeño frasco que aplicó á la boca del herido; despues de abrir sus lábios pálidos y contraidos,

—¡Loado sea Dios! esclamó Juan: traga la medicina, aunque con alguna dificultad. ¡Oh! esperemos, esperemos.

Algunos segundos despues, Sandoval abria lentamente los ojos y fijaba en torno una mirada débil y vaga.

La esperanza de Juan fué mas viva entonces, y su gozo mas espansivo.

Sandoval, á pesar de la sangre que habia perdido, se reanimó algun tanto, y despues de llevar una mano á su frente, pareció

querer dirigir á su salvador algunas palabras, que sus lábios se negaban á pronunciar.

—¡Oh! no os fatigueis, se apresuró Juan á decir adivinando sus deseos; no os fatigueis, el menor esfuerzo puede haceros mucho mal.

Una mirada llenada de afan fué la contestacion de Sandoval, que revelaba en ella duda y temor á la par.

—Nada teneis que temer, esclamó su cariñoso salvador comprendiéndole; estais en un asilo humilde, pero seguro, donde ningun peligro correis; reposad tranquilo, y mañana ya veremos el modo de avisar á vuestra familia y de averiguar cómo os he hallado en este estado.

El jóven herido pareció conformarse con aquellas palabras, y en su contraido semblante apareció una espresion mas tranquila y sosegada.

Entonces Juan acabó de desnudarle enteramente, y colocándole de una manera mas cómoda, se dispuso á separarse de él para dejarle reposar, que era en verdad lo que entonces mas necesitaba.

Al ir á llevarse sus ropas, una carta y algunas monedas de oro cayeron al suelo.

Sandoval miró con afan aquel papel; era el mismo que María habia escrito algunas horas antes, y el marqués en su nobleza, no queria que el nombre de aquella mujer figurase en las averiguaciones que necesariamente debian hacerse para descubrir sus asesinos.

Juan guardó aquellos objetos sin reparar en el afan del jóven, y un momento despues todo era silencio en aquella pobre mansion.

Solo de vez en cuando se escuchaba algun triste gemido que el dolor arrancaba de los lábios de algun enfermo y la recatada voz de Juan dirigiéndole algunas dulces y consoladoras palabras.

El marqués al escucharlas, abria los ojos con sobresalto, volviéndolos á cerrar luego que el rumor cesaba.

Al fin acabó por rendirse á un profundo sueño ocasionado por la debilidad y por la fiebre que empezaba á manifestarse, producida por su herida.

XXXII.

Cuando María volvió en sí del desmayo que le habian producido las dolorosas emociones que acababa de esperimentar, se halló en su pobre lecho al lado de su esposo, cuyo estado se habia agravado terriblemente.

Una jóven, casi una niña, de fisonomía angelical y pura, y de blondos cabellos rubios, se hallaba junto á ella prodigándole los cuidados mas tiernos y las palabras mas consoladoras.

Aquella niña era Margarita, Margarita tan pura como la flor cuyo nombre llevaba, y tan humilde á la par como ella.

—¡Dios mio! ¡Tú aquí! ¡Oh! no era un sueño, esclamó la esposa de Luciano: no era sueño todo lo que acabo de ver! pero tú...

—Yo aterrada por el ruido de una lucha terrible y por los gritos que llegaban hasta mi oido, salí de la habitacion en que me hallaba, corrí sin saber adónde iba; ví este cuarto abierto, penetré en él y llegué á tiempo de recibiros en mis brazos, cuando el horror y el espanto os privaron de sentido.

—Pero..., dijo María con acento vacilante, aquellos hombres...

—¡Oh! nada me pregunteis, yo nada sé, y solo puedo dar gracias al cielo, que por una casualidad que ignoro, me ha conducido á vuestros brazos.

—¡Pobre Margarita!

—Ya no nos separaremos ¿es verdad? y vos me defendereis, vos velareis por mí, porque...

—Mas tu padre...

—No le he visto desde ayer.

—¿Y ha sido él quien te ha traido á esta casa?

—Sí, sí: él ha sido.

María guardó silencio; y despues de un instante hizo un esfuerzo para levantarse del lecho.

—¿Adónde vais? le preguntó la jóven con afan.

—¡Oh! yo necesito averiguar... murmuró Maria sin responder á esta pregunta; pero antes, mi esposo, mi hija.

La afligida jóven se levantó, miró con afan á Luciano y viendo su insensibilidad y su postracion, murmuró con amargura:

—Está peor: va á ser inútil mi sacrificio, mi crímen acaso; ¡Dios mio!

Y era verdad; el pobre enfermo se habia agravado mucho al avanzar la noche, la fiebre habia ido en aumento y el delirio empezaba á manifestarse.

Gruesas y abrasadoras lágrimas rodaron por las mejillas de María, cuyo corazon se estremecia desfallecido, porque la esperanza empezaba á huir de él, dejando su lugar á la desesperacion y al desaliento.

Y en medio de su dolor, la infeliz sentia tambien el grito aterrador de su conciencia que la acusaba de haber contribuido con su condescendencia á la muerte del marqués.

Anonadada bajo el peso de aquella doble desgracia, inclinó la frente sobre el pecho y se dejó caer sobre una silla sin fuerza, siquiera para rogar á Dios.

Margarita la contemplaba inmóvil sin comprender el infortunio que la rodeaba.

De pronto las dos se estremecieron y volvieron con rapidez los ojos á la puerta que acababa de abrirse lentamente.

—Mi hermano, murmuró María con voz imperceptible.

—Mi padre, esclamó Margarita con alegría.

En efecto, Luis era el que acababa de aparecer.

Se adelantó con ligereza, y apartando á la niña que habia corrido hácia él, se acercó á María y la dijo á media voz:

—Ven conmigo, pero pronto.

—¡Yo! respondió María aterrada.

—Es forzoso. Llévame donde podamos hablar sin que nadie nos oiga, continuó aquel hombre al oido de la esposa de Luciano.

Esta nada contestó.

Luis, que parecia agitado, fijó sus ojos en Luciano, y al ver su estado,

—Sal, dijo á Margarita con acento breve; ¡sal tú! y luego añadió para sí mirando al moribundo: el desgraciado no puede ya oirnos; está en la agonía, y pronto habrá dejado de existir.

—María vuelve en tí y óyeme; no podemos perder tiempo, y por eso he hecho salir de aquí á Margarita sin esperar á que tú me siguieses. La suerte nos ha sido contraria y es preciso tener energía y decision si queremos evitar el peligro.

—¡El peligro! ¿cuál, Dios mio?

—Óyeme bien; Sandoval á estas horas...

—¡Oh! murmuró María cubriéndose el rostro con las manos y con acento amargo; ya sé que has cumplido bien tú cuando me asegurabas que nada tenia que temer!

—No es hora de reproches.

—Es que...

—¡Basta! la fatalidad, el destino, me empujaron un dia por la rápida pendiente del mal, y es imposible retroceder; adelante, pues mi suerte lo quiere.

—¡Desvarias!

—No me interrumpas, el marqués debe haber sido hallado muerto, y á estas horas la justicia buscará sin duda á sus asesinos.

—¡Ah!

—Y lo peor de todo es que acaso haya sido encontrada tambien en su poder la carta...

—¡Dios mio!

—Que tu le escribiste ayer.

—¿Y eso...?

—Eso puede dar algunos indicios que...

—¡Luis!

—No te alarmes, aun puede evitarse el mal; por desgracia, ese papel estaba firmado con tu nombre: pero antes que vengan, antes que te interroguen y te crean cómplice de esa muerte, tu puedes huir, dejar esta casa, y así...

—¡Huir! ¿te olvidas de Luciano, de Luciano que postrado en su lecho espera resignado la hora de la muerte?

—Él... él nada tiene que temer: su estado le defiende de toda sospecha.

—¿Separarme de él? no, no; jamás.

—Y no ves, infeliz, que ni te conoce ni reparará siquiera en tu ausencia?

—No importa; mi deber, mi corazon, me sujetan á su lado y nada seria bastante á apartarme de aquí.

—¿Y si te alejan por fuerza?

—¡Oh! nadie será tan cruel; ¿no ves que se muere y no tiene mas amor que el mio sobre la tierra?

La jóven pronunció estas palabras con un acento tan desgarrador, aunque en voz muy baja, que Luis pareció conmovido por un instante.

—No: es preciso, se dijo despues; esta desgraciada seria capaz de revelar todo lo que sabe y perderme á mí y á todos los demás; no hay otra esperanza que sacarla de aquí, en no hallándola á ella, podemos estar tranquilos; nadie me conoce, sobre todo nadie sabe que soy su hermano, y...

Las palabras de Luis quedaron heladas en sus lábios. Un grito desgarrador acababa de escaparse de la boca de María, que pálida y asombrada se habia levantado, y se inclinaba con afan hácia su esposo.

El rostro de éste se hallaba cubierto de un frio sudor, y una convulsion imperceptible agitaba todo su cuerpo.

María cogió su mano, y su mano estaba helada y sin fuerza para estrechar la de la jóven.

—¡Oh! mira, mira; se muere, se muere, y yo le amo con toda mi alma! ¡le voy á perder! y mi hija, mi pobre hija va á quedar huérfana.

Luis miró con ansiedad al moribundo.

La enfermedad habia hecho en pocas horas muy rápidos progresos y Luciano luchaba en aquel instante con las prostreras congojas de la agonía.

Aquella situacion era terrible y la frente de Luis estaba cubierta por una sombria nube de ansiedad y de terror.

Veia sufrir á su hermana de una manera cruel, la veia espuesta por su causa á una acusacion, á una prision acaso, porque aquella cita, aquella carta que debian haber hallado sobre el cadáver del marqués, era un dato suficiente por desgracia á que se sospechase de la complicidad de María en aquel crimen.

Y sin embargo, no era posible separarla de allí, ocultarla en aquel instante.

Luciano se moria, y el deber y el corazon, todo la detenia en aquel sitio.

María estaba transida de dolor y de espanto, pero el peligro que la anunciaba Luis nada significaba para ella en aquel momento en que iba á perder toda su felicidad sobre la tierra.

Despues de muerto su esposo, poco la importaba que la juzgasen culpable, que la arrastrasen á un calabozo, que la hiciesen perder la vida, puesto que su existencia iba á ser en adelante una existencia de lágrimas.

Cuando vemos un ser amado apoyando su pié sobre la losa del sepulcro, cuando creemos que la luz de sus ojos va á estinguirse para siempre; que la palabra va á helarse en sus lábios; que el latido de aquel corazon va á pararse eternamente, parece que nuestro amor se dobla, parece que queremos derramar de una vez sobre su frente todo aquel cariño que en adelante no tendrá objeto; adivi-

namos sus deseos, le complacemos en sus menores caprichos, queriendo embellecer mas las últimas horas de su existencia á medida que éstas son menos: recogemos mas con avidez un gesto, una palabra, una mirada, y quisiéramos gravarla en el fondo de nuestra alma para vivir luego con ellas en el mundo de los recuerdos, pues por mucho dolor, por mucha amargura que estos encierren, serán lo único que ha de quedarnos de aquel ser adorado á quién no hemos de hallar mas en este mundo.

La triste María se hallaba en este caso y todos los demás sucesos de la vida eran nada para ella.

Luis comprendiendo que era inútil querer alejarla de aquel sitio:

—Sea como quieras, la dijo; pero en cualquier evento, piensa que una palabra tuya puede perdernos, piensa en tu hija, y si te preguntan, si llega el caso que te hayan de interrogar, recuerda María que al perderme te perderás tu tambien, y que Luisa entonces quedaría sola y sin apoyo sobre la tierra.

Y sin detenerse un instante mas, salió de la alcoba silencioso y sombrío.

En la pieza inmediata se hallaba Margarita azorada y llorosa tambien.

—Toma, dijo Luis acercándose á ella y poniendo en su mano un bolsillo con algunas monedas; guarda ese dinero, la muerte de Luciano hará que en breve María necesite recursos: tu se los prestarás; no he querido hablarle de ello por no aumentar su pesar.

—Pero... ¿cómo? ¿acaso...?

—Sí, hija mia, sí, consuela á mi hermana.

—¿Y vos?

—Yo... yo tengo que marchar de aquí y tu tambien muy en breve.

—¡Oh! permitidme que no la abandone; ¿qué sería entonces de ella?

Luis quedó inmóvil y sin saber qué partido adoptar.

Margarita nada tenia que temer; pero aquel hombre se estremecia ante la idea de que aquella niña tan pura llegara á comprender

la verdad de los sucesos que habian tenido lugar la noche anterior.

—No me separeis de ella, volvió la jóven á repetir.

—Pues bien sea, y suceda lo que quiera: murmuró Luis con decision, yo no puedo ser tan malvado que prive de todo consuelo á esa infeliz.

Y salió de la habitacion mas sombrío y contrariado que habia penetrado en ella.

XXXIII.

El dia tocaba casi á su fin.

Los últimos rayos del sol doraban apènas las torres mas elevadas de la ciudad, y á la tristeza que esparce la noche, iba á mezclarse en el alma de la pobre María, otra tristeza mas profunda: la que atrae sobre el corazon del desgraciado la sombria noche de la tumba que no se desvanece al siguiente dia con la brillante y abrasadora luz del sol.

Luciano sin despertar de aquella especie de sopor, habia exhalado el último aliento, dejando á la pobre jóven sumida en el amargo é insondable mar de la desesperacion.

En vano Margarita habia procurado prodigarla los mas dulces consuelos.

Hay dolores que solo Dios puede calmar.

Por otra parte, la situacion de aquella mujer era de las mas angustiosas y sin esperanza.

Sola allí con su inocente hija huérfana; con Margarita, niña

casi tambien, y desgraciada en estremo: sin recursos, velando aquel cadáver amado, solas sin amparo de nadie.

Si miraba al pasado, no podia menos de estremecerse recordando la miseria que habia cercado los últimos dias de su esposo; recordando cuán tarde habia llegado aquel socorro pagado con la participacion de un crímen y con un remordimiento eterno.

Si tendia una mirada al presente, solo hallaba lágrimas, vacío y desconsuelo; y si interrogaba al porvenir, únicamente podia encontrar en él temores, aislamiento y miseria.

¿Y su hija? ¿y su pobre Luisa, qué iba á ser de ella en adelante? Solo Dios lo sabia, y la triste viuda, la infeliz madre, era bien desgraciada en aquellas horas.

La hija de Luis estaba aterrada tambien: no se le ocurria nada que amenguase el horror de aquella situacion, y aquella situacion era espantosa.

—Es forzoso salir de aquí, dijo al cabo con angustia; esta habitacion parece una tumba. ¡Oh! yo voy á llamar, yo voy á pedir auxilio. ¡Dios mio, esto es horrible!

—Sí, muy horrible, repuso María ahogada por el llanto, y sin embargo...

—¿Qué? preguntó la niña con ansiedad.

—¡Que nadie querrá venir! la pobreza es una losa fria y pesada que nos separa de los demás séres, y yo soy pobre: tan pobre, que apenas podré pagar el monton de tierra que ha de cubrir al compañero de mi vida.

—¡Oh, no! yo tengo dinero; mi padre me lo ha dado para vos: tomadlo.

—No, no: gritó María estremecida, sintiendo agitarse en su mente mil ideas; no, guárdale; yo no quiero, no puedo tocar á él.

—Pero...

—Nunca, Margarita.

—¿Y qué haremos entonces? dijo la niña sin comprender lo que oia.

—No sé, repuso María, pero aunque mendigando tuviese que

buscar recursos, no vacilaria en hacerlo, antes de consentir en tocar ese oro.

—Mas siendo de mi padre...

—Hija mia, nada me preguntes; tu no debes saber lo que significan mis palabras, tu no debes entenderlas nunca.

—Mas estar así...

—Dios no nos abandonará, y mirará con piedad nuestro infortunio.

Hubo algunos instantes de silencio.

Margarita, sobre cuyo corazon pesaba aquella situacion, volvió á romperle de nuevo, pues una idea consoladora habia aparecido en su mente.

—¡Oh! yo sé quién vendrá á nuestro socorro si nos decidimos á pedirle ayuda.

—¡Tu!

—Sí, y estoy cierta que no se negará á mis súplicas.

—¿Pero... quién?

—¿No os hablé antes de un hombre al que sin duda Dios ha escogido para que sea el amparo y la providencia de los pobres?

—No te comprendo.

—El que todos bendicen hoy por su inagotable caridad, el auxilio de los enfermos, el consuelo de los desgraciados.

—Si, algunas veces he oido contar cosas estraordinarias de un hombre á quién algunos apellidan loco, mientras que otros le bendicen con entusiasmo.

—¡Loco Juan! ¡Oh, cuán insensatos serán los que digan tal!

—Pero en suma, ¿tú conoces á ese hombre?

—Si, por suerte mia.

—Y ¿qué esperas de él?

—Su caridad es tan inagotable como su inmensa fe, como su ardiente esperanza, y si su santidad le lleva á dar de comer al hambriento, á no abandonar al enfermo, sin duda alcanzará tambien á que busque un lugar de reposo para los que ya no existen.

María vaciló: la causaba una terrible pena que Luciano debiese á la caridad su asilo postrero en este mundo, pero mas le repugna-

ba aun que lo debiese al oro de Luis; á aquel oro que sin duda estaba manchado de sangre.

La jóven creyó aquel silencio una prueba de asentimiento, y sin aguardar mas, salió rápida y ligera de la estancia y bajó las escaleras llena de afan y de ansiedad.

La casa estaba casi sola.

La animacion y el bullicio de la noche anterior habia cedido su lugar al silencio y al abandono.

Sin duda la mayor parte de los habitantes de aquella morada tenian mucho que temer, pues habian desaparecido desde la escena de la noche antes.

Margarita no pensó en nada de esto, y rápida y ligera se lanzó á la calle en busca de socorro, en busca sin duda de Juan, cuya casa le era muy conocida por sucesos que narraremos mas adelante.

XXXIV.

Media hora habria pasado á lo mas, cuando Margarita fatigada y anhelante llegaba á las puertas de la casa que Juan habia trasformado en hospital.

Aquella puerta siempre abierta, dejó á la jóven franca entrada, y sin detenerse subió las escaleras ansiando ver al que buscaba.

En aquella santa morada habia doquier tal aspecto de paz y de religioso sosiego, que la niña se detuvo y miró en torno con asombro.

Todo allí habia cambiado y mejorado de dia en dia. Las salas trasformadas en enfermerias, ostentaban á un lado y otro limpios y cómodos lechos, colocados cada uno bajo la santa égida de la cruz.

Los desgraciados colocados en ellos, no llevaban impreso en su semblante el sello del sufrimiento y la miseria, antes por el contrario, se veia brillar en aquellas fisonomias una resignacion tan dulce, una esperanza tan consoladora, que sin saber por

qué, al entrar en aquella humilde morada, se pensaba en los goces y las recompensas del cielo mas bien que en dolores de la vida.

Y era que Juan con sus elocuentes palabras, con su fe sin límites y con su ejemplo edificante, trasformaba á los pecadores en justos y á los justos en bienaventurados; era que al entrar en aquel recinto, todas las almas se purificaban con la penitencia y el perdon, y la paz de la conciencia mitiga los dolores y disipa las inquietudes.

Margarita tendió con afan una mirada en derredor para descubrir á Juan, el cual sin duda no desoiria su voz y se prestaria á ir á socorrer y á consolar á María.

Por desgracia, el santo enfermero no estaba allí en aquel instante.

Habia salido á recoger la diaria limosna, y la niña se sintió desanimada y triste ante aquella noticia que le dió uno de los pobres recogidos en aquel asilo, y que mejorado un tanto de sus dolencias, cuidaba entonces de sus hermanos.

—¿Qué haré ahora? murmuró la pobre niña; ¡yo que tenia toda mi confianza en él!

Y dejando caer su linda cabeza sobre el pecho, se sentó en un banco con desaliento, elevando á Dios una plegaria desde el fondo de su pecho.

Aquella súplica fué oida, pues al terminarla, Juan aparecia en el dintel de la puerta.

En el bondadoso y de contínuo risueño semblante de aquel hombre, se pintó una espresion de asombro al divisar á la jóven.

—¿Cómo, dijo adelantando hácia ella, tu aquí hija mia?

—¡Oh! si, esclamó la niña con alegría; yo soy que he venido á buscaros.

—¿Te ocurre alguna desgracia? preguntó Juan con inquietud.

—A mi no.

—¡Ah!

—Pero sí á otra persona que me es muy querida, y á quien solo vos, cuya palabra es un don del cielo, podeis consolar.

Juan no atendió á las últimas frases de la niña: solo oyó que habia un ser que sufria, y que esperaba consuelo de su mano, y su compasivo corazon le guió hácia ella de un modo irresistible.

—Pues bien, hija mia, vamos allá; ¿á qué esperamos?

Margarita le dió gracias con su dulce mirada, y murmuró con alegría:

—¿Conque vais á venir conmigo?

—¿Lo dudabas?

—No, ¡pero como vuestros enfermos os ocupan tanto!

—Mis enfermos... ¡es verdad! con el afan de consolar al que llora, iba á olvidarme de ellos por un instante: de ellos, que tanto me necesitan, y sobre todo hoy que...

—¿Acaso ha sido escasa la limosna? ¡oh! no os desconsoleis y tomad, tomad para vuestros pobres.

—¿Qué es esto? preguntó con alguna estrañeza.

—Un bolsillo lleno de monedas.

—¿Pero de dónde tienes tu este dinero? dijo Juan con espresion un tanto severa.

—No os inquieteis, puedo disponer de él, porque es mi padre quién me le ha dado.

Juan dilató al oir esto su semblante.

—¡Tu padre! esclamó; segun eso, le has visto al fin.

—¡Oh! si: yo os lo diré todo, pero ahora...

—Tienes razon: pensemos solo en los desgraciados: espérame aquí un momento: voy á cuidar de ellos, á administrarles algunas medicinas y pronto vuelvo.

—No tardeis, no tardeis porque...

La jóven recordaba la situacion de María, y de ella acaso iba á hablar cuando notó que el santo enfermero no estaba ya á su lado.

Lleno de afan acababa de penetrar en aquellas estancias donde su presencia llevaba la medicina, la esperanza y el socorro.

Pocos instantes tardó en volver.

Aquel breve espacio le invirtió en cumplir sus deberes junto á aquellos infelices que Dios habia puesto bajo su amparo.

Cuando llegó junto al humilde lecho que ocupaba Sandoval, le

reconoció con mayor esmero y le dirigió algunas palabras á las cuales el marqués no pudo contestar, pues la fiebre le tenia en un estado de trastorno y delirio indecible.

—¡Dios mio, está peor! murmuró Juan con pena; ¿qué haré? y sin haber logrado saber quién es, ni cuál es el nombre de sus deudos; él nada puede decir: sus palabras son inconexas y sin sentido alguno; ¡oh! ¡Señor, completad la obra! ¡salvad á este hombre! os lo ruego por vuestro amor.

Hubo un instante de silencio; pero recordando que Margarita le esperaba, se levantó de aquel sitio, y dirigiéndose á un hombre que se hallaba á poca distancia,

—Oye, Fortun, esclamó, ven aquí.

El llamado de aquel modo dió algunos pasos y se acercó á Juan ligero y lleno de afan por complacerle.

—Tu estás ya bien, le dijo éste, ¿no es verdad? ¿el dolor de tus piernas ha desaparecido y puedes moverte y andar?

—Si, si; gracias al cielo, en breve lograré volver al lado de mis hijos; y gracias á vos, podré de nuevo ganarles el sustento y enseñarles á bendecir vuestro nombre.

—El mio no, el de Dios únicamente; pero ahora no se trata de eso.

—¿De qué pues? preguntó Fortun con viveza.

—De que me reemplaces algunos instantes junto á este pobre herido.

—¿El que trajísteis anoche?

—Si, tengo que alejarme para un asunto de la mayor premura, y en verdad, me duele dejarle solo en este estado.

—Id descuidado, yo velaré junto á él.

—Dios te lo premiará, Fortun; las buenas acciones producen mayor bien al que las hace, que al que es objeto de ellas: toma pues, y adminístrale de hora en hora este calmante.

—Bien.

Juan, tranquilo por Sandoval, se dirigió en busca de Margarita.

Al pasar por aquellas salas, asilo de la enfermedad y del dolor,

BIBLIOTECA · Granada · DE ANDALUCIA



Tomandolo en sus brazos se alejó de aquel sitio.

Litografia de F. Casado, Campillo 32 Granada.

por todas partes le llamaban, por todas partes le tendian las manos con afan, mas él con acento blando y amoroso les decia:

—Esperen, esperen, hermanos mios: pronto volveré: por ahora nada les falta, y hay quien espera y sufre tambien.

Y siguió adelante con una presteza sin igual.

—Vamos pronto, hija mia, continuó cuando vió á la niña que ya empezaba á impacientarse.

—¡Oh! si vamos, murmuró ésta echando á andar para guiarle.

Anduvieron algunos pasos y Juan preguntó con afectuoso tono.

—Aun no me has dicho de lo que se trata, ni cuál es la desgracia que debemos remediar.

—Teneis razon: yo solo he pensado en conduciros á la presencia de María.

—¡De María!

—De una desgraciada que acaba de perder á su esposo y que se halla sin recursos para darle sepultura.

—¡Infeliz!

—¡Oh! mucho.

—¡Cuánta miseria, cuántas lágrimas donde quiera! hace pocos momentos que otro infortunado se hallaba tambien muerto é insepulto en una calle escusada.

—¡Dios mio! y ahora....

—Ahora; gracias al cielo que me inspiró una buena idea, duerme su sueño eterno bajo la tierra bendecida.

—¡Cómo!

—Estaba abandonado, desnudo sobre las piedras, y yo demandé en vano á los moradores de aquellas cercanias un pedazo de miserable tela que le sirviera de mortaja.

—¡Ah!

—Ninguno pudo dármelo; ¡eran todos tan pobres! de pronto vi acercarse un hidalgo que salia de su casa, situada á pocos pasos de allí; lleguéme á él é imploré su auxilio, pero se negó á oirme: la avaricia sin duda moraba en su corazon y cerraba sus oidos á la voz de la piedad.

—¿Y era rico?

—¡Oh! si: Dios le ha dado hacienda y caudal sobrado.

—¿Y qué hicísteis?

—Es muy sencillo; viendo que nada conseguiria de su caridad, recurrí á su egoismo, con una prisa estremada, para que no me perdiese de vista, cogí en mis brazos aquel cuerpo sin vida por quien habia suplicado en vano, y andando á buen paso, fuí á colocarle en los umbrales de la casa de aquel hombre, muy seguro de que no le agradaria semejante vecino, y le dije tranquilamente: hermano mio, tanta obligacion teneis como yo de prestar un postrer socorro á ese infeliz, y pues no quereis ayudarme con algo, ahí se os queda hasta que Dios toque vuestro corazon y hagais por él la mas triste de las obras de misericordia.

—¿Y entonces...?

—Entonces, y viendo que yo me alejaba de aquel sitio, me llamó azorado: la justicia podia pedirle cuenta de aquel hombre muerto en sus puertas, ó á lo menos exigirle que le diese sepultura: temió cargo y gasto mayor, y me rogó que le librara de todo esto, dándome dinero suficiente para pagar los piadosos deberes que cumplí con aquel infeliz.

En aquel momento llegaron al término de su camino, y Margarita señalando á la puerta por donde habia salido poco antes,

—Aquí es, dijo, entremos á auxiliar á la pobre María.

XXXV.

Nosotros aprovecharemos estos momentos para esplicar á nuestros lectores cómo se habian conocido Juan y Margarita, y por qué ella le profesaba tal veneracion y tenia tanta fe en su ayuda.

Margarita era hija única de Luis de Aguilar, hermano de María, como hemos dicho antes. Su madre habia muerto al darla á luz, y la inocente niña privada de sus dulces caricias, habia visto pasar sus primeros años en una de las aldeas mas pequeñas y pobres de las que ostenta á sus piés la blanca cumbre del Veleta.

La nodriza á quién la habian confiado, la amaba con toda la efusion de un alma sencilla, que ve en los tiernos niños el trasunto de los ángeles.

Aquella santa mujer colocando á la niña huérfana entre sus brazos, se consolaba de la pérdida de su hijo y prodigaba á la tierna niña toda la ternura y los cuidados de una madre

Por otra parte, nadie se cuidaba de aquella pobre criatura: nadie venia jamás á informarse de sus adelantos, de su salud, de sus necesidades. Solo cada tres meses recibia la buena aldeana el importe estipulado por admitir á Margarita bajo su techo y por alimentarla con la sábia de su seno. Aquel dinero que llegaba con una puntualidad estremada, era la única señal de que la niña no estaba sola en el mundo.

Así pasaron algunos años.

Una noche, y cuando ya todos dormian en la aldea, llamaron recatadamente á la casa de Juliana, que así se llamaba la nodriza.

Levantóse esta y preguntó llena de estrañeza quién era á aquella hora.

La voz de un hombre que se daba á conocer como padre de Margarita la contestó, y entonces la puerta quedó franca y Juliana pudo reconocer al que llamaba. No habia duda ninguna: el recien llegado era Luis de Aguilar, aunque en su rostro se hallaban impresas las señales del vicio y el desórden, mezcladas con una expresion siniestra y adusta que otras veces no tenia.

Preguntó por su hija, y la aldeana se la presentó llena de orgullo, porque aquella niña estaba hermosa como una azucena recien abierta: pero á aquella pueril satisfaccion se unió una ansiedad terrible; Juliana creyó que Luis venia á reclamar á su hija, y la idea de separarse de ella oprimió su corazon.

Mas él la tranquilizó asegurándola que solo venia á verla y á pasar aquella noche á su lado.

La nodriza respiró libremente y ofreció con toda cordialidad á su huésped una cena abundante y el lecho de su esposo, que pasaba las noches fuera de casa guardando su corta hacienda. Ella y Margarita ocuparon un pequeño cuarto situado en el piso superior.

Por la mañana, cuando muy temprano bajó á tomar las órdenes de Luis y á presentarle á su hija, Aguilar habia desaparecido dejando sobre la mesa algunas monedas de oro.

Juliana se quedó absorta y meditabunda, y al otro dia cuando cundió por la aldea la voz de que algunos malhechores habian sido perseguidos la noche antes en las inmediaciones del pueblo,

escapándose sin saber cómo, una sospecha terrible acudió á su pensamiento, y resolvió no hablar á nadie de la venida del padre de Margarita, ni de su estancia de algunas horas en su casa.

Guardó aquel secreto en su pecho, y amó mas desde entonces á la pobre niña, á quién juzgó desgraciada para el porvenir, creyéndola hija de un ser delincuente, que tarde ó temprano la arrastraria en su desventura.

Margarita nada sospechó.

Si efectivamente su padre era culpable, el crímen cruzó por su lado sin manchar la inmaculada pureza de su corazon de ángel.

Mucho tiempo pasó sin que se volviese á saber de Luis.

Cuando la niña preguntaba por él á Juliana,

—Ruega á Dios mucho por él, hija mia, la contestaba ésta; tal vez tus oraciones le son muy necesarias.

Margarita sin replicar rezaba mucho por su padre, sin que por entonces sus plegarias consiguieran tenerlo á su lado.

Juliana perdió á esposo, y con él su único sostén, su solo apoyo.

A no haber sido por la pension que seguia recibiendo puntualmente del padre de Margarita, ambas se hubieran visto sumidas en la mas espantosa miseria.

Por entonces, y sin poder comprender el por qué, Luis volvió á aparecer en la aldea.

Su semblante estaba cada vez mas uraño y mas sombrío.

Sin embargo, las caricias de su hija parecia que disipaban algun tanto las nubes que cubrian su frente, y ante ellas un sentimiento olvidado hasta entonces, el sentimiento del amor paternal empezaba sin duda á germinar en su alma, pues sus visitas se iban haciendo mas largas y mas frecuentes.

Margarita era entonces feliz.

Veia á su padre, á quién amaba con toda su alma; recibia de éste algunas pruebas de afecto, y aunque ya habia salido casi de la edad de los juegos, pues iba á cumplir sus quince años, nada mas pedia á la suerte: jamás se le ocurrió rogar á Luis que la sacase de

aquella pobre casa y la llevase á vivir con él á la ciudad, ni aun de preguntarle donde moraba.

Acaso jamás lo hubiera sabido, si un dia al salir este no hubiese hallado en el sitio que habia ocupado, un papel en el que estaba escrito su nombre y añadido por bajo: «podrás hallarle, en la calle del Laurel casa de Anton Martin.»

Margarita guardó aquel papel sin saber á quien iba dirigido, y sin darle en verdad importancia alguna, suponiendo solo que eran las señas de la habitacion donde Luis vivia en Granada, puesto que decia que allí podia vérsele; esto nada la importaba entonces, pues como hemos dicho, era dichosa y feliz.

Pero la suerte, cansada sin duda de sonreir á la jóven, descargó sobre su frente una desgracia terrible, privándola repentinamente del amor y el amparo de la que habia hecho las veces de su perdida madre.

Juliana bajó al sepulcro de una manera tan inesperada como rápida, y Margarita quedó sola en aquel pueblo, donde no tenia pariente alguno.

En los primeros momentos solo pensó en llorar, en entregarse á su dolor; despues, cuando la reflexion pudo hallar cabida en su mente, pensó en su padre, y aguardó resignada á que éste volviese para decidir de su futura suerte.

Pero por una casualidad fatal, Luis no volvió en muchos dias, y la triste niña cansada de esperarlo en aquella soledad, se decidió á ir á buscarle, recordando el papel que guardaba, y creyendo que siguiendo la indicacion en él escrita, hallaria á Luis con facilidad.

Sin aconsejarse de nadie y siguiendo solo el impulso de su corazon, emprendió su camino, y dejó con pena la aldea donde habian pasado sus primeros años tan tranquilos y tan serenos.

Cuando llegó á la ciudad, todo la sorprendia, la admiraba todo. Margarita jamás habia abandonado el pequeño pueblo que su nodriza habitaba, y por consiguiente era cándida y sencilla como la paloma de los campos; en su alma pura y síncera no cabia el pensamiento del mal ni del engaño, y asi es que nada temia al lanzarse sola en medio de aquel mundo desconocido para ella.

Pidiendo noticias á cuántos hallaba, logró llegar á la calle del Laurel y una vez en ella se creyó en la casa de su padre.

—¿Qué buscas con tal afan, bella niña? la preguntó al verla mirar á todos lados con inquietud un hidalgo que pasaba junto á ella.

—Busco la casa de Anton Martin, respondió Margarita con voz dulce.

—¡Ah! murmuró aquel hombre fijando en la niña una mirada cuya espresion no pudo comprender. ¡Ah! tu vienes á la morada de Anton Martin; fortuna harás en ella sin duda, con tal belleza y con tal juventud.

Margarita no entendió aquellas palabras, y se limitó á preguntar:

—¿Podeis decirme cuál de estas es la casa que busco? pues á la verdad yo no lo sé, y deseo llegar pronto.

El interpelado sonrió maliciosamente y la dijo señalándola una puerta situada al estremo de la calle.

—Allí es.

La jóven le dió gracias y se dirigió al sitio indicado.

El hidalgo la vió desaparecer murmurando para sí:

—¡Qué lástima! y su aspecto no revela... ¡bah, para fiarse de las apariencias!

XXXVI.

En medio de una gran sala del piso bajo de la casa de Anton Martin, se encontraban sentadas junto á una reja que daba vista á la calle, ocho ó diez mujeres frescas y bellas ataviadas con vistosas galas, y mostrando en sus ademanes la indolencia y la falta de la modestia y el pudor, ese sello divino que los ángeles gravan en la frente de las jóvenes puras y castas como ellos.

Una corte de mozos de vida alegre las cercaba, y entre votos, carcajadas y locos cantares, pasaban el tiempo sin cuidarse del mundo ni de la justicia de Dios.

En medio de la confusion, del estraño ruido que atronaba aquella estancia, en medio de los vapores impuros que la envolvian, se dejó ver la figura de una jóven pálida y conmovida que inmóvil en el dintel no sabia si avanzar ó retroceder; tal era el asombro que se veia pintado en su espresivo semblante.

Aquella jóven era Margarita.

Margarita, que con su sencillo traje, su aire candoroso y su inocente mirada, formaba un terrible contraste con las que se hallaban allí.

Al verla, todas las bocas enmudecieron, el estruendo cesó, para dar lugar á mil preguntas y á mil palabras repugnantes y equívocas.

La pobre niña no entendia aquel lenguaje que jamás habia llegado á sus castos oidos, y atónita y sobresaltada solo pudo murmurar:

—Mi padre; ¿dónde está mi padre?

Algunas carcajadas burlonas respondieron á esta pregunta, y la infeliz niña se vió cercada por aquellos hombres, cuya mirada turbia por la embriaguez y el vicio, no podia distinguir la inmaculada pureza de su frente.

—¡Dios mio! ¿qué es esto? gritó la jóven espantada; ¿qué es lo que pretenden, qué quieren de mí?

Y llena de terror quiso volver á salir de aquella estancia y huir de aquellos séres que la asustaban.

Pero ellos se lo impidieron sujetándola bruscamente y aun alguno mas atrevido y resuelto que los demás, rodeó con un brazo su flexible talle haciéndola lanzar un grito de angustia.

Sola, indefensa, en medio de aquellos séres, entre quienes la habia llevado una terrible fatalidad, Margarita sintió que las lágrimas nublaban sus ojos, y que sus piés vacilaban negándose á sostenerla.

Pero el ángel encargado de su custodia no la abandonó, y cuando se creia mas desamparada, un hombre de tranquilo y sereno aspecto y vestido con un humilde traje talar, cruzó resueltamente la puerta y penetró en aquella estancia.

—¡Oh! ¡Dios mio! esclamó Margarita amparándose del recien llegado; ¡socorredme por caridad!

Juan, pues era él, tendió su mano á la niña, y abarcando con una mirada el cuadro que tenia ante sí,

—Nada temas, hija mia; la dijo; nadie te insultará estando yo aquí.

—Y vos ¿quién sois para interponeros entre esa mujer y nosotros? si ella ha entrado aquí por su voluntad, no teneis derecho...

—¿Y no veis que esa niña ignora donde por desgracia está?

—¿Pero vos quién sois para impedir...?

—Yo... yo soy un hermano de los pobres, un amigo de los desamparados, y por eso la tomo bajo mi proteccion.

—Es que...

—Basta, hermano, basta; solo os ruego qne me dejeis el paso franco.

—No, no.

—¿Pero esa jóven...? preguntaron algunas de aquellas mujeres.

—Esa jóven se viene conmigo, á menos que me indique alguna parte segura donde pueda llevarla.

—Yo... esclamó Margarita llena de turbacion.

—¿No teneis parientes ni amigos aquí?

—Solo tengo á mi padre en este mundo.

—Entonces...

—En su busca venia; creí que habitaba esta casa.

—¡Aquí!

—Si, señor.

—¿Pero dónde estábais vos antes?

—En una aldea inmediata con mi nodriza: pero ha muerto hace pocos dias, y...

—¿Cuál es el nombre de tu padre? preguntó con viveza una de aquellas mujeres, que habia escuchado con atencion el diálogo cruzado entre Juan y Margarita.

—Se llama Luis de Aguilar.

—¡Ah! ¡Mano de acero! murmuró poniéndose densamente pálida la que acababa de preguntar.

—Yo conozco á ese hombre, decia entre tanto uno de aquellos mozos, dirigiéndose al que estaba á su lado, mientras fijaba los ojos en Juan; yo conozco á ese hombre, y en verdad, en verdad que ignoro donde le he visto.

El protector de Margarita que habia escuchado estas palabras,

clavó en él una mirada penetrante y murmuró á su vez encarándose con el que hablaba:

—Hace un mes que nos encontramos por vez primera, hidalgo; dos hombres luchaban por cuestiones de juego en una calle muy escusada: uno de ellos llevaba tal ventaja á su contrario, que éste se hallaba casi vencido y próximo á sucumbir. Pero Dios no queria la muerte de aquel pecador; queria que viviese, que se convirtiera acaso, y se valió para lo primero de un ser débil y humilde como ninguno, haciéndole cruzar aquella solitaria calle é intervenir en la contienda, separando á los dos adversarios y consiguiendo con sus ruegos que depusieran sus enojos. Era el anochecer, y el que estaba casi vencido no pudo distinguir bien las facciones del que en aquellos momentos miraba como á su libertador.

—¡Oh! todo eso es verdad; ¿pero como sabeis...?

Juan se sonrió con una expresion bondadosa y prosiguió:

—Aun puedo deciros mas.

—¿Qué?

—El nombre de Simon de Avila...

—¡El mio!

—Es el del jóven que estuvo á punto de morir.

—¿Y el de su libertador? preguntó con ímpetu Simon.

—¡Oh! ese...

—Si.

—¿No decíais hace poco que recordábais haberme visto en alguna parte?

—Vos sois, es verdad, vos sois; y nunca podré olvidar lo que os debo. Soy hidalgo, y estoy obligado á devolveros servicio por servicio; desde este momento cedo por mi parte á que os lleveis esa niña y si alguno quiere oponerse...

Habia tal acento de amenaza en las palabras de Simon que sus compañeros nada replicaron, dejando la puerta franca.

Juan iba á salir, pero el jóven le detuvo diciéndole con prontitud:

—Puesto que sabeis mi nombre, es justo que me digais el vuestro.

—Yo me llamo Juan.

—¡Juan!

—Si.

—Pero....

—Unos me han apellidado el loco, otros el padre de los pobres; pero si me quereis nombrar con acierto, decidme solo Juan el pecador.

Todos quedaron inmóviles ante estas palabras y ante la tranquila y poderosa mirada de aquel hombre estraordinario.

XXXVII.

Despues de algunos momentos de pausa Juan continuó:

—El que rige los mundos, el que mueve la hoja en el árbol y la ola en el mar, me ha conducido aquí sin duda para amparar á esta pobre niña; yo venia en busca de un hombre á quien sin duda todos conoceis: yo venia en busca de Anton Martin: queria evitar una desgracia, y Dios sin duda quiere que evite dos.

—¡Cómo! preguntaron algunos de los circunstantes á quienes la dulzura y el aspecto de Juan iba dominando lentamente.

—Anton Martin va á causar la muerte de un infeliz, del desgraciado Pedro Velasco, que en una estrecha prision gime arrepentido ya del crímen que cometió asesinando al hermano de Anton.

—Es cierto, pero considerad que su enojo es justo, la voz de la sangre pide á su corazon una venganza pronta.

—Yo quiero evitarla.

—Nada conseguireis.

—¡Quién sabe!

—Personas mil de consideracion y valia no han podido hasta ahora torcer en esto su voluntad.

—Yo suplicaré tanto, que Anton...

La puerta se abrió violentamente y un hombre de siniestro aspecto y de torba fisonomía, apareció en ella esclamando con áspera voz:

—¿Quién nombra aquí á Anton Martin?

Juan se volvió rápidamente y su mirada humilde, espresiva y dulce, iluminada por una luz divina, se fijó en la mirada agresiva del recien venido.

Este se estremeció imperceptiblemente como si un poder oculto agitase todo su ser.

—Gracias al cielo que os hallo al fin, dijo Juan con dulzura.

—¿A mi? respondió el rufian sin dejar su aire insolente y brusco.

—¡Oh! si; ¿por qué si no por veros habia yo de llegar á esta casa?

—Es que aquí...

—Hay mucho infortunio y mucha culpa, ya lo sé: pero Dios que es todo amor y misericordia, hará descender hasta esta profunda oscuridad un rayo de su infinita luz.

Semejante lenguaje, estraño y nuevo en aquel lugar dejó suspensos á cuántos le escuchaban.

Al cabo de algunos instantes Anton Martin preguntó:

—Acabemos ¿con qué objeto me buscais? solo gente alegre y brava puede tener necesidad de mi, y vos, ni de lo uno ni de lo otro teneis traza.

—Vengo á hablaros de Pedro Velasco.

Al oir este nombre una nube de sangre oscureció la frente de Anton.

—¿Del asesino de mi hermano? murmuró.

—De un infeliz que privado de la libertad, del aire y de la luz, solo espera ya en la bondad de Aquel que es todo piedad, indulgencia y perdon para el que llora arrepentido.

Entonces Juan, que nada aguardaba de sí mismo y que solo confiaba en Dios, haciendo en el fondo de su alma una plegaria fervorosa, empezó á rogar á Anton que otorgase su perdon al infortunado Velasco.

En un principio sus palabras eran suplicantes y conmovedoras: pero á medida que adelantaba en su discurso, perdia por completo aquella timidez que le caracterizaba, y su acento, semejante á un rio largo tiempo contenido y que al fin rompe su dique, arrastraba en pos con su sin igual influencia cuanto hallaba en redor de su paso.

Habló de Dios, de su piedad, de su poder: del perdon de las ofensas, del olvido de las injurias, del premio que el cielo ofrece al que solo guarda en su seno amor y caridad para sus semejantes.

Y habia tal uncion en el acento de Juan, tal poder en sus palabras, que un ángel sin duda iba poniendo en sus lábios; era tan suplicante la mirada de sus ojos, se desprendian de ellos lágrimas tan ardientes, que su emocion se comunicó á cuantos le escuchaban, el llanto humedeció todas las pupilas, y los serafines custodios de aquellos séres tan degradados y tan culpables, elevaron al cielo los ojos con una espresion indefinible de santa esperanza y de ardiente fe.

Aquellas almas iban á salir tal vez de entre el cieno que las manchaba: aquellas frentes iban á lavarse acaso con las saludables aguas de la penitencia y de la gracia.

Anton Martin fué el primero que rompió el silencio.

En su corazon habian caido como un frezco rocío las frases de aquel justo enviado por Dios para el consuelo de cuantos le hallaban á su paso, y vivificada por ella la flor divina del amor y la caridad, empezaba á exhalar su perfume sagrado.

—¿Y si yo perdono á ese hombre, dijo mirando á Juan con un afan estremado, y si yo perdono á ese hombre, podré esperar á mi vez que mis errores sean perdonados?

—Si el amor de un hermano es dulce y cariñoso, el de un padre es inmenso y dispuesto siempre al sacrificio, y sobre todo, á la misericordia.

—Eso...

—Vos iluminado por la verdad divina, podeis considerar á Pedro Velasco como un hermano; pero á la par sabeis que Dios es vuestro verdadero y amoroso padre.

—¡Ha sido tanta la alevosía de ese hombre! mató á mi hermano á traicion, cuando estaba desprevenido y lejos de cuantos pudieran prestarle socorro; cuando la vida le brindaba toda clase de dichas: riqueza, juventud, alegría: cuando acababa de ligarse ante los altares con la mujer á quien amaba.

—Si, ¡teneis razon! mas sin duda olvidais que ese matrimonio ha sido la causa de todo.

—¡Cómo!

—Vuestro hermano habia requerido de amores á una niña pura y casta, y luego casó con otra dejándola burlada; esa niña era hermana de Velasco, que se juzgó ofendido en su honra y en su corazon.

—¡Oh!

—Además, no sea la enormidad de la ofensa quien justifique ahora la venganza. Dios derramó su sangre por los que le escarnecian y ultrajaban su nombre, por los culpables, no por los justos, pues estos no habian menester expiacion: ¡cuánto mayor es el agravio, es mayor la grandeza del alma que lo perdona!

—¡Pues bien, hágase como deseais; no sé que encuentro en vuestras razones, que me convencen sin quererlo yo: no sé que hay en vuestra voz, en vuestras miradas, que me dominan apesar mio: si, sea como vos quereis, y en cambio... en cambio rogad á Dios mucho por mi.

Juan no pudo contener una espresion de gozo al escuchar aquellas palabras.

Habia salvado la existencia de Pedro, y entreveia á la par la salvacion del alma de Martin.

Tambien cuantos le rodeaban en aquel instante, parecian próximos á sentir la influencia de la gracia; empezaban á avergonzarse de sus culpas, puesto que lloraban sobre ellas.

—Si, rogaré por tí, hijo mio; murmuró Juan besando al mismo tiempo con gratitud las manos del rufian y llamándole por vez primera con este dulce nombre, rogaré por ti: y Aquel que dió parte á un bandido en su reino, al morir en la cruz, sin duda escuchará mis súplicas y te hará tambien partícipe de su gloria.

En aquel instante una de aquellas infelices mujeres cayó de rodillas á los piés de Juan y murmuró con apagado acento:

—Mis dias se han deslizado en el camino de la culpa; mi alma está manchada con el cieno del pecado... ¿podré yo esperar como él, á quien prometeis que Dios ha de oirle?

—Cuando se consumó la redencion del mundo, cuando Dios hecho hombre espiraba en la cruz, junto á la Vírgen purísima se hallaba una mujer pecadora, y el Salvador dividió entre ambas su postrera mirada, queriendo significar que iguala en su amor á la inocencia del ángel con la penitencia del pecador.

—¡Oh! yo quiero imitar á María Magdalena y conseguir cual ella que queden borrados mis pasados errores.

—¡Esperad y confiad, hija mia; el que busca la senda del bien, llegará á ella sin duda!

Margarita atónita y muda, habia presenciado la escena anterior, sintiéndose atraida por su nuevo protector, á quien admiraba y bendecia con toda su alma.

—Vamos, dijo Juan dirigiéndose á ella, vamos hija mia, voy á conduciros donde esteis en seguridad, y á llevar la noticia de su perdon al triste Velasco.

—¿Mas y mi padre? ¿dónde le hallaremos? preguntó la niña con ansiedad.

—Dentro de poco debe venir aquí, esclamó una de aquellas mujeres.

—Entonces...

—¡Oh! volved, volved repitieron todos dirigiéndose á Juan,

puesto que nos habeis mostrado el precipicio á que marchamos por la pendiente del vicio, venid á guiarnos por el camino que conduce al cielo.

—Antes de una hora estaré aquí. Yo tambien lo deseo, mi mision es velar por los enfermos; y los que tienen el mal en el alma, merecen por cierto un cuidado mayor.

XXXVIII.

El primer pensamiento de Juan fué conducir á Margarita á su casa de la calle de Lucena: allí sabia que estaba segura al lado de algunas mujeres que en aquella morada hallaban el remedio de sus dolencias.

—Aquí vivirás, la dijo, sin tener nada que temer; el furioso oleaje de las pasiones humanas se estrella ante los muros de la mansion donde se cobija la desgracia amparada en nombre de Dios. Yo hallaré á tu padre, pero mientras le reemplazaré en tu cuidado; espera tranquila mi vuelta, hija mia, que voy á cumplir mi deber.

Y saliendo de la estancia donde quedaba la jóven, se dirigió á cuidar un momento de sus enfermos.

Les administró algunos medicamentos, atendió á cuanto entonces necesitaban, y emprendió el camino de la cárcel de córte donde gemia preso Velasco.

Su prodigiosa actividad le hacia poder desempeñar todos los cargos que voluntariamente se habia impuesto. Parece inconcebible que un hombre solo llevase adelante la empresa que Juan habia acometido, y para la cual no contaba con ayuda alguna, ni aun para la parte material, y seria esto incomprensible si la fé no nos dijera que le auxiliaba Dios, para el cual nada es difícil, y ante cuyo poder la palabra imposible está borrada enteramente.

Media hora despues de haber salido del hospital; llegaba á las puertas de la cárcel.

Al pisar aquellos umbrales, su corazon latió con violencia.

Recordó los primeros años de su infancia, recordó á sus padres: pensó que al separarse de ellos para no volverlos á ver en este mundo, habia encontrado su primer asilo en una morada semejante.

Entonces una lágrima silenciosa rodó por sus mejillas, como un justo tributo á aquellos recuerdos; los pesares y las afecciones del niño estremecieron el corazon del hombre, y al murmurar el nombre de sus padres, una plegaria brotó á la par de sus lábios y un gemido de su alma.

Pronto dominó aquella emocion, pues la idea del placer que iba á llevar al triste Pedro, le animó por completo.

Y en efecto, ¿qué pensamiento mas consolador que traer el perdon á un culpable arrepentido, y la vida y la esperanza á un ser próximo á morir?

Juan, pues, llegó junto al pobre preso tranquilo y gozoso ya.

—Dadle gracias á Dios, hermano mio, dijo al entrar; dadle gracias á Dios que se ha servido oir vuestros ruegos.

—¡Cómo! ¿qué quereis decir? respondió Pedro mirándole con ansiedad.

—Que Anton Martin os perdona.

—¡Oh! ¿será posible?

—Y tanto que lo es: acabo de oirlo de su misma boca.

Pedro se sintió desvanecido.

Aquel perdon era su esperanza única y su deseo mas ardiente.

Por conseguirlo hubiera dado su sangre toda.

Cuantas personas conocia de alguna influencia habian interpuesto su mediacion para conseguir que los lábios de Martin pronunciasen aquella palabra de gracia, y hasta aquel momento todo habia sido inútil, nada se habia podido lograr.

Y sin embargo, aquel hombre le aseguraba que su enemigo le perdonaba; esto le parecia un sueño y temia á cada paso despertar de él.

—Vamos, hijo mio, sed fuerte, le dijo Juan viendo su emocion. Si, Martin olvida su ódio y su deseo de venganza, pero pensad que mientras no consigais el perdon de Dios, de nada os servirá el que os conceden los hombres.

—Pero ¿qué habeis hecho? ¿qué le habeis dicho para lograr lo que ha negado hasta ahora con tal teson?

—¡Oh! nada: solo he rogado al cielo con afan que ablandase su corazon, y ya veis como lo ha concedido.

—¡Cuánto os debo!

—A mi nada, á Dios solamente.

—Pero contadme, contadme donde le habeis visto: decidme que puedo estar cierto de ello; que no es una ilusion de nuestro deseo.

Juan refirió cuanto acababa de pasar, sin omitir palabra alguna, y Velasco admirado de lo que juzgaba un prodigio, debido solo á la santidad de aquel justo, se arrojó á sus plantas cuando acabó de hablar, y tomando su mano para regarla con sus lágrimas,

—Desde este instante soy vuestro esclavo: os debo la salvacion de mi alma, pues hubiera muerto desesperado. Disponed de mí: yo no quiero separarme de vos: quiero aprender esa uncion, esa caridad que se revela en vuestras acciones; los ángeles y los santos están muy cerca de Dios, y si ángeles y santos hay en el mundo, vos sin duda sois uno de ellos.

El humilde y sencillo protector de Pedro le prohibió usar de aquel lenguaje, pero no pudo escusarse de aceptar los ofrecimientos que tan sínceramente le hacia aquel corazon agradecido.

—Disponed de mí, repetia Velasco sin cesar.

—Pues bien: una sola cosa exijo de vos.

—¡Oh! ¡hablad!

—Quiero que el primer dia de vuestra libertad vengais conmigo á dar las gracias á Anton Martin y á reconciliaros con él enteramente.

—¿Y... admitirá él?

—Yo me encargo de ello.

—Entonces, Dios haga que llegue pronto ese momento para mí.

—Ahora, y ya que no me necesitais, os dejo.

—¡Tan pronto!

—Me esperan aquellas desgraciadas, á las cuales confío que Dios quiere llamar por el camino del arrepentimiento.

—Id, pues: id, porque el espíritu del Señor marcha con vos: id á derramar el bien á vuestro paso: yo me quedo aquí rogando á Dios que con su sangre y con mis lágrimas quiera borrar mis errores.

XXXIX.

Juan se dirigió á buen paso á la calle del Laurel, y penetró de nuevo en la casa de Anton Martin.

Todo estaba silencioso en aquellas inmediaciones.

En el alma de las desgraciadas á quienes Juan se habia dirigido aquel dia, se efectuaba una terrible lucha entre la voz de la virtud y los alhagos del vicio, y por eso suspiraban é inclinaban la engalanada frente.

A los cantos impuros habian sucedido las lágrimas, al eco de los profanos instrumentos, el sonido de los suspiros y los ayes de arrepentimiento.

Una entre todas aparecia mas trémula y mas turbada.

¿Seria que sus culpas eran mayores, ó que estaba sujeta con lazos mas inquebrantables al camino del mal?

Con mayor insistencia que las otras fijaba sus ojos en la puerta y murmuraba sin cesar:

—¿Si se olvidará de venir? ¿si seria una palabra vana su promesa de volver?

Y aquella mujer era hermosa, y sobre su frente se leia algo de noble y distinguido; algo de triste y doloroso: tal vez una historia de misterio y lágrimas.

Era la misma que se habia estremecido al escuchar el nombre de Luis, y entre sus compañeras se la conocia con el nombre de Lola la dama.

Por fin, y respondiendo al afan de todas, Juan apareció en la puerta, y fijó en torno una mirada en que se reflejaba un rayo de celestial alegría.

Al verle aquellas desgraciadas, se levantaron en tropel y se dirigieron hácia él, que adelantó murmurando con acento dulce y compasivo:

—Ya veis, hermanas mias, que vengo aquí, á hablaros tan solo en nombre de Aquel que murió por salvarnos, de Aquel que siendo todo pureza y santidad, ama al pecador, y busca al culpable, como el amoroso pastor busca la pobre obeja estraviada.

Su voz lenta y solemne dominaba á aquellas almas, donde la gracia divina empezaba á penetrar.

Largo tiempo Juan estuvo en aquella casa, centro algunas horas antes del vicio y la corrupcion.

Largo tiempo estuvo haciéndose escuchar por aquellas infelices que á medida que hablaba, sentian alzarse en sus corazones el eco bendito de la olvidada virtud.

Durante aquellas horas, sus ángeles custodios rogaban sin duda á Dios por ellas, y alzaban la divina frente que antes habian tenido cubierta con sus alas, por no ver los errores de aquellas almas confiadas á su cuidado.

El serafin encargado de presentar á Dios el llanto del arrepentimiento, sonrió sin duda en aquella hora, en que depositó ante el trono de las misericordias las lágrimas de contricion de tantos corazones arrepentidos.

El triunfo de Juan habia sido completo.

Todas estaban salvadas: todas dispuestas á abandonar aquella

vida de perdicion, y aceptar, en vez de disipados amadores, al esposo celestial cuyo reino no es de este mundo.

Cuando cada una hubo fijado su porvenir de una manera cierta, ora pensando volver al seno de una familia honrada, ora decidiéndose á entrar en un asilo de penitencia, Lola se acercó á Juan y le dijo con un acento angustioso y doliente:

—Yo no tengo donde ir: mi culpa ha cerrado para mí las puertas de mi hogar.

—Sin embargo, la mano del perdon puede abrirlas de nuevo.

—No: mancharia con mi presencia el nombre de una familia ilustre, si apareciese en un mundo para el cual he muerto.

—Pero...

—Y con todo, yo quiero volver á la senda del bien; el camino que hasta hoy he seguido me parecia lleno de flores, y solo tenia espinas que han desgarrado mis piés.

—Cobrad aliento. Dios no puede abandonaros, puesto que ha querido ya tocar vuestro corazon.

—¿Pero dónde iré, dónde iré para librarme de él, de ese hombre que ha sido la causa de mi mal? ¿de Luis en fin?

—¡Cómo!

—Él no me dejará, estoy cierta de ello: él querrá arrastrarme tras sí de nuevo.

Juan se hallaba indeciso.

No comprendia las palabras que el pesar arrancaba de los lábios de aquella mujer, y sin embargo adivinaba en ellas algo estraño y amenazador que sujetaba su voluntad.

—Escuchad, dijo despues de algunos instantes de vacilacion y silencio: yo puedo llevaros al lado de una familia pobre y virtuosa que os admitirá en su seno si vos quereis; una vez allí, y lejos de esta casa, tendremos tiempo de pensar lo que se ha de hacer.

—¿Y si Luis...?

—¡Luis! ¿de quién quereis hablar?

—Del padre de esa jóven.

—¿Le conoceis?

—¡Oh! por desgracia sé su historia.

—¡Por desgracia!

—Si, porque es una historia negra como la noche, y yo estoy encadenada á ella.

—¡Pobre niña! murmuró Juan recordando á Margarita; su hija...

—Ella ignora el pasado de su padre, que pertenece tambien á una clase noble y elevada.

—¿Es posible?

—Si; aquí nada mas puedo deciros, pero yo os seguiré de buen grado á esa casa que me habeis dicho, si no me abandonais y quereis seguir prestándome vuestro amparo.

—Salgamos pues, dijo Juan.

—Pero...

—¿Qué?

—¿No temeis que os vean en la calle acompañando á una mujer como yo?

—Hija mia, yo en nada tengo la opinion de los hombres; solo quiero la aprobacion de Dios, y en su santa presencia los últimos son los primeros.

Lola se cubrió con un manto, se despidió de sus compañeras, á las cuales exhortó Juan á seguir en su santo propósito, ofreciendo ir á verlas y á socorrerlas cuanto antes, y ambos salieron de aquella casa con paso rápido y ligero.

Al llegar á la calle de la Colcha, un hombre envuelto en una capa oscura, los detuvo con inseguro ademan.

En su semblante pálido y conmovido se leian las huellas de una lucha interior, dolorosa y violenta.

—Anton Martin, esclamó Lola acercándose á Juan, y cubriéndose mas con el manto.

—¿Qué me quieres, hijo mio? dijo éste acercándose al recien venido.

—¿Habeis visto ya á Pedro Velasco?

—Hace algunos momentos.

—¡Tan pronto!

—Si, no quise demorar el darle la nueva que aguardaba con tanta ansiedad.

—¡Ah!

—Su gozo ha sido inmenso: dudaba de tanta dicha, pero yo le aseguré que solo faltaba que firmases ante el tribunal la escritura por la cual te separas en un todo de la demanda.

—¿Y si yo me negase á ello?

—¡Cómo!

—Si yo hubiese reflexionado mejor que ese crímen no debe quedar impune.

—¡Dios mio! ¿qué dices?

—¡Mi pobre hermano!... me han aconsejado que no debo olvidar su muerte, ni dejarla sin venganza, puesto que la razon está de mi parte.

Juan quedó inmóvil; un sentimiento profundo habia penetrado en su alma.

Toda su alegría, toda su esperanza, iba á venir á tierra.

Entonces, sin reparar en el sitio en que se hallaba ni las gentes que podian verle, cayó á los piés de Martin, y sacando un crucifijo de su pecho, se lo mostró, empleando al par tantas instancias, tantas lágrimas, y tan ardientes ruegos, que Anton vencido de nuevo por ellos, cedió otra vez, y en presencia de multitud de personas, dió solemnemente el perdon y prometió firmar aquella escritura de que Juan habia hablado.

—Quiero mas, esclamó éste animado por el éxito de sus súplicas; quiero que vengas conmigo, que le abras los brazos, que la enemistad se trueque en afecto, y que sonrian los ángeles, ante el perdon de una injuria y la reconciliacion de dos enemigos.

XI.

A las puertas de una casa de pobre apariencia, se detenian un hombre en traje humilde, y una mujer cuidadosamente envuelta en un manto, poco despues de los sucesos narrados en el capítulo anterior.

Eran Juan y Lola la dama, como la apellidaban por sus nobles maneras y por su aire distinguido, las que hasta allí habian sido sus compañeras.

El primero llamó con fuerte mano, como el que tiene gran prisa porque le abran, y un momento despues una voz argentina preguntó quien era á través de la puerta.

—Abre, Miquela, soy yo, el hermano Juan; dijo éste desde fuera.

—¡Ah! nuestro bienhechor: esclamó con alegría la llamada Miquela, franqueando al mismo tiempo la puerta; entrad, entrad que aquí está mi tio.

Juan cruzó el dintel seguido de Lola, que trémula y turbada apenas podia tenerse de pié.

La que acababa de abrir se aproximó á Juan con un movimiento ligero y rápido, y antes que él pudiese oponerse besó su mano con respeto y amor.

Despues, y viendo que no venia solo,

—Perdonad, dijo retirándose avergonzada; perdonad, yo creí que nadie me veia.

—Ya sabes que no quiero esas demostraciones de gratitud, guarda ese sentimiento para Dios, que es el dispensador de todos los bienes.

—Pero vos...

—Yo nada merezco: ahora guíanos donde está tu tio.

Miquela, que era una niña de diez y ocho años, se adelantó y condujo á los recien venidos por un estrecho pasadizo hasta las escaleras que conducian al piso superior.

De vez en cuando dirigia la niña una mirada curiosa á la dama tapada á quien no habia podido ver el rostro, y murmuraba para sí con una ligera impaciencia:

—¿Quién será esta mujer que viene con el hermano Juan? aunque cubierta con el manto trae un rico vestido, y blondas y sedas.

Miquela no pudo concluir de esplanar su oculto pensamiento, pues ya habian llegado al término de la escalera, y se detenian en una pequeña antesala, donde sin duda estaba la entrada de las habitaciones de la familia.

—Aquí es, dijo la niña señalando á una puerta entornada.

—Pues bien, murmuró Juan, entra tu, y díle si puede recibirnos.

—¡Ya lo creo! y que se alegrará en estremo de veros.

—Anda, anda, hija mia.

Miquela desapareció, volviendo á los pocos segundos y esclamando con su dulce voz:

—Pasad, pasad, mi tio os aguarda: ¿no os lo decia yo?

Juan penetró por la puerta que la niña habia abierto enteramente, é hizo seña á Lola que le siguiese tambien.

Ambos entraron en un aposento pobre, pero limpio, cómodo y alumbrado por una ancha ventana que daba á un pátio lleno de flores y plantas.

El mueblaje de aquella habitacion era humilde en estremo: componíase de algunas sillas de paja, un armario lleno de libros, y una mesa de nogal, ante la cual leia ó meditaba un venerable sacerdote.

Al ver á Juan y á Lola se levantó, apareciendo en su semblante bondadoso y tranquilo una espresion de júbilo y de estrañeza á la par.

—¡Ah! ¿sois vos, amigo mio? Miquela tenia razon al asegurarme que era nuestro bienhechor.

— Ya sabeis, padre Alvarez, que no quiero que me llameis asi.

—¿Y cómo he de nombrar al que me ha salvado de la miseria y de la muerte? al que con su caridad inagotable ha velado por mí durante mi larga enfermedad, atendiendo á la par al sustento de mi anciana madre y de esta niña tambien.

—Eso era natural y preciso además; obligacion tenemos de ampararnos los unos á los otros, y he aquí lo que motiva mi venida en este instante.

—¡Oh! hablad, hablad: ya sabeis que podeis disponer de mí: y al decir esto el padre Alvarez ofrecia un asiento á Juan y á la desconocida que le acompañaba.

—Sé que sois virtuoso y caritativo, y vengo á buscar un asilo en vuestra casa para una persona que se ve desamparada y sola.

—¿Y esa persona...?

—Héla aqui.

Y con ademan dulce Juan señalaba á Lola, que confusa y agitada no habia osado descubrirse aun.

—Mi pobre albergue es suyo desde ahora: yo seré su padre, y mi buena madre verá en ella una querida hija mas.

—¡Ah! esclamó Lola vertiendo copiosas lágrimas y cayendo de rodillas entre aquellos dos hombres; ¡cuán hermosa es la virtud que de tal modo se me aparece! ¡cuán consoladora es la religion que así acoge á los desgraciados!

—Veo que sufrís, la dijo el sacerdote dulcemente; que venís

acompañada de un justo, y ambas cosas os dan derecho á mi proteccion.

—Pero vos no sabeis quien soy.

—¿Y qué me importa? ¿no estoy viendo que sois desventurada?

—¡Oh! si, mucho y muy culpable tambien, añadió Lola con acento ahogado.

—No lo es tanto quien lo confiesa llorando, dijo Juan alzándola del suelo.

—Es verdad, murmuró el padre Alvarez.

—Aquí estareis segura y tranquila; nada os faltará de lo preciso á las necesidades de la vida; y en cuanto á lo demás, si sentis enferma el alma, aquí tambien hallareis remedio y esperanza: aquí teneis al ministro de un Dios todo amor, todo piedad para sus hijos: de un Dios que por una sola lágrima, perdona nuestras culpas y borra nuestros errores.

Lola lloraba, pero con ese llanto consolador, dulce rocío que refrezca las flores del alma.

El sacerdote se levantó, dió algunos pasos hácia la puerta y dijo desde allí:

— Miquela, Miquela, avisa á mi madre que la aguardo aquí.

Algunos momentos despues, y apoyada en el brazo de la niña, apareció en la puerta una mujer en cuya frente brillaba la doble corona de la virtud y la ancianidad.

Adelantó con paso tardo é inseguro y despues de dirigir á Juan algunas palabras en que se reflejaba toda la gratitud de un alma cristiana,

—Vamos, hijo mio, aquí me tienes, dijo fijando su amorosa mirada en el padre Alvarez.

—Mi buena madre, respondió el sacerdote, el hermano Juan ha venido á poner esta jóven bajo nuestro amparo, es pobre, es degraciada, no tiene á nadie en este mundo segun creo: yo anhelo que la recibais en vuestra compañía y que la ameis como me amais á mi.

La anciana fijó una mirada en Lola, y la dijo con pausa-

do acento, respondiendo de este modo á las palabras del sacerdote:

—Bien venida seas, hija mia, bien venida seas á la casa de tu madre.

La pobre jóven besó con espansion aquella mano que se la tendia.

—Ahora, dijo Juan dirigiéndose á ella, ahora me marcho ya que mi mision se ha terminado tan favorablemente para vos: tranquilizaos, calmad vuestro espíritu, que ya pensaremos lo que se ha de hacer.

Y dejando á Lola entre la anciana y la niña, escudada por la inocencia de la una y la virtud de la otra, salió de la estancia murmurando:

—No podia haber encontrado para esa infeliz un asilo mas seguro; aquí se avivará su fe, se alentará su esperanza y le será fácil y suave el camino de la penitencia.

El padre Alvarez le acompañó hasta la puerta.

—Os advierto, le dijo Juan al despedirse, que los gastos de vuestra nueva huéspeda son de cuenta mia.

—No, no; aquí nada la faltará.

—Ya sé que el buen deseo os sobra, pero sé tambien que solo poseeis lo mas necesario.

—Sin embargo...

—Dadle vos el socorro del alma, que la caridad se encargará de auxiliarla en lo demás.

Y sin decir otra palabra, se alejó con presteza de aquel sitio donde nada tenia que hacer por entonces.

Cuando desapareció á lo largo de la calle, y el padre Alvarez cerró de nuevo su puerta, un hombre envuelto en una capa y pareciendo querer ocultarse, siguió á Juan aunque á lo lejos.

Iba pensativo y meditabundo, y en su apostura se dejaba conocer que era jóven y gallardo.

—¿Será cierto que ese hombre merece las alabanzas que se le tributan, ó su conducta será el resultado de la hipocresia y el cálculo? y él fué quien me salvó la vida: si, no hay duda: de todos

modos yo le seguiré, yo observaré su conducta y sabré al fin la verdad.

Y prosiguió su camino sin perder de vista á Juan, que no podia presumir que iban á ser espiadas desde entonces todas sus acciones.

Aquel hombre se llamaba Simon de Avila, y era el mismo á quien Juan habia salvado la vida.

XLI.

Luis de Aguilar que acudia con harta frecuencia á la casa de Anton Martin, porque la clase de sociedad que hallaba en ella convenia perfectamente á sus costumbres y á su método de vida, habia sabido por uno de sus amigos la llegada de Margarita en busca suya, y la proteccion que el hermano de los pobres la habia ofrecido, al verla indefensa entre aquellos jóvenes libertinos y atrevidos.

Supo tambien que Juan habia llevado consigo á su hija, é informándose y preguntando á todos, averiguó cual era la morada de aquel hombre, de quien se contaban cosas tan estraordinarias.

Esto fué muy fácil, pues la fama de Juan se habia estendido rápidamente, y muy pocos en Granada ignoraban donde podrian hallar á aquel hombre admirable.

Aunque en el fondo de su alma le agradecia de una manera inmensa el amparo que habia prestado á M rgarita, ansiaba sin embargo verla á su lado, creyendo que nadie mas que su padre tenia en este mundo derecho sobre ella.

Por otra parte, aunque la fama de Juan era la de un justo, Luis no le conocia, y los que se hallan familiarizados con el vicio, dudan mucho de que otro se ejercite en la virtud sin interés, sin cálculo, y por el solo placer de practicarla.

—Daré á ese hombre algun dinero, dijo Luis, y no le quedaré obligado por lo que ha favorecido á mi hija; la veré, la sacaré de su casa y despues iré á conducirla á...

Ante este pensamiento Luis vaciló.

En el género de vida que habia aceptado, en la clase de gente que trataba, á nadie conocia á quien creyera digno de confiar su hija.

Por primera vez, al cabo de algunos años, suspiró recordando el pasado, y miró con horror el presente.

Porque Luis habia sido en otro tiempo digno y honrado: pertenecia á una familia noble y distinguida, y si se habia lanzado en el camino del crímen, mas á la verdad podia acusarse de ello á la desgracia que á sus malos instintos.

—¡Oh! murmuró despues de reflexionar mucho tiempo: si yo no hubiese arrastrado á Lola en mi caida; si no la hubiese hecho descender á un abismo tan profundo, ella podia... pero no, esto es imposible, y es tarde para pensar en ello, ¿qué haré? ¿dónde llevaré á esa niña? ¡oh! la fatalidad me persigue, y acaso voy á empezar á recibir el castigo de mis faltas en mi hija; vamos, es forzoso resolverse; trataré de verla y despues... despues ya pensaré lo que debo hacer: pero antes quiero hablar á Lola, saber por ella toda la verdad de lo ocurrido ayer en casa de Anton Martin.

Luis se dirigió presuroso á la calle del Laurel, pero con gran sorpresa suya Lola tambien habia desaparecido y ninguno pudo darle noticia del lugar donde se hallaba.

Entonces contrariado y afanoso, se encaminó en busca de su hija al hospital creado por Juan.

Apenas habia cruzado algunas calles con paso precipitado, sintió que una mano se posaba sobre su hombro, y que una voz muy conocida decia casi á su oido por temor de que alguien pudiera oirle:

—Gracias al diablo que he podido hallarte; hace mas de dos horas que corro en valde tras de ti.

—¡Ah! ¿eres tu, Pedro Ansurez?

—Si, pero baja la voz.

—¿Qué me quieres?

—Hablarte de un negocio urgente.

—¿Ahora?

—Si.

—Es que yo iba...

—No hay tiempo que perder.

—Pero aquí...

—No, aquí no: ya lo sé; ven conmigo al figon de Grijalva, pediremos algo de beber y hablaremos en tanto.

Luis siguió al hombre á quien habia dado el nombre de Pedro Ansurez, y pocos instantes despues se hallaban ambos instalados en un pequeño cuarto, sentados ante una mesa donde habia un jarro de estaño y dos cubiletes llenos á la sazon de una bebida espirituosa.

—Vamos, despacha, dijo Luis: tengo prisa y no puedo detenerme mucho.

—Bebamos y escucha: es preciso que por cualquier medio nos apoderemos de un hombre.

—¿De un hombre?

—Si: estorba segun creo á otro que...

—No me gusta obrar impulsado por voluntad agena.

—Se nos pagará bien, y además quedamos en libertad de hacer con él lo que mejor nos parezca.

—¡Ah!

—Es rico...

—Entonces...

—Muy rico, y si no lleva consigo una cantidad que merezca la pena, se le pone á buen recaudo hasta que alguno de sus deudos entregue el rescate que fijemos por él.

Luis guardó silencio.

Pedro continuó:

—Ya sabes que soy tu amigo: no he querido hacer nada sin contar contigo, y por eso te he buscado, sin poder hallarte hasta ahora.

—¿Y dices que nos pagan porque nos apoderemos de él?

—Y sin regatear el precio.

—No entiendo...

—Es condicion precisa que le tengamos oculto algun tiempo.

—¿Y despues...?

—Nada mas; ya te he dicho que queda á nuestro arbitrio su suerte; ¿qué respondes?

—Que se hará como dices.

—¡Bien!

—El negocio conviene, puesto que ofrece una doble probabilidad de ganancia.

—Ya sabia yo que hacia bien en contar contigo.

—Ahora falta saber su nombre.

—D. Cárlos de Acevedo, marqués de Sandoval.

—¡Ah! el marqués.

—Si, el hermano de...

—¡Calla!

—Pero esto no es inconveniente.

—No, dijo Luis con acento breve.

—Ella no ha vuelto á verle desde que...

—No me recuerdes el pasado.

—Sea como quieras y pensemos en el presente.

—Si.

—En el modo de llevar á cabo nuestro propósito.

—Es muy fácil, atrayéndole á un sitio solitario y á una hora oportuna.

—Dices bien: tal vez Lola misma...

—Ella se negaria.

—No diciéndole la verdad quizá no, y yo creo que si esa mujer le llamara...

—Acudiria, sí; pero estoy cierto que ella no accederá.

—Tu sabes obligarla á todo, iremos y....

—Es inútil. Lola no se halla casa de Anton Martin.

—¿Que no? ¿pues dónde?

—Ahora lo ignoro: pero sé que ha desaparecido de allí.

—Esto nos contraría, porque seria tan fácil de este modo.

—Tal vez otra pueda hacer lo que ella haria.

—¿Quién?

—Mi hermana.

—¿María?

—Si.

—Entonces... ¿Has logrado averiguar su paradero?

—Hace poco la he visto.

—¿Te pudo conocer?

—Me oculté para seguirla.

—¿Y has visto dónde se dirigió?

—A una casa miserable y pobre en estremo.

—¿Será la suya?

—Si: por fortuna no vive sola: otras muchas familias habitan tambien alli, entre ellas la mia: mi madre y mi hermana.

—¡Ah! ¡bien!

—Merced á esto, he sabido que María la ocupa desde hace poco; que vive en la mayor pobreza y que Luciano, su esposo, se halla á las puertas de la muerte despues de una larga y penosa enfermedad.

—¡Pobre María! Ya ves, que puedes...

—Si, si iré á verla.

—Su misma miseria, su falta de recursos, la obligarán á ceder á tus deseos.

—Tienes razon, murmuró Luis con acento sombrio: todo contribuye á hacer fácil este nuevo crímen.

—¡Bah! ¿y quién dice que es un crímen detener á un hombre por algunos dias?

—Sea como quiera, estoy resuelto y se hará; veré á Maria y quizá tambien la suerte haga que la encuentre para otra cosa de mayor importancia.

—¿De mayor importancia?

—Margarita está aquí.

—¡Tu hija! ¿pues no estaba en una aldea?

—Su nodriza ha muerto, y la pobre niña ha venido á buscarme.

—¿Y quién le ha dicho donde tu estabas?

—Ignoro por qué casualidad ha sabido que yo habia escogido la casa de Anton para punto de reunion algunas veces, y alli ha ido á buscarme.

—¿Y está alli?

—No, no: ahora no.

—¿Pues dónde?

—Cuando me hallaste iba á buscarla.

—¿Dónde?

—Casa de un hombre á quien unos llaman el santo, y otros el hermano de los pobres.

—¡Ah!

—¿Sabes quién es?

—Si, y le debo mucho, aunque él ignora hasta mi nombre.

—¿El qué?

—Ahora no: pero mas tarde te diré lo que ha hecho por mi madre y por mi hermana.

—¿Luego Margarita está bien en su poder?

—¡Oh! sí; al menos hasta que tengas un sitio seguro donde llevarla.

—Tienes razon, mas esto será hoy mismo, al instante que vea á María.

—Pero...

—No sé por qué me causa violencia que mi hija le deba nada á un estraño.

—Juan es un justo.

—Es que, murmuró Luis bajando la voz como si le costara violencia lo que iba á decir: quiero tanto á esa niña, que casi me causa un sentimiento de inconcebibles celos el que abrigue en su corazon un recuerdo de gratitud por otro que no sea yo.

—¡Deliras!

—No sé.

—En fin, si quieres, la llevaremos con mi madre que es una honrada mujer, mientras tu previenes á tu hermana.

—Si: admito tu ofrecimiento: tu eres mi amigo y es distinto, iré por ella ante todo.

Los dos amigos emprendieron la marcha con paso precipitado, y poco despues se detenian á la puerta de la casa hospital que habitaba Juan.

XLII.

En vista del perdon concedido por Martin y de las influencias é instancias de Juan, Pedro de Velasco iba á ser puesto en libertad, cuando todos creian que solo saldria de la prision para ser conducido á una muerte afrentosa.

La alegría de aquel hombre y la gratitud que sentia hácia su libertador eran inmensas, y únicamente ansiaba una ocasion de manifestarlas.

Solo se hallaba en aquel sombrío espacio, donde tanto tiempo se habia visto privado de la libertad, pero en su rostro varonil y melancólico, no se notaban como otras veces las huellas de una profunda desesperacion, antes bien sus ojos se hallaban iluminados por una espresion de esperanza y anhelo imposible de pintar.

Y en efecto, esperaba.

Esperaba á Juan, á aquel hombre singular que sin conocerle, se habia interesado por él de un modo tan eficáz: á Juan, á quien

debia la libertad que en breve iba á gozar, y que le habia ofrecido venir en aquel dia á verle trayéndole una inmensa alegría.

Nada hay tan penoso como aguardar, ni que tan largas torne las horas.

Las que trascurrian eran para Velasco interminables, eternas.

Al fin su corazon latió con violencia y su lábios murmuraron con agitacion:

—¡Gracias al cielo! ¡él es!

Y en efecto, se oian pasos que se acercaban, pasos sin duda de dos personas, aunque Pedro en su agitacion no reparó en esta circunstancia.

Un minuto despues, la puerta se abrió y Juan apareció en el dintel.

—¡Ah! ¡sois vos! esclamó Velasco dirigiéndose á él; ¡con cuánta impaciencia os aguardaba, cómo pedia á Dios...!

La palabra espiró en sus lábios; no pudo continuar, pues acababa de distinguir á otra persona á la entrada de la prision.

Era Anton Martin.

Pedro le reconoció al momento, y por un impulso que no pudo contener, se precipitó á sus piés murmurando con una voz débil y apagada:

—¡Perdon, perdon!

Anton retrocedió algunos pasos.

Por muy preparado que estuviese para aquella escena, la vista del matador de su hermano produjo en él un efecto inesplicable.

—¡Perdon! volvió Velasco á repetir.

Su acento suplicante, su actitud humilde y las huellas que el remordimiento, el pesar, y tantos meses de prision habian dejado en su frente, hablaban muy alto en su favor.

El ódio por tanto tiempo abrigado en el corazon de Martin, fué estinguiéndose poco á poco, cediendo su lugar á un movimtento de compasion.

Toda la hiel encerrada en el alma de aquel hombre, se disolvió lentamente en una sola lágrima que acudió á sus ojos triste y abrasadora.

En aquella gota de llanto iba envuelto el dolor, el perdon, el olvido, la misericordia de un alma que perdona y que se regenera asi propia con aquella prenda del corazon.

Juan, que los veia á ambos, que comprendia lo terrible y supremo de aquella situacion, quiso poner término á ella, y esclamó con solemne voz:

—Hijos mios, Dios os ve en este instante, Dios que vertió su sangre por vosotros y que os une á ambos en un solo y único abrazo; los ángeles sonrien, y la dulcísima Vírgen María os contempla con amor, hoy que la misericordia y la contricion se anidan en vuestro pecho.

Y empujándolos suavemente uno hácia otro,

—Sed amigos, sed hermanos, puesto que teneis un mismo y amoroso padre: ¡Dios!

Ellos no resistieron y se abrazaron llorando unidos por largo rato.

—He aquí la órden de tu libertad, Pedro, dijo al fin Martin presentando un papel doblado y sellado al que antes era su enemigo; hoy saldrás de esta prision, donde has pasado tantos dias: hoy verás de nuevo el sol, la luz, el mundo; hoy podrás otra vez presentarte ante una sociedad que te acogerá con cariño.

—¡Oh! no: el cielo ha oido mis súplicas: tu me has perdonado, pero yo quiero consagrar mi vida al que todo lo debo: de hoy en adelante, no me separaré de este justo; su voz ha penetrado en mi alma: hay en ella algo de divino, algo que atrae al bien, algo que domiua y que convence.

—¡Es verdad! murmuró Martin con acento breve.

—Yo ambiciono seguir sus huellas: dedicarme á derramar el consuelo en torno, y estoy cierto que no me rechazará que no desdeñará mi ayuda; ¿es cierto?

—Si, hijo mio, si: sé mi hermano, sé mi compañero, dijo Juan conmovido: comparte conmigo las bendiciones del desgraciado y el dulce placer de hacer bien; ¡no sabes cuán inefables placeres se encuentran en este camino! Pero que no te atraigan á él la gratitud hácia mi, ni el deseo de complacerme, no; si quieres seguirle, pien-

sa solo en Aquel que fué todo amor para el hombre, en Aquel que por un vaso de agua ofrecido en su nombre, da un mundo, una eternidad de dichas sin fin.

—¡Oh! si: en este instante siento que la fe penetra en mi alma; el amor y la caridad la iluminan: ¡yo creo, yo espero, yo quiero vivir solo para Dios!

Al decir esto, Pedro cayó de rodillas y elevó al cielo sus ojos con una espresion de ardiente súplica.

Juan apoyó una mano sobre su frente y esclamó con voz poderosa y sonora:

—Dios reciba tu ofrecimiento, y haga que en este instante su bendicion caiga sobre tí.

Anton, que todo lo habia oido, que habia visto esta escena con una atencion y emocion indescriptibles, por un impulso sobrenatural, por un movimiento rápido de su alma, se acercó tambien á ellos y gritó enagenado:

—¡Seremos tres, seremos tres desde ahora!

—¡Tu! esclamaron á un tiempo Juan y Velasco.

—Si, si: mi conversion es completa, mi deseo invariable: la eternidad se aparece á mi alma, mi corazon renace á la vida: ¡Dios! Dios es quien me inspira en este momento, Él me sostendrá, Él me me perdonará, pues si mis errores han sido grandes, mas grande es su piedad, mas grande su clemencia!

—¡Bendito sea su nombre! esclamó Juan con efusion estrechando á aquellos dos hombres en un solo abrazo.

Pocos instantes despues los tres salian de la cárcel unidos y llenas sus almas de una santa y sublime alegría.

Despues de caminar algun tiempo llegaron á las puertas de la casa de Juan y penetraron en ella resueltos á permanecer allí para siempre.

Y así sucedió en efecto.

Pedro Velasco y Anton Martin fueron los compañeros inseparables de Juan desde aquel dia; compartieron con él los trabajos, los afanes, y consagraron igualmente su tiempo y su vida en obsequio de los pobres.

Granada entera se sorprendió de aquel suceso, en el que no sabian qué admirar mas, si la reconciliacion de aquellos dos enemigos ó la conversion de aquellos dos pecadores.

Desde entonces la fama de Juan se estendió por todas partes; los que antes le apellidaban caritativo, le llamaron santo: los que antes dudaban, creyeron en él poder milagroso de su virtud.

Todos le buscaron, todos corrieron hácia él.

Las limosnas se multiplicaron, crecieron las dádivas, y bien pronto tuvo que trasladar su hospitalario asilo de la calle de Lucena á la de los Gomerez, á otro edificio mayor y mejor acondicionado.

Muchos le señalaron limosnas mensuales, ó cantidades seguras conque podia contar fijamente, y los representantes de la ciudad se ofrecieron á pagar los médicos y las medicinas, para que nada pudiese faltar á los enfermos.

Tanto se habló de Juan, se divulgaron tanto sus hechos, que el Excmo. Sr. Arzobispo-Obispo de Tuy D. Sebastian Ramirez de Fuen-Leal, recien nombrado por el Emperador Cárlos V, Presidente de la Chancillería de Granada, y recien venido entonces á ella, le mandó venir á su presencia, y admirado de su virtud, convencido de su santidad, quiso consagrarle como siervo del Señor, y él mismo, en su oratorio, por su propia mano, le vistió el hábito blanco y pardo, distintivo de su órden, y le confirmó en el nombre de Juan de Dios, que el Salvador del mundo le habia conferido ya.

Anton y Velasco se ciñeron tambien aquel santo traje y los pobres tuvieron desde entonces tres enfermeros, tres protectores, tres hermanos prontos á sacrificarse por ellos.

Juan, con su perseverancia, con su caridad y con su abnegacion, habia conseguido todo esto.

¿De qué no es capáz la fe? ¿qué no logrará el amor de Dios si se anida en un corazon como el de aquel justo?

XLIII.

Luis de Aguilar habia convenido con su compañero que sacarian á Margarita del asilo en que se hallaba y la trasladarian á la casa que ocupaba la madre de Pedro Ansurez, que como ya sabemos era aquella en donde tambien se refugiaba la desgraciada María.

Asi lo hicieron en efecto, aguardando Luis sin embargo á ver antes á su hermana para obligarla á que atrajese al marqués de Sandoval á aquel sitio, donde les seria fácil apoderarse de él.

Aguilar, con efecto, habló con María mas de una vez, aunque sin presentarse en su pobre habitacion, pues lo que iba á exigir de ella debia ser un secreto para Luciano.

La jóven se negó resueltamente á ceder á los deseos de Luis.

Conocia la vida culpable de éste.

Sabia muy bien, que obsecado y sin tino, corria sin freno algu-

no por la senda del crímen, y aunque ignoraba los designios que abrigaba en aquel instante, todo sin embargo lo temia de él.

Aquella pobre jóven que en medio de su desgracia se habia mantenido pura, buena y honrada, no queria tomar parte alguna en los proyectos de su hermano, cualesquiera que estos fuesen.

La desgracia, que persigue á veces á los séres mas nobles y dignos, se habia ensañado con María y su esposo, arrojándolos en la mas espantosa miseria y privándoles de bienes, de posicion, de todo cuanto hace la vida cómoda y agradable.

Solo les habia quedado su amor.

Su amor, por el cual todo lo habian sacrificado, arrastrando el enojo de sus deudos y la cólera de aquel tutor despiadado.

Y este amor, esta felicidad única, iba en breve á desaparecer para María, pues iba á perderla con el hombre á quien habia entregado su corazon.

Luciano enfermo, doblegado bajo el peso del trabajo que se habia impuesto, habia caido al fin con el corazon destrozado.

Él era un pobre pintor, sin bienes, sin fortuna, pero rico de génio y de nobleza de alma: habia visto á Maria, la habia amado con todo el fuego de una primera pasion, y sin pensar que le separaba una distancia inmensa, la habia ofrecido su cariño que ella habia aceptado con efusion y entusiasmo.

Huérfana, entregada en manos de un tutor adusto y avaro, la pobre jóven dió cabida en su pecho al afecto de Luciano, y correspondió á el con una ternura infinita.

Su alma, sedienta de afectos, encontró en aquel amor un mundo de felicidad desconocida, y en el aislamiento que la rodeaba, creyó que Dios la ofrecia un protector, un amigo en el noble y entusiasta pintor.

La jóven ignoraba que aquel tutor á quien sus padres la habian confiado, revolvia en su mente la idea de hacerse dueño de los bienes de la pobre huérfana uniéndose á ella, ligando aquella cándida y hermosa flor á un tronco seco y marchito.

La pasion de María y de Luciano vino á destruir los proyectos del anciano Guillen Dávalos, y enfurecido éste, juró en el fondo de su alma oponerse á la union de los jóvenes con toda la fuerza que las leyes le prestaban, con el derecho de tutor.

Sin embargo, todo fué inútil.

El amante de María halló medios de hacerse esposo de ella, y un venerable sacerdote se prestó á bendecir aquella union entre la sombra y el misterio.

Cuando D. Guíllen tuvo noticia de aquel enlace, el poder de deshacerlo estaba solo en manos de Dios.

Solo quedaba á Dávalos la venganza, y esta no se hizo esperar.

Recurriendo á toda suerte de medios, á toda clase de subterfugios, no solamente dilató el entregar á María la fortuna de sus padres, sino que tambien negó enteramente ante los tribunales poseer nada que le perteneciese á ella.

El oro todo lo allana: y D. Guillen pagó bien caro á cuantos le ayudaron á sustraer aquellos bienes.

Por otra parte, María estaba casi sola para reclamarlos, pues Luis, su hermano, habia desaparecido hacia algun tiempo ignorándose su paradero, y á Luciano le retraia de ello un sentimiento de delicadeza.

Temia que el mundo llegase á pensar que habia amado á la jóven con la esperanza de obtener sus riquezas.

Este mismo temor, este mismo sentimiento de dignidad, hizo que se afanase por presentar á María en la sociedad sin que pudieran acusarle de haberla hecho descender de su posicion.

—Quiero que nada te falte, la habia dicho: trabajaré con afan, y la esposa del pobre pintor, podrá alternar sin avergonzarse entre las mas elevadas damas.

Y sin pensar en sí mismo, sin contar con sus fuerzas, Luciano trabajó dia y noche alentado por su amor y sostenido por su ternura.

Para que María no echase de menos ninguno de los goces que la hubiera podido ofrecer un enlace mas ventajoso, la cercó de lujo

y magnificencia, y llenó su casa de trenes y criados, sin calcular que aquellos dispendios eran superiores á su fortuna y debian ocasionar su ruina.

Dávalos veia con profundo enojo lo estéril de sus esfuerzos, y que en vano habia querido dejar á María reducida á la miseria.

La felicidad que cercaba á la jóven, hacia daño á aquel anciano celoso y vengativo, y quiso probar de nuevo á destruirla no contento con lo que habia hecho.

Por medio de mil calumnias, de mil recursos misteriosos, empezó á desacreditar á Luciano: y la sociedad, crédula y superficial por lo comun, secundó sus infames proyectos.

Algunos de sus mas decididos protectores empezaron á esquivar algun tanto su trato y á censurar las obras que antes con tal entusiasmo habian ensalzado.

Por otra parte, el afan del jóven por ganar mucho en poco tiempo, le hacia ejecutar sus cuadros mas ligeramente de lo que hubiera necesitado para sostener su fama.

Las horas que debia emplear en el estudio las dedicaba al trabajo, y esto hizo que sus pinturas se resintiesen de algunos defectos, en que el público, severo en demasia, vió faltas imperdonables.

En una palabra, la estrella del jóven pintor empezó á eclipsarse, llenando de amargura aquel pobre corazon.

Cuando notó aquel cambio en su suerte, se revistió de nuevo valor; quiso luchar contra la desgracia, y haciendo mayores y desesperados esfuerzos, se encerró en su estudio dia y noche con sus pinceles en la mano, hizo todo cuanto estuvo á su alcance por sostener el edificio de su vacilante fortuna.

Solo uno de sus amigos tomó con calor su defensa y se mostró con él noble y generoso en la desgracia.

Este era D. Cárlos de Arévalo, marqués de Sandoval.

D. Cárlos, que era un jóven rico y amable, que vivia solo, y que á pesar de poseer cuanto hace dichosa la vida, dejaba ver en su semblante las huellas de una profunda melancolía.

Algunos achacaban esto á grandes desgracias de familia, otros

á algunos amores sin ventura, pero nadie podia asegurar que estas suposiciones fuesen una verdad, ni la conducta del marqués dió nunca ocasion de aclarar este misterio.

Luciano recibió con gratitud aquellas muestras de afecto, pero jamás aceptó sus contínuos ofrecimientos.

Era demasiado orgulloso y sobrado digno para deber á un estraño lo que él mismo podia adquirir.

María tambien esquivaba en algun tanto la presencia de Cárlos, pues con su instinto de mujer, habia adivinado que una pasion profunda se ocultaba en el alma de este, aunque jamás una palabra de sus lábios le habia revelado tal secreto.

Y era verdad: él la amaba: pero respetando el lazo que la unia á otro.

No habia podido enfrenar la borrasca que agitaba su corazon, pero auxiliado por el deber y la razon, guiaba la nave á puerto seguro.

Sin embargo, María era una buena esposa, una mujer honrada, y evitó el peligro que vislumbraba, aunque lejano, procurando no ver al marqués sino cuando enteramente no podia evitarlo, y esto siempre en presencia de Luciano.

La santa corona de la maternidad que el cielo colocó entonces en su frente, fué como el premio de su virtud, pues al ver entre sus brazos á su inocente hija, á aquel ángel que Dios embiaba bajo su techo, se olvidó de todo lo demás y su gozo no tuvo límites.

Fué feliz, enteramente feliz con las caricias y las sonrisas de aquella niña, sin que nada turbase sus puras alegrias, pues aun ignoraba el cambio de su suerte y la falta de recursos que afligia el alma de su esposo.

Este, cada vez mas abatido, sostenia una lucha desesperada con la miseria que veia acercarse paso á paso, sin retroceder en su segura marcha.

XLIV.

Por fin llegó un dia en que Luciano tuvo que recurrir á un usurero para sostener algun tiempo mas su ficticia posicion.

Esto acabó de completar su ruina.

La usura es un cáncer terrible que corroe hasta destruir completamente la víctima de que se apodera: es el robo disfrazado con el nombre de negocio, es el asesinato moral amparado bajo el manto de la ley. El infeliz que una vez cae en las garras de uno de esos insaciables vampiros que se llaman prestamistas, no saldrá de ellas hasta haber perdido gota á gota toda su sangre, mezclada con el sudor de su cansada frente.

Esto sucedió á Luciano.

Y María lo ignoraba aun.

Su amante esposo queria retardar cuanto fuese posible el dolor que su situacion debia causarla.

Al cabo las fuerzas del pobre jóven se agotaron con las vigilias y los pesares, y fué presa de un abatimiento moral, que debia dar por resultado la pérdida de su salud y acaso de su vida.

Entonces fué cuando María conoció la terrible verdad.

Quiso recurrir á su tutor, obligarle á que la entregase alguna parte de sus bienes, pero todo fué inútil.

Su falta de recursos era un nuevo obstáculo para conseguir justicia entonces.

¿A qué hemos de seguir paso á paso el curso de esta desgracia?

¿Acaso no bastará decir que uno á uno fueron desapareciendo los recursos, que se agotaron todos los medios, que primero los objetos de lujo y despues los mas necesarios fueron desapareciendo de aquella casa?

Creemos que si; porque estos hechos, tan comunes en la vida, están al alcance de cualquiera.

La pobreza con todo su triste aspecto, con sus mas crueles privaciones, se colocó en el seno de aquella familia, que se vió precisada á ocultarse en un barrio de los mas retirados de la ciudad para ocultar su miseria.

María, criada entre las comodidades y la abundancia, sufria con valor aquella desgracia: pero nada podia hacer para remediarla.

No tenia parientes, no tenia amigos á quienes recurrir, y por consiguiente, débil, delicada y tímida, inclinó la frente y puso su esperanza en Dios sin probar á buscar remedio en los hombres.

Su mayor desgracia era ver á su inocente hija cercada de privaciones, y pensar cual seria el porvenir de aquella á quien tanto amaba.

En medio de aquella desgracia, apareció un dia su hermano.

María ignoraba su paradero y su presencia le llenó de gozo y esperanzas.

Pero pronto esta alegria se convirtió en un nuevo pesar.

Luis, entregado á una vida culpable desde que perdió á su es-

posa, se hallaba en aquel momento perseguido por la ley y acusado de crímenes que hicieron estremecer á la pobre María.

Sin embargo, acogió á su hermano en su modesto albergue, y lloró en silencio aquella nueva desventura.

Luis se condolió del estado de aquellos séres tan dignos y que de tal modo se amaban, y partió con ellos cuanto en aquel instante poseia, pero lejos de arrepentirse de su conducta, quiso convencer á Luciano de que debia abandonar la senda del bien que hasta entonces habia seguido.

El jóven pintor rechazó semejante idea, y prefirió cien veces la pérdida de la vida, á la pérdida del honor.

¡Quién sabe, si mas adelante, al ver á su tierna hija hambrienta y desnuda, y á María sufriendo sin quejarse, hubiera cedido á la tentacion!

¡Quién sabe, si al hallarse á sí mismo presa de una enfermedad lenta y penosa sin poderle poner remedio alguno, su pié hubiera vacilado y se hubiera estraviado su razon, continuando Luis á su lado!

Pero Dios lo dispuso de otro modo.

Este temiendo que descubriesen su paradero, ó cansado de vivir en aquella inaccion, decidió abandonar á su hermana, sin que los ruegos ni las súplicas de ésta fuesen bastantes á detenerlo.

María sintió aquella ausencia, pero á la par dió gracias á Dios por ella, pues la permanencia de Luis en su casa la tenia inquieta y temerosa.

Aguilar desapareció un dia sin querer manifestar el sitio adónde se dirigia.

Sin embargo, no se olvidó de aquella hermana á quien amaba tanto, y alguna vez le mandaba cantidades, cuya procedencia hacia estremecer á María, pero que se veia precisada á aceptar, pues Luciano empeoraba de dia en dia, habiéndose convertido la dolencia de su alma en una enfermedad mortal.

Al cabo de algun tiempo estos socorros cesaron por completo, y la jóven no volvió á tener noticia de Luis en muchos meses.

Entonces fué, cuando reducida al último estremo, se trasladó

á la casa donde la halló Pedro Ansurez, amigo y cómplice de Aguilar.

Allí la vió éste, allí la obligó á escribir á Sandoval, y allí tambien habia conducido Pedro á Margarita, sacándola en nombre de su padre de la morada adónde la condujo Juan.

Lo demás lo saben ya nuestros lectores.

XLV.

Cuando Juan penetró con Margarita en la casa de María, aun se hallaba ésta junto al cadáver del hombre que habia sido todo su amor y toda su ilusion sobre la tierra.

A los primeros arranques de su violenta desesperacion, habia sucedido un dolor silencioso y profundo sin esperanza ni consuelo.

Cuando Margarita apareció en la estancia, ni aun siquiera se apercibió de su presencia, ni de que venia acompañada de aquel cuyo amparo habia ido á implorar.

—Entrad: dijo la niña en voz baja, como temiendo turbar aquel silencio; entrad, vos solo podeis remediar nuestro mal.

Juan adelantó con el corazon oprimido.

Aquel espectáculo doloroso apenaba su alma compasiva y sensible.

Es verdad que el aspecto de María era doliente y abatido en estremo.

Juan se acercó á ella; enjugó con una mano una lágrima si-

lenciosa que rodaba por sus mejillas, y apoyando la otra en el hombro de la jóven,

—Valor hija mia, valor, la dijo; aun os queda la esperanza de hallarle en otra vida mejor.

—¡Estoy sola en el mundo! esclamó María con voz apagada; ¡sola para siempre!

—No, respondió Juan; no, la santa Vírgen, consuelo de afligidos, está con vos ahora.

Y despues, fijando sus ojos en Margarita, que habia cogido en sus brazos á la inocente Luisa,

—Ven, murmuró; si esta niña es su hija, aun pueden abrirse para su alma las fuentes de la esperanza.

—¡Huérfana! ¡huérfana! repitió María mirando con pena á su pobre hija; ¿qué será de ella sin proteccion, sin padre?...

—¡Su padre es Dios! dijo Juan con acento inspirado; su protector seré yo.

María besó aquella mano que se tendia hácia ella, y sus lágrimas corrieron en abundancia.

La religion, ese bálsamo divino de las mas crueles heridas, habia venido á hacer menos amargo su pesar.

Entonces volvió los ojos á Margarita diciéndola con efusion:

—Gracias, hija mia, gracias, por haber traido á un ángel junto á mi; tenias razon; en la tormenta de la tribulacion, la bondad de Dios nos ofrece un puerto.

—Lo primero es que salgais de aquí, pobre hermana mia, dijo Juan; la vista de esos inanimados restos os está desgarrando el alma.

—¡Dejarle!

—Es preciso, pero decidme ¿dónde quereis ir? ¿no teneis ningun amigo?

—¡Amigos! los tenia en los tiempos de la prosperidad, pero hoy...

—¿Ningun pariente?

—¡Solo á mi padre! contestó Margarita.

—¡Ah! ¿es su deudo?

—Es su hermano; hace poco lo he sabido: la buena mujer en cuya casa me hallaba, me lo ha dicho al verme á su lado hoy.

—¿Y esa mujer?...

—Vive aquí mismo.

—¿Aquí?

—Si; en el piso superior á este, al estremo del corredor.

—Entonces, allí iremos mientras yo busco donde alojaros.

—¡Ah! yo no conozco á esas gentes, murmuró María con angustia.

—No importa, yo iré con vos, y estoy seguro que os recibirán bien.

Despues de algunos momentos de vacilacion, la esposa de Luciano consintió en abandonar aquella morada, cediendo á las instancias de Juan.

Su nuevo protector la ofreció cumplir con su esposo los últimos deberes, y no separarse de él hasta dejarlo en el seno de la tierra, madre comun de todos los séres, que al recibir sus cuerpos inanimados, vuelve sus almas al cielo.

María, apoyada en su sobrina, subió la escalera precedida de Juan, que llevaba en sus brazos á la niña.

Él se adelantó, y llamó en la puerta que Margarita le indicó.

Alli vivia la madre y la hermana de Ansurez.

Un instante despues aquella puerta se abria y una esclamacion de alegría, y asombro respondia á la voz de Juan que pedia licencia para entrar.

Este tambien por su parte quedó agradablemente sorprendido al divisar el rostro de una anciana que esclamaba con tembloroso acento:

—Gracias á Dios que os vuelvo á ver, gracias á Dios que me permite hallar de nuevo á mi libertador.

—¿Vos aquí, Gertrudis? ¿y vuestra hija? ¿y Rosa? dijo Juan adelantando.

—Conmigo, á mi lado: ¿quereis verla? ¡Rosa, Rosa!

—No la llameis.

—Es que ella se alegrará mucho de veros.

—Pues que voy á entrar no es preciso que ella venga.

Entonces Juan adelantó algunos pasos, y la anciana Gertrudis notó por primera vez que le acompañaba María.

—Vengo á pediros hospitalidad por algunas horas.

—¡Ah!

—Vuestra vecina acaba de perder á su esposo y no es posible que permanezca en la misma habitacion donde él se halla.

—Si, es cierto que he visto muchas veces á esta señora en nuestra casa, y que sabia que su marido se hallaba muy enfermo.

—Esta señora pues se quedará aquí, en tanto que yo...

Juan, aprovechando la abstraccion de María, dijo algunas palabras al oido de la anciana.

En aquel instante una jóven de risueño aspecto y agradable fisonomia apareció en la estancia, y corrió presurosa hácia Juan diciendo á la par:

—Bien venido seais, buen hermano mio, bien venido seais aqui.

—¿Le conoces? preguntó Margarita á la recien llegada, que no era otra que Rosa, la hermana de Pedro Ansurez.

—¡Pues no he de conocerle! á él le debo la libertad de mi madre.

—¡De tu madre!

—A nó haber sido por su influencia aun gemiria en un estrecho calabozo.

—Mas ¿por qué?

Rosa se turbó ante esta sencilla pregunta: sus mejillas se tiñeron de un subido carmin, y no supo qué contestar.

En su gratitud hácia Juan, habia dicho mas de lo que debia en presencia de una estraña.

Sin embargo, como Margarita volvió á repetir su pregunta, ella la dijo muy bajo y mientras los demás consolaban á María:

—Yo no sé por qué causa la justicia buscaba á mi hermano... no le hallaba, y sabiendo que mi madre lo era suya, vinieron aquí, la sacaron de nuestra casa, y la tuvieron encerrada en una prision para obligarla á descubrir el paradero de Pedro.

—¡Ah!

—Ella no lo sabia, y pasaron muchos dias sin que la pobre anciana tuviera esperanza de salir de alli.

—¿Y tú?

—Yo entretanto lloraba y me afligia inútilmente, pues nadie escuchaba mis súplicas y mi hermano no venia.

—Sigue.

—Entonces ese hombre misericordioso me halló un dia á las puertas de la morada donde estaba encarcelada mi madre, á quien no me dejaban ver. Yo estaba muy afligida, él me preguntó la causa y se la conté sin vacilar. «Pobre niña, dijo entonces, espuesta á mil peligros sin su madre: ¡oh! yo veré si puedo remediar tu mal.» Y me acompañó hasta mi casa, rogándome no saliese de alli hasta su vuelta.

—¿Y despues?

—Despues... yo no sé cómo, pero mi madre volvió á mis brazos consolada y fortalecida. ¡Su palabra debe tener mucha influencia en todas partes, pues sin duda todo cede á su ruego!

—Si, si.

—Luego vino muchas veces: nos habló en un lenguaje tan dulce, tan persuasivo; nos habló tanto de Dios y nos amparó de tal modo, que su presencia se nos figuraba la de un ángel enviado por el cielo para protegernos durante la ausencia de Pedro, que fué muy larga en aquella época.

—¡Oh! murmuró Margarita, ese hombre es la providencia de los infelices, bien lo dicen por todas partes.

Durante la conversacion de las dos jóvenes, Juan habia hecho que la anciana Gertrudis se ofreciera á prestar á María sus auxilios y su casa de buena voluntad, y se disponia á despedirse de ellas para ir á dar sepultura al cadáver del infeliz Luciano.

Salió pues de aquella morada, llevando en pos las bendiciones de cuantos quedaban en ella, como sucedia siempre donde quiera que él entraba.

Sin detenerse un instante, y con aquella actividad que presidia á sus acciones, y que le hacia poder atender á todos, bajó las esca-

leras, penetró en la estancia mortuoria, y arrodillándose ante aquel pobre lecho, donde se hallaba el infortunado jóven víctima de la desgracia, oró largo rato por aquel alma que acababa de abandonar la tierra.

—Es preciso concluir, dijo luego; vamos, y Dios me ayude y me ilumine mostrándome lo que debo hacer.

Algunas horas despues, María que habia contado á Juan toda su historia, era conducida á una modesta habitacion en otro barrio distinto, donde Juan habia hecho llevar sus escasos muebles, y donde tambien él habia provisto lo que faltaba.

Margarita la acompañaba, pues al saber el lazo que las unia, su protector creyó que no debian separarse en adelante.

—Aquí estareis mejor, hija mia, porque nada os recordará vuestra desgracia: en cuanto á lo demás, yo cuidaré de que nada os falte en tanto que vos os hallais en estado de cuidar del porvenir.

María por toda contestacion besó la mano de Juan, dejando en ella una ardiente lágrima.

—¿Y él? preguntó la triste viuda, ¿y él?

—Él solo necesita ya de vuestras oraciones: estad tranquila en cuanto á los demás.

María inclinó la cabeza sin atreverse á hacer otra pregunta.

Juan salió de allí pensativo y preocupado.

Habia oido algunas particularidades acerca de Luis; de Luis, que debia ser el apoyo de aquellas dos mujeres; su hija la una, su hermana la otra, y su ausencia en aquellos instantes le hacia concebir sérios temores, y confirmaba la verdad de aquellas fatales noticias.

—Otra alma encenagada en el vicio quizá, decia mientras caminaba de prisa; Dios mio, ¿cuándo conocerán todos el precio de vuestra sangre? ¿cuándo aprenderán á amaros?

Embebido en estas ideas, siguió por algun tiempo hasta que al fin murmuró de nuevo:

—Ese hombre acaso, no será tan culpable como dicen, tal vez aun podrá volver á la senda del bien. Será forzoso intentarlo, y

probar tambien á volver á esa desgraciada la herencia de sus padres, ya que ha perdido la felicidad de su corazon. Probaremos, probaremos; mi deber es hacer cuanto pueda por mis hermanos; y lo haré, Dios mio, lo haré.

Y aquel alma, en la cual habia derramado el cielo todos los tesoros del bien, todo el santo fuego de la caridad y del amor, elevó hasta el trono del Eterno una ardiente y sentida plegaria, no pidiendo para sí los premios y la gloria á que era tan acreedor, sino demandando el bien y la paz para los pobres y los desgraciados, sin dejar de caminar hácia donde le llamaban los inmensos deberes que se habia impuesto voluntariamente.

XLVI.

Cuando llegaba presuroso á las puertas de su casa, halló en ella una anciana de pobre apariencia que le esperaba sin duda.

—Hermano mio, esclamó al verle, os aguardaba con impaciencia.

—¿A mi? preguntó con estrañeza deteniendo el paso y aproximándose á ella.

—¡Oh! si: ¿por ventura, no sois vos el hermano de los pobres, el auxilio de los desvalidos?

—Yo soy un pecador y nada mas: pero en suma, ¿qué deseais de mi?

—Interesaros en favor de una criatura desvalida.

—¿Y qué puedo hacer por ella?

—No sé: pero Dios os inspirará, pues Dios sin duda guia siempre vuestras acciones.

—Esplicaos pronto; ya sabeis que mis momentos son contados.

—Es una niña, una niña huérfana, cuando apenas cuenta algunos dias de vida, y sola y pobre, y abandonada de todos.

—¡Angel del cielo! ¿y dónde está? preguntó Juan conmovido.

—Aun permanece en la casa que perteneció á sus padres, pero en breve tendrán que sacarla de alli.

—Guiad allá, buena mujer, y vamos á verla pronto.

La anciana no se lo hizo repetir dos veces, y seguida de Juan, cruzó algunas calles impulsada por su caridad, y por el deseo de poner á la huérfana al cuidado del ser benéfico, á quien admiraban todos.

Poco despues penetraba en una casa pequeña y casi desamueblada, donde en un rincon y en una miserable cuna, dormia una niña de pocos dias.

—Miradla, dijo la anciana que se habia adelantado algunos pasos descubriendo con cuidado á la recien nacida. Pobrecita, y está dormida cuando el hambre debe atormentarla.

—¡Desgraciada! ¡y qué hermosa es! esclamó Juan mirando con interés y cariño á aquella criatura.

—Y parece que sonrie al veros; quizá el ángel de su guarda la dirá al oido que aquí está su protector, su segundo padre.

En efecto, la niña sonreia en sueños con la dulzura conque deben sonreir los serafines en el cielo.

Al ver la pureza de la huérfana, al ver su desamparo, y la paz de su inocente sueño, el corazon de Juan se sintió oprimido y murmuró á media voz:

—¡Con cuánta tranquilidad duerme, cuán agena está de la desgracia que la cerca, de su abandono, de que ha perdido el bien mayor de una criatura sobre la tierra: su madre! ¡oh! ¡cuán cariñosa y buena fué la mia, y cuán poco gocé de sus caricias!

Los ojos de Juan se humedecieron y permaneció en silencio algunos momentos.

La mujer que le habia conducido hasta alli le miraba con atencion procurando adivinar en su semblante la resolucion que iba á adoptar.

De repente el rostro de Juan se iluminó con una dulce sonrisa, sacudió la cabeza sin duda para deshechar las tristes ideas que le atormentaban y esclamó con acento decidido:

—¿Y por ventura, Dios no es su padre, un padre mas cariñoso y potente que cuantos en la tierra pudiera encontrar? ¿y no es la Vírgen pura su madre, como es madre de todos los huérfanos? en cuanto á lo demás, la caridad suplirá á la familia que la falta. Duerme tranquila pobre criatura, que en tu inocencia, has sido mas sabia que yo. Duerme tranquila confiada en el poder de Dios, que yo cuidaré de ti.

Y tomándola en sus brazos se dispuso á salir.

—¿Os la llevais? preguntó aquella mujer.

—Ya lo veis, contestó Juan.

—El cielo os premiará por tan buena accion.

—Pero decidme, ¿sabeis vos como se llama esta criatura?

—¡Oh! si: su nombre es Ginesa.

—¿Y el de sus padres? ¿y su apellido?

—Diego Pulido era él, y su madre...

—¿Cómo?

—Melchora Perez.

—Está bien; ya sé cuanto necesitaba.

—¿Os vais?

—Si, que Dios os guarde.

Juan ocultó la niña entre los pliegues de su hábito y se encaminó á su morada.

Un cuarto de hora despues penetraba en ella, y preguntaba presuroso por el hermano Velasco.

Este le salió al encuentro diciéndole con solicitud:

—Aquí estoy, ¿necesitáisme para alguna cosa del servicio de los pobres?

—Si, si hermano, porque hoy...

—¿Ha faltado acaso la limosna?

—No es corta á fe la que acabo de recoger.

—¿Si?

—Mirad.

Y al decir esto Juan desplegaba su hábito y le mostraba á la pequeña Ginesa, que empezó á llorar con desconsuelo.

—¡Jesus! ¿pero qué es esto?

—Un ángel que el Señor manda bajo nuestro cuidado.

—Pero...

—Una huérfana desvalida á quien debemos amparar.

—¿Nosotros? ¿mas con qué medios?

—Dios proveerá, hermano; Dios proveerá; ¿os faltará acaso la confianza en su misericordia y en su poder?

—¡Oh! no: jamás he dudado, jamás dudaré.

—Entonces dejémoslo á su cuidado; por ahora lo que esta niña necesita es una buena nodriza que reemplace á su madre: voy á buscarla, y mientras vos cuidareis de nuestros queridos enfermos: para eso os buscaba.

—Está bien.

—Haced mis veces con ellos durante mi ausencia.

—Id descuidado, que en cuanto yo pueda cumpliré con mi deber.

Juan emprendió de nuevo su camino, y su mayor cuidado fué el de informarse donde podria hallar una mujer que se encargase de alimentar á la tierna huérfana.

En un principio nada halló, pero como la necesidad era grande y urgia el ponerla remedio, redobló sus indagaciones, y al fin logró saber que existia una jóven fuerte y robusta que podia ser nodriza de Ginesa, mediante una buena retribucion.

Pero por desgracia aquella jóven era aldeana y habitaba un pequeño pueblo llamado Gabia la Grande, situado á dos leguas de Granada.

Esto no arredró á Juan, y como hubiera hecho el mas tierno y cariñoso padre, emprendió el camino llevando siempre á la niña en sus brazos.

Al fin sus deseos se vieron cumplidos y la huérfana encontró en el seno de aquella aldeana las fuentes de la vida que la muerte habia secado en el pecho de su madre.

Juan pagó adelantada una mensualidad del precio convenido,

recomendando eficazmente que cuidasen á la niña con esmero y ofreció volver á verla cada tres dias, abandonando el pueblo feliz y tranquilo, y dando gracias á Dios que asi protegia sus empresas y le facilitaba el camino para poder llevarlas á cabo.

Con efecto, á pesar de los innumerables cargos que tenia sobre sí, y sin dejar de atender á ella, emprendia el camino á pié, y con una solicitud estremada iba á ver á su protegida los dias que habia ofrecido, llenándose de un santo gozo al mirar á aquel ángel cuyas sonrisas alegraban su alma y ensanchaban su corazon.

Su afan no se satisfizo con esto solo: el porvenir de aquella criatura empezaba á preocuparle, y decidió destinar para ella cincuenta ducados, que puestos en manos de una persona laboriosa y honrada, la formasen un dote, que aunque corto, la pusiera á cubierto un dia de la miseria y el abandono.

Y asi lo hizo, y Dios protegió su obra, dándole el placer indecible de que mas adelante viera feliz aquella niña que le debia tanto y teniendo en ella un ser mas que le bendijese en el mundo.

XLVII.

—Cuéntame todo lo que atañe á ese hombre extraordinario, hija mia, cuéntamelo todo, decia Lola á la linda Miquela, mientras la niña sentada á su lado en su pequeña habitacion la repetia el nombre de Juan con una espresion de gratitud infinita.

—¡Oh! ¡él es nuestra providencia! respondió la niña; mi tio, que es un sabio, dice que el hermano Juan es santo, y que no ha conocido á ninguno que se le asemeje.

—¿Pero cuándo le conociste?

—Es una historia bien dolorosa, dijo, Miquela mientras una lágrima temblaba en sus pestañas.

—¿Quieres contármela?

—Yo...

—Asi aprenderé á bendecir y á amar á Juan, como tu le amas y le bendices.

—Entonces si: porque á la verdad, tampoco hay ningun misterio en ello: solo temia entristeceros.

—Pues habla, hija mia, ya te escucho: yo tambien he sido muy desgraciada, tambien he llorado mucho, y me complazco en tomar parte en los dolores de mis amigos, de mi familia casi, porque hoy no tengo mas parientes ni mas casa que esta, Miquela.

La voz de Lola al decir estas palabras era dulce y sentida, y sus hermosos ojos se fijaban en la niña que estaba á su lado, con una ternura indecible.

Al verlas asi unidas, se las hubiera tomado por hermanas, apesar de que Lola tenia algunos años mas que Miquela.

La primera habia cambiado sus costosas galas por un sencillo y humilde traje, y sus cabellos modestamente peinados, daban mayor realce y mayor interés á su belleza.

—Vamos, ya te escucho, dijo á la niña que se habia puesto pensativa y meditabunda; empieza tu relato, ¿cuándo viste por primera vez á Juan?

—Hará seis meses: era una mañana muy fria, y empezaba á caer la lluvia convertida casi en nieve: yo iba andando detrás de una camilla que llevaba cuatro hombres al hospital de dementes: ¡en aquella camilla iba mi madre loca y moribunda!

—¡Tu madre!

—¡Si, señora! mi madre, que habia perdido la razon á fuerza de llorar por mi padre.

—Pues qué ¿habia muerto?

—¡No!

—¿Qué era, pues, de él?

—No lo sé: jamás me han dicho donde está: solo recuerdo que daba á mi madre muchos pesares, y que desapareció sin que yo le haya vuelto á ver.

—¡Ah!

—La infeliz desde entonces estaba siempre triste y llorando: nos vinimos á vivir aqui, pues carecíamos de recursos desde que estábamos solas; mi pobre tio nos recibió lleno de cariño y partió con nosotras su pan y su hogar: en cuanto á mi abuela nos prodigaba toda clase de cuidados, y se esforzaba noche y dia en consolar á mi madre; casi lo iba consiguiendo, cuando un dia...

—¿Qué pasó, volvió tu padre?

—¡Oh! no: pero trajeron sin duda noticias de él, pues un amigo antiguo de mi madre, estuvo hablando con ella en secreto por mucho tiempo.

—¿Y no supiste...?

—Nada: cuando salió aquel hombre, mi madre se desmayó y permaneció sin sentido por muchas horas.

—¡Ah!

—¡Despues, cuando volvió en sí, ya no nos conocia! ¡estaba loca!

—¡Loca! ¡desgraciada!

Miquela calló algunos instantes, y enjugó las lágrimas que cual brillantes perlas caian lentamente de sus cándidos y bellísimos ojos.

Lola tambien lloraba conmovida por aquel triste relato.

—Desde entonces, prosiguió la niña, desde entonces su boca enmudeció, y solo se abria para gritar: «¡Esteban, Esteban, no vayas á la Quinta do los Cipreses!»

—¡A la Quinta de los Cipreses! esclamó Lola con espanto; ¿y tu padre se llama Esteban?

—Si: ¿acaso le conoceis?

—Yo... yo... ¡oh! prosigue, prosigue por piedad.

—Pero...

—No me preguntes nada, Miquela: tu no puedes saber..... ¡no, no!

—Mas vos os habeis conmovido: vos sabeis sin duda algo de este misterio.

—Puedo equivocarme; y en todo caso... dime hasta el fin qué es de tu madre, dime hasta donde llegan las consecuencias de esa desgracia.

—¿No os he dicho ya que se volvió loca?

—Si, ¿mas dónde está?

—Agotados los recursos de mi pobre tio con aquella cruel dolencia; presa el mismo de una terrible enfermedad producida por el dolor de ver en tal estado á su hermana, cercados de miseria, de

privaciones; faltándonos hasta el pan para los dos pobres enfermos.....

—¡Oh! ¡Dios mio!

—Un dia... un dia la sacaron de aquí, donde ya no podia permanecer, para llevarla á la casa de dementes; yo vi aquella camilla, donde acostaron sujeta á mi madre aquellos hombres que se la llevaban, y sin saber lo que hacia corrí en pos de ella, sola y sin sentir que la nieve caia en mis cabellos y que el viento azotaba mi rostro.

—¡Ah! ¡qué horror!

—Corrí, corrí sin detenerme y sin que nadie tuviera compasion de mi. Sin saber cómo, llegamos á un edificio de sombría apariencia, cuyas puertas se abrieron para dar paso á los que conducian á mi madre. Quise tambien entrar yo, quedarme con ella, pero no me lo permitieron, y caí en el suelo casi sin conocimiento.

—¡Pobre niña!

—Un hombre entonces acertó á pasar por alli. Aquel hombre era Juan, era el que os ha acompañado hasta aqui.

—¡Él!

—Él, que me levantó en sus brazos con un amor paternal; que se informó de nuestra desgracia, que me trajo otra vez aqui donde mi pobre abuela sollozaba junto á mi tio moribundo. Él, que lloró tambien al ver aquel cuadro, y que se propuso ampararnos. ¡Sin duda un ángel le habia conducido junto á mi, pues desde que vino ya no tuvimos hambre nunca! Trajo un médico para que viese al pobre sacerdote, que hasta alli habia soportado su mal sin poder ponerle remedio alguno, y ocultando á todos su pobreza: Juan le dió medicinas, alimento, todo; y cuando el mal empezó á ceder, cuando el cuerpo cobró algun vigor, le dió la medicina y el consuelo de su palabra para fortalecer tambien su alma.

—¿Luego su amor y su caridad alcanzan á todas partes, luego todas las miserias de la vida hallan alivio en su mano?

—Si, si, todas.

—¡Gracias, Señor, gracias por haberle puesto á mi paso! murmuró Lola alzando al cielo sus ojos.

—Cuando mi tio se halló bueno enteramente, continuó Miquela, Juan buscó con su influencia puesto para él en la iglesia del Salvador, cuyo curato, aunque pobre, nos da lo necesario para vivir y para socorrer á muchos necesitados, pues el buen sacerdote á imitacion de nuestro protector solo guarda lo preciso, destinando á la caridad todo lo demás.

—¿Y tu madre?

—Mi madre aun permanece en la casa de dementes, porque cada dia está peor y dicen que seria imposible tenerla aqui sin grave riesgo: pero está cuidada y asistida con esmero, porque el hermano Juan, alli como en todos partes, ejerce un poder infinito. Vamos á verla todos los Domingos: pasamos la tarde con ella y la dejamos en la conviccion de que al menos nada la falta. Además, el hermano Juan nos da esperanzas de que algun dia se curará y cuando él dice una cosa debe creerse, porque parece que Dios inspira sus palabras.

—Si, es verdad: ¡quién sino Dios hablando por boca de ese hombre hubiera conseguido...!

Lola no pudo proseguir, porque el padre Alvarez apareció en la puerta y se adelantó hácia ella con una espresion dulce y digna á la par.

XLVIII.

Lola se levantó al divisar al sacerdote, y se acercó á él tímidamente.

—Buenos dias, hija mia, la dijo el padre Alvarez tendiéndola una mano que ella se apresuró á besar con respeto: buenos dias. Veo que mi querida Miquela está á vuestro lado y esto me agrada, pues su inocente charla hará menos triste vuestra permanencia en esta casa.

—Señor, yo agradezco mucho á esta niña la bondad conque me trata, pero de todos modos, seria feliz aqui, donde he encontrado tan dulce hospitalidad. ¡He sufrido tanto en medio de ese mundo en que he vivido hasta ahora, que la paz y la quietud de esta morada son el mejor bálsamo para mi alma.

—¿Habeis sufrido mucho? preguntó el sacerdote con el acento de un profundo interés.

—¡Oh! si, y ahora...

—¿Qué?

—Tambien padezco en la duda de si podré alcanzar el perdon de Dios.

—¡Cómo! ¿dudais acaso?

—Es que...

—Déjanos solos, Miquela, dijo el padre Alvarez comprendiendo la vacilacion de Lola, y sospechando que su sobrina no debia oir lo que aquella jóven iba á decirle.

La niña salió sin replicar una palabra, y el ministro del Señor y la pecadora arrepentida quedaron solo en presencia de Dios.

—Me habeis recibido en vuestra casa, señor, sin preguntarme quién soy ni de donde vengo, y es un deber mio confesaros toda la verdad, por muy amarga y dolorosa que esta sea para mi, dijo la jóven.

—Cuando llegásteis á mis puertas os acompañaba un hombre á quien le debo mucho... mi vida, mas que mi vida aun; veníais llorosa, dijísteis que carecíais de amparo y esta fué suficiente recomendacion para mí. Vuestra historia os pertenece: calladla si quereis; pero si acaso juzgais que podeis hallar un consuelo depositando en mi pecho vuestras penas, hacedlo pues, hija mia, y pensad que hablais con un amigo, con un padre cariñoso.

—¡Oh! si, murmuró la jóven; yo os lo diré todo, y si me juzgais digna de perdon, creeré que Dios tambien me absuelve y borra mis faltas del eterno libro, donde sin duda están escrita; además, yo necesito consejos, necesito sostén y vos podeis dármelo.

—Haced lo que querais, en la seguridad de que siempre tendreis un asilo á mi lado.

Lola guardó silencio por algunos instantes, en los cuales procuró reunir sus recuerdos, y al fin dijo con insegura voz:

—Mi nombre es Dolores de Arévalo, y la nobleza de mi cuna es igual á la riqueza que el cielo habia concedido á mis padres. Estos eran felices con el amor de mi hermano Cárlos y con mi ternura, y vivian solo para sus dos hijos. Cárlos era un noble jóven digno por todos conceptos de su ilustre orígen, y el mas elogiado y mejor recibido entre la alta sociedad, á pesar de sus cortos años. En cuanto á mi, como era rica y podia contar con un cuantioso

dote, antes de los quince años era solicitada en matrimonio por muchos que anhelaban enlazarse con mi noble familia. Entre ellos se contaba el conde de la Fe, á quien mis padres preferian, y con quien decidieron mi enlace. El conde contaba ya cincuenta años, y á pesar de su bondad y de su noble carácter, esto hizo que yo mirase con aversion aquel matrimonio. Súplicas, amenazas, todo fué inútil para convencerme. Yo me negué resueltamente á obedecer. ¡Ay! ¡cuánto he llorado despues mi loca resistencia! Al lado de aquel hombre hubiera vivido feliz, considerada con el aprecio y la proteccion de los mios, y hoy... ¡oh! vos no sabeis en qué abismo de desgracias he caido despues.

—Vamos, tranquilizaos, dijo el sacerdote, mientras Lola enjugaba una lágrima que rodaba por sus mejillas.

—Mi padre era muy severo, dijo ella, muy celoso de su autoridad paternal, y quiso castigar mi oposicion á su voluntad separándome de su lado hasta verme sumisa á sus deseos. Decidió, pues, conducirme á una posesion que teníamos á dos leguas de Granada, acompañada solo de mi dueña y de una doncella para mi servicio, asegurando que solo saldria de alli para ser condesa de la Fe ó para encerrarme en un convento. Mi hermano intercedió por mi; mi madre tambien alegando en mi disculpa mi corta edad, pero fué inútil, como inútiles fueron tambien las súplicas de ambos para obligarme á ceder. El conde me inspiraba una invencible repugnancia y preferí alejarme de cuantos me amaban á decidirme á ser su esposa. Una mañana, pues, emprendí mi viaje; antes de salir de la casa de mis padres, mi madre se arrojó en mis brazos llorando y diciéndome entre sus lágrimas: «Obedece, hija mia, obedece: tu no sabes cuanto castiga Dios á los hijos rebeldes; tu no sabes que la desgracia va en pos de ellos; ¡ay! obedece y no abandones tu hogar; ¡pobre flor de mi alma, no pierdas la sombra del viejo árbol que te da abrigo! Yo no puedo convencer á tu padre de que desista de sus proyectos; comprendo que tampoco es él quien debe ceder; solo me quedan mis ruegos para evitar tu desgracia; no resistas á ellos, Dolores, no resistas á ellos por Dios.» En aquel momento vacilé: mi corazon tembló al ver á mi madre llorar por mi causa; al oir sus súpli-

cas; pero sin duda mi ángel malo ofuscó mi imaginacion y endureció mi alma, haciéndome creer que era ya una debilidad el desistir de mi negativa; mi orgullo de niña se reveló, y cerró mis lábios, que ya se abrian para hacer feliz á mi madre. Partí pues, salí de aquella morada en donde ¡ay! no debia volver á entrar jamás.

—¡Cómo!

—¡Pobre madre mia! tampoco debia volver á verla.

—¿Es posible?

—Murió lejos de mí, ¡quién sabe si por mi causa tambien!

Dolores guardó algunos instantes de silencio que el padre Alvarez no se atrevió á interrumpir.

Al cabo continuó:

—Partí al fin, y tres horas despues llegaba á la hacienda de los Gazules, que era el sitio adónde debia vivir: aquella posesion situada á las faldas de la Sierra Nevada, era hermosa y pintoresca, pero á mi me pareció triste y sombría, y debia serlo en efecto tratándose de una persona habituada á la sociedad y al brillo de los salones. Mi dueña, que tenia encargo de tratarme con severidad, no creyó sin duda faltar á las órdenes de mi padre, dejándome en libertad de dar largos paseos por las inmediaciones, acompañada solo de un criado ó de mi jóven doncella. Yo me aprovechaba de esta condescendencia y pasaba el tiempo recorriendo los alrededores, aunque en el mas completo aislamiento. En los primeros dias esto fué bastante á distraerme y hacer menos penoso mi castigo. Era casi una niña y en esa edad todo encanta, todo embellece la vida y cualquier novedad nos halaga y nos seduce. Pero despues, cuando me cansé de aquella monotonía, cuando me fué angustiando aquella soledad, el recuerdo de las comodidades de mi casa, del amor de mi familia, se fué fijando mas en mi memoria, y mi casamiento con el conde me fué pareciendo menos enojoso.

Un dia habia salido con Flora, mi doncella; y distraidas, y sin saber cómo, nos alejamos demasiado de la casa, en la hora en que el sol se hallaba próximo el ocaso.

—Volvamos, la dije, creo que nos hallamos muy distantes, y si no aligeramos el paso, nos sorprenderá la noche en esta soledad.

—Perded cuidado señorita, me respondió, aun no se ha puesto el sol, y quedan dos horas cuando menos de luz todavia.

—Sin embargo... repliqué yo.

—Pues bien, insistió Flora; venid por aqui, esta vereda es un atajo del camino y en media hora nos conducirá á la quinta.

Yo la seguí y ambas caminamos con rapidez.

Por desgracia Flora equivocó la senda, y despues de andar por largo rato, fué cuando conocimos nuestro error; fatigadas, llenas de temor, no sabíamos que hacer, y ya empezamos á llenarnos de inquietud y de zozobra.

Sin embargo, seguíamos caminando á la ventura con toda la prisa que nos era dable.

Al volver un recodo del camino, quedamos ambas mudas y sin saber si adelantar ó retroceder.

Lo que causaba nuestra sorpresa, fué la presencia de un hombre que sentado en el tronco de un árbol y con la frente oculta entre las manos, parecia entregado á una profunda meditacion.

Su aspecto en nada se asemejaba al de los campesinos de aquellas cercanias, y su traje rico y esmerado, demostraban que el desconocido no pertenecia á la clase baja del pueblo.

Sin saber por qué, aquel hombre llamó mi atencion de un modo inesplicable.

La abstraccion que le dominaba, el aire de tristeza que parecia embargarle, su aislamiento, su soledad en medio de los campos, todo, todo me preocupó de un modo estraño á mi pesar.

Al andar, sin duda hicimos ruido Flora ó yo, pues levantó la cabeza con sobresalto, y dirigió en torno una mirada rápida y escrutadora.

Cuando vió que solo éramos dos pobres niñas las que tenia junto á si, una sonrisa desplegó sus lábios y nos miró con mayor atencion.

Entonces sus ojos se encontraron con los mios, y yo me estremecí, porque el fuego de aquella mirada llegó hasta mi corazon.

Y sin embargo, en la luz de aquellas pupilas habia algo de sombrio y siniestro que yo no pude comprender.

Nos saludó con un movimiento de cabeza, y guardó silencio, siguiendo en su inmovilidad.

Flora, mas resuelta y menos turbada que yo, se adelantó algunos pasos, y dirigiéndose al desconocido le preguntó titubeando:

—Caballero, hemos perdido el camino mi señorita y yo, y nos hallamos lejos de nuestra morada; ¿tendreis á bien, si os es fácil, indicarnos la senda que hemos de seguir para llegar á la hacienda de los Pinos?

—¿La hacienda de los Pinos? preguntó aquel hombre; si no me engaño, es una que pertenece...

—A mi padre, el marqués de Sandoval, dije yo entonces.

—¡Ah! murmuró él con acento estraño, y sin dejar de mirarme, ¡sois hija del marqués?

—Si señor, contesté sin comprender la intencion de aquella mirada.

—Y ¿podeis decirnos por donde llegaremos mas pronto? añadió Flora que empezaba á inquietarse.

—Ciertamente, y aun yo mismo voy á guiaros.

Entonces se levantó y se dispuso á acompañarnos.

Yo no se si á causa de la soledad y el aislamiento en que me hallaba; y del cual ya empezaba á aburrirme, ó bien porque mi destino me impulsase á ello, una simpatia estraña empezó á ligarme á aquel hombre. ¿Por qué fué? yo misma no sé decirlo; tal vez porque tenia quince años, y á esa edad de sueños y de ilusiones, todo lo desconocido nos atrae, todo lo nuevo nos seduce. La verdad es que me pareció que aquel hombre era gallardo y hermoso, y que le distinguia un aire de audacia y valor indecibles.

—Vamos á causaros una molestia, le dije yo cuando echamos á andar.

—Jamás molesta, me contestó, estar al lado de una jóven tan bella como vos, y creo que el tiempo ha de parecerme demasiado corto esta tarde.

Aquellas palabras halagaban mi vanidad y me causaban una sensacion que no os sabría esplicar, pero una llamarada de fuego coloreó mis mejillas, y mis ojos dieron las gracias que mis lábios no osaron formular.

—¿Vivís en estas cercanías? le pregunté mientras caminábamos en la direccion que él habia emprendido.

—Si; me contestó, hace mucho tiempo que abandoné la ciudad y que habito en el campo siempre.

—¿Solo? volví á preguntar.

Calló por un instante, y despues dijo con acento amargo:

—Casi, casi, si entendeis por esa palabra la soledad del corazon.

Iba acaso á continuar, cuando se oyó á lo lejos los ladridos continuados de un perro.

—Es Leal, dijo Flora con alegria: sin duda nos han hechado de menos, y vienen en busca nuestra.

—Si, eso será.

—Creo distinguir la voz de Lorenzo el pastor, añadió mi doncella: no hay duda, ellos son.

Una espresion de profundo disgusto se pintó en el rostro del desconocido, que dijo precipitadamente:

—Puesto que ya no me necesitais, me retiro entonces, y empezó á quedarse algunos pasos detrás.

—No, no: venid á mi casa, que yo tendré sumo gusto en recibiros en ella, le dije yo.

—Es imposible, señorita, contestó; sin embargo, ya nos veremos de nuevo.

Y sin aguardar respuesta, desapareció en uno de los accidentes del camino.

Yo quedé desconcertada y sin darme cuenta de mis pensamientos.

Sin embargo, encargué á Flora que no hablase á mi dueña del encuentro que habiamos tenido, temerosa de que me privase de mis paseos cotidianos, y nos dirigimos en busca del que se acercaba.

Efectivamente, Lorenzo el pastor era el que se adelantaba hácia nosotras, guiado por mi perro Leal; pero su presencia en aquel sitio era debida solo á la casualidad, pues aun en la casa no habian estrañado nuestra ausencia.

Al vernos en aquel sitio, se dió el parabien de haber venido, y nos encargó que no nos arriesgáramos solas otro dia.

—¿Y que puede sucederme? pregunté admirada.

—¿Quién sabe? si fuera cierto lo que se dice.....

—¿El qué?

—Yo no respondo de ello, pero...

—Hable V., Lorenzo.

—Pues se murmura que algunos foragidos se ocultan en la sierra, de algunos dias á esta parte.

—¿Será posible?

—Aseguran tambien... pero aligeremos el paso, la noche se viene encima y no es conveniente hablar de tales casos en despoblado.

Seguimos su ejemplo, y un cuarto de hora despues entrábamos los tres en la hacienda de los Pinos.

XLIX.

Aquella noche no pude conciliar el sueño.

El recuerdo del desconocido me perseguia sin cesar, y cuanto mas queria alejarle de mi mente, mas y mas se fijaba en ella.

Anhelaba que llegase el dia, pues por mas que Lorenzo nos hubiera referido mil cosas terribles de una partida de bandoleros, á cuyo capitan llamaban Mano de Acero, y que segun decia se habia refugiado en las sinuosidades de la sierra, huyendo de la persecucion de los cuadrilleros, yo deseaba salir de la casa, y volver otra vez al sitio en que habia visto al que trastornaba mi mente.

Procuraba recordar sus palabras, sus miradas, y mi fantasia me hacia encontrar en cada una de ellas un misterio ó un motivo de interés.

¿Por qué viviria aquel hombre en los campos? ¿por qué no habia venido hasta nuestra casa, puesto que antes de llegar Lorenzo se habia ofrecido á acompañarnos? ¿seria desgraciado? ¿por qué se quejaba de la soledad de su alma?

Todas estas preguntas me hacia yo sin cesar, y sin encontrar respuesta alguna á ellas.

Dos ó tres veces pensé tambien que me habia llamado hermosa, y esto halagaba mi vanidad de niña, y me hacia mirarle con predileccion.

Ni un instante solo, al intentar en mi imaginacion sondear el misterio que para mi envolvia á aquel hombre, le supuse criminal, ni culpable.

—¿Pues acaso lo era? preguntó con afan el padre Alvarez, que seguia con atencion el relato de Lola.

—¡Oh! si; respondió esta tristemente, lo era tanto, como vos no podeis sospechar.

—Continuad, hija mia, continuad.

—Aquella tarde antes de la hora acostumbrada y sin poder dominar mi impaciencia, salí con Flora y tomé la direccion que el dia anterior habia seguido.

—¡Cómo! preguntó mi doncella, ¿no temeis que vayamos por ese sitio?

—No, la contesté yo.

—¿Pero os habeis olvidado de lo que nos contó el pastor?

—Lo recuerdo perfectamente.

—¿Y vamos á ir...?

—Ya lo ves.

—Pero...

—Esas son invenciones de los necios y no debemos darles valor alguno.

—¿Mas y si fuese verdad?

—No lo creas.

Flora bajó la cabeza y se dispuso á seguirme sin responder una palabra.

Acaso comprendia lo que pasaba en mi alma y sabia que era inútil contrariarme.

Emprendimos la marcha y en breve perdimos de vista nuestra morada.

A cada paso mi corazon latia con violencia y vacilaban mis

piés. Si yo hubiase podido saber toda la gravedad del mal que hacia, si hubiera conocido cuanto de culpable habia en el paso que daba, indudablemente hubiese preferido morir mil veces á seguir entonces adelante.

Aun no habíamos andado la mitad del camino, cuando el rumor de algunas hojas secas crugiendo bajo la presion de unas lentas pisadas me hizo volver la cabeza y dar un ligero grito: un hombre se hallaba cerca de nosotras; aquel hombre era él.

Hablamos largo rato; supe que se llamaba Luis, que pertenecia á una noble familia de Granada, que habia poseido una regular fortuna; en cuanto á su presente, nada me dijo ni nada le pregunté. Yo le oia con un afan que no sé si sabia ocultar, pero en medio de mi aturdimiento y de mi ignorancia no podia menos de notar que el mas ligero ruido hacia estremecer á Luis, que caminaba con recelo, y que evitaba con insistencia tomar por las sendas en que pudiéramos hallar pastores ó trabajadores.

Al fin nos separamos, pero ofreciendo vernos al dia siguiente.

¿Qué mas os diré? á los pocos dias Luis habia sabido trastornarme de tal modo, que le amaba como se ama á los quince años, sin conciencia de lo que hacemos, y sin que la razon intervenga para nada en nuestro amor.

Y sin embargo, él no se habia presentado nunca en los alrededores de la hacienda, ni yo sabia cuál era su morada.

Mi dueña se apercibió de la asiduidad de mis salidas y se opuso formalmente á ellas.

Entonces me vi obligada á permanecer encerrada algunos dias en casa, y en ellos no pude ver á Luis.

Mi madre me escribió por aquel tiempo diciéndome que mi ausencia la entristecia, que se hallaba enferma y casi sola, pues mi hermano habia emprendido un viaje á la corte, donde permaneceria por algun tiempo, y mi padre, cuyo carácter era adusto y sério en general, se tornaba cada dia mas retraido y sombrío.

Estas noticias angustiaron mi corazon, pero si antes me habia negado por un capricho á contraer aquel matrimonio, ahora lo juzgaba mas imposible, puesto que ya no era dueña de mi corazon.

Luis resolvió entonces verme de nuevo, y por un plan terrible que despues comprendí, exigió de mi que acudiese á una cita, en el campo y en medio de la soledad.

En un principio dudé, pero luego estimulada por el deseo de verle, de pedirle consejo, y mas que todo por mi desgracia que que me arrastraba hácia aquel hombre, cedí y ofrecí verle; ¡ay! este paso imprudente fué el que me precipitó en el abismo, hice mal; muy mal; fuí muy culpable, pero bien me castigó el cielo.

Flora, obligada por mí, debia acompañarme, y ella se encargó de buscar los medios para realizar aquel proyecto.

Cuando ya estuvo todo convenido entre ambas, salimos una noche mientras todos dormian por una puerta escusada que daba al campo, y de la cual Flora buscó la llave.

Segun nuestro aviso, Luis nos esperaba ya al otro lado, pero cual fué nuestro asombro, cuando apenas habiamos andado algunos pasos nos sentimos sujetas por ambos brazos y nos hallamos sin saber cómo, colocadas cada una á la grupa de un caballo, que corria á todo escape llevándonos lejos de allí.

—¡Socorro! grité cuando volví por un instante en mí: ¡socorro!

—¡Silencio! dijo á mi oido una voz que reconocí ser de Luis; ¡silencio! esos gritos me pueden perder.

Y puso espuelas al caballo. que aumentó de una manera indecible la rapidez de la carrera.

—¿Dónde me llevas? le pregunté cada vez mas aterrada, ¿dónde me llevas?

—Silencio, replicó con un acento en que se adivinaba la violencia y la cólera; ahora solo es tiempo de pensar en huir.

—Es que yo quiero volver á la quinta, que no puedo seguir mas adelante.

Ninguna contestacion recibí, pero seguimos corriendo cada vez mas; entonces hice un esfuerzo para arrojarme del caballo, pero nada pude conseguir, Luis notó mi accion y me sujetó de una manera bárbara y brutal.

En aquel instante creció mi terror mucho mas, pues un hombre

que corria á nuestro lado, dijo dirigiéndose á Luis:

—Capitan creo que todo ha terminado, mirad.

Mi raptor volvió entonces la cabeza, y yo imitando su ejemplo, distinguí á lo lejos un resplandor vivo y rogizo, que se elevaba al cielo en medio de la oscuridad: era nuestra quinta que se hallaba devorada por las llamas.

Dí un grito de espanto y perdí el sentido en brazos de aquel hombre á quien yo juzgaba un jóven digno y que era en realidad un bandido.

—¡Un bandido!

—Si señor: el que aterraba aquellas cercanias bajo el nombre fatal de Mano de Acero.

—¡Oh! infeliz de vos hija mia: en qué abismo cáisteis por desgracia.

—Cuando volví en mi razon me hallaba en un lugar áspero y oculto en la sierra, miré en derredor creyéndome presa de un sueño, pero bien pronto el recuerdo de la verdad vino á mi mente para hacerme sufrir mas cruelmente; busqué con la vista á mi doncella pero no la hallé; estaba sola junto á Luis que me miraba con una mezcla de lástima y de ódio que no me supe esplicar.

—Vamos, basta ya de llanto, me dijo; forzoso es, Dolores, que te acostumbres á tu nueva situacion; ya no eres marquesa de Sandoval, ni rica ni noble dama: desde hoy solo eres la compañera de un bandido, de un criminal, á quien persigue la justicia, y que vive fuera de la ley.

—¡Dios mio! esclamé, ¡Dios mio! ¿qué he hecho yo para merecer tanto infortunio?

—No es tuya la culpa, me contestó con voz sombria no es tuya la culpa, y sin embargo, es preciso que participes del castigo.

Yo nada pude contestar; el llanto me ahogaba y el pesar me volvia loca, y sin embargo, á pesar del horror con que miraba mi situacion, habia algo dentro de mi pecho que me impulsaba hácia Luis, como el huracan arrastra á la débil nubecilla que sigue incierta su mismo paso. ¡Ay! yo tenia diez y seis, años y aquel hombre me habia inspirado mi primer amor.

El padre Álvarez hizo un gesto de compasion, pero nada pudo decir.

—Desde aquel dia, viví, padre mio, al lado de Luis, sin ser dueña de sustraerme á su dominio; ¿y cómo tampoco habia de hacerlo? yo estaba vigilada sin cesar por aquellos que él manejaba á su antojo; sola, sin conocer el sitio en que me hallaba, sin un amigo, sin medio alguno de huir, ¿qué iba pues á hacer? además, nadie podia dudar que yo por mi voluntad habia salido de la quinta, y mi fuga no podia achacarse á un acto de violencia por parte de Luis, pues muchos me habian visto salir de mi casa; mis entrevistas con él no podian ser un misterio, y mucho menos aquella cita que tan terribles consecuencias habia tenido para mi. El mismo Luis por causas que yo no comprendia, se habia complacido en acumular sobre mí toda la culpa de aquellos hechos y en hacer público el amor que habia sentido por él. Esto me lo decia á cada paso, y yo aterrada ante esta creencia, no solamente no intenté volver al lado de mis padres si no que temiendo su enojo y el desprecio del mundo, hubiera querido ocultarme más, si un retiro mayor hubiera podido hallar. ¿Qué mas os diré? ¿que mas abyecto ni mas cruel que la posicion que desde entonces tuve que aceptar? de abismo en abismo, de miseria en miseria, llegué al último grado de la degradacion y del olvido de mi misma. Impulsada por la mano de aquel hombre, cediendo siempre á sus mandatos y á sus instigaciones, le he ayudado en sus culpables empresas, he sido en fin tan criminal como él, sujeta siempre á su influencia, dominada siempre por su poder.

—¿Pero y vuestro padre? ¿y vuestra familia? ¿no lograron...?

—¡Oh! nada supe de ellos en muchos años. Despues... despues me dijeron que mi madre habia muerto, ¡acaso no habia podido resistir el dolor de mi desgracia! mi padre bajó tambien al sepulcro agobiado de pesar, y mi hermano, dejó nuestra pátria y fué á viajar al extranjero, buscando sin duda el olvido á su dolor y á mi verguenza. Entonces volví á Granada, pero siempre vigilada y dominada por Luis, conocido solo por Mano de Acero, pues ha ocultado á todos su verdadero nombre, como yo tambien oculto el mio; he sido arrastrada hasta la casa de Anton Martin, he vivido por mucho

tiempo siendo su instrumento y su cómplice: de este modo y acompañada de otras infelices tan despreciables como yo, hasta que un hombre, un enviado de la providencia sin duda, me hizo escuchar su voz, hizo renacer en mi pecho la esperanza del perdon, y tendiéndome una mano protectora me trajo aquí donde me ofreció un asilo, y....

—Y donde encontrareis siempre una familia que os sostendrá en el camino del bien, si vos persistís en seguir por él.

—¡Oh sí, sí! yo quiero apartarme de la senda donde mi imprevision me ha lanzado, yo quiero sobre todo huir de ese hombre que me domina, que me aterra: de ese hombre á quien no sé si amo ó aborrezco, pero que me tiene sujeta por los lazos mas terribles, por los de la complicidad, y los del crímen.

—Hija mia, esclamó el padre Alvarez despues de algunos instantes de silencio: Dios al par que clemente y misericordioso, tiene siempre en su mano la balanza de la justicia, y esa justicia se veria truncada si no recibiésemos el castigo de las faltas que cometemos. Vos resistiendo á la voluntad de vuestro padre, oponiéndoos á sus mandatos, habeis sido culpable, y era forzoso que en esa misma culpa halláseis la expiacion. Inmensa ha sido la vuestra, es verdad: pero alegraos por ello, hija mia, alegraos por ello, pues si vuestro arrepentimiento es sincero, el llanto purificará vuestra alma y podreis alzarla limpia y regenerada á los piés de aquel que dá un cielo en cambio de una sola lágrima.

—¿Luego no me despreciais aun sabiendo mi pasado? ¿aun creeis que puedo esperar?

—Tres virtudes, pobre oveja estraviada, necesitamos atesorar en nuestro pecho para que no sea estéril la sangre del divino Redentor: ¡La fé que salva, la caridad que ama y confía: la esperanza que alienta y que sostiene, y que vemos siempre sonriéndonos al otro lado de la tumba!

—¡Oh padre mio, padre mio! dijo Lola cayendo de rodillas, yo creo en Dios, yo adoro su bondad, haced vos, haced desde hoy que pueda esperar, perdonándome en nombre suyo.

I.

Lola permaneció algunos instantes á los piés del sacerdote que fijaba en la jóven una mirada compasiva, mientras sus lábios se movian imperceptiblemente orando sin duda por ella.

—Alzad, hija mia, dijo despues con amoroso acento: solo en el tribunal de la penitencia debeis postraros. Y ahora dejo ya de ser el ministro del Señor para ser solo vuestro amigo.

—¡Ay! es que como tal tambien necesito invocar vuestra clemencia.

—Solo al que ofendemos, debemos demandar indulgencia, y vos nada habeis hecho en contra mia.

—Yo, señor he contribuido á la desgracia de una persona que os es muy querida.

—¿A mí? no os comprendo. ¿De quién quiereis hablar?

—De la madre de Miquela.

—¡De mi hermana!

—Sí; de esa infortunada que ha perdido el juicio desesperada por los estravios de un esposo á quien amaba.

—¡Cómo! ¿vos sabeis?...

—Miquela me ha contado una parte de ese infortunio; lo demás lo he adivinado, por que conozco á ese Garci Ibañez.

—¿Le conoceis?

—Sí. Luis era su amigo, Luis le condujo al precipicio y yo....

—¡Oh!

—Yo lo sabia todo, todo. El dia que cometió su primer atentado, y aquel en que fué herido mortalmente en la quinta de los Cisnes al ir á arrebatar de ella un niño de cuatro años.

—¡Que horror! ¿y para qué?

—Para exigir á sus padres un crecido rescate por él, ó....

—Seguid.

—O para asesinarlo en caso contrario.

—¡Jesus! ¿y Garci Ibañez....?

—Fué con otros dos á ejecutar aquel rapto.

—¿Y....lo llevaron á efecto?

—Robaron al niño, pero....

—¿Qué?

—Un criado de la quinta disparó un arcabuz sobre los raptores, que huian hácia el campo.

—¿Y aquel tiro....?

—Dejó tendido en tierra á Garci Ibañez mientras los otros se alejaban con su presa.

—¡Desgraciado!

—A los pocos momentos dejó de existir y los cuadrilleros de la santa hermandad solo hallaron su cadáver á las puertas de la quinta.

—¡Oh!

—Aquel cadáver fué espuesto á la curiosidad pública por si alguno lo conocia y podia declarar su nombre.

El padre Alvarez enjugó las gotas de sudor que corrian por su frente ocultando al par una lágrima que temblaba en sus pestañas.

Lola continuó.

—El tiro habia destrozado su frente y nadie le conoció, ó al menos nadie quiso decir quien era evitando así la deshonra de una

familia digna y honrada: esto debió suceder, y sin embargo...

—Un amigo sin duda, adivinó en aquel rostro mutilado quien era el infeliz; preguntó, adquirió algunas noticias, pues vino aquí se encerró con mi infeliz hermana y....

—Dios mio; Dios mio, esclamó Lola con espanto.

—Ni mi madre ni yo supimos esa terrible verdad por que al entrar hallamos á la madre de Miquela sin conocimiento y presa de una congoja mortal. Cuando volvió en sí, habia perdido la razon.

—¡Ah!

—En su delirio gritaba, llamaba sin cesar á su esposo, nombraba la quinta de los Cisnes, ¡ay! ahora comprendo el porqué.

—¿Y despues....?

—Despues, jamás ha cesado su locura. Dios ha tenido piedad de ella, pues el dolor la hubiera matado lentamente.

—Pero así....

—Es preferible estar demente á ser tan inmensamente desgraciada, y sobre todo á dudar de la suerte que en la eternidad habrá cabido á aquel á quien se unió en este mundo. Garci Ibañez murió inconfeso y cometiendo un crimen.

Lola no supo que contestar.

El padre Alvarez con la frente oculta entre las manos guardaba tambien un doloroso silencio.

Al cabo, dominando por un momento su dolor preguntó con ansiedad:

—¿Y el niño que robaron?

—¡Oh! tranquilizaos: yo compadecida del pesar que suponia á su madre, recordando el nombre de la mia, le devolví en secreto á su familia, esponiéndome á la cólera de Luis, y arrostrándolo todo por aquella criatura cuya inocencia me conmovia á mi pesar.

—Tal vez esa buena accion os habrá abierto las puertas de la gracia y del cielo, tal vez haya sido ella el principio de vuestra regeneracion, pues del mismo modo que la primera falta trae en pos de sí otras muchas que á veces nos precipitan al abismo, así tambien las virtudes que practicamos son como una cadena de flores que lentamente y sin violencia alguna nos conducen al camino del bien.

—¿Pero vuestra hermana, vuestra pobre hermana?

—Dios tendrá piedad de ella, puesto que solo en su santa mano existe el remedio de nuestros pesares.

—Miquela dice que Juan espera su curacion.

—Juan es un santo, y lo que no consigan sus esfuerzos en este mundo, lo conseguirá su oracion en el cielo.

En aquel instante se oyó á lo lejos la dulce voz de la niña que llamaba á su tio desde la pieza inmediata.

El sacerdote se levantó y dijo á la jóven que le oia con profunda atencion y con una espresion de divina esperanza:

—Me aguardan sin duda, y me veo obligado á dejaros, pero quedad tranquila, confiando en la bondad del cielo.

Lola besó con humildad la mano que el ministro del Señor le tendia, y cuando le vió desaparecer esclamó entre un raudal de lágrimas:

—Dios me ha colocado entre esta familia para que oiga de boca de esa niña cuan terribles son los efectos del crímen. ¡Oh! si el dolor ha enloquecido á la esposa de Garci Ibañez al saber los estravios de este, ¡cuánto sufriria, Vírgen santísima, cuánto sufriria mi pobre madre viendo la deshonra y las culpas de su hija! ¡cuál será hoy aun el pesar de mi hermano cuando recuerde que su hermana querida es la cómplice y la víctima al par de un criminal condenado por la justicia!

Lola inclinó la frente sobre el pecho y quedó entregada á sus amargas meditaciones.

LI.

Luis no se dejaba ver de nadie, ocultándose de nuevo entre la sombra y el misterio.

Sin duda el temor de que se descubriese su último crimen, le habia obligado á dejar la ciudad, ó á vivir escondido en ella en alguna guarida conocida de sus compañeros solo.

María pues y Margarita se hubiesen visto privadas de todo consuelo, si Juan con su inagotable caridad, con sus constantes desvelos no habiese atendido á ellas.

Con efecto, todos los dias iba á verlas y á consolarlas con su palabra y con sus dones.

Las dos agradecian aquellos beneficios y bendecian de consuno la mano que las protegia.

Entre tanto el Marqués de Sandoval á quien dejamos asistido por Juan, y del cual no nos hemos ocupado en mucho tiempo, adelantaba en su curacion, si bien de una manera lenta y penosa.

En los primeros dias de su estancia en aquella casa benéfica y

hospitalaria, la fiebre y el delirio no le habian permitido decir su nombre ni coordinar sus ideas, y por consiguiente, Juan se habia reducido á velar por él pensando solo en su curacion, y dejando al tiempo el cuidado de lo demás.

Nadie tampoco pudo decir quien era Cárlos, pues en los elegantes círculos que frecuentaba, eran por cierto muy distintas las personas á quien trataba de las que le cercaban ahora.

En consecuencia de esto, pasó mucho tiempo sin saber quien era, y sin que él pudiese decir donde se hallaba.

Por otra parte, Cárlos no tenia pariente alguno ni persona que se interesase por él.

Ya sabemos por Lola, que sus padres habian muerto, que ella, su única hermana, no habia vuelto á verle, y en cuanto á esas afecciones, hijas solo del corazon, tampoco podia contar con nadie que le amase ni velase por él, puesto que habia sido bien desgraciado en sus amores, y María, la sola mujer que habia estremecido su alma, ni pudo corresponderle ni admitir aquel afecto.

Así pues, cuando al recobrar el conocimiento se halló en un lecho pobre, pero velado por el mas santo de los afectos, por el de la caridad cristiana, cuando se vió asistido con cariñoso esmero, cuidado con la mas tierna solicitud, decidió permanecer alli hasta recobrar la salud por completo.

El dia primero que pudo hablar y espresar con claridad sus pensamientos, la alegria de Juan fué inmensa, como inmensos habian sido sus afanes por aquel jóven desconocido.

—Gracias al cielo, le dijo, mis esperanzas de salvaros van á cumplirse, y los ruegos que he dirigido á Dios por vuestra salud, han sido escuchados por Aquel en cuyas manos están la vida y la muerte de los hombres.

—Aunque la existencia tiene pocos encantos para mí, le contestó Sandoval tristemente, no por eso tengo en menos vuestros beneficios, ni se amengua la gratitud que vuestra noble conducta me inspira.

—Apesar de ignorar vuestro nombre, osconsidero mi hermano, y el asistir y consolar á un hermano querido no es una virtud,

es un deber, y por consiguiente nada teneis que agradecerme.

—¿Luego ignorais quien soy yo?

—Enteramente.

—Entonces ¿cómo me encuentro aqui?

—Os hallé una noche exánime casi, en una calle solitaria y oscura en un estado triste y alarmante á la verdad. Nadie habia á vuestro lado. Los que os habian herido, huyeron creyéndoos muerto sin duda: yo me acerqué á vos juzgando que ya nada podia hacer sino encomendar vuestra alma.

—¡Oh! herido, abandonado, murmuró Cárlos que empezaba á recordar lo pasado aunque vagamente.

—Por fortuna, solo estábais desmayado. Viendo que de nadie podia esperar allí socorro, temiendo que los que anhelaban vuestra muerte volviesen acaso á cerciorarse de ella, y sin saber cual era vuestra casa, me decidí á conduciros á la mia y á prestaros aquí los primeros auxilios. Os traje en efecto, restañé vuestra sangre y Dios hizo lo demás, puesto que estais casi fuera de peligro, y que podeis decirme cual es vuestra voluntad.

Sandoval escuchó á Juan con religioso silencio, y le tendió su mano murmurando al par:

—Gracias, gracias: yo sabré recompensaros lo mucho que os debo.

—Mi recompensa está aquí, respondió Juan colocando una mano sobre su corazon; aquí, y allí, añadió alzando la vista al cielo.

Despues, y pensando como siempre en las penas de los demás,

—Ahora, dijo, es preciso sacar á vuestros padres de la inquietud en que vuestra desaparicion debe tenerlos.

—¡Mis padres!

—Si.

—¡Oh! mis padres han muerto!

Juan guardó silencio. Con aquella pregunta habia entristecido á Cárlos, y esto le causó un profundo pesar.

—Bien, dijo despues, parientes tendreis que os amen y que os echen de menos sin duda.

—Tampoco. ¡Estoy solo en el mundo!

—Entonces.....

—Permaneceré aquí: de todos modos quiero ocultar á todos este suceso que tal vez pudiera comprometer á personas que....

—Sea como mandais.

—¿Acaso entre mis ropas habria una carta?

—Si, aquí está guardada con todo lo que os pertenece.

Y al decir esto, Juan se levantó y salió de la estacia, volviendo á poco con los objetos que pertenecian á Sandoval.

Una sospecha terrible habia acudido á la mente del jóven al recuerdo de los sucesos que habian tenido lugar la noche que Luis trató de asesinarle.

Sin embargo, su noble corazon rechazaba la idea de que Maria fuese culpable.

—Tomad, dijo Juan entregándole una cartera y algunas monedas de oro.

—Guardad ese dinero, murmuró rechazando la mano con que el santo enfermero se lo ofrecia: guardadle que yo os daré cien veces una suma igual, y aun así os quedaré obligado. En cuanto á los papeles, si los habeis leido, sabreis por ellos que soy el marqués de Sandoval y que....

—Esos papeles no eran mios, y por consiguiente han sido sagrados para mí. Yo al recibiros no buscaba vuestra gerarquía, buscaba solo vuestra desgracia. Aquí señor marqués, añadió Juan sonriendo, solo encontrareis muchos mendigos, muchos infelices afligidos por la enfermedad, pero nada mas.

Sandoval tendió en torno suyo una mirada y preguntó con estrañeza:

—¿Pero donde estoy?

—En el hospital de enfermos pobres, creado por la caridad.

—¿Y vos quién sois?

—Juan el pecador, respondió él humildemente.

En aquel instante en la estancia en que se hallaban que era pequeña y retirada, escogida así por Juan para mayor descanso del herido, apareció una figura encantadora que hizo esclamar al compañero del marqués:

—Margarita, hija mia, ¿á qué vienes aquí?

—A buscaros, contestó sencillamente la niña dando algunos pasos para entrar, ya hace dos dias que no os he visto y tenia que deciros....

Un ademan de su protector hizo enmudecer á Margarita, pues efectivamente era ella, y al reparar que no estaban solos,

—¡Ah! murmuró mientras aparecian dos rosas en sus mejillas, y fijando en el marqués la tímida mirada de sus hermosos ojos: perdonad; yo creí.... como esta estancia no pertenece á la enfermería...

—Esta estancia puede ocuparla muy bien un doliente, sobre todo, cuando su mal necesita reposo y soledad porque...

—Yo os ruego...se apresuró á decir el marqués interrumpiendo á Juan, yo os ruego que no aflijais á esta niña con esa triste relacion; y luego añadió mas bajo, y os suplico tambien que á nadie digais donde y como me habeis hallado.

Cárlos queria ocultar á todos el crímen de que habia sido víctima, hasta saber cual era la mano que le habia herido.

La carta de María le habia sorprendido, le habia causado una profunda estrañeza, pues conocia la reserva de la jóven y su intachable modo de obrar: sin embargo, á fuer de caballero y de galan, no pensó por un instante en faltar á aquella cita donde ya sabemos lo que debia encontrar.

Todos estos recuerdos se agitaban en la mente de Sandoval, que en medio de ellos fijaba asombrado sus ojos en Margarita, cuya celestial belleza la asemejaba al ángel de la caridad descendido hasta allí para consolar los desgraciados.

La niña, sin poder comprender la causa, se sentia turbada y conmovida, y su corazon latia con violencia y sus ojos no osaban alzarse del suelo.

—Os dejo por un instante, dijo Juan dirigiéndose á Sandoval, el hermano Martin cuidará de que nada os falte. Dad gracias al cielo por vuestra mejoria, y esperad en Dios, hijo mio, cuyo poder no os abandonará.

Juan salió de la estancia, acompañado de Margarita que se despidió de Cárlos con una dulce mirada.

—¿Quién será esa niña? murmuró él; nada he visto tan virginal y tan puro como la espresion de su rostro. ¡Oh! debe ser un ángel.

Entre tanto, Margarita que marchaba acompañada de Juan pensativa y distraida, decia para sí, recordando la noble figura de Sandoval:

—¿Cuál será la desgracia que ha conducido á ese jóven á un asilo de caridad? Su aspecto es el de un hombre bien nacido. ¡Infeliz! ¿porqué estará ahí? si yo pudiera averiguar...

En aquel instante llegaban á la casa de María, á cuya puerta se detuvieron, sin ver á un hombre que les habia seguido á larga distancia, y que al verlos entrar allí, sonreia maliciosamente murmurando:

—¡Oh! el hermano Juan acompañado de una niña preciosa, penetrando en una casa ocultamente. Hé aquí por qué le he visto muchos dias caminar solo por estos sitios: sin duda no es esta la vez primera que viene con... ¡Oh! ahora yo sabré la verdad. Tengo ganas de desenmascarar á ese hombre, y creo que voy á conseguirlo.

LII.

Simon de Avila, que era el que habia seguido á Juan, se adelantó algunos pasos guiado de su curiosidad, y entró tras él, pues por una casualidad inesperada, la puerta habia quedado abierta.

Ya en otra ocasion le vimos poner en duda la santidad de aquel justo, y proponerse espiarle para hallar una sombra de culpa en cualquiera de sus actos.

Simon juzgaba que habia llegado el instante de cumplir su propósito, y su alma torturada por la envidia, se agitaba con un maligno placer.

Ya se juzgaba dueño de los secretos de aquel hombre, ya le parecia que con una palabra podia destruir la fama de virtud tan justamente adquirida: ya creia que le era dado convertir la admiracion en mofa, las bendiciones en escarnio, y todo esto llenaba su corazon de un innoble gozo: el gozo de la envidia, humillando y abatiendo todo lo que no puede ni imitar ni comprender.

Con semejantes propósitos cruzó aquel jóven imprudente el portal de aquella casa, y subió las escaleras desiertas á la sazon.

Simon admirado de aquella soledad se detuvo un instante á escuchar si percibia algun ligero rumor.

Nada oia, y sin saber por qué una especie de temor empezó á agitar su espíritu, sustituyendo á la admiracion que en un principio habia esperimentado.

—¿Dónde estará? se preguntó muy bajo; ¿qué significa este silencio?

Y dió algunos pasos mas, aunque poseido de una vaga inquietud.

Pero bien pronto en su rostro se pintó un asombro y un terror indescriptible, porque al alzar la vista un momento, vió sobre la pared, escritos de una manera clara, precisa, terminante, no solo sus propios pensamientos, sino las culpas de su vida, las manchas que afeaban su alma, y las mismas ideas que en aquel instante cruzaban por su agitada mente.

A la vista de semejante hecho, los cabellos del jóven se erizaron sobre su frente, un sudor frio inundó todo su cuerpo, y sus trémulos lábios quisieron balbucear algunas frases que su lengua se negaba á articular.

Y donde quiera que dirigia sus ojos, y donde quiera que fijaba la vista, seguian estremeciéndole aquellas palabras grabadas en todo el muro, é iluminadas con una luz fosfórica y deslumbradora.

En medio de su espanto, Simon quiso evocar el recuerdo de algunas oraciones que le habia enseñado su madre, y que habia olvidado por completo en la disipacion de su borrascosa vida.

Probó á orar, pero su mente ofuscada por el miedo, ni hallaba un recuerdo ni formulaba un pensamiento.

Entonces, conociendo que la mano de Dios le castigaba por haber dudado de la virtud de Juan y por su deseo de disfamarle, quiso huir de aquel sitio antes de que apareciera á su vista y sorprendiese acaso sus intentos.

Volvió sus pasos hacia la puerta para salir, pero al hacerlo, se le figuró ver en el espacio una espada de fuego suspendida sobre su cabeza que amenazaba destruirle.

Simon dió un grito, y no pudiendo resistir este espectáculo á que su imaginacion aterrada prestaba acaso vida y color, cayó al suelo sin conocimiento y murmurando frases inarticuladas.

III.

El jóven volvió en sí, merced á los socorros que le prestaba una mano bienhechora y compasiva.

Aquella mano, escusado es decirlo, era la de Juan.

Al salir, despues de haber consolado á María, á la desgraciada viuda de Luciano con sus cariñosas palabras llenas de uncion, de suavidad y de esperanzas, y con los dones de su caridad, habia hallado á Simon tendido en tierra, sin sentido y sin vida al parecer.

El compasivo protector de los pobres no se sorprendió ni se paró á examinar las causas que habian obligado á aquel jóven á penetrar en aquella morada furtivamente, y aprovechándose de una casualidad ó de un descuido involuntario.

Al verle en aquel estado solo pensó en auxiliarle y en prestarle los cuidados que su situacion requeria. Hizo la señal de la cruz sobre su pálida frente, y le consagró cuantos auxilios le fueron dados.

En fuerza de estos, Simon abrió los ojos, y su corazon paralizado un instante volvió á latir de nuevo.

Al ver á Juan junto á sí, su primer movimiento fué intentar ponerse de rodillas, y su primera frase fué la de:

—¡Perdon!

—¿Qué quereis decir? preguntó Juan admirado.

—Que soy culpable para con vos, que....

—Callad, callad ahora y tranquilizaos. Es lo que necesitais.

—Pero....

—Es forzoso que guardeis silencio: el accidente que os ha hecho caer en tierra apenas ha pasado aun, y no podeis teneros en pié.

—Si; si puedo: pero ante vos no es de pié, es de rodillas como debo estar.

—¡Hermano mio.....!

—Si, de rodillas, hasta que me concedais vuestro perdon.

—Solo ante Dios debemos postrarnos, hijo mio, dijo Juan con dulce y solemne voz: solo ante Dios, ¿lo oís? pero no ante una criatura frágil y miserable: no ante un gran pecador como soy yo.

La confusion de Simon creció ante estas palabras, y avergonzado y arrepentido mas y mas, sintió que una lágrima rodaba por sus mejillas, y que la emocion le impedia hablar apesar de sus esfuerzos en aquel momento.

—Puesto que de nada sirven mis consejos, esclamó Juan, venid conmigo, subid donde yo pueda hacer algo para que os repongais por completo de esa agitacion que os domina.

—¡Subir! murmuró aterrado Simon, ¿y con qué derecho? ¿sé yo acaso quien habita en esa casa siquiera?

—No importa. Su dueña es buena y compasiva y no dudeis que nada os faltará de cuanto necesitais.

El jóven obedeció subyugado por el acento de Juan, y ambos penetraron en la estancia donde María y Margarita permanecian aun, acompañadas solo de la pequeña Luisa.

El noble y triste aspecto de María, el aire candoroso de Margarita, que con la tierna niña en los brazos y colocadas ambas ante una imágen de la Vírgen, parecia reflejar en su semblante algo de divino y puro, impresionaron de tal modo á Simon, que se sintió

avergonzado y confuso ante tanta castidad y tal aspecto de virtud.

Dominado por un sentimiento nuevo para él, y sintiendo penetrar en su alma el arrepentimiento, con fuerza mayor que antes habia imperado en ella el pecado y el vicio, confesó todo su error y el culpable objeto que le habia llevado hasta allí.

Pidió mil veces perdon á Juan, asegurándole que en adelante jamás se alejaria de su lado y que seguiria sus huellas en el camino del bien, con el mismo afan conque hasta allí habia seguido la senda del mal.

Aun no habia este tenido tiempo de responder á sus palabras, cuando á lo lejos se dejó percibir el eco de una campana con un sonido lúgubre y aterrador: á aquella lengua de metal respondieron bien pronto otras ciento, que en son vibrante y poderoso anunciaban á los habitantes de la ciudad que un rápido incendio acababa de estallar, reclamando los auxilios y la pronta ayuda de todos.

Juan quedó suspenso un instante: la idea de que el fuego podia amenazar la vida de algun desgraciado acudió á su mente y le hizo estremecer de horror.

—¿Donde vais? le preguntó Margarita viéndole disponerse á partir.

—No lo sé, hija mia, no lo sé aun.

—¿Cómo?

—Voy donde me llama la desgracia por medio de la voz de esa campana.

—¡Ah!

—Tal vez pueda salvar la vida de algun hermano mio y no debo detenerme.

—Pero vais á esponeros, murmuró la niña que amaba á Juan como á su mismo padre.

—¿Y qué es mi vida comparada con el peligro de los demás?

—Yo os seguiré, dijo Simon resueltamente: yo os seguiré, porque desde ahora juro solemnemente consagrarme á secundar vuestra mision.

Juan le miró un momento con indecision: le abrió los brazos y esclamó con alegria:

—Ven, pues, hermano mio, y pues la llama de la caridad arde en tu pecho, ella sola purificará tu vida de sus pasados delitos.

Y los dos se precipitaron á la calle sin saber aun la direccion que debian tomar.

LIV.

Cuando llegaron á los sitios mas frecuentrados de la ciudad, vieron que las gentes corrian en todas direcciones, notándose doquiera una consternacion terrible y una angustia dolorosa.

—¿Qué significará esto? dijo Juan á su compañero: ¿qué edificio será presa de las llamas que así causa la afliccion general?

Poco duró su incertidumbre, pues siguiendo la multitud, cruzaron algunas calles, y al desembocar en una de las plazas mas públicas oyeron algunas voces que gritaban para dar prisa á los demás:

—Pronto, pronto: que el hospital de dementes arde, que perecen los infelices locos.

—¡El hospital de dementes! esclamó Juan con espanto. ¡Oh! hijo mio, hijo mio, los desgraciados ni conocerán quizá el peligro, ni sabrán librarse de él.

Y llena el alma de dolor doblaron el paso con direccion á aquel asilo del infortunio.

Algunos instantes despues, una esclamacion de asombro se escapaba de sus lábios ante el horrible espectáculo que se ofrecia á sus ojos.

Una nube de humo denso y sofocante se elevaba en el espacio sirviendo de fatídico penacho al gigante de fuego que con asoladora furia destruia un edificio extenso y magnífico, de cuyo interior partian espantosos gritos y voces mezcladas, que revelaban el terror y la locura.

Centenares de miradas contemplaban el espantoso desastre sin atreverse á socorrer á los que en peligro se hallaban, pues todos los corazones y todos los brazos estaban paralizados por el miedo.

Unos alentaban á los otros para entrar y sacar los pobres locos: otros opinaban los medios de cortar el incendio que habia empezado por las cocinas, y ya rodeaba casi todo el edificio: otros demostraban la utilidad de que se derribase rápidamente la parte incendiada, sofocando así el mal, aunque con considerables destrozos.

De todas partes salian esclamaciones, votos, ayes, juramentos: pero nadie se movia, nadie ponia en práctica aquellos distintos proyectos, haciendo que siguiese la accion á la palabra.

Así hubieran permanecido acaso mucho tiempo: el suficiente tal vez para que el mal no hubiera tenido remedio, si Juan, el enviado de Dios, el padre de los pobres, el amigo de los enfermos, la providencia de los desgraciados, el que siempre estaba dispuesto á sacrificar su vida para remediar el mal ageno, no hubiese aparecido repentinamente, y mas veloz que el pensamiento no se hubiera lanzado en medio de las llamas arriesgando su existencia por librar la de sus hermanos.

Una esclamacion unánime saludó la aparicion de Juan y su accion inspirada é imprevista.

—¡Va á perecer en esa hoguera! gritaban por todas partes: va á perecer sin remedio.

—Detenedle.

—Ayudadle, repetian entre la multitud.

Su caridad mas ardiente que el incendio que le cercaba, dominaba todos los obstáculos, vencia todas las dificultades y le impul-

saba adónde el peligro era mayor y adónde amenazaba mas de cerca.

La multitud que le habia visto penetrar entre aquel torbellino de llamas, le vió aparecer bien pronto trayendo sobre su espalda un anciano, y agarrada por el brazo una mujer medio desmayada.

En el rostro de aquellos infelices se veia pintado el espanto y la locura con toda su horrible expresion.

Juan caminaba con una serenidad pasmosa: parecia que por doquiera que él iba, las llamas se apartaban con respeto dejándole libre el paso.

Al desvanecerse un instante el denso humo que le habia envuelto, al distinguirse con alguna claridad á la luz del incendio aquellas tres figuras distintas, un grito agudo y penetrante salió de entre la multitud, y una niña que habia desembocado en la estensa plaza del Triunfo un minuto antes, se abrió paso con desesperacion gritando sin cesar:

—¡Mi madre! ¡mi madre!

Juan se detuvo, pareció vacilar al eco de aquel acento, y despues esclamó á su vez:

—Miquela, hija mia, ven: pronto, pronto.

La sobrina del padre Alvarez, pues era ella, con el cabello en desórden y el vestido desgarrado, hizo un nuevo esfuerzo, y fué á caer casi á los piés de la mujer que Juan conducia, en la cual habia reconocido á su madre.

—Socórrela tú, que alguien te ayude á prestar á esa desgraciada los primeros auxilios: yo no me puedo detener. Hay muchos infelices que peligran aun.

—Pero Dios mio; vais á perecer.

—Y ¿qué importa mi vida si puedo salvar á alguno? no me detengo: ahí queda tambien ese pobre anciano. Cuidad, cuidad de él entre todos: y viendo á Simon de Avila que le habia seguido y que le miraba atónito: entrégate de este anciano, dijo, y empieza á cumplir con él la mision que te has propuesto.

Y ligero como el rayo volvió á encaminarse á las puertas del hospital por donde subian ya densas y compactas nubes de humo.

Entre tanto el padre Alvarez y su anciana madre llegaban trémulos y agitados á aquel sitio.

A las primeras noticias del desastre, ambos acompañados de Miquela habian salido de su casa dirigiéndose apresurados al lugar donde se hallaba la desgraciada esposa de Garci Ibañez.

La niña les habia adelantado con la agilidad de los pocos años, y habia llegado á tiempo de ver á su madre cuando Juan la sacaba de entre las llamas.

Guiados por la muchedumbre que se agrupaba en torno, se acercaron á Miquela que besaba con delirio el pálido rostro de su madre, sin que sus lágrimas ni sus caricias hubieran conseguido reanimarla aun.

Algunas mujeres llevadas de un impulso de caridad procuraban tranquilizar al pobre anciano qne Simon tenia en sus brazos, y que en su locura, dirigia en derredor miradas atónitas y estraviadas.

—Madre, madre de mi alma, decia Miquela desecha en llanto, ¿se irá á morir ahora que está á mi lado, ahora que las barras de su encierro no se interponen entre los dos?

—Dios mio, murmuraba la pobre anciana, Dios mio, tenëd piedad de las dos.

El padre Alvarez con los ojos clavados en la pobre loca y en la niña, á las cuales amaba mas cuanto mayor era su infortunio, dirigia al cielo una plegaria desde lo mas recóndito de su alma, por ellas y por las víctimas que amenazaba hacer aun el devastador incendio.

Entre tanto Juan habia salido dos ó tres veces de nuevo, siemdre conduciendo en sus brazos algun demente, siempre arrebatando muchas víctimas á la muerte.

La multitud recibia su aparicion con entusiastas aclamaciones.

Juan nada oia, de nada se ocupaba.

Su único anhelo era librar á todos los que se hallaban bajo aquel techo que amenazaba desplomarse.

Al paso que cargaba á un enfermo sobre sus hombros, arrojaba

con mano rápida por las ventanas, ropas, camas, muebles, y cuanto podia dar pábulo al devorador elemento.

Su ánimo tranquilo, su serenidad admirable le hacian pensar en todo.

Los ángeles del cielo, enamorados de aquella inagotable caridad, sin duda descendieron de la celeste altura y caminando á su lado, le cubrian con sus blancas alas, librándole milagrosamente de toda lesion, de todo daño.

Solo un hombre animado de su ejemplo le siguió por algun tiempo. Llamábase Alonso Maldonado: pero aterrado siu duda á los pocos instantes del peligro que le cercaba, huyó de aquellos sitios que sin cesar le ofrecian la destruccion y la muerte.

Tal vez Dios queria probar que solo Él, que domina los mares y enfrena las tempestades, puede dar fuerzas al hombre para vencer los elementos, y que en aquella ocasion se necesitaba su intervencion divina para lograrlo, valiéndose para ello de la mano de Juan, cuyas acciones y cuya virtud eran enteramente sobrenaturales.

Cuando ya ninguna vida quedaba que salvar, cuando todos los enfermos se hallaban lejos de las llamas, Juan redoblando sus esfuerzos y con una agilidad increible, tomando un hacha en sus manos, se dispuso á derribar algunos tabiques para cortar el incendio.

Así lo hizo, sin temor ni vacilacion alguna: subió á los sitios mas altos, trabajó con ardor increible, no temió, no vaciló ante nada.

Todos le miraban con asombro, y hubo un instante en que temieron perderle.

La caida de un muro, junto al cual se encontraba, le cubrió de escombros y de maderas encendidas, quedando envuelto enteramente entre un torbellino de llamas.

La multitud lanzó un grito unánime y aterrador, y de todos los lábios brotaron ayes, y lágrimas de todos los ojos.

—¡Le vamos á perder! decian los enfermos que miraban en él su consuelo.

—¡Nos vamos á quedar sin nuestro padre! esclamaban los pobres de quienes él era la providencia.

—El santo, el santo va á sucumbir.

Mas Juan apareció de nuevo, y los gritos de:

—¡Allí está, Dios le guarda, es uno de sus ángeles!

Resonaron con fuerza, en el mismo sitio donde Dios habia permitido que llamáran loco á aquel justo en época no muy distante.

Por fin, y cediendo á la voluntad divina que se valia del brazo de Juan para sofocarle, el aterrador elemento cedió en su furia, y pudieron elevarse al cielo las gracias, pues el peligro habia cesado.

Juan con su santa modestia y con su sencilla humildad, rehusaba los elogios que se le tributaban y la admiracion que su conducta habia inspirado, dedicándose solo, en union de Avila, que no le habia perdido de vista, á cuidar de los dementes, á consolar y tranquilizar los que aun se hallaban afligidos, y á dirigir á Dios una ferviente accion de gracias por el amparo que le habia dispensado.

Si alguna duda podia quedar á Simon de la santidad, de la virtud y de la caridad de Juan, sin duda en aquella ocasion se destruyó enteramente, y los sucesos que presenció acabaron de llevar á cabo su sincera y verdadera conversion.

El Señor concedió á Juan que le viese arrepentido de sus culpas y olvidado de sus estravios, seguir con ardor sus huellas, á imitacion del venerable Anton Martin y del justo Pedro Velasco.

Juan, cuyo principal deseo y objeto era dar á los enfermos la medicina y la salud, conseguia aun mas de la bondad divina; lograba con su ejemplo curar las almas y librarlas por completo de la triste enfermedad de la culpa y del pecado.

Si nos fuera dable penetrar en los ocultos secretos que Dios solo puede saber, comprenderíamos acaso que Juan con su ardiente caridad, con su perseverancia y con su fe, curó mas vicios que enfermedades, extinguió mas faltas que dolencias, salvó en fin mas almas que vidas, á pesar de estar dedicado tantos años al alivio de los dolientes.

LV.

Entre tanto el padre Alvarez habia conducido á su hermana desmayada aun, á su modesta casa, y unido á su madre y á Miquela, esperaban el resultado de aquel accidente que podia muy bien terminar con la muerte.

El rostro de aquella mujer marchito y desfigurado parecia de marmol; tal era su palidez y su inmobilidad.

Diríase que estaba reposando en brazos de Dios de los dolores que habian combatido su pobre corazon, á no ser por el aliento imperceptible que se escapaba de sus lábios.

Lola tambien estaba á su lado guardando un silencio sombrio, y meditando en el fondo de su alma las consecuencias y los desastres que el vicio lleva en pos de sí.

—Es preciso buscar un médico, murmuró la anciana: es preciso procurar que vuelva en sí; si este accidente se prolonga, su vida corre peligro, y aunque loca y desgraciada, es mi hija, mi amada hija y yo quiero que viva, que viva.

El padre Alvarez hizo una seña á la niña y ambos salieron de la estancia.

—Ve, hija mia, la dijo: ve tú en busca del doctor: yo no puedo separarme de tu infeliz madre: pudiera volver de su desmayo y necesitar de mí.

Miquela rápida como un relámpago se alejó de su tio murmurando con agitada voz:

—Sí, sí; yo iré: ¡oh! Dios haga que mi madre se salve.

Poco despues el médico se hallaba junto á la enferma, y despues de informarse de su estado y de la causa que habia producido su accidente, movió la cabeza en señal de duda, y dispuso algunos medicamentos, diciendo al salir de allí al padre Alvarez:

—Acaso dentro de poco y merced á esos reactivos vuestra hermana volverá en sí: la naturaleza tiene recursos poderosos y crisis violentas que solo Dios puede producir ó evitar. ¡Nosotros, pobres hijos de una ciencia incompleta, podemos guiar la barca del náufrago, y tenderle una mano, pero no podemos alejar la tempestad! ¡procurad mucha quietud á la enferma, estad á su lado sin apartaros un punto de ella; al despertar de ese letargo puede recobrar la razon, pero puede tambien perder la vida!

El sacerdote se estremeció, pero inclinó la cabeza y elevó á Dios una plegaria, depositando en sus manos la suerte de aquella á quien tanto amaba. Espíritu creyente y católico, se resignaba confiado en la voluntad de Dios.

Nada dijo á su madre por no aumentar su inquietud, pero hubiera dado la mitad de su vida por alejarla de aquel sitio, y librarla de presenciar la escena que podia ocurrir.

Lola y Miquela se afanaban por cumplir las órdenes del médico y por animar á la pobre anciana que esperaba con ansiedad el primer suspiro de su hija.

Esta empezaba á dar algunas señales de vida y el sacerdote rogaba al cielo que le prestase su ayuda en aquel momento.

Dios sin duda le oyó y quiso embiarle un socorro, pues se oyó un leve golpe en la puerta y una voz que decia desde fuera:

—¡Abrid, abrid, soy yo!

—¡Juan! esclamaron todos con alegria y esperanza.

—La providencia le envia, ¡oh! no podia llegar mas á tiempo, murmuró suspirando el padre Alvarez.

Juan, pues efectivamente era él, penetró en la habitacion con los vestidos en desórden y ostentando en su persona las señales del pasado peligro: sin embargo, su rostro no demostraba fatiga ni cansancio alguno, y sus lábios sonreian con su dulzura y su bondad habitual.

—Al fin he logrado que pierdan mi huella, dijo al entrar con voz satisfecha, si no entro en esta casa de seguro me siguen con sus aclamaciones hasta la mia, y Dios sabe cuando hubiera podido sustraerme á sus muestras de gratitud.

Mas notando entonces la fisonomia triste y apesarada del padre Alvarez:

—¿Qué es esto, dijo, qué sucede aquí?

El sacerdote mostró con un ademan el grupo que formaban las tres mujeres rodeando á la infeliz demente y murmuró muy bajo, casi al oido de Juan:

—Ella está en un instante de peligro terrible.

—¡Cómo!

—Aun no ha recobrado el sentido desde que....

—Sí, desde que yo la saqué de entre el fuego, cuando estaba próxima á perecer. La infeliz se hallaba envuelta entre las llamas y corria dando gritos sin saber adónde dirigirse. Su aspecto inspiraba en verdad compasion, pues todo en ella rebelaba el espanto y el terror.

—¡Pobre hermana mia!

—Yo la tomé de la mano y la indiqué que me siguiese pero la fué imposible, pues al escuchar el estruendo de algunas puertas que caian al suelo, al ver el piso que temblaba bajo nuestros piés, perdió el sentido enteramente.

—¡Ah!

—Entonces yo la tomé en mis brazos y la saqué fuera pensando confiarla al primero que se presentase, pero tuve la suerte de ha-

llar á Miquela y ella se encargó de su madre mientras yo volaba en socorro de los demás.

—Acudíamos todos allí á las primeras noticias del peligro en que estaban los infelices dementes.

—Gracias al cielo qne pasó, sobre todo cuando ninguno ha perecido.

—¡Oh! ¡Juan! cuanto os deben los desgraciados; tambien esta vez vos sois el que la ha salvado!

—Yo, no: la bondad de Dios tan solo.

—Pero vos os habeis expuesto, habeis arriesgado vuestra existencia y hecho sobrenaturales esfuerzos para ello.

—Nada recuerdo en este instante, porque en nada pensaba entonces: nada veia en derredor de mi sino aquellos infelices expuestos á la muerte que me tendian sus manos suplicantes. Ellos solo absorvian entonces mi atencion dándome una agilidad y un esfuerzo extraordinario. Despues... despues nada: la multitud que se agrupaba en torno mio y que me llama su salvador, á mi que soy un miserable pecador, á mi que soy no mas que un poco de barro animado. Sentí vergüenza de aquellas demostraciones que no merecia; quise sustraerme á ellas y procuré alejarme á buen paso, cruzando á la ventura alguna calles que me condujeron aqui. Pero olvidemos esto, y pensemos solo en vos y en vuestra pobre hermana. ¡Decíais.....

—Que se halla en grave riesgo: que al despertar de ese letargo puede recobrar la razon, pero puede tambien morir.

—Dios hará que se salve: confiad en su bondad.

—¡Oh! si.

—Yo creo que al abrir los ojos no debe ver en torno nada que le cause emocion, nada que le recuerde su desgracia.

—Teneis razon.

—¿Quereis pues dejarme á su lado? ¿tendreis confianza en mi?

—Entera y completa.

—Entonces retiraos con vuestra madre y esa niña á la pieza inmediata.

—¡Y qué haremos mientras vos?.....

—¿Qué hareis? pedid á la misericordia divina por esa desventurada. ¡Dios es el bálsamo universal, la medicina de los dolores de nuestro cuerpo y de las penas de nuestra alma! si en su mano está el remedio de ellas, ¿á quién sino á él iremos á demandarle?

El sacerdote elevó los ojos al cielo conmovido por las palabras de Juan, y tomando á la anciana de la mano, la separó del lecho diciendo:

—Venid, venid madre mia.

—¡Cómo!

—Juan está con ella y nuestras súplicas y nuestra fe la salvarán.

LVI.

Juan de Dios habia quedado solo con la enferma.

Su alma compasiva elevó á Dios una plegaria por aquella mujer sin ventura.

Y Dios le escuchó porque los ruegos de los justos hallan gracia ante el que dijo: «pedid y alcanzareis.»

La infeliz loca abrió los ojos, pero en ellos no se notaba la expresion del estravio y de la demencia, solo se pintaba un asombro infinito.

Acaso en aquel instante no recordaba el pasado: acaso era para ella estraño y nuevo cuanto pasaba á su alrededor.

Sus lábios se agitaron dando paso á un suspiro en que se exhalaba la amagura y la opresion de su pecho.

Despues sus ojos se fijaron en el rostro de Juan, en aquel rostro en que estaban retratadas la bondad del corazon y la santidad del alma.

El la dirigió algunas palabras dulces y llenas de consuelo, la

habló de lo pasagero del dolor en este mundo de un dia y de los eternos goces que Dios ofrece en su morada á los que en este mundo sufren y se resignan.

Y al paso que sus palabras caian en el corazon de aquella mujer combatida por la desgracia, sus ideas de esta se aclaraban, se endulzaban sus amarguras, recordaba su pasado con menos horror, y bendecia en fin sus penas adorando la mano que se las habia ofrecido, y mirándolas como la penosa escala por donde habia de llegar al cielo.

La madre de Miquela habia recobrado la razon y el conocimiento exacto de su situacion: habia recobrado la memoria y con ella el recuerdo de su infortunio, pero este recuerdo iluminado por la luz de la fe, perfumado con el aroma de la esperanza, habia perdido su horror y la desesperada amargura que antes llevara tras sí.

Y aquella infeliz ofreció á Dios sus penas y halló un gozo celestial al tener una lágrima que hechar en la balanza de la divina justicia.

Era tan elocuente el acento de Juan, tan ardiente su caridad, tan segura su esperanza, que sus palabras habian efectuado aquel milagroso cambio sin esfuerzo alguno y sin que él apenas notase el efecto que producia.

Su profunda humildad dejaba siempre á Dios la gloria y el valor de sus acciones.

Cuando estuvo cierto de que la pobre Francisca nada tenia que temer, la preguntó que si se sentia con fuerzas para ver á su hermano.

—Si, dijo ella con voz sosegada, y tambien á mi hija, la tierna Miquela: ¡pobre hija mia de mi alma!

Juan salió de la estancia radiante de alegria; se sentia feliz y satisfecho, pues iba á llenar de gozo el corazon de su amigo.

—Vamos, venid, esclamó dirigiéndose al venerable sacerdote: venid, vuestra hermana desea abrazaros, y aseguraros por sí misma que se halla bien y tranquila.

—¡Dios mio! ¿será posible?

—¿No os habia dicho el médico que la impresion producida por

el terror y el peligro en que se ha visto daria lugar á una crisis?

—Si, si.

—Pues bien, así ha sido; pero por un milagro de la divina misericordia, esa crisis ha sido favorable, y vuestra hermana está, no solo salvada, sino habiendo recobrado la razon.

—¡Oh! bien decia yo, que el haber venido vos era presagio de felicidad y de bien, esclamó Miquela besando con efusion la mano del amigo de los pobres.

—No, hija mia, no digas eso; piensa mas en la bondad de Aquel que todo lo ordena en nuestro beneficio; piensa que su piedad es tan inmensa, que sabe envolver el bien en aquello mismo que nosotros llamamos una gran desgracia.

—¡Oh! acatemos sus ocultos arcanos, y los medios de que se vale para remediar nuestros males.

—Si, si, mas Francisca aguarda, venid; y tu tambien hija mia, tambien quiere verte á ti.

Todos se dirigieron á la alcoba de la enferma menos Lola, que se creyó estraña á aquella escena de familia, y no se atrevió á turbarla con su presencia.

La jóven se quedó sola murmurando con amargura:

—Todas las desventuras tienen un término, todos los males un lenitivo, pero para mí no hay esperanza; siempre sola, siempre sin familia; ¡ay! es que yo llené de amargura la mia, es que mi desgracia es obra de mis culpas, es justo castigo de mi error. ¡Los malos hijos no podrán ser felices en este mundo, y solo el arrepentimiento y el llanto podrán abrirles las puerta del cielo.

Lola inclinó la cabeza y lloró con desconsuelo.

Nadie al mirar aquella jóven tan bella y tan afligida, tan modesta y tan humilde, hubiera reconocido en ella á la hermosa cortesana que pocos dias antes servia de escándalo en la ciudad, con su desenvoltura y con su lujo.

Su conversion habia sido completa.

Juan podia estar satisfecho, pues aquella oveja descarriada, que guiada por él habia vuelto á los piés del pastor divino, no se aleja-

ria ya jamás de ellos, ni volveria á perderse en los senderos del pecado.

—¡Oh! dijo Lola, necesito hablar con ese hombre extraordinario, que con una palabra abrió mis ojos á la luz, y lleva donde quiera la paz y el consuelo; necesito confiarle mis penas y darle parte en mis proyectos; necesito oir de su boca si seré digna de ser sierva de Jesus; necesito que él me diga lo que debo hacer para poder alcanzar la ventura en otro mundo mejor, ya que aquí he sido tan desgraciada, ya que aquí ni puedo ni debo abrigar ninguna esperanza.

Y la jóven aguardó, resuelta á pedir á Juan una entrevista, tan luego como pudiera hablarle un solo instante.

LVII

Francisca recibió á los suyos con el corazon resignado y el semblante tranquilo.

Besó la mano de su madre, y estrechó con efusion á su hija en sus brazos.

Miquela reia y lloraba todo á la vez, sin dejar de decir con una alegria indescriptible:

—Mi madre me conoce ya, me llama su hija querida, ¡oh! gracias, gracias Dios mio.

La pobre enferma veia á aquella niña como el que despues de un largo viaje estrecha contra su corazon á las prendas de su cariño.

El gozo de Miquela se trasmitia á su alma, y daba gracias al cielo porque en medio de su desgracia le habia dejado el amor de su hija.

—Vos sois nuestro ángel, murmuraba la anciana dirigiéndose á Juan: cuando vos apareceis en esta casa siempre viene en pos el consuelo y la felicidad.

—Es nuestra providencia, esclamó el padre Alvarez señalando á Juan; y dirigiéndose á su hermana le contó en pocas palabras cuanto debia á aquel justo.

—Por donde quiera que va lleva el bien, añadió Miquela.

—Calla, hija mia; respondió Juan fatigado de aquellas alabanzas; calla.

—¡Oh! ¡no! y si no bastan mis palabras, preguntad á Lola y ella dirá.....

—Nos hemos olvidado de esa pobre jóven, dijo el sacerdote: hemos sido egoistas en medio de nuestra dicha.

—Tienes razon, hijo mio, añadió la anciana; y puesto que ella forma parte de la familia, debe tambien participar de los goces que Dios nos ofrece: ve y dile que puede entrar Miquela.

Un instante despues la antigua cortesana penetraba en la estancia con aire triste y desconcertado.

Francisca estrechó su mano y recibió su felicitacion como la de una hermana; ¿qué estraño era esto si Miquela y la jóven se amaban con un afecto entrañable?

—Es preciso que reposes, hija mia, dijo la anciana; tu razon se halla débil y no debemos abusar.

—No, no; se apresuró á responder Francisca. Dios no concede los favores á medias, y mi restablecimiento es sin duda un favor de Dios. Por eso desde este instante hago un voto solemne.

—¿Y cual? se apresuraron todos á preguntar.

—Ofrecerle mi vida, en muestra de mi gratitud.

—¿Cómo?

—Sí: yo he perdido al compañero que Dios me dió.....

—¡Hija! esclamó la anciana viendo que Francisca vacilaba.

—Todo lo recuerdo muy bien, madre mia; se que Ibañez ha muerto; y por eso quiero.....

—Olvida tales sucesos ahora: piensa tan solo en nosotros.

—¡Oh! ¡no! yo ofrecí consagrarle mi existencia y debo cumplirlo.

—Pero.....

—Si no puedo ya hacer su felicidad en este mundo, rogaré á

Dios por su bien en el otro, y pasaré el resto de mis dias al pié del altar, ofreciendo esta vida inútil en expiacion de sus errores.

—¿Qué dices?

—La verdad: esto juzgo que es mi deber, y sabré cumplirlo.

—Pero hija...!

—¡Hermana mia!

—No, no trateis de disuadirme de ello; lo he resuelto y así lo haré: un convento me dará asilo desde hoy en adelante.

—¡Ella tambien! pensó Lola: ¡ella tambien anhela dejar el mundo!

—En la soledad del claustro, dijo Francisca, se purifica el alma, y el espíritu se eleva á Dios libre y ageno de toda idea, de todo pensamiento mundano: alli se olvida el pasado, y solo se vive para el presente, solo se anhela el porvenir.

La voz de Francisca, inspirada y dulce, penetraba en los corazones de cuantos la oian en aquel momento, y principalmente en el de Lola que veia en ella sus esperanzas y su anhelo.

—Pero eso es imposible, hija mia; dijo la madre de Francisca; apenas he concebido la ilusion de volverte á tener á mi lado quieres abandonarme de nuevo: ¿y quien cuidará de mi entonces, quién sostendrá mi ancianidad?

—Mi hija: ella ocupará mi lugar de otros dias, ella me reemplazará.

—No, no: yo no quiero separarme de tí, insistió la anciana de nuevo, yo no te dejaré que te alejes.

—Y no vé V. madre mia que seria muy desgraciada de otro modo: no vé V. que hay heridas que nada en la vida puede curar? ¿no vé V. que ha sido tal mi desgracia que solo en la religion puedo hallar un puerto seguro? déjeme V. que me acoja á ella, si no quiere verme de nuevo enloquecer ó morir.

Habia tal dolor en el acento de aquella mujer, que su madre nada se atrevió á replicar ya.

Por otra parte, en aquella familia tan buena tan virtuosa, disiparia bien pronto el dolor de la separacion la idea de que uno de sus individuos iba á consagrarse á Dios.

Juan, que todo lo habia oido, no podia menos de aprobar aquella resolucion tan conforme con sus pensamientos y con las aspiraciones de su alma.

Hallar doquiera almas que se ofreciesen al Señor, lábios que solo se ocupasen en alabarle, corazones que de contínuo le bendijeran, era su ambicion, su aspiracion mas fervorosa.

Animó pues á Francisca con algunas elocuentes palabras, y se dispuso á abandonar aquella casa, donde en su opinion no le necesitaban ya.

Al dirigirse á la puerta, sintió que una mano sujetaba su hábito, y que una voz recatada decia á su oido:

—Quisiera hablar con vos, hermano mio, quisiera hablar con vos algunos instantes.

—¿Ahora?

—Cuando gusteis.

—Entonces. hija mia; ya te escucho.

—Aquí no es posible, porque solo vos debeis saber lo que quiero deciros.

—¡Ah!

—Me juzgarian ingrata si supieran que pienso dejarlos.

—¿Pero estás tan mal por ventura en esta casa? ¿acaso te es ya enojosa la pobreza que aquí te rodea?

Lola alzó sus hermosos ojos y los fijó en Juan con una expresion de pena infinita.

—¡Oh! no es eso murmuró, no me habeis comprendido, si dudais por un momento de mí.

—Entonces.....

—Quiero pediros consejo.

—Pues bien, ve á verme á mi casa: ya sabes donde moro.

—¿Y querrán dejarme llegar hasta vos?

—¡Allí hija mia, tienen todos cabida. Los enfermos y los pobres, los necesitados y los afligidos: ve, ve y pregunta por Juan el pecador, que de todos es bien conocido.

—¡Mas sino estuviéseis allí!

—¡Es cierto! Desde que el buen hermano Anton Martin está

conmigo, los pobres de la casa me necesitan menos y acudo mas á los de fuera, contestó él sonriéndose con bondad, pero ve por la mañana antes del toque del Ave María ó esta noche antes de la oracion.

Lola inclinó la cabeza en señal de asentimiento, y besando una punta del hábito de Juan, le dejó pasar murmurando tristemente:

—Dios mio, haced que acceda á mi proyecto y dignaos recibir el sacrificio de mi vida en expiacion de mi vida pasada.

LVIII

Nosotros seguiremos al héroe de nuestra historia, puesto que su vida es la que nos hemos propuesto narrar, aunque ligada con otros acontecimientos, de un interés secundario.

Cuando salió de la casa del padre Alvarez el bondadoso Juan de Dios, iba satisfecho y lleno de alegria.

En su semblante dulce y bondadoso se notaba, además de la expresion benévola y afable que le era peculiar, un santo gozo, un placer celestial pues en aquel dia mas que en otro alguno habia podido ser útil á sus semejantes, objeto que era el móvil de todas sus acciones y el afan constante de todos sus deseos.

—Pobre padre Alvarez, se decia: que feliz es en este momento. Dios ha recompensado su virtud y su fé. ¡Dios! que nombre tan dulce para el que dedica al Santo de los Santos todos los afectos de su alma. ¡Oh! dichoso el que trabaja siempre por su gloria, dichoso el que solo aspira á ser agradable á sus ojos! !quién pudiera ser justo, quién pudiera consagrarse para siempre al bien!

En su humildad aquel alma pura ansiaba la perfeccion, no pen-

sando en que el Señor le habia dotado de todas las virtudes y todos los dones del cielo!

¿Quién como él se consagró con mas amor al bien y á la oracion? ¿quién fué tan amante, quién tan caritativo?

Los que mortifican su cuerpo, los que doman sus pasiones, los que pasan dia y noche entregados á la contemplacion y á las vigilias, á los silicios y al ayuno; son justos, son santos, son virtuosos, pero su santidad, su penitencia y su virtud, redunda solo en bien de su alma, mientras los afanes, los trabajos y los desvelos de Juan eran motivo de gloria para él, pero de bien y alivio para sus hermanos: de estímulo para los ricos, de beneficio para los pobres, y de remedio y consuelo y edificacion para todos.

Los séres como Juan son luces que iluminan el cielo, y flores que embalsaman la tierra: vasos de perfeccion, que van derramando doquiera su esencia divina, ángeles de consuelo que Dios elige para que bajen de vez en cuando á ejercer su oficio divino junto á la doliente humanidad.

Envevido en sus pensamientos habia cruzado la Plaza Nueva y á la calle de Gomerez, y cruzó las puertas de su hospital, lamentando el no haber visto á sus pobres en tan largo espacio de tiempo.

Anton Martin y Pedro Velasco, á cuya noticia habia llegado ya cuanto Juan habia hecho en el incendio, le esperaban con ansiedad, temiendo que le hubiese ocurrido alguna desgracia, aunque todos aseguraban haberle visto sano é ileso.

—¡Gracias á Dios! esclamaron al verle aparecer, gracias á Dios que estais de vuelta.

—Pues qué, ¿ha ocurrido algo durante mi ausencia?

—¡Oh! aquí no: solo se ha presentado un jóven con grandes señales de agitacion, preguntando si habeis vuelto, y asegurando que os habia perdido de vista despues del incendio, al cual os habia seguido.

—¿Ha dicho su nombre?

—Simon de Avila.

—¡Ah! pobre hijo mio; casi me habia olvidado de él.

—Asegura que no saldrá ya mas de esta casa y que quiere tomar parte en todos nuestos trabajos.

—Y así será Anton, así será: ese jóven nos prestará ayuda. Dios quiere premiar mis afanes mas que merezco, y permite que se ensanche cada dia la empresa que acometí en su nombre, gracias mil le sean dadas. Desde hoy mirareis á Simon como á un hermano, y le amareis mucho por amor mio.

—¡Oh! si, si; pero él dice que habeis estado en grave peligro y nuestra angustia era mortal.

—¿Y por qué?

—Porque el fuego es un elemento terrible, dijo Anton con viveza, y nada respeta. Si hubiéseis perecido en él, en vuestro afan de salvar á los demas, jamás nos hubiéramos consolado de semejante pérdida.

—El fuego, como todos los elementos, obedece solo á la voluntad del Señor, dijo Juan con tranquilo acento.

—¡Oh! si.

—Perded pues cuidado, hermanos mios, y no os inquieteis otra vez por mi, que de cualquier peligro Dios y mis pobres me salvarán. Pero hablemos de otra cosa: de nuestros enfermos, de nuestros hijos, porque ellos lo son: ¿cómo están? ¿se ha empeorado alguno? ¿han llegado en mi ausencia otros mas?

—¡Oh! no.

—¿Han necesitado algo?

—Mientras vos no estais aquí, procuramos los dos suplir vuestra falta, aunque eso es imposible, hermano Juan.

—No digais eso, Pedro; vuestro celo no tiene igual.

—Sin embargo, nuestros enfermos se afligen cuando no os ven: parece que se agravan sus males cuando vos los dejais, del mismo modo que el tierno infante juzga mayores sus dolencias cuando la tierna madre no las mitiga con su amor.

—Basta, Pedro, no hableis así, murmuró Juan conmovido; todos somos iguales y yo no quiero preferencia alguna.

—Es que.....

—¿Y mi herido? preguntó rápidamente intentando variar de conversacion.

—Dos ó tres veces ha preguntado por vos.

—¿Si?

—Parece inquieto y triste, annque su mejoria es muy visible.

—¡Pobre jóven!

—¿Si quereis verle?...

—Si, si, puesto, que los otros no me necesitan, vamos allá.

Y sin detenerse un instante ni procurar tomar descanso, se dirigió á la estancia de Sandoval.

LIX.

Juan de Dios penetró en la habitacion en que se hallaba el marqués, llevando aun en su persona las señales que atestiguaban el modo como habia pasado el tiempo desde que se separaron, pues aunque sus ropas y sus cabellos estaban ilesos, llevaba quemadas las cejas y las pestañas, como testimonio de su arrojo y de su caridad.

Cárlos se incorporó al verle aparecer: aunque hacia poco que le conocia, sabia que le era deudor de la existencia, recordaba los cuidados y el amor que le habia prodigado, y en el pecho de Sandoval se abrigaban el cariño, la gratitud y la veneracion hácia aquel hombre singular.

Deseaba pues volver á reanudár con él la conversacion interrumpida con Margarita, por mil causas diferentes.

—¿Qué es esto? le preguntó al verle; por qué causa venis con las ropas descompuestas y con las cejas y las pestañas abrasadas?

—¡Bah! no repareis en esto, señor marqués, no vale la pena de

referirlo, sobre todo cuando recae en una persona tan humilde como yo.

—Juan, durante vuestra ausencia he sabido cuanto valeis.

—Dejemos eso, y decidme si gustais en que queríais ocuparme; pues hánme dicho que habeis preguntado por mi.

—Asi es en efecto.

—Hablad pues.

—Aunque agasajado y servido con esmero en esta casa, pienso que es hora de salir de ella, y de dirigirme á la mia.

—Mas comodidades y regalo hallareis en ella que aqui, donde todo es pobre, menos nuestro corazon que es muy rico en buenos deseos. Alli atendido y gozando el bienestar que reclama la posicion que ocupais, vuestra convalecencia será mas corta.

—¡Oh! no es eso. Jamás he esperimentado mas sosiego que en esta casa: jamás mi alma ha gustado de mas dulce paz. Nunca, desde que perdí á mi buena madre he sido objeto de atenciones mas delicadas que las que aquí recibo: pero quiero alejarme, porque creo que robo esos desvelos, esos cuidados y ese amor, á los pobres desheredados de la fortuna, á quien está destinado este santo asilo.

—Si pobre no, juzgo por vuestras palabras que tampoco sois dichoso: y yo no sé, hermano mio, quien es mas digno de compasion, si el exhausto de riqueza, ó el exhausto de felicidad.

Sandoval suspiró y dijo despues de una pausa:

—Tambien anhelo probaros mi gratitud.

—No penseis.....

—Es justo, muy justo, y no debeis impedirlo. Ahora decidme si creeis que la causa de mi enfermedad puede quedar oculta, si esta herida podrá ser un secreto para todos.

—¿Pensais ocultarla?

—No quisiera que nadie tuviese noticia de ella, pues acaso entre los autores de ese crímen hay personas que son sin duda inocentes, y que por una casualidad fatal pudieran aparecer culpables.

—¿Y cómo motivareis entonces vuestra desaparicion de algunos dias?

—Mis servidores nada me preguntarán, y por lo demás ya os he dicho que soy solo.

—Aunque quisiera que saliéseis de esta casa ya restablecido enteramente, se hará como vos querais señor marqués.

—Solo anhelo salir de aqui cuando nadie pueda verme.

—Marcad la hora.

—Esta noche cuando las sombras se estiendan por el cielo, hareis venir de mi casa una litera, y me conducirán en ella, pues no me siento con fuerzas para caminar á pié.

—Asi se hará, puesto que lo deseais.

Hubo algunos instantes de silencio.

Sandoval queria hacer á su cariñoso enfermero algunas preguntas, pero vacilaba sin duda y no se atrevia á ello.

Por fin, dijo lentamente y procurando dar á sus palabras un acento de indiferencia afectada:

—Cuando nos separamos, salísteis de mi estancia acompañado de una jóven. ¿Pertenece acaso á vuestra familia? ¿habita por ventura en esta casa?

—¿Sin duda hablais de la pobre Margarita?

—¿Margarita?.....si: ese creo que fué el nombre que le dísteis.

—Esa niña no es deuda mia. Yo no tengo como vos familia alguna: mi familia son los pobres no mas.

—¡Ah!

—En cuanto habitar esta casa tampoco es así: aqui no se albergan mas que los que se hallan agobiados por la enfermedad, y ella, ya lo habeis visto, goza de una salud perfecta.

Sandoval contrariado volvió á guardar silencio.

Juan en su santa sencillez tampoco habia comprendido el doble interés de aquella pregunta.

Pero Margarita habia hecho demasiada impresion en el alma de Cárlos y por consiguiente decidió ir mas allá en sus averiguaciones.

—¿Tal vez será desgraciada? dijo vacilando.

—¡Oh! sí: respondió Juan tristemente.

—Y sin duda es digna de mejor suerte.

—Margarita es un ángel, y tan humilde y pura como la flor cuyo nombre lleva.

—¿Tiene familia? añadió Sandoval alentado por la bondad con que Juan de Dios respondia á todas sus preguntas.

—Poco sé de ella: pues aunque tiene padre, no le conozco ni le he visto jamás.

—Y ella?.....

—Carece de fortuna, pero es virtuosa y modesta, y solo siente su pobreza por la pobre María y por su tierna hija.

—¿María habeis dicho?

—Si, una jóven hermana de su padre con la cual vive Margarita.

Cárlos no juzgó prudente llevar adelante sus preguntas, reservándose para otro dia el averiguar donde moraba aquella niña.

Cuando Juan intentó retirarse solo le dijo:

—Esta noche al oscurecer no os olvideis de hacer venir m litera.

—Si.

—Me acompañareis vos, vendreis á mi casa; quiero que seais mi amigo, mi padre, puesto que tanto os debo, y que acaso Dios os ha colocado á mi lado para mi bien y mi consuelo.

—¡Oh! hijo mio; ¡mi amistad vale tan poco!

—Mas que la de los grandes y magnates, porque es desinteresada y sinsera, por eso solo oiré vuestros consejos, por eso os abriré mi corazon y vos me ayudarais á buscar á mis enemigos, á los que han atentado á mi vida de un modo tan misterioso é inesperado.

LX.

Las sombras empezaban á estenderse por el cielo, los postreros rayos de luz alumbraban débil é indecisos los mas altos campanarios de la ciudad de las mil torres.

Los vecinos mas tímidos se iban disponiendo ya á dirigirse á sus moradas, pues nuestros antepasados menos trasnochadores que nosotros, juzgaban una cosa arriesgada y fuera del órden regular, oir el toque de la queda fuera de sus casas, atravesando calles oscuras y resguardadas solo por una ronda vergonzante, cuyos principales medios de defensa consistian las mas de las veces en la ligereza de sus piernas.

Una mujer sin embargo, cubierta con un ámplio manto, y recatándose el rostro, salió con paso tímido de la modesta casa que ocupaba el padre Alvarez, y cruzó algunas calles hasta llegar á la de Elvira, y por ella á la Plaza Nueva por donde cruzaban aun algunos curiosos y desocupados.

Aquella mujer tendió la vista en derredor como el que teme

ser sorprendido, y atravesando con furtivo pié aquel ancho espacio llegó hasta la entrada de la calle de Gomerez y penetró en ella siempre cubierta y siempre recelosa de que alguien la reconociera.

—Por aqui debe ser, dijo Lola, á quien ya habrán reconocido nuestros lectores, por aqui debe ser donde Juan, el hermano de los pobres, como todo el mundo le llama, tiene su morada. ¡Oh! si; seguiré adelante: tal vez algun signo exterior me dará á conocer la casa hospital del mas justo y bueno de los mortales, y si no preguntaré por él y sin duda cualquiera sabrá indicarme donde podré hallarle.

Y siguió adelante mirando con cuidadoso afan al uno y al otro lado.

Pocos instantes despues, se detenia ante una gran puerta abierta de par en par, que ostentaba encima una imágen de Jesus, ante la cual ardia una luz en un pequeño farol.

Lola se detuvo y vaciló un instante; aquella era sin duda la casa que buscaba: alli estaba el hombre que con una palabra de sus lábios la habia hecho conocer el abismo en que se hallaba, y la habia mostrado la senda del bien. Alli estaba aquel á quien iba á mostrar su corazon, y en cuyas manos iba á depositar su porvenir.

La jóven sin saber por qué. se sentia conmovida y trémula: tal vez los recuerdos que iba á evocar al referir á Juan su historia, llenaban su alma de amargura; tal vez el corazon que rara vez nos engaña le hacia presentir un sufrimiento nuevo, algo desconocido de que Dolores no podia darse cuenta.

Pero es la verdad, que ella, la antigua cortesana, la mujer desenvuelta y atrevida, temblaba ahora ante la idea de confesar á Juan su pecado, y en aquel portal solitario y desierto, alumbrado por una opaca luz, y santificado por la presencia de Jesus, se sentia débil y sin fuerza, presa de una congoja mortal.

Ante aquellos umbrales por los que tantas miserias y tantas amarguras habian cruzado, y ante la cual iban á estrellarse las vanidades de la vida, Lola recordó su soledad en el mundo: pensó que no tenia familia alguna, pues la suya habia muerto ó la rechazaba de su seno, y que si algun dia la enfermedad le agobiaba, ella la

hija de los nobles marqueses de Sandoval, la descendiente de una ilustre familia, tendria que venir á llamar á aquella puerta á pedir un asilo entre los últimos mendigos.

Los ojos de Dolores se llenaron de lágrimas y tuvo que sentarse en el ancho escalon de piedra que rodeaba el portal.

Aun no se habia repuesto de su emocion, cuando el ruido de unos pasos dobles y pesados la hizo volver los ojos y cubrirse mas con el manto.

Era que una litera conducida por cuatro criados acababa de detenerse en el portal á corta distancia de ella.

—Sin duda es alguna noble dama ó algun ilustre personaje que viene á visitar el hospital ó á hacer algun donativo á los pobres enfermos, pensó la jóven retirándose á un estremo: y procurando no ser vista, esperemos, murmuró.

Uno de los criados se adelantó resueltamente y dió un golpe sobre la puerta.

Un hombre jóven aun, vestido con el mismo hábito que Juan, pero enteramente desconocido de Lola, apareció á la entrada preguntando á los recienvenidos el objeto que les traia.

—Decid al hermano Juan, que la litera del señor marqués de Sandoval está aquí, y que esperamos sus órdenes.

Pedro Velasco, pues era él, se inclinó y desapareció en el interior de la casa.

Un rayo que hubiera caido á los piés de Lola, la hubiera hecho menos impresion que aquel nombre pronunciado junto á ella.

Miró con espanto á aquellos hombres y se preguntó si no era un delirio de su imaginacion lo que acababa de escuchar; si era el nombre de su padre muerto, de su hermano expatriado el que acababa de sonar en su oido.

Y no la quedaba duda, no: el Marqués de Sandoval habian dicho.

Pero ¿qué significaba aquello? ¿se hallaria Cárlos en aquel sitio? ¿iba á verle? ¿habria vuelto tal vez? Dolores aturdida quiso huir, alejarse de aquel sitio, no volver á escuchar aquel título, que evocando el pasado la aterraba y hacia estremecer su alma; pero sus piés se negaban á dar un paso y parecia encadenada á alli, como

el pobre pajarillo permanece junto á la serpiente que le atrae, sin poder esquivar el peligro que le amenaza.

Loca, aturdida, espantada, permanecia en el sitio mas oculto de aquel portal que se habia convertido para ella en un lugar de expiacion y de suplicio.

Algunos instantes pasaron: instantes que fueron siglos para Dolores.

De pronto en la puerta por donde habia aparecido Pedro Velasco, se vieron avanzar dos hombres el uno apoyado en el brazo del otro.

Eran Juan y Cárlos de Arévalo, marqués de Sandoval.

El jóven pálido y desfigurado, caminaba con trabajo sostenido por su cariñoso enfermero.

Lola al verle lanzó un grito terrible y cayó desmayada en el suelo: con el instinto de su corazon habia reconocido á su hermano.

Al eco de aquella voz, Cárlos se estremeció: El acento de la jóven habia penetrado en su alma como un lejano recuerdo, como un ensueño de la niñez.

LXI.

—¿Quién es esa mujer? preguntó á Juan deteniéndose bruscamente.

—Si no me engaño es una desgraciada que debia venir á verme, para buscar consejo en mi.

—¿Pero quién es?

—Lo ignoro: solo sé que entre las gentes donde la hallé la llamaban Lola la dama.

—¡Lola! ¡ah! si fuese.....

Y Sandoval separándose con un movimiento nervioso del lado de Juan, corrió con mas rapidez de la que su estado requeria y se acercó á la mujer que aun permanecia sin sentido.

Se inclinó junto á ella y con mano convulsa separó el manto que cubria su frente.

Ante los ojos atónitos de Cárlos apareció un rostro hermoso aunque densamente pálido y alterado.

El jóven vaciló un momento. ¡Ocho años cambian mucho la fi-

sonomía de una mujer, y mucho mas si esos ocho años se pasan en una vida azarosa y agitada.

Sin embargo, Cárlos no podia apartar la vista de aquel semblante, y en su alma luchaban mil encontrados sentimientos haciéndole estremecer.

En aquel instante Lola exhaló un suspiro y empezó á recobrar el aliento.

—¡Si fuese ella! volvió Cárlos á decir.

Juan los miraba á entrambos sin poder adivinar la horrible lucha que agitaba el pecho del marqués, y el dolor y la vergüenza que habian hecho desmayarse á Lola.

—¡Dios mio! murmuró esta con voz débil, y trastornada aun; ocultadme, ocultadme que Cárlos no me vea, que no me llegue á reconocer!

Sandoval lanzó un grito que en vano la pluma intentaria esplicar; uno de esos gritos que salen del alma, y que expresan á la vez la cólera y el amor, la compasion ó el ódio.

Las palabras de la jóven no le dejaron ya dudar, aquella mujer era su hermana.

Loco, combatido por mil ideas distintas, Cárlos miró en torno con una especie de temor. Efectivamente, el jóven tenia motivo de sentir que sus criados, que Pedro Velasco, que Juan mismo, llegasen á adivinar la verdad.

Lola, en tanto, se incorporó, llevó sus manos á la frente y fijó sus ojos en Sandoval, cuyo alterado semblante decia bien claro que la habia reconocido.

—¡Cárlos, Cárlos! esclamó con afan: ¡Cárlos!

—¡Silencio, desgraciada! murmuró él casi á su oido; silencio.

Y despues, volviéndose á sus criados.

—Ayudad á esa mujer á subir á la litera y pronto, pronto conducirnos á casa.

Los criados obedecieron, y un instante despues, Dolores aterrada y sin fuerzas ni voluntad para oponerse á ello, se dejaba caer en un rincon de la litera.

Cárlos sostenido por Juan, se dispuso á marchar.

—¡Oh! no me abandoneis vos, le dijo: venid, porque no se lo que podrá suceder.

—Pero.....

—Apenas puedo tenerme en pié, y ahora mas que nunca necesito de todas mis fuerzas.

Juan adivinó un doloroso drama en las palabras de Cárlos, y cedió á sus ruegos no separándose de él, pues juzgó que con su presencia acaso evitaria una terrible desgracia.

Sin hablar una palabra, siguieron tras la litera que conducia á Lola con paso precipitado.

Cárlos parecia olvidarse por momentos de su debilidad y de su herida, apenas cerrada aun, para correr en pos de aquella mujer, de aquella hermana envilecida á quien en vano habia buscado tanto tiempo y en cuya sangre anhelaba vengar á sus padres y la honra de su familia.

En algunas circunstancias de la vida, el dolor ó la cólera parece que nos dan nuevas fuerzas, parece que absorviendo nuestras ideas y nuestros sentimientos, no dejan lugar á que pensemos ni sintamos nada: ni el dolor físico, ni el cansancio, ni la enfermedad.

Esto sucedia entonces á Cárlos, y en aquella noche, y en aquel momento el mundo todo podia desplomarse á sus piés, sin que él se diera cuenta de ello.

Juan, que lo comprendió así, y que temia por su estado, se limitó á seguirle sin hacer objecion alguna.

Al cabo de un cuarto de hora de marcha, se detuvieron á la puerta de una casa de magnífica apariencia, y uno de los criados llamó á ella mientras los otros se limpiaban el sudor que corria por sus frentes; tan ligera y seguida habia sido su marcha.

Juan abrió la litera y ayudó á bajar á Dolores que le dijo á media voz:

—¡Oh! no me abandoneis: os lo suplico en nombre de Dios, hermano mio.

—Estad tranquila, hija mia, que su misericordia os salvará.

La puerta de la casa se abrió, y se dejaron ver en su interior al-

gunos sirvientes que aguardaban sin duda á su señor, mientras un antiguo mayordomo se adelantó á Cárlos diciendo:

—¡Oh! gracias al cielo que os vemos volver sano y salvo.

Sandoval dirigió á aquel anciano algunas palabras de gratitud, y al mismo tiempo le hacia seña con la mano para que le dejase libre el paso.

Dos pajes aguardaban con luces en las manos.

—Guiad, les dijo Cárlos con acento breve, y vos hermano mio, venid tambien.

Lola mas cubierta que nunca, y apoyándose en la mano de Juan, siguió en silencio á su hermano.

Él la sentia temblar y estremecerse á cada paso, pero nada se atrevia á preguntar.

Cuando llegaron á una estancia retirada donde podian hablar sin ser oidos, Cárlos se volvió á los pajes que le habian seguido y les dijo con voz agitada:

—Salid.

Y cerrando con rapidez las puertas se volvió á Juan esclamando con solemne acento:

—Me habeis preguntado alguna vez por mis deudos, por mi familia, y yo os he dicho que estaba solo en este mundo: me habeis visto tener en poco la vida que vos me habeis salvado y hoy vais á saber la causa. Hace algunos dias que os conozco, y sin embargo, no sé que hay en vos que me obliga á miraros como á mi padre, como un hermano querido, y he aqui por que ahora os digo: vais á ser el único testigo de una triste escena de familia, voy á pedir á esa mujer cuenta del pasado, y quiero que la juzgueis conmigo tambien.

LXII.

Cuando el marqués de Sandoval y Juan salieron en pos de la litera que conducia á Lola, Pedro de Velasco les vió partir tranquilamente, y sin deterse un punto, volvió á subir la escalera y se dirigió á la enfermería, donde tantas desgracias le aguardaban.

—¿Y el hermano Juan? le preguntó Anton Martin, viéndolo aparecer solo.

—Ha marchado acompañando al herido.

—¡Oh! su afan de servir á todos es insaciable, pero la noche amenaza lluvia, y siento.....

—¿Quereis que salga en su busca y que no vuelva hasta que le traiga? esclamó con ímpetu un jóven que se les habia acercado y que aun no vestia el sagrado hábito que Pedro y Anton llevaban.

—No, Simon, no; nosotros solo debemos dejarle obedecerle, y respetar cuanto haga.

—Es que las calles están ya desiertas: Dios sabe la distancia que hay de aquí á casa de ese jóven, y si al volver solo le sucediese alguna cosa.....

—No os inquieteis.

—Aunque he jurado olvidar mis antiguas costumbres desde que he sido admitido entre vosotros, aunque mi tizona se enmohecerá sin que yo la vuelva á sacar de la vaina, en tratándose del hermano Juan, soy capaz de todo: por él daria mi sangre, por él... ¡oh! y jamás creeré que hago bastante: yo que le he calumniado, yo... vamos nunca me perdonaré.

—Calmaos, Simon, calmaos.

—Teneis razon: este modo de hablar no corresponde á quien como yo, ha ofrecido consagrarse al servicio de Dios; pero ¿qué quereis? por desgracia aun no he desechado enteramente mis antiguas costumbres, y en tratándose de él.....

—¿Y pensais por ventura que nosotros le amamos y le veneramos menos que vos? contestó Pedro de Velasco: no, Ávila, no: yo le debo la vida, le debo la nueva luz que ahora ilumina mi mente: le debo el sueño de mis noches, la paz de mi alma, por que su voz me ha hecho comprender que la misericordia de Dios es mayor que las culpas de los hombres todos, y apesar de que he sido criminal, espero y creo, amo y confio.

Anton Martin que les habia escuchado á ambos, y que era el que por su virtud y por su carácter representaba á Juan en ausencia de éste, les dijo con acento reposado y pausada voz:

—Yo le debo aun más que vosotros. Él arrancó de mi alma la mas repugnante de todas las pasiones, el deseo de la venganza, haciendo brotar en ella una de las mas hermosas flores del cielo, y la virtud, que más nos acerca á él: la misericordia y el perdon.

—¡Oh! ¿pero ese hombre es un ser sobrenatural?

—¡Es un enviado de Dios! dijo Velasco solemnemente.

—Si le viérais, añadió Martin dirigiéndose á Ávila, si le viérais con qué amor, con qué ternura cuida de sus enfermos; él atiende á todo: cuando la limosna nos falta, sale lleno de fe en la divina providencia, recorre las calles de la poblacion, implora la caridad pública, conmoviendo con su voz los corazones, y nuestra despensa se llena, y á los pobres nada les falta: y no creais que atiende su cuidado solo á esta casa creada por él, no; tambien los infortunios es-

traños á ella hacen estremecer su corazon, y sus manos que llena la piedad de los fieles, están siempre abiertas para derramar los beneficios y el bien en torno; no hay lágrima que no enjugue, no hay dolor que no consuele.

—¿Más como puede su piedad á tantos? preguntó Simon de Ávila que hacia muy poco pertenecia á la casa, y que por consiguiente no habia podido ver aun á Juan multiplicarse para atender á todo.

—Yo mismo no os lo sabria decir, respondió Anton Martin: yo mismo no comprendo como un hombre solo ha podido desempeñar tantos cargos y salir airoso de ellos, pues antes de que Dios en su clemencia divina alumbrase nuestras almas, antes de que Pedro y yo le prestásemos ayuda en su santa tarea, Juan de Dios solo estaba aquí. Pero ¿á qué digo solo? los ángeles sin duda estaban con él, y mientras ellos velaban á la cabecera de esos lechos, él vagaba por calles y plazas consolando á los tristes, convirtiendo á los pecadores, conquistando las almas y trayendo en fin inmensa cosecha de limosnas, bendiciones y almas arrepentidas; su palabra es como un santo rocío del cielo que fecundiza y santifica cuanto halla á su paso.

—¡Oh! lo comprendo muy bien, dijo el jóven Simon de Ávila, tengo la prueba en mi mismo, libertino é incrédulo ayer, arrepentido y creyente hoy.

—¡Y nosotros! dijo Velasco con profunda emocion, ¡y nosotros!

—Los tres le debemos mas que la existencia, pues le debemos la salvacion.

—Juremos pues, dijo Martin, no separarnos jamás de él, y seguir siempre unidos la senda que él nos marca.

—Sí, sí, esclamaron Pedro y Simon, siempre unidos y siempr teniendo por guia á Juan de Dios.

En aquel instante los tres se dirigieron á las enfermerías donde les llamaba la dulce voz de la caridad.

Ninguno de los tres habia pensado en cerrar las puertas de aquella casa hospitalaria, pues no estando dentro aquel á quien tanto amaban, no les hubiera sido posible entregarse al reposo.

Habia sonado ya el toque de ánimas, y aun continuaban todos del mismo modo.

La luz del farol que alumbraba la imágen del Salvador, empezaba á lanzar vacilantes y opacos destellos, y oscilante á merced del viento que penetraba en el ancho portal, á veces iluminaba el rostro de la santa imágen, á veces dejaba el espacio envuelto en una densa sombra.

Aprovechando esta oscuridad, un bulto y luego otro en pos, se deslizaron en el portal y se dirigieron con las mayores precauciones hácia la puerta de entrada.

Al llegar allí se detuvieron, y una voz recatada y queda murmuró estas palabras:

—Quédate tú aquí, José: á los dos nos podrian ver, y yo solo puedo sacar el jumento.

—¿Pero sabrás donde está? preguntó el llamado José.

—Cierto que sí: esta mañana mientras los padres daban una medicina á mi compañero el tio Paco Alegre, yo me escurrí hácia ella dentro, y ví el patio interior donde guardan el bicho.

—¿Y no te equivocarás?

—Bah! equivocarme! ya verás que pronto estoy de vuelta, y llevarás á ese animalito á hacer compañía á la pollina que dias pasados se vino conmigo desde el cortijo del Pinar.

—¿No ha parecido su dueño?

—¡Cá, hombre! si cosa que yo me encuentro no vuelve á hallarla su amo ni aun el mismo dia del juicio en que ha de parecer hasta el último hueso de nuestros cuerpos.

—¡Creo que suenan pasos!

El miedo que te zumba en los oidos; espérame aqui y guarda silencio.

El compañero de José dió algunos pasos, y llegando hasta la puerta, penetró por ella perdiéndose en la oscuridad en tanto que él acomodándose en un rincon le espera lleno de inquietud.

Pasaron algunos minutos sin que se percibiera ningun ruido, ni en la calle ni en el interior de la casa, sino el gemido del viento que llenaba de zozobra al hombre que esperaba.

Al fin, el que habia penetrado solo en aquella santa morada, apareció en el portal de nuevo, llevando tras sí un pequeño borriquillo que le seguia á duras penas, impulsado por la cuerda que llebaba sujeta al cuello, y de la cual tiraba su conductor, procurando hacer el menor ruido posible.

Una ráfaga de aire impulsó la miserable luz que dió por un instante de lleno en el rostro de aquel hombre.

Su color atezado, sus negros ojos, sus cabellos lácios, y el descuido y desgarbo de su traje y su persona, dejaban conocer á un hijo de esa raza errante, y vagabunda cuya procedencia se ignora aun, aunque todos la juzgan oriunda de Egipto: á un jitano en fin, pero un jitano pobre, dedicado al robo y cercado de miseria.

—Vámonos ya, dijo al que le estaba aguardando.

—¿Y nos llevamos el borrico?

—¿Pues á qué hemos venido si no?

—Es que.....á la verdad siento así una cosa..... que.....vamos, preferiria dejárselo á esos benditos padres.

—¿Y para qué lo quieren ellos?

—Para.....

—Casi estoy seguro que les haremos un favor.

—¡Un favor!

—¡Yo lo creo! llevándonos el jumento, no tendrán ya el cuidado de buscarle de comer: he oido decir que son muy pobres estos hermanos, que todo lo recogen de limosna.

Un trueno se oyó á lo lejos.

—¡Jesus! dijo José santiguándose y temblando todo: Jesus.

—¿Qué tienes? le preguntó el jitano que empezaba á sentirse contagiado del temblor que agitaba á su compañero.

—No sé.....pero juraria que ese Señor fijaba los ojos en nosotros.

—¡Hombre!

—¡Si, si: le he visto á la luz de ese farol!

—Eso no puede ser, vamos.....sube conmigo al borrico y nos alejaremos de aquí, respondió el jitano que apesar del valor que queria demostrar tenia la voz insegura y las piernas temblorosas.

—Yo no, dijo José, yo.....

—Sube y vamos: y uniendo la accion á la palabra, el jitano montó en el burro y esperó que subiera su compañero.

Pero este poseido de un pánico terrible murmuró con acento descompuesto.

—Mira, haz tú lo que quieras, compadre, que lo que es yo no quiero que me mire otra vez con malos ojos ese Señor.

Y sin detenerse á esperar respuesta, José echó á correr con la velocidad de un gamo sin que la lluvia ni la oscuridad fuesen un impedimento á su veloz carrera.

El jitano quedó solo.

Un relámpago iluminó el espacio, y un trruno ronco y prolongado estremeció la inmensidad.

Aquel hombre aterrado y lleno de espanto, sin ser dueño de sus ideas y sin darse cuenta de lo que hacia dió un golpe al animal que montaba y le obligó á salir corriendo de aquel portal, perdiéndose á poco en la oscuridad de la calle.

Nadie por entonces pudo apercibirse de aquel robo, pues era ya tarde y ninguno les vió salir.

La tormenta siguió cada vez con mas fuerza y la oscuridad se hizo mas densa y mas impenetrable aun.

LXIII.

Lola al escuchar las últimas palabras de su hermano, habia caido de rodillas echando hácia atrás el manto que la cubria.

Sus ojos se fijaron en Cárlos con una expresion doliente y abatida á través de sus copiosas lágrimas, y sus lábios trémulos y agitados, solo podian murmurar entre apagados suspiros:

—Cárlos, Cárlos, hermano, perdon.

—¡Perdon! dijo el marqués con acento en que se revelaban la ira y el despecho: ¿lo merece acaso la que con su conducta culpable causó la desgracia de sus padres, amargó su agonía y cubrió de oprobio el nombre y la honra de sus mayores.

Lola nada respondió.

Aquellas justas acusaciones la llenaban de dolor y ponian un sello á sus lábios.

Cárlos continuó:

—¿Merece perdon acaso la que entregada á culpables devaneos, á vanos placeres, no acudió junto al lecho de su moribunda madre para.....

—¡Oh! ¡calla por Dios! ¡tus palabras me parten el alma!

—Harto ha durado el tiempo de la culpa, ahora empieza el de la expiacion.

—¡Ahora¡ !ay! hace ya muchos años que Dios me castiga en su justo enojo: hace muchos años que mis ojos lloran mi culpa, mas bien mi desgracia.

—¡Ah!

Si, Cárlos apesar de todo, créeme; he sido mas desventurada que culpable: si me quisieras oir, si por un momento quisieras olvidar que eres el hermano ultrajado para convertirte en el amigo justo y clemente, entonces quizá me compadecerias, y si no tu perdon, me concederias una palabra de piedad ó de lástima.

—¿Y qué puedes decirme? preguntó Cárlos que empezaba á sentirse conmovido ante las lágrimas de aquella infeliz.

—Escúchame y lo sabrás todo, todo.

—Pero.....

—Ceded á su ruego, hijo mio, ceded á su ruego: Dios nos manda perdonar siempre y ser siempre misericordioso.

—Oh! vos no sabeis lo que exigís de mí, vos no sabeis que esa mujer.....

—Esa mujer está arrepentida y llora, esa mujer sufre, ¿qué mas podré decir en su abono?

—Habla pues, dijo Cárlos mirando á Lola con expresion sombría; habla pues, pero no esperes.....

—Óyeme y piensa que Dios es testigo de la verdad de mis palabras.

Entonces la jóven interrumpiendo mil veces su relato con sus dolientes y angustiados sollozos, refirió á Cárlos cuanto saben ya nuestros lectores, pues Lola misma contó sus desventuras en la primera entrevista con el padre Alvarez.

Durante aquel doloroso relato, en el semblante de Cárlos se iban retratando los sufrimientos que agitaban su alma: á veces una rebelde lágrima, ardiente gota de hiel arrancada del fondo de su corazon, venia á probar que se compadecia de aquella infeliz: á veces tambien el fuego de su mirada y las entrecortadas imprecacio-

nes que brotaban de sus lábios, manifestaban el ódio que le inspiraba el infame autor de tantos males.

En cuanto á Lola nada ocultó: como su arrepentimiento desde el dia que hallara á Juan habia sido sincero, ni trataba de amenguar su culpa, ni de atenuar en nada sus faltas; en su profunda humildad, inclinaba su frente esperando el fallo de su hermano confiada en que si él no la perdonaba, Dios que leia en el fondo de su alma, tendria clemencia de ella.

Entretanto, Cárlos con la mirada estraviada y los puños crispados, se paseaba á largos pasos por la estancia, repitiendo con ronca voz:

—¡Oh miserable bandido! toda su sangre no seria bastante á lavar la mancha que á arrojado sobre mi honra: yo necesito buscar á ese hombre, yo necesito tocar su corazon con la punta de mi espada.

Juan, en cuya alma no habia cabido jamás la idea del rencor ni de la venganza, se estremecia ante aquellas palabras, compadeciendo sin embargo al que las pronunciaba.

Las miradas de la jóven seguian con ansiedad á Cárlos, intentando leer en su frente los pensamientos que le agitaban.

Al fin no pudiendo soportar aquella duda, se levantó, y acercándose á él tímidamente y tomando una de sus manos, intentó llevarla á sus lábios.

Él quiso rechazarla, pero ella murmuró, sujetándole con afan:

—¡Cárlos, Cárlos, por el amor que me tenias!

—No, dijo él intentando alejarse.

—Por nuestro padre!

—No, repitió el marqués haciendo sin embargo mas débil la resistencia.

—Por la vida que yo os salvé, dijo Juan, por el Dios que salvó vuestra alma, y desde cuyos piés os suplica tambien vuestra madre en este momento que tengais piedad de esa infeliz. Pensad que Dios perdonó siempre al que se arrepiente y llora.

Cárlos se detuvo; miró á su hermana con infinita ternura, y cediendo á tantas emociones, le tendió las manos cayendo sin sentido

en sus brazos, antes que sus lábios hubieran podido pronunciar una sola palabra.

El desgraciado, débil y sin fuerzas aun, no habia podido resistir á tan encontrados sentimientos.

Lola dió un grito y pálida como la muerte, esclamó con desesperado acento, y mirando á Juan con estravio:

—Me perdona, me ama; pero se muere, se muere en este momento, ya lo veis.

—¡No! respondió el amigo de los desgraciados, no morirá, yo os respondo de ello.

—¿Pero no veis su estado? dijo Lola con desesperacion.

—Está convaleciente de una terrible herida que le ha puesto á las puertas del sepulcro, y cualquier emocion le desvanece: he aquí la causa de ese desmayo: os ha visto, os ha oido, su corazon ha sufrido mucho esta noche, y esto es todo: pero tranquilizaos, y esperad; Dios no desoye á los que le invocan con fe: rogad pues por él, mientras yo le prodigo los cuidados mas necesarios.

Juan trasladó al marqués á su lecho, y con una viveza estremada, empezó á hacer cuanto estuvo de su parte para que recobrase el sentido.

La costumbre, la práctica, el excesivo celo, hacian de Juan un enfermero sin par; y en aquella ocasion puede decirse que Cárlos le debió la vida segunda vez.

Incansable y solícito, no se alejó de su lado hasta que su estado no ofreció cuidado alguno.

Entonces, y pensando que su presencia era necesaria en otra parte, se dispuso á alejarse, ofreciendo sin embargo volver al siguiente dia.

Eran cerca de las cuatro de la mañana cuando cruzaba los dinteles del palacio del marqués para dirigirse á su hospital.

LXIV.

Envuelto en su pobre hábito, cruzó Juan algunas calles, tan solitarias y oscuras, que á otro cualquiera indudablemente hubieran causado un pavor indecible.

Pero él, corazon tranquilo, alma justa y espíritu sereno, solo pensaba en los dolores que no podia calmar, y en los males que no le era dado remediar.

La situacion de Cárlos y de Lola le tenian preocupado, pues las desgracias de aquellos dos jóvenes eran de tal naturaleza, que no les hallaba lenitivo ni calmante.

El pasado de Dolores, aquel pasado vergonzoso y abyecto no podia borrarse del libro de su vida de modo alguno. Dios en su bondad, le olvidaria y concederia á la jóven su perdon, pero el mundo jamás la admitiria en su seno, aunque el llanto y el dolor purificasen su alma.

El modo y el sitio en que la habia encontrado Juan, acudian á su memoria, y movia la cabeza murmurando tristemente:

—¡Pobre jóven, pobre jóven! cual será su porvenir.

Pensando de esta manera cruzó algunas plazas y calles, llegando por fin á las puertas de su morada.

Aun la luz del dia no asomaba por Oriente, cuando penetró en el ancho portal donde la noche anterior se encontraron Cárlos y Lola.

La puerta permanecia aun abierta.

—No han cerrado esta noche, se dijo Juan. Pedro y Anton me aman tanto, que de seguro les habré tenido inquietos con mi ausencia: ¡Oh! la bondad de Dios ha sido grande en traer á su servicio esas dos almas incansables en el trabajo, modelos de amor y de virtud; los pobres hallan en ellos su consuelo, y mayor bien y cuidado del que yo solo les proporcionaba! asi los tres.....mas entremos; vamos á tranquilizarles ahora.

El siervo de Dios adelantó algunos pasos, pero al llegar ante la imágen de Jesus, se arrodilló humildemente y de sus labios brotó una pura y ferviente oracion.

Abstraido en ella, Juan lo olvidó todo, el amor de Dios que ardia en su alma era tal y tan inmenso, que absorbia todas las demás ideas, todos los demás pensamientos.

Su plegaria duró largo espacio.

Cuando volvió la vista hácia las cosas de la tierra separándola del cielo, la luz del alba iluminaba ya los objetos con su claridad suave y trasparente.

A sus blancos reflejos, Juan pudo distinguir muy de cerca un objeto que llamó vivamente su atencion.

Montado sobre un asno, y mirando en torno con espanto y admiracion, un hombre, un jitano al parecer, se hallaba junto á la puerta inmóvil y mudo, sin ser dueño de hacer esfuerzo alguno para alejarse, y sin que el burro por su parte manifestara intenciones de dejar por un instante su pacífica quietud.

El amigo de los pobres le miró con mas insistencia, y á la primera ojeada reconoció á aquel pobre animal, que le habia servido mil veces en sus caritativas empresas: ora conduciendo sobre sus lomos á algun pobre enfermo, ora trayendo rica cosecha de dádivas y limosnas.



JUAN GRANADA SERÀ TU CRUZ.

Litografia de F. CASADO, Campillo 32 Granada

En cuanto al jitano, era enteramente desconocido para Juan, aunque su aspecto revelaba á primera vista que se hallaba poseido del temor y de la confusion.

—¿Qué haces aqui? ¿qué esperas á estas horas? le preguntó con su dulce acento.

—Yo.....murmuró el jitano mas turbado aun; yo.....

—¿Porqué montas en ese animal que no te pertenece? ¿adónde intentabas llevarlo? persistió Juan concibiendo la primera sospecha.

—Es que.....yo iba.....este borrico es mio; si es.....

—¿Te atreves á decir eso, hijo mio? esclamó Juan admirado.

—Si.....

—Baja de él, baja al instante, y no manches tus lábios con la mentira, ya que segun creo querias manchar tus manos con el robo.

El jitano bajó precipitadamente del jumento, el cual se acercó dócilmente á Juan y se detuvo á su lado como estaba acostumbrado á hacerlo todos los dias.

—Vamos, vete adentro, le dijo, acariciándole con la mano, vete adentro: y le indicó con una seña la puerta de entrada.

El animal obedeció, y sin vacilar un momento se dirigió al sitio de donde el descendiente de Egipto le habia sacado algunas horas antes.

—Ya ves como conoce la casa de su dueño, ya ves como mentias al asegurar que era tuyo.

El jitano no se atrevió á contestar, dominado por el acento de su interlocutor.

La voz de Juan habia sido sin duda escuchada por Anton y Pedro; pues se presentaron con afan seguidos de Simon de Avila que tampoco habia dormido en toda la noche.

—¿Qué es eso? preguntaron los tres á un tiempo: ¿qué es lo que quiere ese hombre?

—¡Que Dios me perdone! murmuró el jitano que temblaba de piés á cabeza fijando su mirada ya en Juan, ya en la divina imágen que se ostentaba sobre la puerta.

—Pero ¿qué ha pasado aquí? preguntó Anton Martin con mas insistencia.

—Yo apenas lo sé, respondió Juan, solo él os lo podra decir, hermanos mios.

—Si, si, yo quiero contarlo todo, pues en ello hay algo de sobrenatural, algo que yo no entiendo, pero que me dice que Dios está enojado conmigo y me quiere castigar.

—Habla pues, dijo Velasco con impaciencia.

—Si, habla, añadió Juan, y dí la verdad para desarmar la cólera del cielo.

—Yo, empezó á decir el jitano; vine aqui hace dos ó tres dias con mi compadre Paco Alegre: él estaba malo y venia por una medicina para recobrar la salud.

—Sigue.

—Al irme vi ese borrico.....

—¿Y bien?

—Y me dije á mi mismo: «hombre ese bicho me hacia falta, y... ¿para que le quieren estos hermanos? y...

—Acaba.

—La verdad, vine anoche á ver si... la puerta estaba abierta, entré... y... el burro se vino conmigo.

—¡Cómo!

—Di la verdad.

—La verdad es que me subí en él: yo tenia miedo, mucho miedo, porque parecia que ese Señor me miraba con ojos airados, y porque tronaba y se cruzaban las relámpagos á cada minuto: asustado quise huir.....

—Pero llevándote lo que no era tuyo.

—Y bien; sí, no lo niego: ya que habia venido no queria irme con las manos vacías: lo cierto es que salí corriendo; parecia que el burro conocia mi afan, porque corria, corria sin que yo pudiera sujetarle, dos ó tres veces quise echarme al suelo, pues no conocia el terreno, ni sabia donde iba; pero yo no sé si el miedo hacia temblar mis piernas de un modo que me era imposible moverlas. Seguimos andando, andando, y así hemos estado toda la noche, sufriendo la lluvia y el viento y los truenos. Cuando ví que empezaba á amanecer, le dí á Dios gracias y creí que me hallaria muy lejos

de aquí, y donde nadie me pudiera decir que el burro no era mio, segun lo que habia andado toda la noche.

—Y luego?

—Cual seria mi asombro al encontrarme á las puertas de este hospital, de donde me creia tan distante; entonces asustado y temiendo que me hallaran quise correr, pero no me fué posible mover de aquí á ese animal, parecia que estaba clavado en esa puerta: yo le castigaba para que corriese, le golpeaba para que me llevase á otra parte, pero él andaba algunos pasos, daba una vuelta y se colocaba de nuevo en el mismo sitio.

—Ya ves que la mano de Dios te ha conducido aquí para que recibas el castigo que merece el perpetrador de un robo.

—Sí, sí; y yo me encargo de dárselo, dijo Simon de Ávila que aun no habia olvidado las costumbres de su vida aventurera, de dar y recibir golpes.

—El que delinque debe llevar su merecido, añadió Anton: y el de el ladron debe ser.....

—Conocer su yerro y enmendarse, murmuró Juan dulcemente, interponiéndose entre sus hermanos y el aterrado jitano.

—¡Cómo! ¿intentais perdonarlo? preguntó Simon con estrañeza.

—¡El perdon es muy hermoso!

—¿Y si otra vez viene á...?

—¿Volverás tú á tus pasados errores habiendo Dios olvidado tus culpas?

—¡Oh! no; jamás, respondió Simon con energía.

—Entonces juzga por tí mismo y confia más en el arrepentimiento y en la enmienda.

Ávila inclinó la frente avergonzado y nada pudo contestar.

—Y tú, infeliz, añadió Juan de Dios, dirigiéndose al jitano, vete, y no olvides la leccion que acabas de recibir, y que el Señor castiga á los culpables, y que lo son de un modo grave los que quebrantan el sétimo precepto de su santo Decálogo.

Aquel hombre de rostro atezado y miradas aviesas, sintió en su corazon algo que no se supo esplicar.

Quiso marchar y un poder invisible sujetaba sus pasos.

Se llevó la mano á los ojos y por primera vez de su vida aquella mano se humedeció con una lágrima.

Aquella gota de llanto redimia su pasado y aseguraba su porvenir.

Impulsado por una fuerza superior, dió un paso hácia Juan y murmuró con humilde acento.

—Hermano.

—¿Qué quieres? se apresuró él á contestar.

—Quisiera pediros un favor; pero no me atrevo.

—¡Habla! ¿qué deseas, hijo mio? dijo Juan enternecido por el aspecto de aquel hombre.

—Quisiera... besar el borde de vuestro hábito, aunque no soy digno de ello.

Juan tendió la mano al jitano diciéndole con indecible amor:

—Anda, hijo mio, y piensa muchas veces que Dios otorgó á Dimas el cielo por una sola palabra.

LXV.

María, merced á los cuidados y á los consuelos de Juan, empezaba á recobrar la calma, aunque no la alegria, pues su corazon habia muerto para el placer desde el dia que perdió para siempre á Luciano, al compañero de su vida, al padre de su tierna hija.

Las palabras elocuentes é inspiradas de aquel justo, le habian hecho ver que aquella separacion era solo un instante, y que en breve ella tambien dejaria para siempre el mundo que su esposo habia abandonado.

En efecto, nuestra vida es una flor que nace y muere con el sol; una frágil hoja, que el mas ligero soplo de viento marchita ó arranca del tallo, llevándola en revuelto torbellino á los abismos sin fin de la eternidad.

¡La eternidad! ¡oh! si esta palabra sonase continuamente en nuestros oidos; si la comprendiéramos en toda su terrible grandeza, no derramaríamos esas lágrimas amargas, mezcla de sangre y fuego, que arranca de nuestra alma la pérdida de una persona amada que

nos precede un dia en ese breve camino que todos debemos recorrer y cuyo fin es esa eternidad en que apenas nos fijamos. No, no lloraríamos por ellos, lloraríamos por nosotros, y si acaso lo hacíamos, no sería lamentando su pérdida, sino solo temblando por su suerte en ese más allá; en esa cadena de siglos que no tiene fin.

La jóven viuda habia reconcentrado su amor en su pobre Luisa, en aquel ángel que solo conocia de la vida las privaciones y la miseria, y cuyo porvenir tan inseguro y triste se mostraba, y en Margarita, su pobre sobrina á quien su padre abandonaba entonces y que no tenia en la tierra mas amparo que ella.

Sostenida por aquellos dos ángeles, María pasaba su vida retirada en el fondo de su pobre hogar, y confiando solo en la bondad de Dios.

Sin saber por qué las palabras de Luis resonaban aun en su oido y temia que á cada instante llegaran á pedirla cuenta de un crímen que no habia cometido, y que ignoraba enteramente.

Tambien la preocupaba la muerte de Sandoval.

Nadie habia hablado de él, nadie habia divulgado su muerte, y María casi estaba cierta de ella.

Nada habia querido decir de esto á Margarita, la cual sospechaba que se habia asesinado á un hombre la noche en que se reunió con María, pero ni podia adivinar quien era, ni quien habia causado su muerte.

La pobre niña solo pensaba en su padre, cuyo paradero ignoraba, y, preciso es decirlo, en el jóven que habia visto una sola vez enfermo y abatido en el hospital creado por Juan.

Margarita que no habia amado aun, sentia que su corazon se agitaba estremecido, y que su frente se teñía de púrpura al recuerdo de aquel hombre cuyo nombre ignoraba, y el cual estaba muy lejos de pensar que fuese el noble y rico marqués de Sandoval.

Y sin embargo, aquel recuerdo alejaba el sueño de sus ojos y las rosas de sus mejillas: aquel recuerdo la hacia estremecer, sin que nadie llegara á sospechar por un momento el secreto de su alma.

Un dia se hallaba sentada junto á María que teniendo á su hija sobre las rodillas, la enseñaba á repetir algunas preces, en las cuales mezclaba tambien el nombre de Luciano.

La jóven la contemplaba distraida, repitiendo á la par las palabras del rezo.

De pronto se oyeron pasos en la escalera y una voz conocida de entrambas, que decia desde fuera:

—Abrid, hijas mias, soy yo; Juan que viene á veros.

Margarita se levantó con presteza y fué á dejar franca la entrada á su protector, que no tardó en aparecer.

—¡Ah! ¿sois vos? preguntó María dejando su asiento y besando una mano de aquel hombre á quien tanto debia: sois vos, que jamás os olvidais de estas desgraciadas que á no haber sido por vuestra piedad, hubieran muerto de miseria y de dolor.

—No hablemos de eso, ocupémosnos solo del estado de vuestro espíritu, de vuestra salud.

—Dios es misericordioso y me deja vivir para estas niñas, respondió María, yo acato su bondad y le doy gracias por sus beneficios.

—Bien, hija mia, bien; así os quiero, resignada y buena siempre; y tú, Margarita, ¿nada tienes que decirme?

—Yo.....

—Hace algunos dias que te veo pálida y triste, ¿qué tienes, me ocultas alguna pena?

—¡Oh, no! dijo la jóven procurando sonreirse.

—Sin embargo...

—Esa alteracion que notais en mí, acaso sea efecto de la variacion de mis costumbres: ¡la vida del campo es tan hermosa! luego aquí siempre, en la inaccion...

—Es preciso que adoptes alguna ocupacion, si, tienes razon; y apropósito de eso, venia á pedirte un favor.

—¿Á mi?

—Es forzoso que me ayudes, que trabajes algo por mis pobres.

—¿Y qué puedo yo hacer?

—Es muy sencillo, necesito confeccionar algunas ropas para mis enfermos, y tu podrias encargarte de ello.

—Lo haré con toda mi alma.

—Ya sabia yo que esa seria tu contestacion, y por eso venia prevenido, toma.

Y diciendo esto, Juan entregó á Margarita un gran paquete que llevaba oculto bajo el hábito, formado de varias piezas de lienzo, colocando á la par en su mano algunas monedas de plata.

—Eso, la dijo muy bajo, es el importe de tu trabajo; dáselo á María, hija mia, y remediad algunas necesidades.

—Pero.....

—Vamos, no será esto solo lo que tengas que hacerme: como he dicho, las camas de mis pobres necesitan ropas y es preciso atender á ello. Si hoy, como espero, el genovés Piola me facilita un préstamo de treinta ducados, haremos algunas compras y cubriremos algunas faltas; entonces te traeré nueva labor, y podrás emplear el tiempo de un modo útil y conveniente.

—Yo haré cuanto querais.

—Y yo tambien la ayudaré, hermano mio; yo estoy acostumbrada al trabajo y á las vigilias, dijo María tristemente.

—Bien, bien, acepto; ahora, me retiro.

—¿Tan pronto? preguntaron con afan las dos mujeres.

—Sí: debo ir como os he dicho casa de Piola, y luego se que me espera impaciente el marqués de Sandoval, cuya salud delicada aun.....

—¡Cómo! ¿Sandoval habeis dicho? preguntó María vivamente.

—¿Qué hay en ello que os asombre?

—¡Luego Cárlos vive! gritó ella con espansion.

—Sí: ya he dicho que me espera.

—¡Gracias, justo cielo! ¡qué peso se quita de mi corazon!

—¿Pero vos conoceis á Cárlos?

—¡Oh! sí, sí.

—¿Y le creíais muerto?

—¡Le juzgaba asesinado!

—Fué en verdad herido gravemente una noche, y yo.....

—¡Oh! sí; ahora recuerdo, ahora recuerdo que Margarita dijo á mi oido que el ser misterioso que yo creí una vision de mi mente, se llamaba Juan, el hermano de los pobres. Sí, vos recogísteis á Sandoval en el silencio de la noche, vos le llevásteis.....

—A mi hospital, donde ha permanecido muchos dias, pues yo ignoraba quien fuese, y él, privado del conocimiento, aturdido por la fiebre, nada me podia decir.

—¿Luego vos le habeis salvado?

—Dios que no quiso que pereciera; pero vos que no ignorábais su desgracia, conoceríais quizá á sus asesinos.

—Yo... respondió María turbada.

—Acaso sabríais el nombre de su enemigo.

—Sí, se que... pero no, no deis crédito á mis palabras, yo nada sé.

—Veo, hija mia, que no os inspiro confianza.

La jóven inclinó la frente sobre el pecho y guardó un doloroso silencio.

—Al hablaros de este crímen, solo queria preservar al marqués, que es un noble jóven, de un segundo atentado; pero jamás fué mi intento delatar á los culpables.

—Conozco vuestra santa bondad, pero.....

—Yo nada haría, os lo aseguro: eso se quedará para Sandoval, que sin duda abriga alguna sospecha.

—¡Cómo! ¿sospecha él?

—En su delirio hablaba de una carta, de una mujer cuyo nombre queria poner á salvo.

—¡Dios mio! ¿y la creia culpable?

—Juzgo que sí.

—¡Oh! pues yo os juro que no lo es.

—¿Vos podeis asegurarlo?.

—Sí.

—¿Mas cómo?

—Porque esa mujer soy yo.

—¡Ah!

—Yo, que impulsada por una fatalidad terrible, por una des-

gracia cruel, le escribí dándole una cita, pero que ignoraba cuál era el objeto de obligarle á acudir á ella.

Juan quedó pensativo algunos instantes.

En su rectitud y en su sencillez no podia comprender las palabras que estaba escuchando.

—Quisiera pediros una gracia, dijo María con acento suplicante.

—Hablad, hija mia; ya sabeis que siempre estoy anhelando seros útil.

—En medio de mi desgracia quisiera conservar puro mi nombre, pues ya lo sabeis, un hombre me arrebató la fortuna de mis padres, y no tengo mas herencia que legar á esta niña, que mi honra y mi ilustre apellido no manchado jamás por mí.

—Y bien?

—Yo quisiera que fuérais mi defensor ante el marqués.

—¿Y dará él crédito á mis palabras?

—Decis bien.

—Si vos misma pudiérais....

—¡Yo! ¡ah! eso no es posible.

—¿Y porqué?

—No quiero ocultaros nada; oidme y juzgad vos.

Maria resuelta á todo por librarse de las sospechas que Cárlos abrigaba acaso contra ella, refirió á Juan todo su pasado, su miseria, su desgracia, y como viendo moribundo y sin recursos á Luciano, y hambrienta y sin abrigo á su hija, habia accedido á escribir aquella carta que la hacia aparecer culpable: tambien contó el amor de Sandoval: amor inspirado en otro tiempo, pero respetuoso y oculto á la par.

—Tal vez su cariño se ha convertido en ódio, dijo cuando terminó su relato, y solo aguarda hallarse libre de su mal, para buscar á sus asesinos, entre los cuales me cuenta acaso. Si esto es así, mi nombre se verá envuelto en una causa criminal y yo moriré de vergüenza.

Juan conmovido por los ruegos de Maria se ofreció á reabilitarla á los ojos del marqués, á quien debia ir á ver aquel mismo dia.

La jóven confiando en él, quedó mas tranquila y le suplicó de nuevo que volviese á verla para calmar su ansiedad.

El protector de aquellas dos mujeres salió á la calle, y deteniéndose un instante murmuró:

—Si; es preciso hablarle en favor de esta pobre jóven, á quien creo inocente; pero ni ella ni yo hemos pensado que nos es preciso acusar á su hermano para que la verdad brille á los ojos de Cárlos. No se como hacerlo.....¡Bah! el cielo me iluminará; no creo que me abandone en esta ocasion. Pero aun no es hora de ir á la casa del marqués, es temprano: los grandes señores no están visibles siempre, y aunque lo estuviera para mi, debo respetar las costumbres de la sociedad. Trataremos entretanto de ver al buen Piola; el genovés, como mercader, madrugará mas y podrá verse á cualquier hora. Vamos allá y que Dios venga conmigo.

Entretanto María elevando al Señor una plegaria, le rogaba que el hermano de Lola diera crédito á las palabras del santo Juan.

—Si le cree, decia para sí, me tendrá lástima y por mí y por mi pobre hija querrá perdonar á mi hermano: Cárlos es noble y generoso, y acaso lo olvide todo y guarde silencio; Dios mio, Dios mio, escuchad mi súplica y no hagais que se aumente mi desgracia con nuevos temores y con nuevas penas.

LXVI.

El héroe de nuestra historia anduvo algunas calles y sin detenerse un momento. se encaminó á uno de los puntos mas céntricos de la poblacion.

Una vez allí penetró resueltamente en una casa principal y llamó con fuerza, esperando muy poco tiempo, pues un criado ricamente vestido salió á abrirle, preguntándole qué queria.

—Hablar con vuestro amo, respondió Juan tranquilamente.

—Mi amo no puede recibiros en este instante.

—¿Y porqué? preguntó el siervo de Dios insistiendo en entrar.

—Porque se halla sentado á la mesa con su esposa, mi señora, y ya veis.....

—¡Bah! no es esta razon suficiente, pasadle recado y tal vez...

—¿Y qué le he de decir?

—Decid simplemente que desea verle quien viene á proponerle un negocio para él de suma importancia.

Juan creyó que la palabra *negocio,* obligaria al genovés á reci-

bible, pues entonces como ahora, y apesar de que se llama metalizada á nuestra época, los hombres se afanaban por adquirir un puñado de oro, y las puertas se abrian con mas rapidez ante aquel que venia á ofrecer, que ante el que tendia la mano demandando ya fuese socorro, ya proteccion.

El criado nada tuvo que replicar y se alejó rogando á Juan que le esperase.

Un instante despues volvió á aparecer y dijo á Juan con mas cortesia que antes:

—Pasad, mi amo os espera en el comedor.

Él le siguió, y ambos cruzaron algunas piezas suntuosas, cuyo decorado dejaba comprender la riqueza del propietario de aquella casa.

—Aqui es, dijo el criado indicando una puerta por la cual penetró Juan con la tranquila humildad que le distinguia, hallándose en el suntuoso comedor del genovés.

Piola era un hombre que frisaria en los cuarenta años, alto, de aspecto grave y reservado, llevaba sobre su frente las prematuras arrugas que demuestran al hombre entregado á los negocios, buscando el modo de doblar su capital, y viviendo entre cifras y guarismos.

Sin embargo, su mirada era benigna, y se leia en ella algo de noble y bueno, que le hacia simpático apesar de su seriedad.

Su esposa mas jóven que él, y vestida con un lujo exagerado, se hallaba sentada á su lado, y ambos tenian ante sí una espléndida mesa, donde la plata y el cristal rivalizaban con los mas esquisitos manjares.

Juan se detuvo á la entrada: comtempló sin asombro aquel lujo, y saludó respetuosamente al genovés y á su compañera.

—¿Sois vos el que deseaba hablarme? preguntó Piola, fijando una mirada profunda é indagadora en el que acababa de presentarse á su vista.

—Sí, yo soy: contestó Juan sin desconcertarse.

—Habeis dicho que un negocio.....

—Efectivamente.

—Si quereis, pasaremos á otra pieza, donde podemos conversar á solas.

—No: ¿para qué? Aquí mismo expondré mi deseo, y vos me contestareis.

—Os escucho, puesto que así lo quereis.

—Ante todo, debo deciros quién soy.

—Por vuestro aspecto y por vuestro traje, he creido reconoceros; ¿vos os llamais...?

—Juan, el pecador.

—Juan de Dios el santo, os apellidan por doquiera.

—La gratitud de los necesitados supone lo que no es, y eleva á quien debe estar humillado.

—¿En suma...?

—Ya sabeis, puesto que me conoceis, que pido para los pobres, que son vuestros hermanos.

—Sí; mas.....

—Hace algun tiempo que las limosnas escasean, al paso que crecen las necesidades.

—Esa es una desgracia.

—Mis enfermos carecen de lo necesario, y yo no quiero que esto suceda. Por eso, anhelando buscar remedio á este mal, he pensado en vos.

—¿En mí? dijo Piola con asombro.

—¿En él? esclamó su esposa con enojo.

—Sí: respondió Juan con firmeza: en el rico mercader cuya fortuna le permite hacerme un empréstito de treinta ducados al menos, sin que por esto sus arcas queden vacías.

Al escuchar estas palabras la esposa de Piola, se levantó de su asiento como si un resorte de acero la hubiese arrojado de él, y gritó con acento en que se revelaba la cólera mal contenida:

—¡Dar treinta ducados mi marido! Sin duda no pensais en lo que habeis dicho.

—¡Oh! sí: lo sé perfectamente.

—Nosotros no somos tan ricos que podamos dar así nuestro dinero.

—Yo no solicito una dádiva, quiero un empréstito no mas, pues estoy cierto que Dios y la caridad me facilitarán los medios de devolver esa cantidad, cuanto pasen estos dias en que el Señor me prueba sin abandonarme.

—¡Devolverlo! ¡oh! no puedo escuchar semejante despropósito.

Y la dama se levantó con ademan altivo, con intento sin duda de salir de la estancia.

—Vámonos, añadió dirigiéndose á su esposo, porque supongo que no darás oidos á este hombre.

El genovés guardaba silencio sin atreverse á responder á Juan, hasta que viendo el ademan de su esposa,

—Espera, la esclamó; aun tengo que hacerle una pregunta.

Y dirigiéndose á Juan, le dijo con voz lenta y pausada:

—Buen hermano, acabo de oir vuestra peticion, y tengo que hacer solo una objecion á ella.

—Ya escucho, respondió Juan humildemente.

—¿Me pedís una suma no despreciable, ofreciendo devolvérmela en breve?

—Así es.

—Y en caso de que yo accediera á vuestra súplica, ¿quién será vuestro fiador? ¿quién responderá de vos?

Juan se quedó desconcertado y mudo por algunos instantes: al llegar á aquella casa, fiado solo en la bondad divina, no esperaba semejante pregunta, y por consiguiente no habia pensado el modo de responder á ella.

Cabizbajo y silencioso permanecia en medio de la estancia, sin saber qué partido adoptar, y sin reparar en la expresion irónica y maligna de la esposa del mercader, que le miraba con orgullo, gozándose en su confusion.

Mas de pronto los ojos de Juan se animaron, en sus lábios apareció una sonrisa dulce, y su frente se iluminó con el fuego de una idea.

—¿No me respondeis? preguntó Piola sin notar su animacion, ¿quién será vuestro fiador?

—¡Este Señor! contestó con acento vibrante é inspirado, sa-

cando de la manga de su hábito la imágen de un niño Jesus que siempre llevaba consigo.

En aquel instante un rayo de sol penetrando á través de los cristales, iluminó la cabeza del divino Niño, llenando al par la estancia de un resplandor puro y suave.

El mercader se quedó inmóvil.

Clavó su mirada en la sagrada efigie, cuyos ojos parecia que se fijaban en él de un modo suplicante y amoroso, y cuyos lábios entreabiertos y sonrientes semejaban dejar escapar estas palabras:

—Si yo fio á mi predilecto hijo, yo pagaré en mi Reino celestial las deudas que él contraiga en este mundo de un dia: el que socorre á los pobres á mí es á quien dá; el que tiende su mano al necesitado, hallará la mia que la sostenga y le ampare; hallará mis brazos que le acojan, hallará mi cielo por recompensa. Da ese oro á Juan, y mis tesoros celestiales estarán abiertos para tí: da ese oro á Juan y derramaré sobre tu frente mis bendiciones y mi amor!

Piola sentia penetrar estas palabras en su alma: quizá el ángel de su guarda las murmuraba á su oido.

Su esposa tambien se sentia admirada y conmovida.

La imágen del niño Jesus permanecia aun en la mano de Juan, de cuyo corazon se alzaba una plegaria, rogándole sin duda que moviese en su favor el alma del genovés.

Y Dios le oia, si; Dios cedia á su ruego, ¿y cómo no escucharle y atenderle si le inspiraba el amor y le sostenia la fe?

—Basta, murmuró el mercader precipitadamente, tendreis la suma que deseábais, y otra igual que yo añado para que rogueis por mí al Padre celestial que vertió su sangre por los justos y por los pecadores, y que hace salir el sol de un modo igual para los poderosos y los necesitados, probando de este modo que todos somos hermanos.

—Él se encargue de premiaros; respondió Juan lleno de gozo, y besando devotamente aquella divina imágen que ocultó otra vez entre su hábito.

Un instante despues, Juan de Dios salia de aquella casa lle-

vando, ademas de los ducados de Piola, algunos presentes que su esposa quiso ofrecer á los enfermos.

—¡Bendita sea la divina caridad que abre las arcas del rico en beneficio de los pobres! decia Juan atravesando los dinteles de aquella puerta. ¡Bendita sea la caridad cristiana! con esto, mis pobres no tendrán frio ni falta alguna en muchos dias!

Entretanto el mercader satisfecho de la accion que acababa de ejecutar, daba gracias al cielo por el placer que sentia inundar su alma, y por los bienes que le habia concedido para poder remediar la desgracia agena; sin sospechar que mas tarde, á la muerte de su esposa, daria todas aquellas riquezas á los pobres, y seguiria el ejemplo de aquel que acababa de hacerle comprender la dicha que esperimenta el corazon, cumpliendo con los deberes de la caridad y de la fe.

LXVII.

El marqués de Sandoval habia concluido por otorgar á Lola su perdon, vencido por las lágrimas de aquella jóven mas desgraciada que culpable.

Pero á medida que volvia á conceder á su hermana un lugar en su corazon, el deseo de vengarla, el de castigar á su infame raptor se alzaba mas ardiente é irresistible en su alma.

Cada gota de llanto de la infeliz Dolores, cada suspiro que la arrancaba su infortunio, queria hacerlos pagar muy caros al que habia sido causa de ellos.

Por otra parte, su situacion era penosa en demasia.

¿Cómo presentar á la jóven en una sociedad, que adivinando acaso su pasado, la rechazaria de su seno? ¿cómo dejarla tampoco sumida en la soledad y el aislamiento que tan triste tornaria su porvenir?

¿Qué lugar la ofreceria á su lado? ¿bajo qué título la haria permanecer en su casa?

Cárlos era muy desgraciado y la presencia de Dolores aumentaba su tormento y desgarraba su corazon.

Ella por su parte sufria tambien infinito. Tímida, acobardada, sin un recuerdo dulce del pasado, sin una esperanza para el porvenir, teniendo que ocultar su llanto delante de Cárlos, teniendo que contener sus suspiros por miedo de causarle un pesar; temblando de que su presencia le fuera enojosa; estremecida á la menor palabra, al menor signo de desagrado, la infeliz solo deseaba la muerte como término de sus males.

La salud de Cárlos era aun delicada y su convalecencia larga y penosa, por lo cual Dolores no le habia manifestado su proyecto de entrar en un convento y retirarse para siempre del mundo.

La infeliz aguardaba una ocasion para pedirle su consentimiento y el modesto dote que necesitaba, y que iba á pedir á Juan la noche que la encontró su hermano.

—Me valdré de él, habia pensado la jóven; tiene gran influencia con Cárlos y nada le negará, si, si: yo todo lo espero de ese enviado de Dios, de ese amparo de los que padecen.

Y aguardaba una ocasion de manifestar á Juan sus deseos.

Sandoval tambien deseaba la llegada de Juan con anhelo, pues sus dulces palabras, sus ins pirados consejos le hacian olvidar sus males.

Solos estaban los dos hermanos en una basta y lujosa estancia, cuando el apóstol de la caridad llegó junto á ellos, con su eterna sonrisa y su aspecto humilde y bondadoso.

—Gracias á Dios que os vemos entre nosotros, dijo Cárlos saliendo á su encuentro.

—¡Oh! si; murmuró Lola besando con timidez una mano de Juan, y fijando en él una mirada triste y significativa.

—Mi presencia puede ser de bien poca utilidad á los que gozan de los dones de la fortuna, y por eso.....

—No digais tal. Bien sabeis que la riqueza no constituye la felicidad, dijo Lola con acento melancólico.

—Tampoco ignorais, añadió Cárlos, que ambos os debemos grandes servicios, y que os amamos como á un padre.

—Bien, bien, hijo mio; yo tengo en mucho ese cariño, sobre todo ahora, puesto que por él me concedereis sin duda lo que vengo á pediros.

—¡Oh! ¿podeis dudarlo? hablad, hablad.

—En verdad, es una comision estraña la que traigo hoy.

—¡Como!

—Y no sé.....no sé como empezar.

—Cualquiera que sean vuestras palabras las escucharé con placer.

Juan quedó pensativo por algunos segundos y dijo despues:

—¿Recordais la noche que os hallé herido y moribundo?

—¿Como no, si mi gratitud para vos data de aquel dia?

—No es eso, no es eso; dijo Juan rápidamente.

—Entonces.....

—En esa noche acudíais segun creo á buscar una mujer que os habia dado una cita.

—Si.

—Y vos tal vez habeis sospechado.....

—¡Oh! no prosigais, porque esa duda desgarra mi alma.

—Pues bien: no abrigueis sospecha alguna un solo instante: esa mujer es inocente.

—¿Vos la conoceis?

—Si.

—¿Y quién os ha dicho?.....

—Ella misma.

—¿Ella?

—Hace algunas horas.

—¡María!

—Sí, María que teme que vos aumenteis su desgracia, complicándola en la averiguacion de ese crímen.

—¿Pero es desgraciada?

—La muerte de su esposo y la miseria que la cercan son motivos suficientes para que no sea feliz.

—¿Luciano ha muerto? ¿estais cierto de ello?

—Yo mismo recé las últimas preces junto á su yerto cadáver.

Cárlos se pasó la mano por la frente, y preguntó despues:

—¿Y estaba pobre? ¿han sufrido privaciones?

—El estado en que les hallé no me dejó lugar á dudarlo.

—¡Desgraciado! murmuró el marqués, pero ella...

—Ella está resignada, porque cree y espera.

—Pero sabe que yo...

—Os vió cuando caísteis sin vida entre las sombras, y cuando yo os alcé despues.

—¿Luego estaba allí?

—Sin duda.

—¿Pero cómo...?

—Nada puedo deciros, porque no es mio ese secreto.

—¿Y ella quiere justificarse á mis ojos?

—Ese es su deseo.

—Decidme, hermano mio, ¿tendreis inconveniente en llevarme á su presencia?

—De ningun modo; así os convencereis mas fácilmente de su inocencia.

—¿Y cuándo? preguntó Cárlos con ansiedad.

—Cuando el estado de vuestra salud lo permita, y cuando esos tristes recuerdos no puedan causaros mal.

—¡Oh! nada temais: la inaccion, el tédio que me consume es lo que puede dañarme, pero no averiguar lo que tanto anhelo saber.

—Entonces.....

—Fijad el dia.

—Hoy mismo.

—¡Hoy!

—Sí; esta tarde; vos vendreis por mí, y los dos, puesto que no es grande la distancia, llegaremos en poco tiempo.

—Aquí estaré, podeis quedar seguro de ello.

—¡Hasta la tarde, pues, hermano mio!

—Que el cielo os guarde, señor marqués: que Dios os bendiga hija mia.

Lola besó la mano de Juan, y al inclinarse para hacerlo, una lágrima silenciosa y ardiente, fué á caer en aquella diestra bienhechora.

Aquella lágrima iba á probar á Juan que Lola no era feliz.

—¡Llora al estrechar mi mano! dijo él cuando estuvo lejos. ¡Pobre mujer! es forzoso que ese corazon recobre la paz, ya que el sentimiento del deber ha penetrado en él; ya que aborrece la culpa, es preciso que pruebe la tranquilidad y la dulzura de la virtud. ¡Oh! yo hablaré con su hermano, y entre ambos, sin duda lograremos disipar el dolor que hoy la combate. ¡Triste humanidad destinada á regar con llanto tu camino! ¿cuándo comprenderás que tu pátria es el cielo, y que en la vida solo se hallan pesares y congojas? ¿cuándo despreciarás el mundo y sus halagos, para pensar solo en tu Dios?

LXVIII.

—¿Pero vendrán esta tarde? preguntaba Margarita sentada junto á María: vendrán esta tarde al fin?

—Eso acaba de decirme nuestro protector, y él nunca miente, ya lo sabes, hija mia, respondió la jóven viuda, en cuyo aspecto pudo notar su compañera un aire de temor y preocupacion.

—¿Pero vos conoceis al marqués de Sandoval, segun eso?

—¡Oh! sí, le trataba mi esposo en época mejor.

—Y ¿por qué solicita veros?

—No sé: ¡temo adivinarlo! y sin embargo, yo creo bueno y compasivo á Cárlos.

—¡Oh! esplicadme ese misterio.

—No es posible, hija mia, no es posible.

—Pero.....

—No me preguntes nada con respecto á Sandoval, yo te lo ruego.

—Está bien, obedeceré: murmuró Margarita un tanto contrariada, pues deseaba sin comprender por qué, saber quien era el marqués, y por qué venia á verlas aquel dia.

En el fondo de su pensamiento mezclaba sin darse razon de ello, al jóven que vió en el hospital de Juan, y al que debia visitarlas aquel dia.

De pronto unos golpes dados en la puerta de la casa, hicieron estremecer á las dos mujeres y esclamar á María con tembloroso acento.

—Ve á abrir, hija mia; ve á abrir.

Margarita se levantó apresuradamente, y fué á franquear la entrada á los recienvenidos que no eran otros que Cárlos y Juan de Dios.

Al ver al primero, la jóven lanzó un pequeño grito de sorpresa y asombro, y su angelical semblante se iluminó con la expresion de una alegria infinita.

Cárlos por su parte fijó sus ojos en Margarita, y sorprendido tambien no pudo menos de murmurar:

—¡Ella!

En aquella sola palabra, revelaba Cárlos que la imágen de la bellísima niña, habia permanecido fija en su pensamiento desde el dia que la vió, como una celeste aparicion.

—¡Ella aqui! volvió á repetir sin apartar su mirada del semblante de la jóven, que encendido y ruboroso, demostraba la agitacion que dominaba su alma.

Ni Cárlos ni ella se atrevian á dar un paso, pues parecia que una fuerza misteriosa é ignorada les encadenaba en aquel sitio.

—Pasad, hijo mio, dijo Juan dirigiéndose á Sandoval, sin comprender lo que pasaba en su alma: pasad, y tu Margarita, guíanos adónde está la hermana de tu padre.

—¡Ah! ¿esta niña es deuda de María?

—Es hija de su hermano.

—Si no me engaño la he visto otra vez.

—No es estraño que algun dia halla ido á buscarme, pues me me ama mucho, y me pide á menudo consejos; ¿es verdad hija mia?

La jóven por única respuesta besó la mano de Juan, pero sus lábios no se despegaron.

Cárlos no creyendo oportuno prolongar aquel silencio, rompió aquella especie de fascinacion que le dominaba, dió algunos pasos hácia adelante, y poco despues penetraba en la habitacion donde la viuda de Luciano le aguardaba.

Al llegar allí, Cárlos se descubrió y saludó respetusamente.

María contestó á aquel saludo inclinando su melancólica cabeza, y mostrándole un asiento cerca del que ella ocupaba.

—Perdonad, señora, dijo Cárlos si he querido veros: perdonad si vengo á turbar un instante con mi presencia el justo pesar que os domina, pero al oir hablar de vos á nuestro bondadoso amigo, no pude contener el impulso de mi corazon y vine.....

—Conque, ¿no me he engañado al creer que apesar de las apariencias que me culpan no.....

—Yo, María, sé que en vos no cabe la sombra de una mancha.

—¡Gracias! ¡oh! que peso quitais de mi alma.

—¿Y cómo pudísteis pensar que yo os juzgaria por un instante culpable?

—Ay, marqués: hay situaciones en la vida bien difíciles y amargas: la noche que os escribí.....

—¿Luego aquella carta era vuestra?

—Si: no trataré jamás de negarlo.

—Pero al tomar la pluma.....

—Cedí á una influencia superior á mis fuerzas.

—¿A la violencia acaso?

—Mas aun; á la violencia de la desesperacion.

—¿Sabian que yo acudiria á vuestro llamamiento?

—No dudaban de ello.

—Entonces no me esplico.....

—Yo no sabia para lo que os obligaban á ir á aquella casa. Mas aun: lo ignoro todavia: yo no sé lo que pasó en aquella horrible noche cuyo recuerdo me estremece.

—María, vuestras palabras me confunden, decidme al menos quien impulsó vuestra mano á.....

—Señor marqués, sé que defiendo una causa harto difícil; sé que exijo mucho de vos al suplicaros que me creais inocente; y sin embargo, quiero mas aun; quiero rogaros que nada me pregunteis sobre los acontecimientos que pasaron, y que casi son un misterio para mí: un misterio ¡ay! que no quiero penetrar pues tiemblo apesar mio de descubrir la verdad; porque esa verdad acusaria terri-

blemente acaso á personas, cuyo nombre me interesa como el mio propio, y que apesar de todo, ¡ay! son muy queridas para mí.

—Decis bien: es mucho exigir, y sin embargo.....

—¿Qué? preguntó María con anhelo.

—Estoy pronto á ceder á vuestros deseos: no se dirá jamás que el marqués de Sandoval ha desoido las súplicas de una dama, de una mujer desgraciada.

María conmovida en estremo, tomó de la mano á su hija y acercándola á Cárlos,

—Besa, hija mia, la dijo, la mano del marqués de Sandoval, y guarda en la memoria este nombre, para bendecirle todos los dias.

La niña obedeció, mas al fijar la vista en su madre, y ver las silenciosas lágrimas que corrian por sus mejillas, preguntó con su inocente voz:

—¿Por qué lloras mamá?

—¡Oh hija mia, lloro de gratitud.

—¿Por qué?

—Tu no puedes aun comprenderme: tu no me comprenderás nunca, porque ignoras el pasado de un hombre que debia reemplazar á tu pobre padre y que por desgracia.....

Maria se detuvo, y fijó sus ojos en Margarita que muda é inmóvil guardaba silencio asombrada de cuanto acababa de escuchar.

Multitud de pensamientos se agolpaban en la mente de la infeliz jóven, á quien un presentimiento terrible hacia estremecer.

Por otra parte, al escuchar el título de marqués de Sandoval, dado al hombre que por primera vez habia visto en el hospital de Juan, una nube triste y sombria habia velado su porvenir.

El recuerdo de aquel noble jóven de triste y simpática figura no se habia apartado un punto de su mente, ligándole á todos sus sueños, á todos sus deseos del porvenir.

Margarita, fuerza es decirlo, habia sentido por Cárlos uno de esos primeros amores, velados por la inocencia y santificado por la pureza: uno de esos amores que acoge el alma sin saber darles hombre aun, y que ella pobre niña,sin madre, sin amigos, sin un ser que la inspirase confianza, habia guardado en el fondo de su

pecho, dejándole crecer alli reconcentrado, puro, solitario.

Ninguna reflexion, ninguna valla habia podido Margarita oponerle, porque en su ignorancia del mundo, solo habia pensado en ocultarle como un tesoro, y en iluminar con la luz de aquella naciente llama su incierto y abandonado porvenir.

Pero al saber que el que era objeto de su ternura, poseia un título ilustre, pertenecia á la nobleza, era rico y descendiente de una familia elevada, su corazon se oprimió y creyó perdida para siempre aquella primera ilusion de su alma.

Cárlos, pobre, desgraciado, era para ella la esperanza, la felicidad: pero Cárlos opulento y marqués, era un imposible donde se estrellaban su anhelo y su porvenir.

Entonces, en aquellos breves momentos, se habia preguntado quién era ella, qué posicion ocupaba su padre en el mundo, y como respuesta á estas palabras María acababa de hacerla concebir una sospecha terrible.

La conducta misteriosa de Luis, sus ausencias, su aire preocupado unas veces, sombrio y receloso otras; la casa á que la habia llevado, y que pertenecia á Pedro Ansurez, aquel hombre que segun habia sabido por su misma hermana llevaba una existencia azarosa y vivia fuera de la ley; todo esto empezaba á derramar una luz siniestra en la mente de Margarita alumbrando con ella una sospecha espantosa.

Aterrada, estremecida como la pobre paloma á los primeros amagos de la tormenta, permanecia inmóvil y muda sin perder una sola frase de las que se escapaban de los lábios de María, que dominada por sus propios dolores no habia fijado la atencion en ella.

Entretanto Cárlos no creyó prudente prolongar mucho aquella entrevista y se disponia á marchar, y aunque tenia el corazon oprimido al ver la escasez y pobreza que cercaba á la mujer que habia sido en otro tiempo el amor de su alma, ni se atrevia á ofrecerle recurso alguno, ni á dirigirle la mas insignificante pregunta.

—Voy á ausentarme, señora; dijo al cabo: os dejo la seguridad de que los sucesos pasados que tanto parecen inquietaros serán un secreto que morirá en mi corazon; ¿podré en cambio esperar que

las puertas de esta casa estarán abiertas alguna vez para mí?

María dudó por un momento lo que habia de contestar.

Al cabo murmuró con acento vacilante:

—Aunque el círculo que debe frecuentar el marqués de Sandoval, no es ciertamente esta pobre casa, siempre que quiera nuestro protector podrá traerle á ella.

—¡Ah! dijo Cárlos; ¿Luego Juan?.....

—Es nuestra providencia: todo lo debemos á él: y él, pues, debe ser quien dirija nuestras acciones, pues hemos confiado en sus manos nuestro presente y nuestro porvenir.

—No digais eso, señora; yo nada soy, y sobre todo, puedo bien poco respondió Juan, que habia presenciado aquella escena en silencio.

—¡Oh! no: ¿qué seria de mí si Margarita no os hubiera conducido á mi lado? quizá á estas horas no existiria víctima del abandono y de la desesperacion,

—¿Fué esta jóven quien os dió á conocer al hermano Juan? preguntó Cárlos mirando á la niña con interés.

—Si, y entre ambos han sostenido mi valor en estos instantes de amarga prueba.

—Ya se que es deuda vuestra.

—Es la hija de mi único hermano.

—Y.....¿vive con vos? insistió Cárlos de nuevo.

—¡No tiene madre! respondió María con acento triste: está casi sola en el mundo, porque su padre.....su padre la ha confiado á mi cariño, se apresuró despues á decir temiendo haber dejado entrever la última parte de su pensamiento.

—El cielo os guarde á las dos; dijo el marqués próximo á salir.

—Dios os bendiga, hijas mias; añadió Juan dándolas á besar su mano: hasta mañana Margarita: vendré á traerte mas labor, y á que me des la terminada.

—Si, si, venid, dijo la niña, venid; soy tan feliz cuando me hablais de Dios y de las esperanzas del cielo, que todo lo olvido, y espero y confio!

—¿De veras? preguntó Juan enternecido.

—¡Oh! si: y ahora mas que nunca necesito veros y oiros.

LXIX.

Cárlos y Juan salieron á la calle.

—¿Qué trabajo dais á esa bella niña? preguntó el primero con interés.

—La traigo piezas de lienzo que ella convierte en ropas para mis pobres: así gana algun dinero, y acepta de mis manos lo preciso para que vivan las dos, sin que les sea tan violento como indudablemente les seria de otro modo.

—¿Y no cuentan con otros recursos?

—Creo que no.

—Maria era rica antes de su casamiento.

—Su tutor le negó los bienes que le pertenecian.

—Luciano tenia tambien una brillante posicion.

—Debida á su trabajo, y que concluyó cuando la enfermedad dejó caer los pinceles de su mano.

—¿Pero el padre de Margarita?.....

—Ese.....

—¿Cómo no acude en socorro de esas pobres mujeres?

—Si he de deciros la verdad, me temo.....

—¿Qué?

—Que ese desgraciado no camina por la senda derecha y santa de la virtud.

—¡Oh! si fuese él quien atentó á mi vida!.....

—¿Tenia algun motivo de ódio contra vos?

—¡No, pero quien sabe! las palabras de María me han hecho sospechar.....

—Sus temores, su silencio..... pobre María, y sobre todo, pobre Margarita tan inocente, tan pura.....

—¡Y tan hermosa! se apresuró á decir Cárlos. ¡Oh! es preciso que esas manos tan delicadas no se vean precisadas á ganar el sustento con el trabajo.

Juan miró á Cárlos con insistencia, y dijo despues:

—Dejadla, señor marqués, que viva pobre y laboriosa: Dios bendice el trabajo, y es mas dulce el sueño producido por el cansancio de una constante ocupacion, que el desvelo que trae en pos la culpa y la deshonra.

—¿Creeis?.....

—Nada creo, pero amo á esa niña como á una hija querida: desde que la conozco he sorprendido en su alma tesoros de virtud y candor, de ternura y de sencillez que no tiene ninguna otra, y he ofrecido en el fondo de mi corazon velar por ella y ser su escudo.

—Vos solo, y sin que ninguna de las dos sepan á quien lo deben, os encargareis de atender á sus necesidades, sacándolas de la pobreza en que están, y corriendo de mi cuenta sus gastos desde hoy.

—Es que.....

—Os juro por mi honor, cumplir la voluntad de Maria no viniendo jamás á verlas si no me acompañais vos.

—¡Oh! perdonad si dudaba en admitir vuestros dones para esas dos jóvenes dignas de mejor suerte.

—¿Luego accedeis á mi demanda?

—Mi afan es endulzar la suerte de los que sufren, ¿cómo, pues,

podia oponerme á ello cuando vos intentais superar mis deseos de un modo que no da lugar á temor alguno?

—¿Pero guardareis el secreto?

—Si, si; pues no quisiera que esa niña creyera jamás que os interesábais por ella.

—¿Por qué?

—Porque la mortificarian vuestras dádivas, y porque de la gratitud á otro sentimiento mas vivo, hay marqués, muy poca distancia.

Carlos quedó profundamente pensativo, y ni uno ni otro volvieron á hablar palabra, hasta que se separaron á la puerta del palacio de Sandoval, donde Juan habia querido acompañar á este.

LXX.

Cuando Cárlos se quedó solo despues de la entrevista que acababa de tener con María, su corazon se sintió mas tranquilo, pues el dudar de aquella mujer le hacia un daño incalculable.

Al atraer á su memoria las horas pasadas junto á la viuda de Luciano, por una consecuencia natural, la imágen de Margarita aparecia á sus ojos cercada del prestigio de su hermosura, de su juventud y de su desgracia.

Al pensar en aquella niña, cuyo porvenir era tan inseguro, se complacia en recordar las últimas palabras de Juan, que sin esplicarse la causa, sonaban en su oido de un modo grato y dulce en demasia.

—Juan supone sin duda que esa criatura angelical podria amarme, cuando intenta alejarme de ella. ¡Oh, se equivoca por cierto! Margarita es una niña, y yo aunque jóven aun, tengo el corazon muerto ya: mi imposible pasion hácia María ha envuelto mi alma en el desaliento y el pesar para siempre! para siempre, si; por que esa mujer perseguida por la desgracia, sombra pálida de lo que fué, no podrá amarme nunca tampoco.

Cárlos sin sospecharlo, empezaba á alimentar en su alma un sentimiento nuevo que debia mas adelante decidir de su porvenir.

¡Pobre corazon humano, frágil y débil hasta el estremo! siempre anhelando nuevas emociones y dispuesto siempre á dar cabida á nuevos deseos y á encontradas aspiraciones!

¡Pobre corazon, que cree inmutables sus afectos primeros, cuando nada hay durable en este mundo de un dia!

¡Pobre Cárlos, que lleno de juventud, de entusiasmo y vida, tenia el noble orgullo de creerse insensible á otro amor que no fuese el de la mujer que habia estremecido su corazon por la vez primera, cuando una mirada, una palabra, bastaban para destruir aquella creencia!

Conforme habia convenido con Juan, Cárlos se encargó desde entonces de los gastos de sus dos protegidas, bastándole para esto una pequeña cantidad, pues ellas vivian con muy poco, y apesar de las instancias de ambos, ni quisieron mudar de habitacion, ni variar en nada sus costumbres.

De vez en cuando, Cárlos acompañado del santo amigo de los pobres, iba á la humilde casa donde la viuda de Luciano le recibia, siempre triste, abatida siempre, pero llena de gratitud por la noble conducta de Sandoval, que habia guardado el mas profundo secreto del atentado contra su vida.

Y cada vez que este salia de aquella morada, asilo de la virtud y del candor, llevaba mas impresa en su alma la imágen de la hija de Luis.

El jóven se acusaba á sí mismo, intentaba una y mil veces alejar aquel recuerdo; pero cuanto mas luchaba con aquel pensamiento, le sentia mas tenaz, mas fijo en su mente.

Ni una palabra, ni una mirada suya podian dar á conocer lo que sentia, pues cada vez se hacia mayor violencia para concentrar en el fondo de su pecho aquella pasion naciente.

María y Margarita eran dos tipos opuestos que empezaban á trastornar y enloquecer al marqués. Las dos bellas, muy bellas, pero la una como la flor que nace con la aurora, púdica, y sin desplegar aun sus mejores galas, y la otra, como la rosa cargada con

las lágrimas del rocio, y mecida ya por las brisas de la tarde. La una con el prestigio de su virtud y de su dolor, la otra con el de su candor y su juventud.

Cárlos comprendia que su corazon necesitaba amar, que su alma sedienta de ternura necesitaba otra alma que satisfaciese aquel anhelo: que su hogar vacio necesitaba el calor y la alegria de la familia: pero estas ideas vagas é indecisas tomaban cuerpo y vida, ora ante el aspecto dulce y amoroso de María, ora ante la sonrisa inocente de Margarita.

Esta por su parte, incapaz de ocultar cuanto pasaba en su seno, demostraba la dicha que esperimentaba en presencia de aquel hombre, que era el perfecto ideal de sus primeros sueños de niña.

La viuda de Luciano empezaba á estar inquieta, y presentia algo de triste y de violento, como el pobre pájaro que adivina azorado la próxima tempestad, y temblaba sobre todo porque iba á verse privada por algun tiempo de los cuidados y de los consejos del que era un padre para ella, un amigo cariñoso y una segunda providencia.

Juan debia emprender un largo viaje, pues los intereses de sus pobres lo exigian asi.

Las necesidades de su hospital, en que se encerraban ya mas de doscientos enfermos, crecian de dia en dia, y las limosnas recogidas en Granada no eran ya suficientes á sufragar los diarios gastos, mucho mas cuando el santo fundador, atendia tambien á remediar las faltas que fuera de su casa encontraba á cada instante.

Decidido, pues, á no tener descanso ni á perdonar fatiga para remediar á los pobres, iba á dejar el cargo y el gobierno del hospital al justo y prudente Anton Martin, y á recorrer algunos puntos de Andalucia en demanda de limosna, acompañado de su fiel amigo Pedro Velasco.

Simon de Avila, quedaba tambien en Granada, para ayudar y secundar los esfuerzos de Martin en favor de los enfermos.

El viaje estaba resuelto, pues, y Juan lo habia participado á sus amigos, que lamentaban su ausencia antes aun de perderle de vista.

—¿Qué será de nosotros sin él? se preguntaba María tristemente.

—Cárlos quizá no vendrá mientras Juan esté lejos, se decia Margarita, para quien el mundo se iba reduciendo á Sandoval.

Lola tambien, que le habia manifestado su deseo de entrar en un convento, lamentaba su marcha, pues Juan la habia rogado que esperase á su regreso, para manifestar á su hermano aquella resolucion.

—Meditadlo entre tanto, hija mia, le habia dicho: semejante resolucion debe ser hija de la reflexion y del convencimiento. Las puertas de un claustro se cierran para no abrirse jamás, y ¡ay! de aquella que al traspasarlas vuelve una vez los ojos al mundo.

—Esperaré, le respondió Lola, pero estoy cierta de que mi resolucion es irrevocable.

Una vez llegado el dia de la partida, Juan se separó del venerable Anton Martin, encargándole una y mil veces sus pobres, sus queridos enfermos, que eran para él el amor y la alegria, la familia y los amigos.

—Cuidad que nada les falte, le dijo conmovido; y de vez en cuando nombradme en su presencia para que no se olviden de mí: tambien os ruego, hermano mio, que en la sala destinada para que se recojan de noche los infelices peregrinos y mendigos, no falte el fuego, y asi en torno del hogar podrán dormir al abrigo, y templados al calor de la santa caridad cristiana.

—Todo se hará como mandais, y en vuestro nombre, dijo Anton admirado al ver que el inagotable amor de aquel corazon generoso, no se olvidaba de nada que fuese en beneficio de los desgraciados.

Todos los pobres y los enfermos que pudieron tenerse de pié, salieron á dar el adios de la despedida á aquel que tanto debian.

Él empuñó su báculo, tomó la cesta de las limosnas, y saludando á todos con la mano, partió acompañado de Pedro, á quien decia mientras enjugaba una lágrima que rodaba por sus mejillas.

—¡Cuán hermosa es la gratitud! ¡oh! vedme aqui recompen-

sado en demasia: yo doy á los pobres mi tiempo y las limosnas que pido para ellos, y ellos me dan mas; me dan su amor y las bendiciones que piden á Dios para mí.

Cuando llegaron á la puerta de Elvira y salieron por ella á la extensa Plaza del triunfo, Juan tuvo el placer de hallar entre la multitud que corria á despedirle, á dos amigos á quien amaba en estremo.

El uno era el padre Alvarez, el otro el marqués de Sandoval.

—¿Y Francisca? preguntó el primero.

—Mi pobre hermana, respondió el sacerdote, está muy débil: apesar de nuestros esfuerzos la mata el recuerdo de lo pasado, y temo que no pueda realizar su deseo de consagrarse al Señor.

—Cúmplase su voluntad, esclamó Juan: hay dolores que solo se olvidan con la muerte.

—¡Ah!

—Buscar el reposo al pié del altar, ó buscarlo en brazos de nuestro divino Salvador, es igual, amigo mio, ¡oh, quien sabe! ¡acaso es preferible lo último! la vida es un valle de llanto; bendigamos la voluntad del que saca de él á las personas que nos son amadas.

El sacerdote estrechó la mano de Juan, murmurando:

—Dios vaya con vos, hermano mio, con vos, en cuyos lábios hay consuelo y esperanza para todos los pesares.

—Dios vaya con vos, dijo á su vez Sandoval, que se habia acercado á Juan, besando á la par su diestra.

—Velad por ellas mientras yo estoy lejos, respondió él solamente.

Y acelerando el paso, se perdió en la distancia, seguido de Pedro, que participaba con él de las bendiciones de la multitud.

LXXI.

Apoyado en su báculo, y acompañado siempre de Velasco, nuestro héroe caminó á pié y sin mas alimento que las limosnas que recogia á su paso, ni mas descanso que el preciso para no sucumbir al peso del cansancio.

Sostenido por su caridad, anduvo muchas leguas, visitó muchas poblaciones, hallando en todas la admiracion y el entusiasmo de que la fama de sus virtudes cercaba doquier su nombre.

Cuantiosas dádivas, rica cosecha de limosnas obtenia á su paso, limosnas que sin poder resistir los impulsos de su corazon, compartia con los pobres que hallaba en su camino.

—Si repartís entre los indigentes que hallamos las colectas que recogemos, nada tendremos que llevar á Granada, y nuestro viaje será casi inutil, le decia Pedro.

—Hermano mio, dar á estos pobres ó á aquellos, todo es darlo por Dios; y puesto que en nombre de Dios lo pedimos, dejadme hacer, que el Señor hará que tengamos para todos. Donde quiera que halla necesidades que remediar, allí debe acudir la caridad cristiana, hija del cielo, y madre bendita de todos los hombres.

Pedro nada tenia que oponer á estas razones, y ambos seguian

su marcha protegidos por el cielo, que no podia abandonarlos, cuando de tal modo se consagraban al bien.

Asi, y edificando á cuantas personas tenian la dicha de tratarlos, llegaron á Cabra, pequeña villa donde esperaban aumentar los fondos que llevaban, confiados en la caridad de sus moradores.

El nombre de Juan era ya bien conocido allí, y fué recibido con un amor y un entusiasmo indecibles.

Entre los que mas se afanaron por complacerle, fueron los primeros los nobles y generosos duques de Sesa, D. Gonzalo Fernandez de Córdoba, y su esposa D.ª María de Mendoza, dama de singular virtud, y costumbres intachables.

Juan se dirigió á ellas animado por su buen nombre, pues todos ponderaban su piedad y su fe.

Recibiéronle con cariñosa solicitud, y le brindaron con su amistad, que él se apresuró á aceptar y que conservó muchos años despues, como se ve en las cartas del Santo, publicadas al fin de su vida por el P. Manuel Trincheria.

Los duques de Sesa, no solo le socorrieron con grandes cantidades en metálico, si no que le entregaron tambien muchas piezas de lienzo y diferentes socorros para camas y objetos útiles para su hospital.

Juan les dió las gracias llorando de alegria, y les ofreció en nombre de Dios, que del bien que practicaban hallarian la recompensa en el cielo.

Edificados por sus palabras, arrastrados por la voz de aquel hombre sin igual, hicieron mas aun, señalaron limosna fija para el hospital, dando órden á su mayordomo de que enviase una cantidad igual todas las festividades del año, sin faltar jamás á este propósito, que tan alto hablaba en favor de aquellos esposos, cuyo nombre fué desde entónces bendecido por los pobres.

Con gran sentimiento de D. Gonzalo y de su digna esposa, salió Juan de la villa, recorriendo despues las principales ciudades de Andalucia, tornando al cabo á Granada con innumerable cosecha de dineros, efectos y toda clase de recursos y socorros, que distribuyó bien pronto entre los pobres.

LXXII.

El primer cuidado de Juan de Dios al llegar á su santa casa, fué satisfacer algunas deudas, que en su afan de que nada faltase á los enfermos, y confiando en la providencia divina, habia contraido antes de su marcha.

Una vez cumplido este deber, se dedicó de nuevo á sus anteriores ocupaciones, recibiendo un verdadero placer, al ver el órden y acierto con que Anton Martin habia cuidado de cuanto al partir le dejara encomendado.

Todo se habia hecho lo mismo que cuando Juan tenia bajo su inspeccion el hospital y sus dependencias.

Doscientos infelices, colocados en diferentes departamentos, y reposando en blandos y limpios lechos, recibian alli los auxilios de la ciencia, y eran atendidos con cariñosa solicitud, procurando por cuantos medios están al alcance humano, el alivio de sus dolencias.

El santo fundador de aquel piadoso asilo, les visitó uno por uno, y á todos les procuró consuelo con su amorosa palabra llena de uncion y de fe.

Despues, y sin escuchar los ruegos de Martin y de Simon que le instaban para que tomase algunos dias de descanso, salió á visitar á sus amigos, pues se sentia cuidadoso por ellos.

La niña Ginesa Pulido, á quien ya recordarán nuestros lectores que habia tomado bajo su particular proteccion, ocupó el primer lugar en su memoria, y á verla se dirigió antes de nada.

—Si yo no pienso en ese pobre ángel desvalido, nadie se cuidará de ella, y Dios que es su padre y que la puso en mi camino, me manda que no la deje abandonada á esos cuidados comprados por un poco de oro; ¡tambien su infeliz madre me agradecerá en el cielo los desvelos que consagre á su hija!

Pensando de este modo llegó á la risueña aldea donde habitaba la nodriza de Ginesa, y pudo ver que la niña estaba tan hermosa que parécia que los serafines sus hermanos venian cada mañana á añadir una flor mas á su virginal belleza.

Ella se sonrió al verle, y sus ojos se iluminaron con una alegria divina cuando Juan depositó un beso en su frente inmaculada.

Satisfecho por este lado, ofreció á la campesina un pequeño regalo en premio de sus cuidados, y salió de alli con ánimo de ver aquel dia á sus queridas hijas, Maria y Margarita.

Por esta vez el corazon de Juan sufrió un golpe doloroso, pues en el tiempo que habia estado lejos de ellas, halló un cambio notable en la jóven á quien amaba tanto, en la pura y hermosa Margarita.

Efectivamente, la hija de Luis habia perdido su alegria, y en sus mejillas habian reemplazado á las rosas de la salud, las pálidas tintas de la enfermedad ó de la pena.

¿Por qué era ocasionado aquel notable cambio? nadie lo sabia, ni á decir verdad, nadie habia tratado de averiguarlo.

Maria, que era la única que se interesaba por Margarita desde la muerte de Luciano, no veia en torno de sí si no su viudez.

Juan notó aquella trasformacion, y él en cuyo corazon hallaban eco todos los suspiros, se propuso saber por qué sufria la jóven y remediar el mal si estaba en su mano.

—Déjanos solos, hija mia, dijo á Margarita, déjanos solos un instante, tengo que hablar con María y quisiera que nadie viniese á interrumpirnos.

La jóven obedeció, y entonces su santo protector dijo con afan á la viuda de Luciano:

—¿Está enferma Margarita?

—¡No, hermano mio, no!

—Esa misma respuesta me ha dado ella, y sin embargo su semblante revela un dolor profundo, un desaliento infinito.

—Sospecho que sufre hace hace algun tiempo.

—¿Y no sabeis la causa?

—Jamás me lo ha dicho.

—¿La habeis interrogado alguna vez?

—Si.

—¿Y qué responde?

—Calla, pero se aflije: quiere sin duda ocultar su pena.

—¿Y vos no adivinais cual puede ser?

—Yo.....

—¡Oh! hablad por favor.

—¿Y si me engaño?

—Tal vez no.

—No se si debo.....

—Ya sabeis que amo á Margarita como un padre, y que quisiera verla feliz.

—Pero.....

—Mi alma padece con los sufrimientos de los demás, y, ya lo sabeis, estoy consagrado á enjugar el llanto de mis hermanos.

—¿Y si las lágrimas de Margarita las arrancase un imposible?

—¿Qué quereis decir?

—¿Y si su pena no tuviese remedio?

—Lo procuraremos al menos.

María movió lentamente la cabeza y murmuró:

—Si fuese lo que yo temo, ni aun intentarlo nos era dado.

—Pero hablad, esplicaos por Dios.

—Margarita es una niña: empieza á cruzar la senda de la vida

y por consiguiente se halla en una edad peligrosa: en la edad de las pasiones.

Juan miró á María con sobresalto.

—Si amase por vez primera..... dijo la jóven concluyendo su anterior pensamiento.

—¡Amar ella! ¿pero á quién?

—Solo á un hombre ha tratado, en el cual puede fijar su [illegible].

—¿Y ese hombre?.....

—Es Cárlos.

—¿El marqués?

—Si, el marqués de Sandoval; ya veis pues hermano mio, que esto seria un imposible para ella.

—¡Es cierto!

—Margarita es pobre.

—Si, pobre, y ademas su nacimiento....

—Su nacimiento es ilustre, respondió María con un ligero acento de orgullo.

—¡Ah!

—Si: Luis, el padre de esa niña, pertenece á una familia noble, ya lo sabeis: y su madre, esposa legítima de mi hermano, era descendiente de una de las familias mas dignas de Granada.

—Entonces.....¡quien sabe!

—¡Oh! no, no abriguemos esperanza alguna.

—Cárlos tiene en poco las riquezas.

—Lo sé: pero Cárlos acaso no amará nunca á Margarita.

—¿Y por qué?

—Porque..... María iba á decir á Juan la antigua pasion que Sandoval habia sentido por ella, pero contuvo las palabras en sus lábios y solo pudo murmurar:

—Margarita lleva en su frente un sello terrible.

—¡Cómo!

—La conducta de su padre será su eterna vergüenza.

—¿Y que culpa tiene ella, aunque vuestro hermano halla caido en el mal?

—Hay crímenes que el mundo no puede olvidar.

—¿Y son por ventura de ese género los de su padre?

María pareció vacilar por un instante, y despues fijando en Juan una mirada llena de confianza,

—A vos, dijo, á vos puedo decirlo todo, sois casi nuestro padre, y seria imperdonable ocultaros la verdad. ¿Habeis oido hablar de un hombre culpable hasta el estremo de haber cometido toda clase de delitos, y á quien sus compañeros apellidan Mano de Acero, por lo terrible de sus golpes?

—Si, si: dijo Juan rápidamente recordando la historia de Lola.

—Pues bien.....

—¿Qué?

—Ese es el padre de Margarita.

—¡Cielos?

—Ya veis.....

—Si: ya sé que entre ella y el marqués hay un abismo de lágrimas, que vos sin duda ignorais.

—¿Qué decis?

—¡Oh! es la historia de una mujer sumida en el cieno por vuestro hermano.

—¿Y esa mujer?.....

—Esa mujer, impura cortesana ayer, pecadora arrepentida hoy, es Dolores de Arévalo, hermana.....

—¡Hermana de Cárlos!

—Si.

—¡Dios mio, Dios mio! cuántos pesares y cuántos horrores trae en pos de sí el olvido del deber.

María inclinó la frente abrumada bajo el peso de sus reflexiones.

Juan tambien estaba meditabundo y triste.

—Es forzoso saber si Margarita ama á Cárlos, dijo al fin, es forzoso saberlo y evitar asi mayores males.

—¿Y nos querrá decir la verdad?

—Encargaos vos de eso, y como es demasiado sincera no os será difícil adivinarlo.

—Lo intentaré, puesto que vos lo deseais.

—¿Conoce el pasado de su padre?

—¡Oh! no: he guardado cuidadosamente este secreto que tanto me hace sufrir.

—Habeis hecho bien: el alma de Margarita se hubiera hecho pedazos, al tener que acusar al que le ha dado la vida. Los padres deben ser intachables á los ojos de sus hijos. En cuanto al marqués...

—¿Qué quereis decir?

—¿Ha venido á veros en mi ausencia?

—¡Oh! si, casi todos los dias.

—Es preciso que esas visitas acaben.

—¿Y como impedirlas?

—Yo se lo rogaré en vuestro nombre.

—¿Y con qué pretesto? murmuró la jóven: él ha sido siempre respetuoso y comedido, y creo que no debemos.....

—¿Y no pensais que cada dia que ella le vea ó le hable, será añadir leña al fuego en caso de que le ame? Sandoval es apuesto, gentil y noble: su alma generosa se refleja en su mirada, y ninguno como él sabrá pintar la pasion cuando su pecho se halle interesado. Ya veis que á la pobre niña no le seria posible resistir á tanta seduccion.

—Es cierto, murmuró María pensativa.

—Hoy mismo trataré de alejarlo.

—¡Hoy mismo!

—Si, si, cuanto antes: hablad con ella entretanto, y si se realizan nuestros temores, pondremos todos los medios de alejar de su alma esa pasion imposible.

Un instante despues, María sola y con la frente apoyada en su mano murmuraba estas palabras:

—Si, es noble, gentil y bueno: ¡Juan tiene razon! nadie como él puede comprender un alma apasionada, ¡oh! sí el corazon pudiera amar dos veces, Cárlos solo seria capáz de ocupar en el mio el puesto que Luciano llenaba un dia. Pero esto es un sueño, yo no debo, yo no puedo amar ya, ¡aunque á los veinte y cinco años es muy triste esta soledad del alma, este aislamiento eterno y sin fin! ¡oh! Dios mio, Dios mio, yo he nacido por cierto bien desgraciada.



Su Angel Custodio le revelaba en sueños el destino que le aguardaba.

Litografia de F. Casado, Campillo 32. Granada.

LXXIII.

—Vamos, se dijo María, no es posible dilatar ya el cumplimiento de los deseos de Juan: hablaré con Margarita y procuraré saber por ella misma si no me he engañado en mis temores.

La jóven se dirigió en busca de la niña, que se hallaba en una pieza inmediata.

Margarita con la cabeza oculta entre las manos lloraba silenciosamente muy agena de suponer que nadie la observaba en aquel instante.

Tal era su abstraccion, que no oyó los pasos de María que pudo llegar hasta ella, y apoyar la mano en su hombro preguntándola cariñosamente:

—¿Lloras, Margarita?

La jóven se estremeció, enjugó rápidamente sus ojos, y fijándolos en María, fingió una sonrisa mientras sus lábios tartamudeaban.

—No: no lloraba, era.....

—¿Por qué me ocultas tus pesares?

—Yo.....

—¿Por ventura, no te inspiro confianza suficiente para que vengas á depositar en mi seno esas gotas de llanto que prueban ocultos pesares y dolores acerbos?

—¡Oh! ya sabeis que yo.....

—Tú, hija mia, padeces, y como eres huérfana, como no tienes madre y te ves casi olvidada de tu padre, reconcentras tus sentimientos en el fondo del corazon, y buscas la soledad para desahogar tu pena.

—¡Si yo tuviera mi madre! murmuró Margarita dominada por aquellas palabras: si al menos viviese la pobre Juliana!

—Escucha, hija mia; antes de exigir de tí amor y confianza, debo pedirte perdon.

—¿Cómo, qué quereis decir?

—¡Cuando tu padre te confió á mi cuidado, atravesaba yo momentos muy amargos! dias de prueba y ansiedad, que le pido á Dios no sufras nunca. Abismada entonces en mi dolor, abatida despues por mi desgracia, no he pensado que al aceptar el depósito que me hacia mi hermano, me imponia deberes sagrados é imprescindibles que cumplir.

Margarita absorta y turbada no hallaba una palabra que contestar, ni adivinaba tampoco adónde iba María á parar.

Esta continuó:

—En mi egoismo, he creido que nadie sufria sino yo: no he comprendido que existian á mi lado seres infortunados que necesitaban tambien amparo y consuelo: hé aquí Margarita, hé aquí porque te ruego que me perdones.

—¡Dios mio! ¿es verdad?

—Si, si: y ademas mírame como mirarias á tu madre si viviese.

Margarita se arrojó en los brazos de la que venia á decirle tan cariñosas palabras: ella la besó en la frente con verdadera ternura y continuó:

—Ahora, dímelo todo; tu eres desgraciada, ¿es verdad?

—Si, si, dijo Margarita con abandono.

—¿Tú amas á un hombre?

—¡Ah!

—Responde.

—Si es amor este afan infinito que agita mi alma, si es amor este anhelar secreto, esta tristeza que me abruma, este llanto que se agolpa á mis ojos cuando la luz de una mirada no ilumina mi frente; si es amor esta incertidumbre de mi corazon, yo amo si, yo amo á un hombre cuyo recuerdo no se borra jamás de mi memoria, cuya imágen no se aparta de mis ojos, cuyo nombre vaga siempre en mis lábios, apesar mio.

—¿Y ese hombre es Cárlos?

—¿Y qué otro pudiera ser?

—¿Y no has pensado, Margarita, no has pensado en la distancia que os separa?

—Solo me he acordado de amarle.

—¿Y si esa pasion fuera un imposible?

—Le amaria siempre, aunque solo en ella encontrara la desgracia y la muerte.

—¿Y.....él?

—¡No sé, pero hay algo en el fondo de mi corazon, que me dice que soy correspondida!

—¡Deliras!

—No: es imposible que el fuego que alienta mi corazon, no temple tambien el suyo! no, no puede ser que Dios halla puesto un sentimiento tal en mi pecho, sin que el de Cárlos participe de él á la par: hay almas gemelas, que nacen la una para la otra, y las nuestras lo son sin duda.

LXXIV.

Las dos jóvenes guardaron silencio por algunos momentos.

María entristecida por lo que acababa de oir; Margarita llena de asombro por lo que ella misma se habia atrevido á decir.

La viuda de Luciano fué la primera que dijo lentamente y con acento conmovido:

—Margarita es forzoso que olvides á Cárlos.

—¡Olvidarle!

—Si, hija mia, sí: no hay remedio.

—Eso es lo mismo que exigir al corazon que contenga sus latidos, y al pensamiento que no forme una idea; ambas cosas solo pueden conseguirse de un modo: ambas cosas, como este amor, solo tienen un término.

—¿Y cual?

—¡La muerte!

—¡Margarita!

—¡Si quereis que le olvide, mandadme antes que muera.

—Si tú supieras.....

—¿Qué?

—No me pidas esplicaciones porque no podria dártelas, hay secretos que queman los lábios al revelarlos, y desgarran el alma que los penetra: pero créeme, hija mia, créeme y pide solo al cielo que borre de tu memoria la imágen de ese hombre, porque esa pasion es un sueño, del cual es forzoso que despiertes.

Un momento despues María se hallaba sola y esclamaba con sombrio acento:

—¡Mucho le quiere, mucho le quiere! y dice que él tambien... ¡Oh! eso no puede ser! ¿acaso es tan voluble el corazon humano? La pasion de Cárlos era síncera y grande como su alma.

María se acercó maquinalmente á un pequeño espejo que pendia de la pared y dijo con amargura:

—¡Cuánta diferencia de ayer á hoy! es verdad que he sufrido mucho y los sufrimientos marchitan la belleza, y atraen sobre el rostro una vejez prematura! pero..... ¿qué importa? yo no debo ya pensar en las vanidades ni en las lisonjas del mundo! ¡oh! Dios mio, Dios mio; vos y mi tierna hija debeis llenar mi pensamiento no mas. Tambien debo velar por esa niña, y para ello necesito decir á Juan el estado de su alma; él solo, él solo con sus consejos y su experiencia la puede salvar. Hablaré con él y le referiré cuanto acaba de pasar.

LXXV.

María refirió á Juan de Dios su conversacion con Margarita, la cual revelaba el estado de su corazon.

Por una intuicion sin igual, aquel hombre que solo pensaba en calmar las penas agenas, notó la amargura que turbaba el acento de María, y la observó en silencio durante el tiempo que estuvo á su lado.

Ella, sin pensarlo siquiera, dejaba adivinar las emociones que la dominaban, estremeciéndose visiblemente al hablar de Cárlos y del cariño que Margarita suponia en él.

—¿Lo sentís acaso? la preguntó él fijando una mirada en su semblante.

—Solo por ella, respondió vivamente la jóven.

Pero Juan tuvo tiempo de ver que el encendido color de sus mejillas demostraba rubor ó confusion.

—Hoy mismo veré al marqués, dijo entonces, ya no es posible aguardar mas.

María nada respondió, y ambos se separaron, dirigiéndose él á la morada de Sandoval.

Este, que amaba y respetaba á Juan de Dios como á un padre, le recibió al instante tendiéndole su mano, y besando la diestra de su santo amigo.

Juan se informó de su estado, con un cariño verdaderamente paternal.

—Mi salud es buena, respondió Cárlos; pero mi espíritu padece.

—¿Y por qué?

—¡Oh! mientras aliente el infame que ha llenado de vergüenza y de dolor el porvenir de mi triste hermana, no tendré un instante de reposo.

—¿Todavia pensais en la venganza? preguntó Juan tristemente.

—Es mi único sueño.

—¿Apesar de mis ruegos?

—Pedidme mi vida, mi existencia, todo. No vacilaré, porque os debo mucho. Pero no me exijais que renuncie á lavar mi honor con la sangre de ese miserable.

Juan inclinó la frente, y esperó que Dios, cediendo á sus reiteradas súplicas, cambiaria algun dia el pensamiento de Cárlos.

—¿Quereis ver á Lola? le preguntó el marqués queriendo variar de conversacion.

—Ahora no, mas adelante.

—En sus habitaciones se halla, y cuando lo deseeis, os acompañaré á ellas.

—Antes quisiera hablar con vos un instante.

—¿Conmigo?

—Sí.

—Ya os escucho.

Juan permaneció indeciso algunos momentos.

Incapáz de mentir, no sabia como empezar aquella conversacion, de la cual acaso iba á depender el porvenir de Margarita.

Cárlos vió su turbacion, y creyendo que la causa de ella era que Juan queria hacer alguna peticion para sus pobres y no se atrevia empezar,

—Vamos, le dijo ¿tan poca fe teneis en mi amistad, que vacilais al ir á hacerme una peticion?

—Es tan extraña la que ahora me trae, que teneis razon; no sé como formularla, cuando además depende de ella acaso la tranquilidad y la paz de una niña inocente y pura.

—¿Quereis hablar de Margarita acaso? preguntó Cárlos con una viveza extraordinaria.

—¡Sí, de ella, no os equivocais!

—¿Le ha ocurrido alguna desgracia? ¿necesita algo? ¡oh! hablad en nombre de Dios, todo cuanto poseo, mi fortuna mi vida entera, son poco para.....

—Calmaos, dijo Juan viendo la ansiedad y la palidez del jóven, no se trata de eso.

—Decid pronto, entonces.

—Mucho os afanais, hijo mio, y eso mismo me hace dudar de que accedais á lo que vengo á demandaros.

—¡Oh! no, os aseguro que á todo estoy dispuesto.

—¿A todo? ¿hasta dejar de verla para siempre?

—¡Ah!

—¿Si es así.....?

—¿Dejar de verla?

—Eso es lo que os vengo á suplicar.

—¿Pero por qué? esplicaos por Dios.

—Hijo mio, vuestra presencia puede amargar eternamente el porvenir de Margarita, y por eso yo os vengo á suplicar que eviteis esta desgracia.

Cárlos que no comprendia el motivo que tenia Juan para dar este paso, palideció aun mas ante una sospecha que penetró en su alma, y preguntó con opaca voz:

—¿Os ha dicho ella que vengais á verme? ¿me hablais acaso en su nombre?

—No, señor marqués, Margarita ignora el paso que doy en este instante.

—Entonces..... ¿ama á alguien?

—Quizá empieza á sentir su corazon el primer amor.

—¿Y yo soy un obstáculo tal vez para el hombre á quien ama? dijo Cárlos con un movimiento de cólera.

—Ya que no me entendeis, forzoso será que me esplique.

—Hacedlo de una vez.

—Margarita, que es una niña inocente y falta de esperiencia, fijaria acaso sus miradas donde jamás pudiera alcanzar su mano: ¿qué estraño seria, hijo mio, que esa jóven que solo á vos ve, que solo á vos trata, pensase tambien en vos? y si esto sucediera ¿no seria una desgracia para la pobre hija del trabajo, adorar en silencio al noble señor que rico y descendiente de una opulenta familia jamás podria pagar su cariño, con un amor digno de los dos?

—Juan, lo que decis es sin duda una suposicion harto remota, dijo Sandoval suspirando.

—No, marqués, respondió Juan, es una triste verdad.

La frente de Carlos se iluminó como un rayo de fugitiva alegria, que pasó desapercibida para su interlocutor.

—Conozco vuestra nobleza, continuó éste, sé la rectitud de vuestro corazon, y estoy seguro que no abusareis de este secreto que vengo á confiaros, poniendo en vuestras manos la suerte de Margarita.

—¡Yo! ¿pensais...?

—Pienso solo que sois un caballero, y que me ayudareis á evitar un mal irremediable.

—Pero ¿estais cierto de que ella.....?

—Si, muy cierto, os ama, os ama; y quizá pongamos el remedio tarde.

—Mas ¿por quién lo sabeis? ¿quién os ha dicho.....?

—Sus mismos lábios, dijo Juan sin notar el interés que Cárlos manifestaba.

—¿Por ella misma?

—La infeliz no ha podido ocultar este sentimiento que la domina, y cediendo á las instancias de María, le ha confiado la verdad.

—¿A María?

—No tiene si no á ella en este mundo. ¡Oh! amigo mio, ceded

á mis ruegos, salvad á esa niña de una pasion que le seria funesta, haced que no os vea, que no oiga vuestra voz: tal vez la ausencia hará que olvide ese sueño, que siendo irrealizable la haria verter muchas lágrimas.

Cárlos quedó pensativo por algun tiempo sin saber qué responder á aquel hombre sencillo, que tan confiado y tan ingénuo venia á decirle que era amado por una mujer harto pura y harto bella por cierto.

—¿Con que cedereis á mis ruegos? ¿no es cierto?

—Pero en fin, ¿qué es lo que venis á exijir de mí?

—Que os alejeis de Margarita, que no volvais á aquella casa donde vuestra presencia puede hacerla creer que os inspira algun interés: esto nada os cuesta: vos sois jóven, rico, y el mundo os brinda por doquier placeres y distracciones; además, poco halagüeño es, ni tiene atractivo alguno pasar una ó dos horas en una morada pobre, y en compañia de dos mujeres, que ni tienen alegria ni pueden prestarla á nadie; asi tal vez esa jóven, que siente por primera vez latir su corazon sediento de ternura y afecto, porque hasta ahora no ha tenido un ser que se interese por ella, asi tal vez repito, perderá la esperanza, y buscará en otra parte ese cariño que no puede hallar en vos: ¿que decis pues?

—Dejadme algun tiempo para pensarlo, respondió Cárlos. Tal vez lo que exijis, fácil y posible ayer, sea hoy un sacrificio para mí. Yo tambien estoy solo, sin un ser que me comprenda, con el corazon cansado y el alma entristecida. Tal vez.....

—¡Oh! Cárlos, hijo mio: advertid que entre Margarita y vos media un abismo; la diferencia de posicion, la distancia de fortuna.

—Juan, ¿el que tenia en poco la vida ayer, por el hastio que le inspiraba el mundo, creeis que tenga en algo las riquezas hoy?

—Guardaos de pensar en eso; ahora es fácil, hacedlo en nombre de Dios, vos no podeis jamás llegar hasta Margarita, un mar de lágrimas os separa para siempre: ceded, Cárlos, y no intenteis traspasarle.

—¿Qué quereis decir?

—Que es tan imposible que el uno seais del otro, que si vos no

atendeis á mis súplicas, si desois mi peticion, yo mismo seré quien por fuerza arrancaré á Margarita de vuestro lado, yo mismo la llevaré lejos.....no sé donde aun, pero á un lugar donde la libraria del infortunio que de otra suerte podria caer sobre ella.

Habia tal fuerza en el acento de Juan, que el joven le miró asombrado.

Jamás le habia visto espresarse de aquel modo.

—Ved, le dijo apesarado, y no queriendo de modo alguno separarse de él en aquella disposicion de ánimo: ved que yo no os he negado lo que pedis: he pedido solo un plazo para responder.

—Os lo concedo, respondió Juan dulcemente, y deseando á su vez conciliarlo todo, os lo concedo hasta mañana.

—Está bien; hoy soy libre de ver á Margarita, y mañana.....

—Mañana dareis una respuesta á mis palabras de hoy.

Juan de Dios se alejó entristecido y preocupado, presintiendo muchas desgracias para aquellos seres que como todos los que sufrian, eran tan queridos de su corazon.

Mientras caminaba deprisa y con la frente inclinada, se repetia sin cesar:

—Es preciso separarlos: quién sabe donde les arrastraria ese amor, y antes quiero verla desgraciada en este mundo, que manchada con una culpa á los ojos de Dios. ¡Oh! si Cárlos supiera que el causador de la desgracia de su hermana, el seductor de Lola es el padre de Margarita, acaso querria devolverle deshonra por deshonra, ó al menos ese deseo de derramar su sangre causará la desventura de entrambos. La suerte los separará y es preciso resignarse. Al menos, Dios mio, iluminad mi pensamiento para que yo obre segun vuestras inspiraciones y conforme á vuestra voluntad.

LXXVI.

Cuando Juan de Dios dejó solo al marqués, éste se dejó caer en una silla y permaneció silencioso por algunos instantes.

En su mente apareció la imágen de Margarita, pura, enamorada y hermosa, sonriéndole con pasion y cifrando en él sus esperanzas.

Con esa vivacidad, como el pensamiento recorre el pasado, volvió la vista á los dias de su anterior existencia, y solo halló en ellos vacio, decepciones y soledad.

Su morada le pareció desierta, y su hogar sin calor ni luz, desde la muerte de sus padres.

Es verdad que ahora su hermana vivia á su lado, y procuraba embellecer y acompañar su existencia con sus cuidados y su cariño.

Pero Lola doliente y resignada, era para él un recuerdo perpétuo de pesar y afrenta, y la presencia de la pobre jóven le entristecia y le inspiraba un sentimiento de furor imposible de dominar: por otra parte, el sentimiento fraternal no bastaba á llenar su alma; jóven, ardiente y apasionado, ni á darle esas horas sin fin de

felicidad indecible con que un amor correspondido llena por doquier la vida.

Margarita solo podia ofrecerle todo esto: Margarita cuyo corazon, segun habia dicho Juan, guardaba para él un tesoro de pasion infinita.

Cárlos, pues, sintió desarrollarse en su alma de una manera rápida y violenta, la llama de un amor puro que podia hacerle feliz, de un amor nuevo y no sentido por él hasta entonces.

Es cierto que antes, cuando aun no conocia aquella niña, habia sentido por María una pasion oculta, y encerrada en el fondo de su alma, pero aquel cariño repelido por la razon, contenido por el deber, ni le habia dado un instante de dicha, ni le habia podido brindar con esperanza alguna.

María no era libre, María no habia podido corresponderle, y esta creencia arraigada en su pecho, habia borrado de él la idea del amor, dejando en cambio una sincera y desinteresada amistad.

Además, entre los dos jóvenes no podia haber entonces parangon alguno.

La una era el pálido crepúsculo del sol que se aleja: la otra la ardiente y viva luz del medio dia.

—Yo he sido muy desgraciado; murmuró el jóven lentamente, despues de algun tiempo de melancólica reflexion: yo he sido muy desgraciado, y esa mujer pudiera ofrecerme la ventura, porque es candorosa, por que es bella, porque es inmaculada. Y dicen que existe un imposible entre los dos; que es pobre, que la sociedad la ha colocado en otra esfera que á mí. ¡La sociedad! ¿y qué me importa? ¿por ventura, ha podido ella secar una de las ardientes lágrimas que ha arrancado de mis ojos, la soledad, el aislamiento, la absoluta carencia de toda ternura, de todo afecto sobre la tierra? ¿ha venido ese mundo, por el cual quieren que hoy me sacrifique á derramar una gota de bálsamo en la acibarada copa de mi existencia? no, y mil veces no: y pretender que ahogue por él este dulce afan que ahora siento; este pensamiento que me alhaga, este amor en fin que empieza á embellecer mis horas? este amor, si, porque yo amo á Margarita, si; yo no puedo ocultármelo: el pla-

cer que esperimentaba al saber por ese hombre que era querido, que su corazon me pertenecia, me lo revela de un modo harto claro y elocuente. ¿Y quieren que yo ofrezca no volverla á ver? ¿que yo prometa separarme de ella? no, no, jamás: antes bien quiero hablarla, oir de sus lábios que se interesa por mí y entonces..... pero, y las frases que pronunció Juan de Dios? ¿ese hombre justo entre los justos, santo entre los santos? él dijo...¡oh! de todos modos yo quiero saber la verdad, y solo Margarita puede sacarme de esta duda. Puesto que su porvenir y el mio se juega en esto, ella y yo solo debemos entendernos, nadie tiene derecho para.....

El razonamiento de Cárlos fué interrumpido, pues Lola levantó un tapiz y penetró tímidamente en la estancia de su hermano.

—¡Ah! ¿eres tú? preguntó el jóven.

—Si, respondió la pobre Dolores; vi salir á nuestro amigo, y he venido.....

—En efecto, Juan acaba de separarse de mi lado.

—¿Y no te ha dicho.....?

—¿Qué?

—¿Nada te ha hablado de mis proyectos?

—¿De tus proyectos?

—Si, hermano mio.

—Nada me ha dicho.

—Yo le supliqué.....

—Pero si deseas alguna cosa, preferiria saberlo de tu boca.

—Pues, bien, Cárlos, yo se que mi presencia te es enojosa.

—Lola.....

—No me lo ocultes, yo se que mi vista te recuerda pasados dolores, dolores que yo á costa de mi sangre quisiera evitar.

La voz de Lola al pronunciar estas palabras era triste y conmovida: parecia empapada en llanto.

Cárlos la sentia penetrar en su alma sin atreverse á responder.

—Me has otorgado tu perdon, continuó ella, pero, ¡ay! no me has concedido tu amor! apesar de tus esfuerzos no eres el hermano antiguo, á quien una mirada ó una palabra hacian sonreir de pla-

cer. ¡No te culpo, no, tu no has podido hacer mas! el olvido completo de faltas como la mia solo mi madre puede concederlo. Si la nuestra viviera.....

—¡Ah!

Lola se enjugó una lágrima y continuó:

—Yo tambien sufro, no lo dudes; yo tambien me considero una estraña en esta casa que no soy digna de habitar, y por eso te ruego que.... me des tu consentimiento para tomar el velo en un convento cualquiera.

—¡Tú en un convento!

—Ese es mi deseo.

—¡Tú monja, tú sepultada para siempre en un claustro! ¡tú que habias nacido para ser el ornato y el orgullo de esta casa: tú á quien yo he amado tanto! y todo destruido, perdido todo, ¡oh! Dolores, Dolores, tienes razon: esto es horrible!

—¡Ya lo ves!

—¡Y no poder castigar al infame que asi ha deshecho tu porvenir: que asi ha marchitado la flor cuyo aroma debia embalsamar el santo hogar de mis mayores! ¡si al menos yo le hallase, si le obligara á devolverte la honra que te arrebató! si cubriera su infamia con su nombre, luego aunque yo le matase nada me importaba; y al menos aunque fueses la viuda de un criminal, serias una mujer honrada.

—¡Oh! no abrigues semejantes proyectos Cárlos, no pienses así por Dios.

—¿Que no piense asi cuando los dos padecemos tanto? porque yo te amo; yo te amo lo mismo que cuando en tu frente inmaculada recibias mi beso fraternal; yo te amo lo mismo que cuando cobijados en el seno de nuestra madre pagábamos sus caricias con una sonrisa inocente, y este cariño que me inspiras lo creo una debilidad, y lo oculto en el fondo del pecho, y me avergüenzo de él; ¡y mi corazon me manda abrirte los brazos, y estrecharte en ellos Lola mia, mi pobre hermana! pero el honor ultrajado, el deber, tu culpa me retraen.....

—¡Dios mio, Dios mio!

—Y hay momentos como este, en que mi espíritu necesita espansion, y mi alma busca la tuya, y necesito decirte ven hermana mia, pobre ángel caido, ven y llora en mi seno.

—Cárlos, gritó la jóven arrojándose en los brazos de Sandoval que la estrechó en ellos con delirio.

—Pero que te vea, que nadie sepa que puedo olvidar que has sido.....

—¡Calla! ¡calla!

—¡Oh! ¡que yo encuentre á ese hombre, que yo le encuentre, es preciso que lo mate!

Y con un movimiento desesperado se separó de Dolores, que le sujetó angustiada.

—Déjame que me vaya á un convento, déjame, Cárlos por favor.

—Cuando logre hallar á tu seductor: cuando entre él y yo quede satisfecha esta deuda terrible, entonces, si quieres podrás consagrarte á Dios: espera entre tanto, espera, que no hay otro medio que sufrir.

LXXVII.

Cárlos se tranquilizó despues de algunos instantes, y cuando ya la presencia de Lola no exacervaba su pesar.

Cuando un sentimiento nos domina, todos los demás ceden ante él, como las luces fugitivas de la ncche, ó el palido brillo de las estrellas, desaparecen ante la ardiente y vivificadora luz del sol.

Esto sucedia al marqués de Sandoval con su nuevo amor, con su amor á Margarita.

Mientras habia durado la ausencia de Juan, habia visitado muchas veces á las dos protegidas de éste, y en aquellos dias, la dulzura de la jóven, su inmaculada pureza, su candor y su virtud, fueron insensiblemente apoderándose del alma del marqués con la frecuencia del trato.

Algunas conversaciones habidas con la hermosa niña le habian hecho sospechar lo qne su santo amigo le manifestara en su última entrevista, y esta sospecha llenándole de ilusiones le habia hecho concebir una esperanza, antes de que él mismo pudiera darse cuenta de lo que anhelaba.

El aviso de Juan, lejos de haber puesto una valla entre aquellos dos corazones, solo iba á unirlos mas íntimamente sin duda, pues les habia dejado conocer clara y distintamente el estado en que se encontraban.

—Es necesario que yo hable con ella, murmuró Cárlos, despues de recordar una por una las palabras de Juan de Dios: si es cierto que me ama, ¿por qué he de hacerla infeliz? ¡oh! por deber, por gratitud al menos debo consagrarla mi vida.

El marqués no queria confesarse aun que la adoraba por un sentimiento libre y espontáneo de su alma: acaso en su interior se acusaba de voluble, viendo que María era una amiga dulce y buena para él, pero solo una amiga ya. Por eso apellidaba gratitud, lo que era ya pasion irresistible y profunda.

—¿Cómo haré para verla á solas? se dijo: en presencia de María no me es posible hablar con ella, ¡oh! que idea: yo la he oido decir que algunas tardes va á S. Luis á elevar al cielo sus plegarias; si cuando sale pudiese encontrarme con ella! Mas yo no puedo aguardar, he dado á Juan mi palabra de responderle mañana, y antes quiero sondear su ánimo: debo verla esta tarde pues, para ello la escribiré y deslizaré mi carta en sus manos, cuando vaya á su casa y aprovechando el primer momento oportuno, le diré que la espero en la puerta del templo, que no deje de ir: esto es lo mejor.

Sandoval trazó algunas líneas en una hoja de papel fino y perfumado, y tomando su capa y su sombrero de manos de uno de sus criados, salió en direccion de la casa de María.

Todo salió á medida de sus deseos, y media hora despues, Margarita pálida y trémula leia oculta en el mas apartado rincon de su aposento la carta misiva del jóven.

La niña temblaba como la hoja del arbol impulsada por un fuerte huracan.

Por la primera vez de su vida tenia un secreto que ocultar, y este secreto del cual dependia su felicidad, encendia su frente y la hacia estremecer.

Despues de cuanto habia hablado con María, el darla parte de

aquella cita, hubiera sido imposibilitarse de poder acudir á ella, y Margarita, enloquecida por su amor, no queria renunciar el placer de hablar á Cárlos.

Su inesperiencia, su falta de mundo, la especie de libertad en que habia vivido siempre, sin una madre que la guiase, sin un padre que viviese á su lado, la hicieron mirar aquella entrevista como una cosa fácil y natural, y decidió en su interior no dejar de acudir á ella.

¡Pobre niña ignorante y apasionada! ¡pobre corazon ingénuo y amante; pobre mariposa que corria en pos de la llama en que era fácil quemase sus alas, sin pensar ¡ay! que las pasiones son el mar agitado y proceloso, donde se estrella la barquilla de nuestra vida!

Margarita leyó muchas veces aquellos renglones que la trastornaban, y despues guardándolos sobre su corazon, esperó llena de ansiedad la hora en que segun su costumbre, salia de su casa para dirigirse á S. Luis, muy poco distante de la morada que ocupaba.

LXXVIII.

El sol se habia ocultado.

La noche se aproximaba ya rápidamente, y la hora en que debia tener lugar la entrevista de Margarita y Cárlos se acercaba.

Las campanas de la poblacion anunciaron con su lengua de bronce que un ángel del Señor aguardaba de rodillas la oracion de los hombres para elevarla entre sus impalpables alas á los piés de la Madre de Dios.

Ante aquel misterioso sonido todas las frentes se descubrieron y de todos los lábios brotó simultáneamente esa dulce plegaria en que por tres veces cada dia recordamos que el Hijo de Dios encarnó en el seno de la inmaculada Vírgen para dar principio á nuestra redencion.

Entonces se conservaban aun las piadosas costumbres en nuestra pátria, y el hombre no se avergonzaba de rezar y de elevar su dulce y cariñosa salutacion á la inmaculada Reina del cielo. ¡Dichosa edad de fé y religion! época feliz de creencia y de piedad!

Un hombre embozado hasta los ojos y ocultando el rostro bajo las anchas alas de su sombrero, salió del hospital de Juan, descendió por la calle de Gomerez y cruzando á buen paso la Plaza Nueva,

se encaminó hácia la calle del Aire, y por ella á las que conducen á la ancha cuesta de San Gregorio.

Algun tiempo anduvo, recatándose siempre, como temeroso de ser reconocido, y deteniéndose de vez en cuando, acaso para recordar las señas del punto adónde se dirigia, ó para orientarse del lugar en que se hallaba.

Al fin, y mirando en torno con atencion, se detuvo ante una casa de humilde apariencia, y sus lábios murmuraron con acento imperceptible:

—Aquí debe ser.

Despues se acercó á la puerta, y dió algunos golpes en ella, quedo primero, y con mas impaciencia despues.

Al cabo de algun tiempo de espera, la entrada quedó franca, y una voz dulce y suave preguntó desde el interior:

—Eres tú, Margarita?

En el rostro encubierto del que esperaba se reflejó un destello de alegria, no sabemos si al percibir aquel acento, ó al escuchar el nombre que murmuraba.

Ni una sola palabra contestó sin embargo, limitándose á cerrar tras sí y á subir rápidamente la escalera.

Un grito se escapó de los lábios de la mujer que esperaba, al reconocer su error, y retrocediendo dos pasos, se preparó á huir aterrada ante la presencia del desconocido.

Este, conociendo el terror que inspiraba, se apresuró á bajar el embozo de su capa, á la par con voz breve:

—María, calla, un grito pudiera perderme, soy yo: ¿no me conoces?

—¡Luis! murmuró la jóven sorprendida,—Luis ¿tú aquí?

—Sí: yo soy, hermana mia; yo que no he podido resistir al deseo de veros, y que vengo....

—¡Oh! ven aquí, pasaremos mas adelante; por lo que he oido, vienes como siempre, temiendo ser reconocido.

María dió algunos pasos, y ambos penetraron en una pequeña salita, donde de nadie podian ser oidos.

—¿Y mi hija, y Margarita? preguntó aquel hombre mirando en torno.

—Ha salido hace pocos instantes.

—¿Dónde ha ido?

—A la iglesia, á rogar acaso por su padre que la olvida.

—¿Olvidarla yo?

—Mas aun, que la deja abandonada.

—Contigo, María, á cuyo lado está sin duda mejor que al mio.

—¿Y qué hubiera yo podido hacer por ella si la mano de un santo no nos hubiera amparado á las dos? si Juan de Dios no hubiera acudido en nuestro ausilio, qué sería de nosotros?

—Yo dejé á Margarita.....

—Sí, algun dinero; pero era fruto del crímen, y ni ella ni yo podíamos aceptarle sin manchar tambien nuestras manos.

—María, tus palabras son muy crueles.

—Recuerda, Luis, la noche que me separaste del lado de Luciano moribundo para obligarme á...

—No me traigas á la memoria sucesos terribles que yo no preveia.

—Acaso ¿no los provocaste?

—Yo no queria que muriese Arévalo. Intentaba solo tenerle sujeto algunos dias, que se hallase en mi poder para vengar antiguas ofensas.

—¡Ah!

—Él hizo una resistencia que yo no esperaba; esperó á los que me acompañaban, y ellos antes de dejarle salir de allí, prefirieron darle de puñaladas, pero yo no manché mis manos en su sangre, te lo juro. Una vez muerto, quisimos Pedro y yo arrebatarle tu carta y hacer desaparecer su cadáver, pero no nos fué posible hacerlo, y esto me ha hecho temer por tí y por mí muchos dias.

—¡Y por eso no te alejaste! dijo la jóven con amargura.

—Queria evitar.....

—¡Oh! Luis, Luis. Tu conducta ha sido bien culpable.

—Y sin embargo, tú...?

—Yo no he corrido riesgo alguno, gracias á la bondad de Dios que evitó la muerte de Cárlos.

—¡Cómo!

—Sí: un hombre le halló casi sin vida, y merced á sus nobles esfuerzos, pudo salvarle.

—¿Y ese hombre...?

—Fué Juan.

—¡Él tambien! siempre él!

— Dios le envia á todas partes donde puede remediar un mal.

—¿Mas luego...?

—Luego, la generosidad de Cárlos ha hecho que su labio enmudezca, y yo no tenga nada que temer.

—Dí mas bien su amor hácia tí.

—Te engañas: Cárlos podrá estimarme, pero ya no me ama.

—Pues un dia...

—Los desdenes de la esposa honrada apagaron su pasion, trocándola en amistad.

—Hoy eres libre.

—Luis, la llama del amor nace y se enciende con rapidez; pero una vez apagada, es difícil calentar sus cenizas: además, yo no quiero ser infiel á la memoria de Luciano.

—Es que no serias la dama de ese hombre mientras no olvidaras tu virtud, ni su esposa mientras yo viviese.

—Ya sé que un abismo os separa.

—¡Que lo sabes tu!

—Sé que su hermana, arrastrada á la senda del vicio por tí...

—¡Oh! no es solo eso, es una historia mas antigua la de mi odio hácia los de Arévalo.

—Mas antigua ¡ay! entonces ¡desgraciada Margarita! exclamó María, sin pensar que Luis la escuchaba.

—¿Qué quieres decir?

—Nada: nada.

—Has pronunciado el nombre de mi hija.

—Yo...

—¿Qué desgracia puede ser para ella mi eterno rencor contra esa familia, rencor que he querido vengar en Dolores?

—¡Oh! Luis, acaso Dios te castige terriblemente.

—Tus palabras me confunden y me llenan de inquietud. Dime donde está mi hija y ella me explicará todo esto.

—No reveles á esa niña secretos que labrarian su infortunio.

—Yo quiero verla, y así...

—Ya te he dicho que está en la iglesia.

—Es que ya se ha hecho de noche, y sola...

—Tienes razon, ya tarda demasiado, sin embargo, puede que nuestra impaciencia haga el tiempo mas largo á nuestros ojos.

—Esperemos: contestó Luis, con marcada violencia.

Y sombrío, agitado por un presentimiento secreto, dió dos ó tres paseos por la estancia, procurando de este modo entretener su impaciencia.

María tambien empezaba á estar inquieta; jamás Margarita habia tardado tanto en sus oraciones como aquel dia.

En un principio, distraida con la llegada de Luis no habia pensado en ello; pero ahora en cada momento se aumentaba su sobresalto y no sabia que pensar.

—¿Hace mucho rato que salió mi hija? preguntó Luis deteniéndose, y rompiendo aquel enojoso silencio.

—Sí; respondió María: ya debia estar de vuelta.

—¿Dices que fué...?

—A la iglesia de San Luis.

—Está muy cerca, dos pasos de aquí.

—Sí.

—Voy allá, y regresaré en breve con Margarita.

Luis se embozó de nuevo en su capa y salió sin que la jóven tratara de oponerse á ello.

Durante algunos minutos, María permaneció indecisa, hasta que al fin, no pudiendo dominar su ansiedad, se asomó á la ventana y quiso penetrar con sus miradas las densas sombras de la calle.

Á poco, un bulto se destacó de la oscuridad y llegó con rapidez á la puerta de la casa.

—¿Eres tú? preguntó María con ansiedad.

—Sí; respondió Luis en voz breve.

—¡Solo! murmuró ella apresurándose á abrir.

Un minuto despues, su hermano penetraba en la habitacion.

—¿Solo? volvió María á decir.

—La puerta del templo está cerrada ya.

—¡Dios mio! y no la has visto?

—Ya ves que vengo sin ella, respondió Luis con acento terrible.

—¿Dónde puede estar?

—¿Lo sé yo acaso? tú mas bien debes decirme qué ha sido de ella, tú mas bien podrás explicarme esta ausencia y tus palabras de antes.

—¡Luis! supones...?

—Yo solo quiero que me digas la verdad.

—Te juro por nuestra madre, que ignoro donde puede estar tu hija.

—¿Y no tienes un indicio?

—Nó.

Luis dió algunas vueltas por la estancia, como un leon por su jáula.

María le seguia con la vista, aterrada ante el furor que despedian sus miradas.

Por un impulso maquinal, dirigió él sus pasos al cuarto de Margarita.

Su hermana le siguió hasta allí.

—¿Es esta su estancia? preguntó con afan.

—Sí, sí: dijo María: registremos, busquemos un indicio.

Á los primeros pasos, Luis vió un papel en el suelo y se lanzó á cojerle con rapidez.

Era la carta de Sandoval, que Margarita, en su precipitacion por acudir á la cita, habia dejado caer sin duda.

Aquel papel, ajado en fuerza de ser leido, era una prueba harto terrible, y un puñal agudo que venia á herir á Luis en medio del corazon.

Temblando por el furor, ciego por la ira, se acercó á la luz y leyó las siguientes líneas:

«Margarita, necesito hablaros á solas; de ello depende acaso nuestro porvenir. Si mi corazon no me engaña sé que accedereis á mi de-

seo, porque sin duda comprendereis que vuestra negativa me haria desgraciado. Esta noche os aguardaré á la salida de San Luis, donde sé que acudís todas las tardes: no falteis, que allí os espera *Cárlos de Sandoval.*»

—¡Cielos! murmuró María estremecida por mil encontradas sensaciones. ¡Él!

—Sí: el infame que no retrocederá ante la inocencia de mi hija, y que...

—Cálmate: ese hombre es incapaz de una villanía.

—Y esta tardanza, y la desaparicion de Margarita ¿cómo se explica?

—¡Ah!

—Toda su sangre no bastará á satisfacer mi enojo, y ella...

—Luis, acaso nos engañemos.

—Pronto lo sabré todo.

Y Luis, al decir esto, tomaba su capa que habia dejado sobre un sitial.

—¿Qué vas á hacer?

—Á buscarle en su propia casa: allí estará, allí le pediré cuenta de las palabras que ha escrito en este papel y de la honra de mi hija.

—¡Atiende!

—¡No me detengas! esta noche, uno de los dos dará cuenta al cielo de sus culpas y sus errores.

Y sin atender á las súplicas de María, salió de la casa con la rapidez y la violencia del huracan.

Cuando desapareció su hermano, María calló de rodillas y derramando abundantes lágrimas.

—¡Vírgen santa, exclamó, id con mi hermano, que vos sola podeis evitar muchas desgracias!

LXXVIII.

Lola se hallaba en su bien decorada estancia, triste y sola como de costumbre, recordando con dolor las palabras que Cárlos la dijera.

La pobre jóven, que guardaba en el fondo de su corazon un resto de amor hácia aquel hombre, causa de sus desgracias, temia que la casualidad le pusiera algun dia frente de Sandoval, pues la muerte de uno ó de otro seria inevitable entonces, y de este modo mayor aún su infortunio.

Distraida en sus reflecciones, no habia prestado atencion á la doncella que habia entrado á encender las dos bujías colocadas en candeleros antiguos de plata que adornaban su tocador, ni se fijó tampoco en la voz de un paje, que á lo lejos y en las antecámaras, parecia disputar la entrada á alguno.

Cárlos habia salido, segun su costumbre, y Dolores no recibia visita alguna, de modo, que todo ruido la era indiferente entonces.

Sin embargo, la fué preciso atender á la voz de una dueña, que levantando una amplia cortina de damasco, decia desde la entrada.

—¿Si V. E. me permite entrar...?

—Pasad, D.ª Guiomar, respondió la jóven alzando la cabeza.

—Yo bien quisiera no haber molestado, pero...

—¿Qué ocurre?

—Que un hombre del pueblo, al parecer, ha venido preguntando con insistencia por el Sr. Marqués.

—¿Y bien?

—Se le ha dicho que no estaba.

—En ese caso...

—El portero de estrado le manifestó que el Sr. Marqués tardaria en volver y que solo V. E. estaba en casa.

—Ya sabeis que yo no recibo á nadie; dijo Dolores con viveza.

—Eso se le dijo, pero él ha insistido de un modo tan descortés, que será preciso echarlo á viva fuerza, si V. E. dá permiso para ello.

—¿Ha dicho su nombre? preguntó Lola, asaltada por una idea terrible.

—Dice que solo á la señorita puede manifestarlo.

—¡Ah!

—Pero que la conoció hace muchos años en la quinta de los Pinos.

Dolores palideció densamente, y hubiera lanzado un grito á no haberlo contenido en sus labios la presencia de aquella mujer.

—¿Qué ordena V. E. que se haga? preguntó ésta.

—Conducidle hasta aquí, respondió con precipitacion Dolores por un impulso irresistible, y sin reparar en la admiracion que su respuesta producia en la dueña.

Ésta salió.

—No hay duda, es él! esclamó la jóven cuando se quedó sola; él! pero qué viene ha hacer aquí? oh! que Cárlos no le vea Dios mio, que no le vea. Yo le rogaré que se aleje, que se aleje de aquí antes que mi hermano le halle! ¿y si no cede á mis súplicas, Vírgen Santísima? ¿qué haré, qué haré? ¿habrá sido una imprudencia recibirle? no: así tal vez podré evitar... Oh! cielo santo, dadme fuerzas, dadme fuerzas ahora.

La dueña levantó por segunda vez el tapiz, y entró precediendo á un hombre, á quien Lola reconoció á la primera ojeada.

—Dejadnos solos D.ª Guiomar; murmuró Dolores con voz trémula: yo llamaré si algo necesito.

La dueña salió renegando de aquella órden que le privaba de sa-

ber quién era aquel hombre, y qué era lo que venia á tratar con su señora.

Cuando Lola y Luis quedaron solos, éste se descubrió enteramente y acercándose á la jóven la dijo con acento airado.

—Al fin te vuelvo á ver.

—¡Oh!

—No esperabas por cierto mi visita?

—!Dios mio, Dios mio! qué vienes á hacer aquí? esclamó Dolores, mirando á todos lados con visible sobresalto.

—Nada temas, respondió Luis evadiendo la respuesta y notando el movimiento de la jóven: nada temas; tú misma has alejado á tus criados y nadie puede oirnos.

—Pero mi hermano...

—¿Tu hermano? á él tambien vengo á buscarle.

—Ha jurado tu muerte. ¡Oh, aléjate, aléjate por Dios!

—No saldré de esta casa sin verle; exclamó Luis, sin poder dominar su cólera. No saldré sin pedirle estrecha cuenta de su conducta.

—Tú! tú!

—Sí, Dolores; yo que soy padre, yo que tengo una hija inocente y pura...

—¿Y no lo era yo por ventura?

—Y bien, sí: tú lo eras tambien, pero al arrastrarte al precipicio castigaba en tí una ofensa recibida.

—¿Qué estás diciendo?

—Que yo, bandido y culpable, quise que participaras de mi suerte, quise envilecerte tambien, cobrando de este modo una deuda de lágrimas.

—¡Luis!

—Despues quise tambien vengarme en tu hermano, en Cárlos, al cual atraje una noche á una emboscada para apoderarme de él, y...

—¡Fuíste tú!

—Sí, Lola.

—¿Quisiste asesinar á Cárlos? ¡qué horror! murmuró la infeliz, cubriéndose el rostro con las manos.

—No; solo queria apoderarme de su persona.

—¡Tus palabras me vuelven loca! me aterra cuanto acabas de decir! no te comprendo, y sin embargo, te ruego que te alejes, que salgas de esta casa, por que!...

—Es inútil! gritó una voz á espaldas de la jóven, que quedó inmóvil y petrificada al escuchar aquel acento: es inútil que salga, porque todo lo sé.

—Cárlos! murmuró imperceptiblemente Lola; hermano mio!

—Sí, yo soy! gritó Sandoval, dirigiendo á Luis una mirada indescriptible: yo, que acabo de escuchar cuanto ese hombre se ha atrevido á decir.

Lola cayó desvanecida en un asiento y Cárlos cerró la puerta con rapidez.

LXXIX.

—Sé que habeis causado la deshonra de mi hermana, que habeis atentado á mi vida, que sois un miserable vandido, en fin, y pudiera llamar á mis criados y, despues de hacer que os apaleasen como á un perro, entregaros en manos del verdugo, para que espiáseis en un cadalso vuestros crímenes: sin embargo, ya veis que no lo hago, porque quiero yo mismo castigaros: porque mia es la ofensa, y mio es el derecho de juzgaros.

—¿A mí?

—Sí; y dad gracias al cielo si no me avergüenzo de rebajarme á tanto.

—¡Marqués!

—Hermano mio! murmuró Lola con voz suplicante, y tratando de interponerse entre ambos.

—Déjanos solos, Dolores: déjanos solos: ¿no ves que tu presencia serviria únicamente para aumentar mi furor?

—Es que...

—Ha llegado la hora de las explicaciones, quédate Lola, exclamó Luis; quédate: tambien debes oir lo que aquí se vá á tratar; en

cuanto á mí, no intentaré disculparme; cuanto dije antes es la verdad; pero á mi vez tengo que haceros una pregunta. Marqués de Sandoval, yo soy el que hizo una cómplice de vuestra hermana: pero vos ¿qué habeis hecho de mi hija?

—¡Cómo!

—¿Qué habeis hecho de Margarita?

—¡Pues qué! ¿ella es...?

—Mi hija, mi hija solo!

—Misericordia divina! exclamó el Marqués desesperado. La mujer en quien habia cifrado mi vida, debe la existencia al único hombre que es mi mortal enemigo!

—¿Pero dónde está? ¿qué habeis hecho de ella?

—¡Yo!

—Sí, sí.

—No la he visto desde ayer.

—Mentís como un villano.

—¡Esto más!

—Negareis que es vuestra esta carta; dijo Luis, sacando de entre su ropilla la que habia encontrado en la estancia de Margarita y poniéndola ante los ojos de Cárlos.

—Nó, no la niego, respondió éste; mia es, yo la he escrito.

—¿No la citábais aquí?

—Sí.

—¿No debíais esperarla á la salida de San Luis?

—Sí, sí, pero ella...

—Ella salió de su casa, alucinada por vuestras frases, salió de su casa, creyendo en su inocencia, que vos...

—Seguid.

—Y aun no ha vuelto: ¡lo oís! aun no ha vuelto! por eso he venido, por eso os buscaba; por eso os pregunto, á vos Cárlos de Arévalo ¿qué habeis hecho de mi hija?

Sandoval, aturdido por aquella inesperada acusacion, solo pudo responder:

—¡Yo no he visto á Margarita!

—¡Ah!

—Yo la he esperado en vano en la puerta del templo, hasta que aquella se ha cerrado: entonces, juzgando que no accedia á mi ruego, me vine aquí desesperado.

—Mentís, mentís: mi hija ha desaparecido y solo vos sois el responsable de ello.

Cárlos, ciego de furor, iba á precipitarse sobre aquel hombre que arrojaba á su rostro tal acusacion; pero Dolores, colocándose entre ambos:

—Detente, gritó, detente Cárlos por piedad: mátame á mí; pero que no caiga sobre mi frente la sangre de ninguno de los dos.

—¿Te interpones entre él y yo? ¿no quieres que castigue tantos insultos?

—¡Hermano!

—¿Le amas por ventura aún?

—¡Oh!

—Dilo y te arrancaré el corazon que abriga semejante cariño.

—No hareis tal, Marqués, no hareis tal.

—¡Cómo!

—Esta mujer me pertenece: ¡hartas lágrimas la he hecho derramar, para que renuncie á tal derecho.

—¡Y os atreveis á decirlo!

—Me atrevo á todo con un hombre á quien aborrezco de muerte.

—Basta de insultos y pensemos solo en buscar el modo de que uno de los dos deje de existir.

—Sea: yo tambien lo deseo.

—Os dije antes, que no os arrojaba en poder de los jueces porque queria castigaros por mi mano; ahora añado, que soy un caballero y quiero trataros como tal. Yo no sé asesinar como vos sabeis y os dejo los medios de defenderos.

—¡Ah!

—Os mataré frente á frente y en un combate leal.

—¿Cuándo y cómo?

—¿Cómo? con la espada ó la pistola. ¿Cuándo? ahora mismo.

—Ahora no: no veis que la noche nos envuelve con sus sombras?

—Teneis razon.

—¿Entonces...?

—Mañana al despuntar el dia.

—Está bien.

—Á espaldas del Generalife; nadie podrá estorbarnos.

—Teneis razon; pero sabed Marqués de Sandoval, que si me tratais como á un caballero, caballero soy como el primero, pues si hoy, envilecido y culpable me hallo, por causas que Dios y yo sabemos, no se manchará vuestro acero al cruzarlo con el de Luis Aguilar, noble y distinguido en otro tiempo.

—Huélgome de ello, pues tal vez....

—Hasta mañana: yo os juro que no faltaré á la cita, pues tanto como vos anhelais vengar á vuestra hermana, deseo yo verter la sangre del amante de Margarita.

LXXX.

Cuando María quedó sola en su pequeña casa, despues de la salida de su hermano, de Luis, á quien tan inopinadamente habia vuelto á ver, mil encontrados sentimientos se agitaron en su seno, llenando de afan y de amargura su pobre y desgarrado corazon.

En primer lugar, la sorprendió que Margarita, aquella niña tan pura y sencilla, la hubiese guardado el secreto de su cita con Sandoval, sin pedirle consejo en si debia ó nó asistir á ella: tambien, y sin poderse explicar la razon, la conducta de Cárlos entristecia su corazon y la hacia daño.

Es cierto que Margarita la habia dicho que adivinaba el amor de Sandoval; pero la jóven no podia convencerse de que esto fuera verdad.

En medio de estas ideas, se alzaba una más poderosa que todas: la del peligro que iban á correr aquellos dos hombres, de los cuales el uno era su hermano, el otro su amigo, cuando menos.

Ella, que conocia los secretos que mediaban entre ambos, sabia que toda reconciliacion seria inútil, é inevitable la muerte de uno de los dos.

Esto era una desgracia que María se veia impotente para evitar, y que, sin embargo, era preciso impedir de algun modo.

La pobre jóven habia querido acudir al cielo; pero al ir á formular una plegaria, sus pensamientos se confundian y de sus labios brotaban ayes en lugar de fervientes oraciones.

—¿Qué haré, Dios mio, qué haré? repetia sin cesar, sin encontrar medio ninguno.

—¡Si Margarita estuviese aquí! murmuró, ella iría, se arrojaria entre ambos, y quizá sus ruegos conseguirian calmar su furor. Pero estoy sola, sola! no tengo amigos, no tengo á quien acudir!

De pronto, María lanzó un grito y un rayo de esperanza iluminó su pálido semblante. El nombre de Juan de Dios acababa de acudir á su memoria.

—Sí, sí, exclamó; él puede hacerlo, él pondrá un remedio: no en vano le llaman la providencia de los desgraciados; no en vano dicen que el que acude á él halla consuelo; yo iré á buscarle; yo le diré que dos hombres van á matarse si él no corre á evitarlo. Y me escuchará, si: no hay duda, ¿á qué vacilo? ¿á qué me detengo?

María se dirigió á un armario, sacó de él un manto, y envolviéndose en él se dirigió á la puerta.

Pero allí se detuvo un momento.

Volvió piés atrás y penetró en la alcoba donde su inocente hija dormia con el sueño de los ángeles.

La miró un instante, y apoyando en su purísima frente los labios de un modo tan imperceptible que la niña no se movió, exclamó con todo el fervor de que es capaz el alma de una madre:

– Angel de la guarda, velad por ella, cubridla con vuestras alas durante mi ausencia, y prolongad su sueño hasta que yo vuelva junto á ella.

Dichas estas palabras, María se alejó de su hija, bajó con rapidez la escalera y salió á la calle, oscura y solitaria á la sazon.

Aquellas sombras, aquel silencio, hicieron vacilar á María un instante; pero despues pensó en su hermano, pensó en el mal que iba á evitar, y cobrando valor, cruzó con pié ligero la estrecha y tortuosa calle.

Algunos momentos anduvo apoyando apenas su breve planta en el suelo, y cubierta con su manto.

Nadie encontró en su camino. Su intento era dirigirse al hospital de la calle de Gomerez, donde esperaba encontrar á Juan.

Cuando llegó á la plaza Nueva, el reloj de la Chancillería dió pausadamente las diez: en aquella hora quizá Cárlos y Luis concertaban las condiciones de aquel duelo, en que uno de los dos habia de perder la vida.

LXXXI.

Con los fondos que trajo Juan de su viaje, se pagaron, como dijimos antes, algunas deudas antiguas; entre ellas el resto del importe de la casa en que se habia edificado el hospital, que habitaban entonces los pobres enfermos, y el de los objetos comprados para alojarle.

Además, la asistencia diaria de alimentos y medicinas importaba tanto, que el cuidadoso Juan se habia visto en mil apuros para que nada faltara nunca á sus hijos predilectos, como él llamaba á los necesitados.

Resultó, pues, de todo esto, que á los pocos dias de su regreso, por más que querian economizar Anton y Pedro, encargados del gobierno interior de la casa, Juan de Dios vió que era preciso buscar nuevos medios, si habia de seguir adelante en su caritativa empresa.

Retirado, pues, en la estancia donde se reunian de contínuo, y despues de elevar al cielo una ferviente oracion, ocupacion en que Juan invertia los momentos de descanso, llamó á sus compañeros, Anton Martin, Pedro y Simon, que ya vestian el santo hábito de la casa, y con la dulzura que le era abitual, les dijo de esta suerte:

—Hermanos mios, ya veis que á pesar de todos nuestros esfuerzos, las limosnas faltan y las necesidades aumentan: por más que recorro la ciudad dia y noche, los habitantes me dan cuanto pueden, más no cuanto han menester los enfermos que hemos tomado á nuestro cargo. Las dolencias de los pobres crecen, sin duda, cada dia, pues el número de los recogidos en nuestra casa es mayor ahora que antes: doscientas treinta camas tenemos en las enfermerías, y todas están ocupadas por otros tantos infelices presa de diferentes males: desatenderlos, no es posible: permitir que perezcan por falta de lo necesario, tampoco: así pues, he pensado un medio que quiero someter á vuestro juicio.

—Cuanto hagais está bien hecho, respondió el venerable Anton: nosotros nos hemos acogido bajo la santa bandera de la Caridad, levantada por vuestra mano, y al ofreceros nuestra ayuda, juramos ante Dios obedeceros, y consagrar nuestra vida á la humanidad doliente; pero siempre siguiendo vuestro ejemplo y acatando vuestra voluntad; mandad, pues, que todos os amamos como á un buen padre, y os respetamos como á un sabio superior; ¿no es verdad, hermanos mios?

—Sí, sí, respondió Pedro prontamente.

—Sí, sí, repitió Simon con vehemencia.

—Pues bien, hijos mios, mis amados hijos, dijo Juan conmovido ante aquellas muestras de adhesion; voy á dejaros por segunda vez.

—¿Á dejarnos? murmuraron con pena Ávila y Martin.

—¿Supongo que os acompañaré? preguntó Velasco rápidamente.

—Sí; todos ocupareis los mismos puestos que antes. Vos, Anton, me reemplazareis en la direccion de la casa: vos, Simon, suplireis mi falta junto á los enfermos: vos, Pedro, me ayudareis á pedir para ellos, y así, todos unidos y de acuerdo todos, podremos llevar á cabo dignamente esta obra que Dios nos ha confiado.

—Y ¿á dónde pensais dirigiros? preguntó Martin con interés.

—Á Valladolid, donde se halla la córte en este momento; donde Felipe II gobierna á la sazon el reino, porque su padre el invicto Cárlos V se encuentra en Flandes; allí está el conde de Tendilla,

que me honra con su amistad; allí hay infinidad de nobles ricos y poderosos: allí, en fin, hay multitud de gentes que cederán á mis ruegos, y me darán abundantes limosnas para mis pobres.

—Mas ¿cuándo partiremos?

—Mañana mismo.

—¿Mañana?

—Sí; nuestros preparativos de viaje no son muy largos por cierto, añadió Juan sonriendo: tomando nuestros báculos y nuestras alforjas no necesitamos más.

—Entonces, no hay nada que pensar; dentro de algunas horas partiremos.

—No hableis de esto á nuestros enfermos.

—¿No vais á despediros de ellos?

—Me aman tanto los infelices, que esto pudiera afligirlos. Nada les diré pues.

—¿Pero esta noche descansareis y no asistireis á las enfermerias?

—Esta noche la aprovecharé, yendo en las primeras horas á pedir la limosna casa del baron de Santafé, donde sé que se reunen varios nobles para festejar á D. Pedro Enriquez de Rivera, marqués de Tarifa, llegado recientemente á la ciudad.

—¡Ah!

—Los ricos están obligados á socorrer á los pobres, y es forzoso ir siempre en pos de ellos, llamando á sus corazones con la voz de la caridad.

—Teneis razon.

—Allí iré, pues, y luego.... luego pasaré algunas horas hasta que amanezca, en torno de esos lechos donde la enfermedad y la muerte velan al par que nosotros.

Juan tendió la mano á sus compañeros que se la besaron respetuosamente, y se separaron en seguida, dirigiéndose cada uno donde le llamaba su deber.

LXXXII.

Serian las ocho de la noche, cuando Juan, pensativo y conmovido, salia de su hospital y se dirigió apoyado en su báculo, á la casa del baron de Santafé, situada en una de las calles más principales de la poblacion.

Aquel hombre sin igual, manifestaba en su rostro la satisfaccion de su alma, pues acaba de llevar á cabo una de las más nobles acciones que puede practicar el justo: la de conducir al seguro redil una abejuela extraviada.

Multitud de criados poblaban el ancho portal de la casa del baron, cuando Juan llegó á él, esperando, sin duda, á sus señores, que acudian allí á pasar las horas entre regocijos y placeres.

Colócase Juan de Dios entre ellos, y con su ademan humilde y su sentido acento, les rogó que le permitiesen subir á las antecámaras á pedir para sus pobres una limosna por amor de Dios.

—Pasad, buen hermano, dijo el portero del baron que era un escelente hombre, religioso en estremo y de un bondadoso corazon: pasad y el cielo haga que recojais gran cosecha de dádivas entre nuestros señores.

Juan se adelantó y penetró en la casa, llegando hasta las escaleras que conducian al piso principal.

Ya se disponia á ascender por ellas, cuando un caballero, jóven aún, vestido con excesivo lujo y de un porte altivo y orgulloso, se adelantó con paso mesurado, despues de recibir los humildes saludos de aquella turba de criados.

El infatuado señor, llegó hasta donde estaba Juan, sin reparar en su presencia y por desgracia tropezó con él, viéndose próximo á caer.

Con el brusco movimiento hecho para sujetarse, el tertuliano del baron, descompuso los encajes de sus ricos puños y los bucles perfumados de su bien rizado cabello.

—Qué hacias aquí ¿miserable mendigo? gritó lleno de furor y dirigiéndose á Juan; no ves que por tu causa he estado expuesto á caer.

—Por mi causa, no; dijo Juan retirándose á un lado para dejar paso al caballero, cuyo nombre no queremos estampar.

—¿Te atreves á desmentirme, villano mal nacido? gritó con cólera aquel hombre.

Juan, turbado, y queriendo poner término á su enfado, murmuró con acento humilde.

—Perdonad, hermano mio, yo no creí...

Al escucharse llamar hermano, por un ser de tan pobre aspecto y tan miserablemente vestido, el orgullo del recien venido se sublevó de un modo terrible, y ciego de enojo levantó la mano para castigar lo que él creia una grave ofensa, y descargó un ruidoso golpe en la mejilla de Juan, exclamando á la par:

—Miserable, ¡te burlas ó quieres compararte conmigo!

El santo Padre de los pobres, llevó la mano al rostro, obligado por el dolor, y volvió á decir dulcemente:

—Perdonadme, mia es la culpa: lo conozco, pero venia...

—¿Quién os ha permitido entrar hasta aquí?

—Yo, señor, respondió el portero adelantando algunos pasos, venia á pedir una limosna y por eso...

—Y ¿nó veis que está loco? hacedle salir, arrojarle pronto.

Los criados no se movieron de su puesto.

—Hechad de aquí á ese miserable loco, volvió aquel hombre á repetir, descompuesto por la ira y sin pensar que el demonio del orgullo turbaba su razon entonces: que no solo él era el demente, si no que Dios, para mostrarlo así, y para castigar aquella desmedida vanidad, haria que desde entonces en adelante, entre sus descendientes, habria siempre uno atacado de esa terrible enfermedad que se llama locura, para perpetuar el hecho; y así ha sido y así es aún.

—Hechad á ese hombre, repetia sin cesar.

—Señor: yo no sé si debo...

—¡Cómo!

—Mi amo sabe que Juan viene á pedir alguna vez y le tiene en gran estima, y arrojarle de aquí...

—El baron, que es cristiano viejo y caritativo por demás, no solamente permitirá que este hombre pida á sus puertas, sino que se holgará de que suba á sus salones: dijo un caballero de bizarro porte y altivo continente, penetrando al propio tiempo en el zaguan.

Todos se inclinaron dejándole el paso franco, pues el recien llegado era D. Pedro Enriquez, marqués de Tarifa. En cuanto al miserable que habia estampado su mano en el santo rostro de Juan, confuso y humillado, procuró ocultarse entre los criados de las miradas de D. Pedro.

—¿Cómo os llamais? preguntó éste despues dirigiendo una mirada escrutadora al hermano de los pobres.

—Juan: respondió éste inclinándose con respeto.

—Y ¿sois, en efecto, tan pobre que tengais que recurrir á las dádivas de los demás?

—Nada poseo, es verdad: sin embargo, nada he menester para mí, pues Dios acude con larga mano á todas mis necesidades.

—¿Entónces.. ?

—Pido en nombre de Dios para los enfermos, mas pobres que yó.

—¡Ah! ¿Luego vos sois ese hombre singular, que con solo los recursos de su perseverancia y su virtud ha creado un hospital, que sostiene y fomenta con sus sobrehumanos exfuerzos?

—Señor, yo soy un pecador que confia y lo espera todo de la misericordia del Señor.

—¿Y habeis venido...?

—¡Á implorar á los poderosos en nombre de los desgraciados!

—No serán por esta vez desatendidos vuestros ruegos; venid: y altivo y sereno, sin dignarse mirar al que habia ultrajado al siervo de Dios, siguió adelante indicando á Juan con un ademan que fuera con él. Éste obedeció, y el marqués de Tarifa subió en su compañía por las anchas y alfombradas escaleras, guiados por algunos pajes que le alumbraban con ademan respetuoso.

Cuando llegaron á la antecámara que precedia al salon principal, un criado se adelantó y levantando la ancha cortina de damasco que cubria la entrada, anunció en alta voz á D. Pedro Enriquez de Rivera.

Algunos de los nobles circunstantes se apresuraron á salir al encuentro del marqués, sorprendiéndoles no poco la compañía que traia.

—Señores, dijo el de Tarifa: antes de aceptar los obsequios con que me brinda vuestra amistad: antes de entregarnos al placer por algunas horas, quiero contribuir de algun modo á la obra de un justo, quiero unir mi voz á la suya, y como él tambien, pediros para los pobres una limosna por amor de Dios.

Al decir esto, tendió el marqués con desenfado su mano, en la cual sostenia su rico sombrero, y lo presentó á los circunstantes diciéndoles á la par.

—En nombre de Juan de Dios, que á mi lado está, os suplico que depositeis aquí vuestro óbolo.

El nombre de Juan, conocido de todos, hizo un efecto prodigioso en aquella aristocrática reunion, y animados por el noble ejemplo de Enriquez, todos se apresuraron á ofrecer sus limosnas con santo y ejemplar estímulo,

Un momento despues, el marqués presentaba á Juan veinte y cinco ducados, producto de su peticion, y mirándole fijamente al rostro le decia:

—Tomad, hermano Juan, y socorred con esto á vuestros pobres.

—Señor, que la mano de Dios premie la accion que acabais de ejecutar, le contestó él disponiéndose á marchar lleno de alegria.

—Id en paz, hermano mio, id en paz, murmuró el marqués viéndole salir.

Y despues, dirigiéndose á los nobles que le miraban con asombro:

—Ahora, amigos mios, dijo; entreguémonos á los placeres y á las diversiones, ya que está satisfecho nuestro corazon.

Todos aplaudieron aquellas palabras y procuraron aprovecharse de ellas; mas, sin embargo, en medio de la distraccion general, notaron que el marqués de Tarifa habia desaparecido.

LXXXIII.

Repasando en la memoria lo que podia hacer con aquellos veinte y cinco ducados, debidos á la caridad del marqués de Tarifa, iba Juan de Dios contento y satisfecho del resultado de su expedicion de aquella noche.

—Mañana, al ausentarme dejaré este dinero á Anton, y partiré más tranquilo: se decia el amigo de los pobres caminando á buen paso hácia su hospitalaria casa, donde, sin saberlo él, le aguardaba María.

Mil pensamientos opuestos le preocupaban, pues en las primeras horas de aquella noche, ocupadas por él tambien en derramar beneficios, le habian ocurrido sucesos de la mayor importancia para algunas de las personas á quien amaba con toda su alma, y cuya suerte le interesaba vivamente.

—Con tal de que Margarita quede segura durante mi ausencia, se dijo, respondiendo á las ideas que le dominaban; oh! si Dios no me hubiera colocado en su camino, tan oportunamente, sabe el cielo á donde la hubieran conducido su ignorancia y su impremeditacion!

Ya habia cruzado Juan la ancha plaza de Bib-rambla distraido

en sus reflexiones y se disponia á penetrar en el Zacatin, emporio del comercio y de la riqueza de la ciudad; cuando un hombre, envuelto en una capa, y ocultando el rostro y desfigurando la voz, se acercó á él sujetándole por el hábito, y murmuró á su oido estas palabras:

—Hermano Juan; tengo entendido que socorreis á los necesitados que imploran vuestra proteccion: toda la poblacion se hace lenguas publicando vuestras acciones, y esto me ha movido á esperaros y á exponeros el apuro en que me hallo.

—Hablad, que ya os escucho, respondió Juan deteniendo el paso y con un acento lleno de amor y de bondad.

—Soy un caballero recien llegado á la ciudad, respondió el desconocido; hé venido á seguir un pleito de gran interés en la Chancilleria, pero agotados mis recursos y sin conocer á nadie que me favorezca, me veo sumido en la miseria y próximo acaso á ofender al cielo, pues es tal mi estado, que en nada repararia para buscar los medios de subsistir.

Juan se conmovió al escuchar estas palabras, y temeroso de que aquel desgraciado cometiese una accion indigna, obligado por la necesidad:

—Tranquilizaos, hijo mio, le dijo: vuestra suerte me llena de pesar, y quiero remediarla en cuanto esté en mi mano: tomad estos veinte y cinco ducados que acaban de darme de limosna: apartad toda idea culpable de vuestra mente y confiad en la bondad de Dios.

Y diciendo esto, alargaba el dinero al desconocido, que, confuso y conmovido, parecia vacilar en aceptarlo.

—Tomad, tomad; repitió Juan, viendo su duda; tomad y vendecid la mano que me le ha dado, proporcionándome los medios de poder ampararos.

El desconocido tendió su mano al padre de los pobres y recibió en ella los veinte y cinco ducados.

Juan notó que aquella mano temblaba y que una profunda emocion parecia embargar al desconocido.

—Si alguna vez me necesitais, le dijo, ya sabeis mi morada: ahora, adios

—Pero ¿no quereis saber mi nonbre? preguntó aquel hombre con un acento que Juan habia oido sin duda en otra parte.

—No, no, calladlo; me basta saber que sois desgraciado.

—¡Tal vez lo sepais muy pronto! murmuró el desconocido alejándose entre la oscuridad.

—¡Infeliz! exclamó Juan: Dios vaya con él y remedie sus males: Y ahora; héme aquí que vuelvo á mi casa tan exento de recursos como cuando salí de ella: y yo que contaba con esos ducados para.... Bah! Dios dá ciento por uno y hará que en otra parte halle lo que acabo aquí de dar; y si no, pobre por pobre, el preferido debe ser el que encuentra primero. Vamos andando: acaban de dar las ánimas, y Pedro y Anton estarán cuidadosos.

LXXXIV.

El sol acababa de inundar con su luz los altos campanarios de las iglesias mas elevadas.

Las brisas de la mañana sacudian las hojas de las incultas flores cargadas aún de las brillantes gotas del rocío.

El pájaro, posándose en la rama que sostenia su pequeño nido, llenaba el espacio con su canto, enviando en él una sencilla accion de gracia, hasta el trono del que sacó los mundos de la nada.

Por las espesas alamedas de la Alhambra, sultana ayer del moro, y vírgen cristiana hoy, envuelta entre su pudoroso velo de flores y de verdura, ginete en un hermoso caballo de pura raza y cubierto con los plieges de su ancha capa, camina un hombre jóven y apuesto, demostrando en el afan con que espolea al noble animal, la impaciencia que le devora.

Su rostro, iluminado por dos brillantes ojos negros y densamente pálido, revela las huellas de una pasada enfermedad: y su frente, velada por una nube de tristeza, deja adivinar profundos sufrimientos, mientras la expresion que contrae sus labios es signo seguro de la cólera sorda que combate su pecho.

Este hombre, ya lo habrán adivinado nuestros lectores, es el marqués de Sandoval.

El marqués, que solo, amenazador, sombrío, va en pos de la venganza, ó mejor dicho, del castigo.

Su caballo, impulsado por él, corre, salva el espacio con loca rapidez y en breve lleva á su señor á la altura que, situada á la espalda del Generalife, tiene el nombre de la Silla del Moro.

Una vez allí, Cárlos tiende la vista en derredor, y su frente se contrae y sus labios murmuran:

—¿Si no vendrá? ¿si tratará de burlar mi enojo? ¡Oh! ese hombre es la sombra de mi destino, la nube de mi cielo!

Sandoval echó pié á tierra, y atando su caballo al tronco de un árbol, se sentó á sus piés y apoyó la frente entre las manos.

Mil ideas encontradas cruzaban su mente, al par que mil sentimientos opuestos agitaban su corazon.

El seductor de Dolores, el causante de las desgracias de su familia, era tambien el hermano de María, su amor pasado, y el padre de Margarita, su ilusion y su felicidad presente, y su única esperanza para el porvenir.

Aquel hombre, pues, era la amargura de sus recuerdos y el obstáculo inseparable para todos sus sueños futuros.

En aquel instante, Cárlos se juzgaba más solo, más infeliz que nunca, pues ni su hermana ni Margarita podian embellecer su vida por causa de aquel hombre fatal.

Y, sin embargo, entonces que la perdia para siempre, la imágen de la bella y pura niña se apareció á su memoria, más hermosa más llena de atractivos que nunca: entonces comprendia que la amaba de una manera como jamás habia soñado que se pudiera amar; como la madre ama al hijo de su alma; como las flores al sol que las dá vida, como los ángeles se aman en el cielo, sin mezcla de duda, de pensamientos terrenos; sin sombra, en fin, de amargura ni de inquietud. Entonces comprendia que, por aquella niña candorosa é inocente, hubiera sacrificado contento su libertad, su nombre y su existencia.

¡Y aquella pasion era un imposible, aquel afecto un sueño des-

hecho! ¡Oh! Cárlos atesoraba en su alma más amargura en aquel instante, que habia podido gastar en todos los años de su pasada existencia.

Abstraido, calenturiento, loco, no habia sentido los pasos de un hombre que, solo y á pié, acababa de aparecer en el lado opuesto del que se hallaba, no menos amenazador y sombrío que él lo estaba en aquel momento.

Era Luis de Aguilar.

Tambien en su pecho se agitaba una tormenta terrible.

La idea de que su hija, manchada acaso por Cárlos, habia desaparecido, la habia perdido quizá para siempre, pues él sabia muy bien á donde conduce el primer paso dado en el camino del mal, le ocasionaba una desesperacion indecible y un tormento sin igual.

Luis, ensenagado en el vicio, perdido en el crímen, no conservaba en su alma más sentimiento puro, más anhelo noble y bueno que su hija, que Margarita, que aquel ángel inmaculado que tarde ó temprano debia redimir sus culpas y guiarle á la senda de la honradez y del deber.

En lucha eterna con la sociedad, en guerra abierta con la ley, Luis sabia que de un solo ser era amado y respetado, que en un corazon solo hallaria refugio y consuelo algun dia: y éste ser y éste corazon era Margarita; era su hija que ignoraba su pasado, que no sospechaba sus crímenes, que desconocia su vida anterior.

Y aquella flor, que acaso embalsamaria sus postreros dias; aquella luz que iluminaria tal vez sus últimas horas, un hombre acababa de marchitarla, de apagarla para siempre, y aquel hombre estaba en su presencia, al alcance de su mano: atrayendo á su mente recuerdos terribles y fatales, recuerdos que le hacian desesperar, porque entre Cárlos y él mediaban, no solo los motivos de ódio presentes, si no otros más antiguos, otros velados entre las densas sombras de un lejano pasado.

Al distinguir, pues, á Sandoval, que le aguardaba allí, la sangre afluyó al corazon de Luis y de sus labios brotó una palabra de muerte.

Injusto y egoista, como lo es en general el corazon humano, no recordó que á su vez habia causado la desgracia de aquel hombre,

si no pensó solo en que le debia muchas horas de afan y de amargura.

—¡Ah, gracias al cielo! murmuró Luis, viéndole aparecer.

—¿Pensábais, acaso, que iba á faltar á la cita? preguntó Aguilar, adelantando.

— Habeis tardado demasiado para mi impaciencia por veros; respondió Cárlos solamente.

—No era por cierto mi deseo menor que el vuestro; pero sin duda olvidais, que por suerte ó por desgracia, me veo en la necesidad de ocultarme, y por consiguiente, he venido por el camino más largo; pero ya estoy aquí y podemos reparar el tiempo perdido.

—¡Oh! sí.

—¿Habeis venido solo?

—Ya os dije, que para terminar nuestra querella, Dios era el mejor testigo; así, al menos, lo creo yo.

—Teneis razon.

—Las ofensas hechas á la honra, deben guardarse tan secretas, que si se ventilan entre dos, uno de ellos está demás.

—Lo cual, si no me engaño, quiere decir que nuestro duelo será á muerte.

—¡Á muerte! lo habeis adivinado: entre nosotros se alza la sombra de mi padre, muerto de dolor y de vergüenza por la infamia de su hija: entre los dos se interpone Dolores envilecida y desgraciada; ya veis que no puede haber tregua ni perdon.

—Habeis enumerado las ofensas hechas por mí; pero yó, á mi vez, tengo motivos de ódio eterno contra vos: motivos, que si muero hallareis estampados en esos papeles, y que si sobrevivo á este duelo, sabreis, marqués, en el tribunal de Dios. Y al decir esto, Luis arrojó á los piés de Cárlos un legajo de papeles sujetos por una cinta negra.

—¿Qué intentais decir? preguntó el jóven mirándolos con afan.

—¡Oh! nada.

—¿Pero esos papeles...?

—Solo cuando yo halla muerto podeis leerlos; antes, juzgaríais acaso que con ellos trataba de atenuar mi falta.

—Acabemos, pues, murmuró Cárlos con impaciencia.

—Acabemos, pues, repitió Luis resueltamente.

Y Cárlos, sacando su espada, dijo, colocándose á una regular distancia.

—Si sois caballero, si sabeis manejar la espada con más acierto que el puñal, poneos en guardia y defendeos, ya que os he dejado tiempo para ello.

Luis, sin replicar y pálido de furor, sacó á su vez el acero, y ambos contrarios se miraron dispuestos á no dar tregua á los golpes hasta que la sangre de uno de ellos hubiera teñido el suelo.

Con los ojos fijos, con el aliento comprimido, empezaron una lucha terrible, una lucha que la muerte solo iba á terminar.

Cárlos era diestro y sereno; Luis valiente y arrojado. Pero la mano de Sandoval estaba débil y su contrario le llevaba una inmensa ventaja.

El jóven, pues, empezaba á vacilar, y se creia perdido, pues el terreno huia ya bajo sus piés, y su cabeza se desvanecia y su corazon latia con violencia, próximo acaso á dar el último latido.

—¡Oh! al fin acabaré contigo, tu aborrecida raza, exclamó Luis, aprovechando un instante en que Cárlos resvaló y cayó en tierra, precipitándose sobre él.

—¡Detente insensato! gritó una voz á su espalda: ¡Detente en nombre de Dios!

Luis volvió la cabeza un momento, y esto bastó para que un hombre, jadeante y sudoroso, á efecto sin duda de una marcha precipitada, pudiera llegar junto á él, y sujetando su brazo con una fuerza increible, repitiese con un acento más dulce ya.

—¿Qué ibas á hacer, hijo mio, no sabes que la vida del hombre está solo en manos de Dios.

Luis, sin saber qué pensar de aquella inesperada aparicion, miró atónito á Juan, pues éste era el que acababa de llegar á tiempo de impedir la muerte de Cárlos.

LXXXV.

El siervo de Dios se acercó á Sandoval, y dándole una mano, le ayudó á levantarse, murmurando con voz amorosa y apenada:

—¿Por qué exponeis vanamente la existencia que el cielo os concedió; los dias de una vida, de la cual tendreis que dar cuenta en el Supremo tribunal?

—¡Oh! Juan, hermano mio. Habeis venido á impedir mi muerte que ese hombre iba ya á perpetrar!

—¿Y lo sentís?

—Me humilla que un extraño intervenga entre él y yo: contestó el marqués con acento sombrío.

—Volved en vos, Cárlos; volved en vos, y respetad los fallos de la misericordia divina, que quiere solo el olvido de las ofensas y el perdon de las injurias.

—¡El olvido, el perdon! murmuró Luis sordamente.

—Sí; respondió vivamente Juan, volviéndose á él con acento solemne.

—Palabras vanas, que solo aquel que no ha recibido injuria puede pronunciar.

—¡Palabras sagradas, dichas por un Dios todo inocencia, todo santidad, que solo beneficios habia derramado por doquier; palabras que encierran un precepto divino y una ley de amor y de paz!

—¿Y dónde hay hombre que olvide la miseria y la abyeccion de una vida entera? ¿Dónde hay padre que perdone la deshonra de su hija única y querida?

—¿Qué quereis decir?

—Que Margarita...

—Margarita, pura y honrada, aunque condenada por su padre á ser desgraciada eternamente, ha pasado la noche elevando á Dios sus plegarias, y me sigue de cerca para evitar un homicidio.

—¡Ella! exclamó Cárlos anhelante: ¡ella!

—Sí, me seguia; pero es mas débil que yo, y he podido adelantarme y llegar un momento antes.

—¡Mi hija! pero entonces ¿aquella carta, aquella cita...?

—Yo la escribí: yo intentaba hablarla; pero sin pensar por un momento en hacerla olvidar su virtud.

—Y yo que velaba por ella, quise evitar esta entrevista.

—¡Cómo!

—La hallé anoche al salir del templo: estaba turbada, temblorosa: la interrogué en nombre de Dios, y aquellos labios que no están acostumbrados á mancharse con la mentira, me lo confesaron todo.

Cárlos suspiró con expansion.

Habia dudado del amor de Margarita, y las palabras de Juan le revelaban que, si no habia acudido á su llamamiento, no era, en verdad, por culpa de ella.

—Entonces, continuó su santo amigo: entonces empleé para disuadirla de su propósito, todos mis ruegos, toda mi influencia: la descubrí el abismo que se abria á sus piés, y tanto supliqué, insistí tanto, que la pobre niña se arrojó en mis brazos y confió su suerte á mi cuidado; cuando quiso volver á su morada, sus puertas estaban cerradas. María no estaba allí, y la conduje á mi casa creyéndola en ella más segura.

Luis respiró con libertad; su hija habia estado á cubierto de to-

da duda, y permanecia tan pura como la flor cuyo nombre llevaba.

Su ódio hácia Sandoval habia disminuido en mucho, y se hallaba confuso y violento en presencia de aquellos dos hombres, tan superiores á él.

En cuanto á Cárlos, aunque hubiera querido perdonar, el recuerdo de Lola se lo impedia.

En aquel instante, la presencia de dos nuevos personajes acabó de complicar la situacion.

Margarita y María aparecieron por el mismo sitio por donde habia llegado Juan.

—¡Los dos aquí! murmuró la primera pálida y desconcertada.

—Juan ha llegado á tiempo: gracias, Dios mio, exclamó la segunda con expansion.

LXXXVI.

Ahora debemos explicar, aunque brevemente, cómo habia tenido lugar la simultánea aparicion de Juan y de las dos jóvenes en el lugar escogido por Luis y Sandoval para verificar el desafío.

Como el amigo de los pobres habia dicho muy bien, la noche antes habia encontrado á Margarita cuando ésta acudia á su entrevista con Cárlos.

La rectitud de Juan no le permitió dejarla asistir á aquella cita, en la que, cuando menos, corria riesgo su buen nombre, y con solicitud paternal, con sábios consejos y con dulces reconvenciones, la alejó de aquel sitio, proponiéndose conducirla al lado de María.

Ésta, como recordarán nuestros lectores, habia ido ya á su vez á buscar á su protector para confiarle sus temores y para suplicarle que evitase aquel duelo, en el cual iba acaso á morir su hermano ó el hombre más digno de estimacion que existia á sus ojos.

No le fué difícil á Juan averiguar el sitio destinado al desafío, y allí se dirigieron los tres al rayar la primera luz del alba.

Juan, ágil y fuerte y acostumbrado á largas correrías, adelantó

bien pronto á las dos mujeres, que no pudieron seguirle á los pocos pasos, y que no quisieron detenerle tampoco, temerosas de llegar demasiado tarde.

María, durante el camino, informó á Margarita del riesgo que corrian su padre y Cárlos, y el corazon de la pobre niña se oprimió dolorosamente al considerar que, si corria la sangre de alguno de los dos, se veria precisada á mirar con horror al vencedor.

Sin embargo, alimentaba la idea de que, si aun era posible evitar aquella desgracia, una reconciliacion pondria término á aquel enojo.

La jóven, ignorante del pasado, creia que solo su amor á Sandoval y la carta de éste era el orígen de aquel duelo.

Su gozo fué inmenso cuando distinguió á los dos seres á quien tanto amaba, ilesos y salvos al lado de Juan, porque era tal su confianza en éste, que con su sola presencia lo creia remediado todo.

—Gracias, Dios mio, repitió, pues, con María, que se habia detenido un instante, sofocada por la emocion.

—Mi hija, mi hermana! habia murmurado Luis, viendo con un gozo infinito que eran una verdad las palabras de Juan de Dios.

—Sí, yo soy, padre mio; yo soy, que vengo de Dios, porque viéndome á vuestro lado no pensareis ya en querer matar á Cárlos.

—Ah!

—Así cesarán vuestras querellas y le volvereis vuestra estimacion; ¿no es verdad?

—Cesar nuestra querella! exclamó Cárlos: ¡ah! somos bien desgraciados, Margarita; nuestro rencor no puede saciarse sino con la muerte de uno de los dos!

La pobre niña lanzó un grito: aquellas palabras oprimian su corazon.

Miró á Sandoval con extravío, y dijo despues:

—Y si yo os rogara, si yo os suplicara de rodillas....?

El marqués guardó silencio.

—Es que quereis desgarrar mi alma en mil pedazos? preguntó desesperada.

—Luis, Luis: en nombre de Dios, decia entre tanto María al

oido de su hermano, tú solo eres el culpable: no atentes de nuevo á la existencia de ese hombre.

Cárlos, presa de una agitacion terrible, respondió á la jóven, que esperaba su respuesta con indecible ansiedad:

—Preguntad á vuestro padre, Margarita; preguntad á vuestro padre si es posible que cese mi enojo; preguntádselo una vez sola, y veremos si él se atreve á responderos.

La jóven se acercó rápidamente á Luis, y juntando sus manos, le dijo, mientras de sus ojos corrian abundantes lágrimas:

—Sereis vos inflexible tambien? ¿desoireis acaso mis súplicas?

—Aparta! respondió él solamente.

—Oh! no: no me alejaré sin que me ofrezcais renunciar á ese desafío, á ese desafío que me hará infeliz eternamente; porque si vos sucumbís, quedaré sola en el mundo; y si él muere.... si él muere, añadió casi al oido de su padre, dejaré tambien de existir, porque su vida es mi vida!

Luis retrocedió dos pasos.

Aquel hombre terrible y violento, se sentia débil y aterrado ante la desesperacion de su hija.

Las lágrimas de Margarita caian ardientes y pesadas, cual gotas de plomo derretido, sobre su corazon.

En aquel momento, y evocado sin duda por el ángel de su guarda, el recuerdo del padre de Lola apareció en su memoria, y comprendió todo el pesar que sentiria aquel anciano noble y orgulloso viendo desgraciada y sin honra á Dolores.

—Oh! murmuró extremeciéndose: mucho debió sufrir aquel hombre; ahora conozco que fuí demasiado lejos en mi venganza.

LXXXVII.

Juan habia permanecido inmóvil y mudo, presenciando aquella escena, y alzando á Dios una plegaria desde el fondo de su alma, rogándole que le inspirase un pensamiento para poner remedio á aquellos males.

Margarita, que siempre tenia en él su esperanza, le dirigió una mirada suplicante; y desesperada de hallar en los demás el consuelo que anhelaba, corrió á su lado exclamando con afan:

—Oh! vos solo, vos solo podeis salvarlos á los dos.

—Las pasiones del corazon humano son una deshecha tormenta que, como las borrascas de los mares, Dios no más puede dominar; respondió él tristemente.

—Y ¿habré de ver que se matan los dos?

—No eres tú sola á quien su ceguedad costará lágrimas de fuego! Existe una mujer que pierde un hermano en el uno, y en el otro un esposo....

—Un esposo? preguntó Margarita aterrada, creyendo que se trataba de Cárlos.

—Sí lo es, lo debe ser ante Dios!

—Y esa mujer...?

—Aunque no está aquí, en este momento llora como tú, y como tú ruega á Dios por ellos!

—Pero su nombre?

—Es Dolores de Arévalo.

—Hermana de Cárlos!

—Sí.

—Entonces mi padre...?

—Es, ante Dios, esposo de esa mujer.

—Y ni uno ni otro ceden, á pesar de las lágrimas que se derraman por ellos!

—Oh! Margarita, hija mia, insiste aún, insiste; tú sola puedes mover sus corazones, porque eres un ángel de pureza y de candor: háblale á Cárlos, y tal vez....

—Yo... murmuró la niña, encendida y ruborosa.

—Sí, ven conmigo.

Margarita y Juan se acercaron á Sandoval, que permanecia abatido y meditabundo, mientras Luis no osaba levantar los ojos, agitado por mil encontrados pensamientos.

—Señor Marqués, dijo la niña con voz trémula y turbada: señor Marqués....

—Oh! no me hableis así, Margarita; acaso, ¿he dejado de ser vuestro amigo?

—Pues bien, Cárlos, añadió la niña más animada; en nombre de esa amistad, de ese afecto que invocais, salvadme de la desesperacion, salvadme de un dolor eterno; desistid de toda idea, de todo deseo de venganza,

—¿Qué exigís de mí?

—Que seais generoso, que devolvais la esperanza y la paz á una pobre niña que ningun mal os ha hecho.

—Pero ¿y mi hermana? ¿y mi pobre hermana? ignorais....

—Ella tambien uniria sus ruegos á los mios, si estuviera á mi lado; estoy segura de ello.

—¿Y mi padre? ¿y mi padre, que me preguntará ante Dios algun dia por la honra de mis mayores?

—Señor marqués, no blasfemeis, dijo Juan con voz solemne; el alma de vuestro padre se regocijará en el cielo, si olvidais y perdonais.

—Pero....

—Cárlos, dijo muy bajo Margarita; decíais que me amábais, y no vacilais en desgarrar mi corazon!

—Pero ¿y si ese hombre versa....

La jóven lanzó un grito de alegría, y no dejó acabar á Cárlos, exclamando con precipitacion:

—¡Oh! no, no versará; ¡gracias, Cárlos!

—Dejadme hablar con él un solo instante.

—Sea, y Dios os ilumine á ambos; dijo Juan con dulzura.

Luis habia permanecido inmóvil, recordando sin duda su pasado, y sintiendo algo parecido á un remordimiento en el fondo de su alma.

Cárlos se acercó á él lentamente.

—Hay una mujer, le dijo muy bajo; hay una mujer que está sin honra.

—Sí!

—Esa mujer necesita un nombre; ¿cuál es el que podeis ofrecerla?

—Uno ilustre; pero....

—Pero manchado!

—Ah!

—Procurad rehabilitarlo, y entonces.... entonces, yo os perdonaré, y ella aceptará ese nombre. Despues....

—Qué?

—Dios decidirá del porvenir; en cuanto á Margarita....

Mi hija!

Es pura como un ángel, y solo á vos, que sois su padre, le hubiera permitido dudar de su virtud en mi presencia. No sé lo que la suerte nos reserva aún; ignoro todavía los secretos de vuestro corazon; pero hacedla dichosa, porque es un ángel en la tierra.

Luis se pasó una mano por la frente; aquella mano temblaba, y las ligeras brisas de la mañana no podian entibiar el ardor de aquella frente. Sin duda, una lucha terrible y un mundo de ideas nuevas se agitaba en ella.

En cuanto á Cárlos, se acercó á María, que sostenia á Margarita, y descubriéndose respetuosamente, dijo, dirigiéndose á las dos:

—Cuanto un hombre puede hacer de más grande, acallando la voz de su resentimiento y de su honor mancillado, acabo de hacerlo ahora; ni espero ni pido recompensa; solo anhelo ocupar un lugar en vuestra memoria y un recuerdo en vuestras oraciones, adios.

Y envolviéndose en su capa y ocultando bajo las anchas alas de su sombrero sus negros cabellos, montó en su caballo y desapareció entre las espesas arboledas.

Juan dirigió al cielo una mirada de gratitud, mientras sus labios murmuraban una fervorosa accion de gracias.

Despues, dirigiéndose á Luis, le dijo:

—Hijo mio, Cárlos es un noble jóven: no os arrepintais de su generosidad.

—¡Oh! es que yo tambien tengo mucho que olvidar.

—Y bien: ¿Ignorais que cuanto mayor es la ofensa, es más grande el que la perdona?

—Él me ha puesto una condicion....

—Cumplidla.

—¿Y si no me es dado?

—¿Qué exije?

—Que rehabilite mi nombre.

—¿Y bien?

—¿Si eso no fuera posible...?

—Una palabra de arrepentimiento, una sola mirada, nos rehabilita ante Dios.

—Cárlos tambien quiere que sea ante los hombres.

—¿Entonces....?

—¿Creeis, por ventura, que me será fácil alcanzarlo? mi nombre está infamado, yo fuera de la ley...

—¿Y si el perdon...?

—¡Yo no podré lograrlo! respondió Luis tristemente; hoy por vez primera, y al ver sufrir á mi hija, he sentido en mi alma una voz que me acusa de hacer infeliz á esa niña, un deseo tardío de volver á la senda del bien; pero este deseo será tan estéril como mis

esperanzas, porque la sociedad me rechaza de su seno y me dará el castigo de mis culpas.

Juan quedó pensativo algunos segundos: despues, y como iluminado por un pensamiento, exclamó:

—Mañana voy á partir, voy por segunda vez á dejar á Granada: antes es preciso que hablemos á solas.

—Sí.

—Venid á mi casa esta noche: allí os espero á las diez.

—No faltaré, respondió Luis dominado por el axcendiente que Juan ejercia en cuantos le rodeaban.

—Entre tanto, la casa de vuestra hermana os puede dar seguro asilo. Id con ella y que Dios os ilumine.

Juan se alejó tambien, y los tres emprendieron el camino de la casa de María, buscando para ello los sitios más ocultos y solitarios.

LXXXVII.

Luis no faltó á la cita.

Su corazon, combatido hasta allí por todas las malas pasiones, empezó á abrirse á la voz de la religion, que llama á sus hijos y les abre sus cariñosos brazos siempre y á todas horas.

¿Quién, si no Juan, dotado por Dios de tan altas prendas, podia conseguir aquella importante conversion? ¿Quién, si no él, podia gloriarse de conducir aquel alma á las puertas del tribunal de la penitencia? Así fué, pues, y el santo hermano de los afligidos halló una nueva ocasion de consolar y fortalecer á un alma atribulada.

—Tened valor, hijo mio, le habia dicho al ver sus temores por el porvenir: tened valor: nada puedo ofreceros de fijo; pero abrigo la esperanza de alcanzar vuestra reabilitacion y vuestro indulto. Esperad, entre tanto, oculto en casa de María, ó aquí en este asilo, donde seguramente nadie podrá sospechar que os hallais. Yo voy á partir dentro de algunas horas, y, os lo repito, todo lo espero de este viaje, que Dios hará sea en beneficio de mis pobres y vuestro á la par.

—No os comprendo.

—No importa, tened fé y esperad; lo principal es que no os apar-

teis de la senda que habeis emprendido, y por la cual, sin duda, hallareis la felicidad.

Luis aseguró de nuevo su arrepentimiento y su deseo de pertenecer al número de los hombres honrados, y Juan le instó á que permaneciese en aquella morada, más segura para él que ninguna otra, y donde podia entregarse con más tranquilidad á la meditacion de su pasado y á sus nuevas ideas para en adelante.

En cuanto á María y á Margarita, tristes y preocupadas, pero dando gracias al cielo porque habia oido sus ruegos, salvando la vida de aquellos dos hombres á quien las ligaban tan diferentes afectos, recibieron el último adios de Juan y convinieron con él en que Luis estaria mejor al lado de Martin y de Simon, á cuyo cuidado lo recomendaria él eficazmente.

Del mismo modo que la vez primera, Juan emprendió su marcha apoyado en su báculo, y seguido de Velasco, confiando ambos en la bondad del cielo.

El favor de Dios le protegió tambien en este viaje, y doquiera encontraba á su paso bendiciones y limosnas, dádivas y proteccion.

Á los pocos dias de marcha, llegaron á Valladolid, donde, como ya dijimos, se hallaba la córte, y donde el hermano de los pobres esperaba coger gran cosecha para los necesitados.

La fama tambien le habia precidido esta vez, y encontró á su llegada una acogida verdaderamente entusiasta, que hubiera sido bastante á lisonjear el amor propio de otro menos humilde y santo que Juan.

La ciudad, llena de nobles y de personas de distincion, ofrecia ancho campo al siervo de Dios, y no tardó en recorrer sus calles, implorando á los ricos en favor de los necesitados.

Todos acudian á depositar en sus manos los dones de la caridad, y todos se esforzaban en festejar al que ya llamaban Santo, y en ofrecerle en sus moradas cariñoso hospedaje.

D.ª María de Mendoza, dama de singular virtud y extremadamente rica, fué la que obtuvo tal dicha, logrando que Juan y Velasco eligiesen su casa por alojamiento.

D.ª María, admirada de la virtud de su santo huésped, y vencida

por su ejemplo y por sus elocuentes palabras, entregó parte de su hacienda en manos de aquel que nada queria para sí, sino todo para los desgraciados.

Juan, siguiendo los impulsos de su corazon, repartia á manos llenas los beneficios que recibia, y que el cielo hacia que se redoblasen por doquiera.

Sin embargo, retraido por su modestia, aun no habia pisado los umbrales de la morada real, donde residia Felipe II, príncipe solo entonces, pero gobernador del reino mientras duraba la ausencia del gran Emperador Cárlos V.

Juan vacilaba en llegar á aquellas puertas, pues su timidez lo retraia de ello, aunque en el fondo de su corazon abrigaba la idea de que solo allí podia encontrar el remedio y la dicha para Luis, á quien no olvidaba en medio de sus afanes.

Acaso no se hubiera decidido á penetrar en el real alcázar, si un dia, y al cruzar por una de las calles más principales, no le hubiera visto el conde de Tendilla y no le hubiera detenido lleno de afecto y alegria.

D. Íñigo Lopez de Mendoza le habló con el mayor cariño; se quejó dulcemente de que aun no le hubiese ido á visitar, y despues de mil ofertas y mil repetidas protestas de veneracion y amistad, le aconsejó que se presentase ante su alteza el príncipe Felipe, asegurándole que seria bien recibido y ofreciéndose él mismo á acompañarle hasta su presencia.

Juan se excusó en un principio; pero despues, y pensando, sin duda, en el padre de Margarita, aceptó la proposicion del conde y quedó convenido que éste le presentaria á su alteza real, tan luego como el príncipe hubiese marcado una hora para la audiencia.

Esto no se hizo esperar.

Felipe II, que fué despues el rey más celoso del brillo de la religion y el defensor mas decidido de la iglesia, aunque algunos le tachen de fanático y severo en demasía, se apresuró á recibir á aquel hombre cuya fama de santidad empezaba á llenar el mundo.

Juan, humilde, modesto, sencillo, desconociendo lo que valia,

apareció ante el príncipe, cuya grave y austera fisonomia demostraba su carácter inflexible y su firme voluntad.

Ajeno á las costumbres de la córte, sin haber aprendido jamás á adular ni á mentir, el amigo de los pobres, habituado solo á tratar con los infelices, y á pensar en su Dios, se halló turbado en presencia de la magestad de la tierra, y lleno de confusion tartamudeó algunas palabras, y doblando una rodilla besó la mano de Felipe, que le alzó con bondad y le dijo con el acento más dulce que pudo hallar.

—Levantad, Juan, que no quiero que esté á mis piés quien tan de cerca pertenece á Dios.

—Este es mi lugar, y no me alzaré de él hasta satisfacer la deuda de respeto que el Señor me ha impuesto con mi señor natural, que lo es el hijo de nuestro gran Emperador.

—Yo no quiero recibir de tí otro homenaje que el que me ofrezcas rogar por mí al que es Señor de Señores y Rey poderoso de Reyes.

—Perdonad mi ignorancia y mi atrevimiento, señor: Yo acostumbro á llamar á todos hermanos; mas á vos, á quien veo y hablo por vez primera y de quien soy humilde vasallo, no sé, en verdad, como os he de llamar.

—Hermano Juan, respondió el príncipe con bondad: decidme como querais, que de todos modos os oigo complacido.

Alentado con esta benévola respuesta, Juan se levantó y exclamó ya más tranquilo.

—Pues bien: os llamaré buen príncipe y pediré al cielo que os dé buen principio en vuestro reinado y buen fin en vuestra vida.

Largo rato conversaron los dos, y Felipe II quedó tan satisfecho del siervo de Dios, que puso en sus manos una gran cantidad como generosa limosna, y llevándole despues á la presencia de los infantes, sus hermanos, hizo que le imitasen, y que entregasen tambien á Juan considerables sumas, ofrecidas á los pobres en nombre de la caridad.

Las damas de la córte, los nobles y los palaciegos, siguieron este noble ejemplo, y puede asegurarse que jamás el ilustre mendigante vió más escudos en su bolsa ni más oro en sus manos.

Su alegría era inmensa al pensar cuantas lágrimas podia enju-

gar y cuantas miserias remediaria con tal riqueza, con tanto dinero.

Lleno su objeto, cumplido su deseo, pensó en volverse á Granada, donde le llamaba el amor de sus pobres, y antes de verificarlo, quiso despedirse del príncipe, é implorar de su clemencia el último favor.

Felipe le recibió de nuevo en audiencia secreta, y secreto fué para todos la demanda que elevó á sus piés.

Solo cuando salia de la real cámara, pudieron observar algunos de los cortesanos que se hallaban á la puerta, que en sus ojos brillaba una inmensa alegria, y que entre sus manos oprimia un papel que, sin duda, consideraba como un precioso tesoro.

Al llegar á la casa de D.ª María de Mendoza, halló á Pedro dispuesto para la partida, y á su ilustre huésped que le esperaba, demostrando en su rostro un pesar indecible.

—Ya podemos emprender la partida, hermano mio, dijo dirigiéndose á Velasco, pues nada tenemos que hacer aquí.

—En buen hora, respondió Pedro. De todos modos, yo anhelo ver á nuestros enfermos, que es muy seguro anhelarán tener á su lado á su buen padre, á su amoroso protector; pero advierto que en vuestro rostro brilla el gozo; sin duda habeis aliviado algun gran infortunio, ó teneis el remedio de algun pesar.

—Sí, murmuró Juan, con la sinceridad que le era habitual. Sí, tengo en mis manos la rehabilitacion de un desgraciado, y la paz acaso de una familia entera.

—¡Ah!

—¿Con que nos dejais? preguntó afligida D.ª María.

—Es forzoso, respondió Juan sencillamente.

—Amais á Granada, y por ella no os hallais bien en ninguna otra parte.

—¡Oh, no! Es que mi destino está allí, y allí tambien los pobres que me llaman su padre.

—Id, pues, hermano mio, id, pues, y mezclad alguna vez mi nombre en vuestras plegarias.

—Desde todos los puntos de la tierra, suben al cielo nuestras oraciones: las vuestras y las mias llegarán á los piés de Dios,

sostenidas por la misma fé y alentadas por la misma esperanza.

D.ª María besó con respeto la mano de Juan, y depositó en ella nuevas limosnas, prendas seguras de su caridad y su amor á los desgraciados.

Algunas horas despues, salia el santo fundador de Valladolid, acompañado de Velasco y seguido de un pueblo entero que le victoreaba, y se afanaba por mostrarle su respeto y su veneracion, justo tributo ofrecido á su santidad, á su abnegacion y á su virtud.

LXXXVIII.

Luis, retirado en la santa casa creada para alivio de la indigencia y santificada por la religion, comprendia todo lo vano de las vanidades y los goces del mundo, y toda la grandeza insondable de la eternidad.

Sus pasados errores, sus inmensas culpas aparecian ahora ante sus ojos, aterrándole y haciéndole extremecer al recuerdo de su incierto porvenir.

Arrepentido, aborreciendo horrorizado sus culpas, y resuelto á seguir por la senda del bien, se habia separado de sus antiguos compañeros, que no sabian á qué achacar aquella completa mudanza.

Una ó dos veces, despues de la partida de Juan, se habia dejado ver entre ellos; pero entonces, no solo habia rehusado tomar parte en sus atentados, sino que se habia opuesto á ellos de una manera poderosa y enérgica.

—Luis se quiere retirar de nosotros, habia dicho Pedro Ansurez á aquellos desalmados; Luis se quiere retirar de nosotros: su sobrenombre de Mano de Acero le disgusta: tiene miedo, sin duda, y mucho será que no nos entregue á la justicia, para conseguir de este

modo su indulto; no debemos, pues, fiarnos de él, puesto que abandona nuestras filas.

Los compañeros de Pedro escucharon las palabras de éste con un enojo inaudito.

Á las sospechas que manifestó, contestaron con amenazas é imprecaciones y con juramentos de vengarse de aquel á quien antes habian aclamado por su jefe y compañero.

Sin embargo, todos querian tener una prueba de su perfidia y su falsía.

—¿Quereis oir de su misma boca que nuestro género de vida le disgusta, empieza á repugnarle? les preguntó Pedro.

—Sí, sí, respondieron rápidamente.

—Pues bien; yo voy á esperarle á la entrada de la calle del Aire, en la taberna del Ciervo; todas las noches cruza por aquel sitio, aunque ni sé á dónde se dirige, ni dónde para ahora; desde que el necio de Anton Martin cambió la espada de rufian por el hábito de mendigante, abandonando su casa, ni sabemos dónde reunirnos ni hé podido averiguar dónde para nuestro antiguo jefe.

—Entonces...?

—Yo estaré en acecho y le detendré para hablarle. Uno de vosotros puede ocultarse en la sombra, y oir nuestra conversacion.

—Yo lo haré, dijo uno de aquellos hombres, adelantando un paso hácia Pedro; yo lo haré, y si no quiere secundarnos, si se avergüenza de nosotros, él, que nos ha enseñado la senda de los vicios, puede contarse por muerto; porque os juro....

—Bien hecho, respondieron algunos.

—Yo le probaré que con nosotros no se juega impunemente, y que una vez unido á nuestro destino, el destino de un hombre, no es fácil romper los lazos que le unen á nosotros, siempre que para ello no exista un motivo poderoso.

—¡Y Mano de Acero no le tiene! Todos hemos estado sujetos siempre á su voz, y le hemos obedecido ciegamente, respetándole como á ninguno; porque es valiente y decidido, eso sí, y no ha habido entre nosotros otro que valga más que él.

—Pero, ¡dejadnos ahora!

—Eso no debe ser.

—Y no será.

—En fin, ya veremos qué contesta esta noche.

—Hasta luego, pues.

—Hasta luego.

Aquellos hombres se separaron y Pedro Ansurez, al verlos marchar, exclamó:

—Sí, no tiene duda: Luis está resuelto á abandonarnos; yo no lo sintiera, puesto que debo ocupar su lugar, que me corresponde de derecho: pero, ¿y si nos denuncia, y si nos descubre para salvarse él? La justicia tiene deseos de ajustar conmigo algunas cuentas atrasadas y esto no me conviene: no, de ningun modo: debo impedir á toda costa, que Mano de Acero deje de estar ligado á nosotros, y no tenga tanto interés como el primero en que no puedan dar con nosotros: en todo caso, yo sé el modo de estar seguro de su silencio: exitando contra él á cualquiera de esos lobos rabiosos, pronto...

Pedro calló, y ocultándose el rostro en el embozo de su ancha capa, se dirigió lentamente á la taberna del Ciervo, donde le conocian, y á donde él pasaba muchas horas, seguro de que nadie le molestase, puesto que los dueños de la casa le protegian resueltamente.

Cuando llegó allí, entró resueltamente, dirigió una mirada en derredor, y ocupó una mesa situada junto á una ventana, y desde donde podia ver las personas que transitaban por la calle.

La dueña de la taberna se acercó á Pedro, y éste le dijo con el desenfado de una persona que nada tiene que temer:

—¡Hé! buena moza: tráeme un jarro de cerveza y un cubilete, que necesito pasar aquí algun tiempo y tengo la boca seca.

Pedro fué servido al instante, y entretenido en trasladar á su estómago el jarro de cerveza, esperó ver aparecer á Luis que, como habia dicho muy bien, cruzaba todas las noches por aquel sitio, que le conducia desde el hospital de Juan á la casa de María.

Pocos momentos despues que él se sentara, apareció tambien en la puerta uno de sus compañeros, el que enojo habia mostrado contra Luis, y se acercó al sitio que ocupaba Ansurez.

—¿Vienes solo? le preguntó éste indicándole un asiento á su lado.

—Por ahí andan los compañeros: ya sabes que nos queremos bien y siempre procuramos estar cerca unos de otros.

—Sí.

—¿Qué gente hay aquí?

— Ya lo ves, ninguna, y aunque entraran algunos parroquianos no es fácil que nos conozcan.

—Entonces me estoy contigo.

—Estate, y aguardemos; ya es la hora en que Mano de Acero tiene costumbre de pasar.

LXXXIX.

Luis, entregado á sus nuevos propósitos, cumplia la promesa que habia hecho á Juan, y permanecia en su santa casa, donde nadie reconoció en él á un criminal perseguido por la ley.

—Merced á los ejemplos de abnegacion y de piedad que veia á cada instante en sus compañeros, su corazon, endurecido y lleno hasta allí de malas pasiones, se iba abriendo al bien, é iba experimentando verdaderos impulsos de arrepentimiento y de virtud.

Ya no era el antiguo bandido precipitado en la carrera del mal por causas ignoradas de todos; pero cuyos efectos eran tan terribles: era un hombre abatido y triste que veia con pena su pasado, y que hubiera dado la mitad de su vida por poder borrarlo enteramente.

El amor de su hija y el poderoso axcendiente de Juan, habian obrado aquel prodigio. La inocencia de la una y la santidad del otro, habian, sin duda, alcanzado aquella gracia inesperada.

En los primeros dias, no salió del asilo con que le habia brindado su nuevo amigo; pero despues, el anhelo de ver á María, y sobre todo á Margarita, le hicieron abandonarle alguna vez entre las som-

bras, para correr al lado de las que tanto amaba y pasar allí algunas horas.

Estas escursiones no tardaron en hacerse diarias, y en una de ellas fué cuando le vió Pedro Ansurez, que ignoraba su paradero y que empezaba á sospechar de él por su prolongada ausencia y por su completo alejamiento de los sitios que antes frecuentara.

La hija de Luis no tenia más placer que la soledad, ni más esperanza que Dios.

Separada de un modo tan brusco de Cárlos, por causas que apenas comprendia, pero que habian hecho que el jóven no volviese á verla: adivinando, aunque vagamente, el misterio de la pasada vida de su padre, era más desgraciada cada dia, y en vano Luis la mostraba un cariño más delicado y más cuidadoso que nunca.

La tristeza de la pobre niña, tristeza que marchitaba su belleza y destruia su salud, no eran un secreto para aquel infeliz padre, que se acusaba de haber condenado á su hija á una desventura eterna.

Y ni uno ni otro hablaban nunca del pasado, porque ambos conocian que aquel dolor no tenia remedio.

Solo un rayo de esperanza alumbraba el incierto porvenir que los dos veian en lontananza.

Esta era la próxima vuelta de Juan.

Ya le aguardaban muy en breve, y sin saber por qué, confiaban en que la presencia de su santo amigo podria traerles algun consuelo.

Ya habia éste anunciado su llegada para el dia siguiente á Martin y á Simon, y Luis quiso ir á participar tal nueva á su hija y á su hermana, pues ambas amaban al héroe de la caridad, como á un padre, como á una providencia.

Esperó, pues, que las sombras se extendieran por el cielo para dejar su asilo, y se dispuso á salir.

—Muy pronto volveré, dijo el venerable Anton, pues no quiero demorar el manifestar á mi hija la próxima vuelta de su protector.

—¿Por qué salís ahora? la noche está oscura y lluviosa y pudiera pasaros algun mal; le respondió Martin dulcemente.

—¡Oh, no! el temor no me impedirá dar á mi hija esta alegría.

—Mañana pudiérais....

—Nada tengo que temer; aun mi brazo conserva la fuerza y la agilidad de otros dias.

—Haced lo que gusteis; pero volved pronto para ayudarnos á preparar una digna acogida al hermano Juan.

—Así lo haré: perded cuidado.

Luis bajó la escalera, y un instante despues, se hallaba en la calle, y bajando en direccion de la plaza Nueva.

El padre de Margarita caminaba despacio, ensimismado en sus pensamientos y sin cuidarse de nada al seguir su camino.

Así cruzó la gran plaza donde se halla la embocadura del Dauro, y pasando por la puerta de la antigua y severa Chancillería, se dirigió á la calle del Aire.

Allí, como ya sabemos, le aguardaba Pedro

Apesar de la oscuridad, éste le distinguió, y dijo á su compañero:

—Por allí viene nuestro hombre.

—¿Estás seguro?

—Yo lo creo: su aire no se me despintaria entre mil.

—¿Entonces...?

—Dejémosle pasar: este es un sitio demasiado público para hablarle.

—¿Y qué vamos á hacer?

—Seguidle.

—¿Los dos?

—Sí.

—Bueno.

—Y así que estemos mas retirados...

—¡Ya!

—Creo que él va hácia la cuesta de San Gregorio.

—Sigámosle pues.

—Anda pronto, no perdamos tiempo, no sea que se nos pierda entre la sombra.

—Pagaremos.

—No es necesario, ven.

Y aquellos dos hombres dejaron sus asientos, se encaminaron á la calle y dirigieron en torno una mirada indagadora.

No tardaron mucho en divisar á Luis, que, como ya hemos dicho, caminaba despacio y distraido.

Y así, unos en pos del otro, anduvieron algun tiempo.

Al llegar al extremo de una calle, donde ni se veia un bulto ni se distinguia una luz, Pedro precipitó el paso y en pocos segundos se halló al lado de Luis. Éste no se apercibió de ello; pero su antiguo compañero le detuvo tocándole bruscamente en el hombro y diciéndole á la par:

—Buenas noches, Mano de Acero: pronto te olvidas de tusamigos.

—¡Pedro!

—Sí, yo soy; mucho tiempo hace que ne te dejas ver.

—Yo... murmuró Luis contrariado.

—Sí, tú: parece que te escondes bajo la tierra: en ninguna parte te se vé, aunque se recorran uno por uno los sitios que habitabas antes.

—Es que no acudo á ninguno de ellos.

—Ya lo sé, y por eso me felicito de esta casualidad, que me ha hecho encontrarte, pues necesitaba verte.

—¿Á mí?

—Sí.

—Explícate.

—Es preciso que hablemos un instante.

—¿Ahora?

—Ahora, sí; puesto que estamos juntos.

—Pues bien, despacha que tengo prisa.

—Sin embargo, quiero que me escuches.

—Dí: contestó Luis con acento breve y sintiéndose contrariado con aquel encuentro y con aquella detencion.

—Venia á proponerte un negocio.

—¿Un negocio?

—En el cual podíamos lograr...

—Ya sabes que he renunciado á nuestra antigua vida.

—Bah! eso se dice siempre; pero...

—En cuanto á mí, estoy resuelto á cumplirlo.

—Es que nuestros compañeros cuentan contigo.

—Haceis mal.

—Como antes...

—Antes era yo un miserable, y ahora quiero dejar de serlo.

—Es decir, que nosotros...

—Vosotros podeis hacer lo que más os plazca: pero me he cansado de esta vida de crímen, y os lo repito, no volveré jamás á ella.

—En ese caso...

—¿Qué?

—¿Te conviertes en nuestro enemigo?

—Nó.

—No estando con nosotros, mañana podrias...

—¡Acaba!

—Tú sabes nuestros nombres, los sitios en que nos reunimos, y los que nos ocultan cuando necesitamos no ser hallados.

—¿Y sospechas...?

—Que pudieras delatarnos; tú lo has dicho.

—¡Pedro!

—El que olvida sus compromisos y rompe los lazos que le ligan á sus compañeros y reniega de ellos, es fácil que...

—Eres un villano, y te olvidas de que hablas con un caballero, exclamó Luis sintiendo hervir su sangre ante la ofensa que le inferia aquella duda.

—¿Qué dices?

—Lo repito.

—¡Me has llamado villano!

—A tí, y á todos...

Luis no pudo acabar. Pedro descargó sobre él un terrible golpe.

—Miserable, siempre serás un asesino; murmuró cayendo trastornado, y yo...

—¡Oh, me amenazas! gritó Ansurez colérico.

—Acaba con él, exclamó su compañero acercándose á los dos.

—Ya ves, que tenia razon, dijo Pedro, quiere dejarnos.

—Sí; y es preciso...

—Cobarde, balbuceó Luis pugnando por levantarse: dos contra uno.

—Aun nos insulta. ¡Oh!

Y el bandido hirió á Luis, tendido todavia en el suelo.

—¡Socorro! gritó éste sintiendo correr su sangre: ¡socorro!

—Ven, murmuró Pedro al oido de su compañero; nosotros no debemos esperar á la justicia; no nos conviene encontrarnos de frente con esa señora.

—¿Pero, y si ese hombre?

—Creo que no hablará mucho, ven.

Y los dos desaparecieron rápidamente antes que pudieran verlos los que acudian á los gritos de Luis.

LXXXX.

La calle no tardó en llenarse de gente:

Unos acudian por curiosidad, á saber lo que pasaba; otros, por caridad, á prestar sus socorros al desvalido.

Luis, gravemente herido y sin conocimiento, no pudo responder á las repetidas preguntas que le hacian, ni decir su nombre, ni cuál era su morada.

—Este hombre está espirando, dijeron algunas voces.

—Si no ha muerto, le quedan pocos instantes de vida, respondian otros.

—Y es una inhumanidad dejarle morir así, sin ningun auxilio, repetian los más.

Sin embargo, nadie sabia qué hacer, contentándose con lamentarse de aquella desgracia y compadecer á Luis, á quien ninguno conocia.

Uno de los circunstantes, inspirado, sin duda, por su buen deseo, murmuró á media voz:

—¡Si le llevasen al hospital del hermano Juan!

Estas solas palabras fueron como una chispa eléctrica que, corriendo de unos en otros, llegaron al fin á ser la opinion general.

Entonces, sin saber de dónde, se vió que trajeron una silla, y colocando en ella al herido, dos de los más compasivos ó menos circunspectos cargaron con ella, y seguidos de la multitud, se encaminaron á buen paso á la calle de los Gomerez, no deteniéndose hasta llegar á la benéfica casa, gobernada á la sazon por el venerable Martin.

Una vez allí, tocaron la campana que pendia de la puerta, y cuyo sonido servia para anunciar la llegada de un nuevo desgraciado á aquel asilo del infortunio.

Simon de Ávila fué el primero que apareció, preguntando con cariñosa voz:

—¿Qué es esto? ¿qué necesitais?

—Lecho y auxilio para este hombre que hemos encontrado muerto.

—¡Muerto! murmuró el jóven con dolor.

—Si no lo está, poco tardará sin duda en....

—Pero ¿cómo ha sido?

—Nosotros no lo sabemos; oimos gritar, pidiendo socorro; salimos de nuestras casas, pero por pronto que quisimos acudir, ya era tarde, pues solo hallamos á este infeliz tendido en tierra y cubierto de sangre; en cuanto á los asesinos, habian huido ya, sin duda, pues no vimos á ninguno.

—¡Dios mio!

—El herido estaba, como está aún, privado de sentido, y no respondia á ninguna de nuestras preguntas; no sabíamos qué hacer, hasta que nos acordamos de esta santa casa. Entonces, sin vacilar ya, cargamos con él, diciendo: El hermano Juan y sus compañeros harán algo por este desventurado, y si no salvan su vida, harán algo por su alma.

—Hicísteis bien; pero vamos, es preciso avisar al hermano Anton.

La campana volvió á sonar, y un instante despues Martin acudia presuroso.

—Qué es eso? preguntó rápidamente.

—Un herido.

—Socorrámosle pronto; tal vez logremos....

Una exclamacion de sorpresa salió de los lábios de Martin al acercarse al sitio donde estaba Luis, y al reconocer á éste en el momento de ir á desabrochar su ropilla para ver su herida.

—¿Qué teneis? preguntó Simon acercándose.

—Ese hombre.... dijo muy bajo Anton.

—¿Qué?

—Es Luis, es el protegido del hermano Juan.

—Dios mio, ¿qué decís?

—La verdad; pero, silencio, que no se aperciba nadie de que le hemos reconocido.

Simon despidió á los que habian venido con Luis, asegurándoles que harian por él cuanto fuese posible, y diciendo que les era preciso llevarle á un lugar más retirado, para curarle y asistirle.

Algunos ofrecieron su ayuda, pero ésta no fué admitida por ningun pretexto, y en breve Ávila y Martin quedaron solos con el herido.

Éste se hallaba en un estado fatal y con pocas esperanzas de vida.

En vano sus dos celosos enfermeros se afanaban en hacerle volver en sí.

—Hace un instante, lleno de fuerzas y de vida, y ya casi inerte y sin esperanza, decia Anton tristemente, mientras prodigaba á Luis mil cuidados ineficaces é inútiles todos. ¿Cómo ha podido ser esto? oh, yo no sé explicarlo, cuando no hace una hora se separó de nosotros.

—Hermano mio, murmuró Ávila; yò pienso que la vida de este hombre no ha sido muy edificante hasta aquí; él se ocultaba, prueba de que tenia por qué, y, bien lo sabeis, quien mal anda mal acaba.

—Á nosotros no nos toca juzgarle, sino prestarle nuestros auxilios, respondió Anton severamente.

—Perdone, hermano; pero como decíais....

—Juan, nuestro buen maestro, nos le ha traido, y eso basta para que no censuremos de él; su pasado, como su porvenir, pertenecen solo á Dios.

Nada más volvió á hablarse, y los dos se dedicaron solo á volver á Luis á la existencia.

—Dios mio, habia dicho con fervor Anton; haced que vuelva á la razon, para que siquiera pueda dedicaros sus últimos pensamientos.

Y esta súplica habia sido, sin duda, escuchada en el cielo, pues el padre de Margarita empezó á dar señales de vida cuando la primera luz del dia comenzaba á despuntar por el oriente.

LXXXXI.

Juan llegó hasta los umbrales de su casa entre las aclamaciones de un pueblo que le amaba y que veia en él su segunda providencia.

Los pobres le bendecian, los desgraciados le vitoreaban, y él derramaba ardientes y tiernas lágrimas que mostraban su alegría y su gratitud.

Al entrar en su hospital, la explosion del regocijo fué mayor aún, y fué preciso que cediera al deseo de sus amados enfermos, que no le habian visto en tanto tiempo, y que recorriese las salas, recibiendo así sus muestras de amor, y dándoles, en cambio, su bendicion, su palabra y las lágrimas de su corazon.

En el primer momento oportuno que halló Anton, le dió parte de la desgracia ocurrida á Luis la noche antes y del estado en que se hallaba.

Juan palideció al escuchar estas palabras, y tembló por la suerte de aquel hombre, de quien se habia constituido protector, él, que no habia temblado jamás ante sus infortunios propios.

—Dios mio, morir ahora que yo le traia el perdon y la rehabilitacion, exclamó; ¡cuán inescrutables son los designios de la Provi-

dencia! El mundo olvida y se satisface con la apariencia, con la mentira acaso; pero ante Dios no queda ningun crímen sin castigo. Acatemos su voluntad, y llevadme pronto á ver á Luis.

Martin condujo á su santo compañero junto al lecho del herido, que, por un milagro acaso, recobró el habla en aquel momento.

—Luis, hijo mio! exclamó Juan al entrar, mientras que una gota de llanto rodaba por sus tostadas megillas; ¿quién os ha puesto en ese estado?

El enfermo, en cuyo rostro brilló un rayo de alegría, hizo un movimiento, demandando la mano de Juan para llevarla á sus lábios, y al hacerlo, murmuró muy bajo:

—Todo os lo diré; pero á vos solo.

—¿Ahora?

—¡Oh! sí, pronto; Dios me ha concedido el que se prolongue mi vida hasta veros junto á mí, para que vuestras palabras me abran las puertas del cielo!

—Esperad, hijo mio; voy á dar órden para que nadie nos interrumpa. Recogeos un instante entre tanto: reposad y tomad aliento, que en breve estaré con vos.

Juan salió de la estancia; acabó de visitar su amada casa, atendió al cuidado de todos, tuvo una frase consoladora ó una mirada cariñosa para cada uno, y despues, sin cuidarse para nada de sí mismo, sin tomar un solo instante de descanso, se dirigió en busca de Luis, que le esperaba con ansiedad.

Tranquilo y satisfecho el santo fundador de aquel asilo, pues todo lo habia encontrado en el mayor órden y prosperidad, merced á los desvelos de sus compañeros, pudo dedicarse á escuchar á Luis, que en su lecho de muerte le aguardaba lleno de afan.

Durante su corta ausencia, el herido habia podido tragar una cucharada de cordial, que le habia prestado algunas fuerzas y le habia reanimado algunos momentos, los precisos quizá para que revelase á Juan los secretos de su alma.

—¿Cómo os sentís, hijo mio? le preguntó éste con cariñoso acento, sentándose á su lado y arreglando con amor las ropas de la cama.

—Oh! mejor, mucho mejor; desde que os he visto respiro con más libertad, y parece que me espanta menos la muerte.

—La muerte es una buena amiga que nos aduerme en sus brazos, para hacernos despertar en otras regiones llenas de luz y de alegría; es el lucero que precede al hermoso dia de la eternidad, al terminar la triste noche de nuestro comun destierro.

—Oh! ¡qué dulces serian para mí vuestras palabras, si la voz de mi pasado no se alzase para apagarlas, como el eco del ronco trueno domina y no deja percibir las demás armonías de la creacion! ¡hé sido tan culpable! ¡me he alejado tanto del camino del bien!

—La distancia que os ha separado de él, se salva con una palabra, con un suspiro, con una lágrima vertida á los piés de Aquel que murió por darnos vida.

—Sí, yo quiero creer! yo quiero esperar! En este momento la eternidad aparece á mi vista con toda su terrible grandeza, y quiero asirme al áncora salvadora de la esperanza, sostenido por el arrepentimiento y por la fé.

—Y no dudeis, hijo mio, que arribareis al puerto eterno, si al recordar vuestros errores, llorais sobre ellos y ofreceis vuestra existencia en justa expiacion de haberlos cometido.

—Oh! yo he sido tambien muy desgraciado!

—Por la senda del vicio jamás se llega á la felicidad.

—Yo vivia satisfecho, recordando las lecciones que habia recibido de mis padres, á quien perdí siendo muy niño: nuestro tutor...

—Ya sé que, dominado por la avaricia, os negó los bienes que de derecho os pertenecian.

—Yo habia unido mi suerte á la de una mujer, á quien amaba con locura; olvidando á su lado todo lo que no era ella, sentí que mi corazon era estrecho para tanta felicidad, al saber que mi esposa Beatriz iba á hacerme padre.

—Seguid mas despacio: temo que los recuerdos exasperen vuestro estado; esas heridas...

—Mis heridas son mortales, lo sé; tambien vos conoceis que no hay remedio para mí; por eso quiero aprovechar estos instantes de aliento que el cielo me otorga para que os lo diga todo.

—Continuad, pues, hijo mio, puesto que así lo deseais.

—Cuando muera, quiero que mi conducta pasada tenga una disculpa, y solo descubriéndoos mi pecho podré conseguirlo.

Juan, humedeció los labios de Luis y éste continuó:

—Uno de mis amigos, que tenia gran influencia con D. Pedro de Arévalo, y que sabia lo escaso de mi fortuna, secreto que yo ocultaba á todos cuidadosamente, me propuso hablarle en mi favor y conseguir de él que me confiase la administracion de los cuantiosos bienes que poseia á pocas leguas de Granada; esta pretension fué atendida y yo obtuve el puesto que deseaba del marqués de Sandoval.

—¿Del padre de Cárlos?

—¡Oh! sí.

—Continuad.

—Él era entonces muy niño y jamás me vió; ni Lola, su hermana, tampoco, puesto que ambos vivian junto á su madre sin dejar la ciudad, y las tierras que yo debia administrar, ya os lo he dicho, estaban lejos de aquí. Beatriz oyó llena de júbilo la noticia de nuestro nuevo destino y lo dispuso todo para la marcha; nuestra estrechez no era conocida de nadie: ni aun de los parientes de mi esposa; y alegamos para justificar aquel viaje, que mi esposa necesitaba los aires del campo para restablecer su salud, alterada entonces á causa de su estado. Partimos felices y llenos de esperanzas, pero ¡ay! nuestra eterna desgracia empezó desde aquel dia.

—¡Cómo!

—Escuchad; el Marqués llegó casi al par que nosotros á sus tierras, para ponerme en posesion de mi destino. Pero al ver á Beatriz, jóven y hermosa, él...

—¡Comprendo, hijo mio; comprendo de más! Las pasiones del corazon humano, son como las furiosas olas del mar en una noche de tormenta: todo lo arrastran ante sí.

—El marqués no perdonó medio para separarme de Beatriz: un dia era la órden de visitar un caserío: otro, la de vender ó comprar alguna finca. Yo nada sospechaba y le obedecia sin vacilar.

—Dios mio, murmuró Juan tristemente; de cuántos medios se

vale el génio del mal para corromper y manchar vuestra mejor hechura!

Luis tomó aliento y continuó con la voz entrecortada por la fiebre que le abrasaba.

—En una de estas ausencias, yo tuve que pasar la noche fuera de la quinta en que habíamos fijado nuestra residencia, no sé si esto fué un hecho casual ó la consecuencia de un plan meditado; solo puedo deciros, que el villano aprovechó aquella ocasion y apareció á deshora en la quinta. Beatriz, obligada á hacerle los honores de la casa, no pudo evitar su presencia. Sin duda, alguno de los criados favoreció su crímen, pues mi esposa bebió sin duda algun brevaje que la privó de sentido pocos minutos despues de entrar en su cuarto. ¿Qué fué lo que pasó en aquella noche fatal? ¡Solo Dios pudo saberlo! Pero al volver Beatriz de su letargo, encontró á su lado á aquel hombre que habia destruido nuestra felicidad.

La infeliz, asombrada y llena de espanto, quiso huir, quiso pedir socorro, pero el marqués la amenazó con la deshonra, la amenazó con perderme y ella guardó silencio y devoró su dolor.

—¡Desgraciada!

—Cuando volví, la hallé postrada en el lecho y presa de una enfermedad terrible; sobre la mesa de su cuarto habian hallado los criados una cadena de oro que pertenecia al marqués: aquel olvido, ó aquel don que quiso hacer á Beatriz, despertó mis sospechas y encendió mis celos; pero en vano pregunté, en vano quise saber la verdad. Beatriz, aterrada, nada respondió. Loco, desesperado por aquella repentina enfermedad, fluctuando entre la duda, empujado por el furor de mis celos, fuí á buscar al culpable, y le presenté aquella maldita cadena, aquella prueba acusadora.

—Y ¿qué respondió?

—El miserable no vaciló, para disculparse, en acusar á Beatriz.

—Á ella!

—Sí; la acusó de haberle robado aquella alhaja, puesto que estaba en su poder.

—Es posible? preguntó admirado Juan, que en su santidad no podia comprender que cupiera tanta maldad en el corazon humano.

—Trastornado con esta respuesta, sin saber qué partido adoptar, y viendo que me era imposible atentar nada contra aquel hombre, quise arrojarme sobre él; pero á una sola de sus voces, acudió una falanje de criados que se interpusieron entre los dos. Salí de allí en un estado que en vano trataria de explicaros, y resolví dejar aquellos lugares, en donde en adelante no podia habitar. En mi trastorno no reparé en el estado de la desgraciada víctima de aquel infame, y la obligué á seguirme, con una crueldad que solo la locura seria capaz de disculpar. Salimos de allí aquel mismo dia, y las fatigas del viaje, el dolor, el espanto, y acaso aquella bebida narcótica que la habian administrado sin saberlo ella, alteraron de tal modo la salud de Beatriz, que adelantaron el dia en que Dios iba á ceñir su frente con la aureola de la maternidad.

—Oh!

—El hijo que debia colmarnos de dicha, vió la luz entre las lágrimas y la agonía de sus padres! aquella niña....

—Es Margarita?

—Margarita, sí; que vino al mundo pocas horas antes de que muriese su madre.

—Infeliz!

—En sus últimos instantes me lo refirió todo, y yo entonces comprendí la verdad, y juré vengarme de aquel hombre, á quien profesé desde aquel dia un ódio terrible, un ódio inextinguible y mortal.

LXXXXII.

Juan acercó á los labios de Luis dos ó tres cucharadas de una bebida calmante, y con sus bondadosas palabras procuró tambien derramar el consuelo y la calma en su espíritu, agitado entonces por sus dolorosos recuerdos.

El santo enfermero sentia que su corazon se llenaba de amargura al escuchar aquel relato, pues todo lo que era pesar ó culpas afligia terriblemente á aquel que era incapaz de la más ligera falta.

Despues de algunos instantes de silencio, el herido continuó:

—¿Qué más podré deciros á vos, á quien tanto debo: á vos, á quien quiero confiar mi hija antes de abandonar este mundo? ¡esa hija desgraciada y sola ya, por la infamia de un libertino! Desde aquel dia en que perdí al par la dulce compañera de mi vida y la honra de mi nombre, sentí que la soledad que me rodeaba se apoderaba de mi alma, y la llenaba para siempre de sombra y horror. Exasperado, abandonado de todos porque era pobre, porque la maldad de un hombre me habia arrebatado la herencia de mis padres, y porque otro me habia robado mi felicidad, juré guerra á muerte á un mundo en que el vicio y el mal triunfaban y en que la jus-

ticia era así escarnecida, y me lancé en la senda del mal con el ardor que me prestaba mi inmensa desesperacion.

—El robo y el crímen fueron desde entonces los elementos de mi vida, y no fuí asesino porque Dios vió que era padre y previó, sin duda, que el amor de mi hija podria regenerarme algun dia.

—¡Oh! sí: el arrepentimiento purifica el alma y la conduce hasta el cielo.

—Lo demás ya lo sabeis. Lola, esa desgraciada, sacrificada á mi ódio contra su padre, y á quien quise envilecer para vengar mi ultraje, os lo ha dicho todo; y en mis palabras hallareis tambien la historia de mi encono contra Cárlos, y mi deseo de exterminarle. Si mi delito puede tener alguna disculpa, vos lo juzgareis, y sabreis tambien si podré esperar el perdon de Dios.

—Si vuestro arrepentimiento es sincero: si las lágrimas que brotan de vuestros ojos son arrancadas de vuestro pecho por el dolor de vuestra culpa, confiad y esperad en que Dios os abrirá las puertas de su paraiso. Pero el crímen de otro no puede justificar jamás el que nosotros cometemos, porque Dios solo es el árbitro de nuestras acciones, y á él le toca premiarlas ó castigar al criminal.

¿Por qué, pues, nos hemos de erigir nosotros, frágiles y culpables, tambien en acusadores ó jueces? nó: esto seria usurparle sus derechos, y abrogarnos su poder. Las faltas de ese infeliz, á quien el Supremo Hacedor habrá tomado estrecha cuenta de ellas, podrán ser para vos una disculpa ante los hombres: pero en el Supremo Tribunal, solo os servirá el arrepentimiento y la contriccion.

—Y la misericordia de Dios: ¿no es verdad?

—¡Oh! sí, hijo mio, su misericordia y su bondad.

Despues de estas frases, Juan siguió hablando con la uncion y la ternura con que él solo sabia hacerlo, de las promesar eternas, de las delicias de otra vida mejor y de la piedad de Aquel que derramó su sangre por labar los pecados del hombre.

Luis le escuchó con verdadera fé, mientras sus fuerzas se lo permitieran: pero éstas empezaban á agotarse y su buen protector le preguntó si queria ver á su hija, y abrazar á su pobre hermana.

—¡Cuánto van á sufrir! y sin embargo....

—Es preciso: ya lo sé: jamás se consolarian ambas de no haber estado junto á vos en estos instantes.

—¡Oh, pobre Margarita!

—Yo me encargo de hacerla menos doloroso este golpe.

—Además, puesto que mi muerte se acerca, quisiera...

—¿Qué?

—Implorar el perdon de Lola.

—Justo es, hijo mio; tambien yo iré á verla, y ofrezco en su nombre ese perdon que deseais.

—¡Oh! bendito seais vos, que sabeis curar los dolores del cuerpo y las heridas del alma: bendito seais vos, de cuyos labios solo brotan palabras de consuelo y de perdon.

Luis besó con efusion la mano de Juan, que se alejó de su lado para ir á cumplir cuanto acababa de ofrecer.

LXXXIII.

La estancia en que reposaba Luis habia sido adornada con esmero.

Un modesto altar, en el que, dulce, majestuosa y sublime, se alzaba la imágen del Redentor del Mundo, se hallaba frente del lecho del moribundo, sosteniendo su fé y alentando su esperanza, con sus extendidos brazos que parecian convidarle con el abrazo de paz y amor con que se une el alma con su divino Salvador en la vida eterna.

Dos bujías alumbraban la sagrada efigie, con su explendor peremne y contínuo, cual la plegaria eterna de un alma solitaria que, desprendida de las humanas pasiones, se consume y se purifica en el amor de su Criador.

El enfermo se habia empeorado terriblemente; parecia que, como él habia dicho muy bien, el cielo habia sostenido sus fuerzas para que pudiese revelar á Juan todos los secretos de su pecho.

Al borde de la tumba, en esos instantes supremos en que comprendemos lo vano y lo estéril de las pasiones de la vida, Luis se arrepentia de su pasado, aborrecia la senda criminal que habia seguido y que le habia alejado de Dios, y las lecciones de virtud y santi-

dad que habia recibido en su infancia, acudian á su memoria con el nombre de su buena madre, á quien habia perdido siendo muy niño.

El amor de padre, primero; la influencia de Juan despues, y últimamente, la proximidad de la muerte, habian operado tan completo cambio en el alma de Luis, que de pecador incorregible le habian convertido en sincero penitente.

Tal vez las oraciones de Juan, tal vez las plegarias de Margarita habian alcanzado de Dios esta gracia inesperada.

El venerable Anton Martin se hallaba al lado del enfermo, prodigándole sus cuidados y haciendo esfuerzos inauditos por sostener aquella vida que se extinguia por momentos.

Luis, con los ojos fijos, ora en la puerta de la estancia, ora en la imágen de Jesús, manifestaba claramente los afectos que dominaban su alma.

De pronto, su rostro se iluminó con la expresion de una alegria infinita, y volviéndose á Martin, murmuró:

—¿Es el hermano Juan? ¿no es cierto? ¿es su voz la que acabo de escuchar?

—Sí: teneis razon; él es.

—¡Dios mio! ¿si vendrá ella? ¿si vendrá mi hija?

—Tranquilizaos.

—¡Oh! mi pobre corazon late con tal violencia en este instante, que temo no poder resistir el momento de verla: dijo Luis tristemente.

—Vamos, vamos: tened valor.

—¡Antes tan temerario; tan cobarde hoy!

La cortina que cubria la puerta se levantó, y Juan apareció á la entrada.

—¿Y ella? preguntó Luis con anhelo.

—Aquí está; pero ignora vuestro estado; es preciso que lo sepa poco á poco: tened ánimo por algunos instantes, y despues...

—¡Oh! sí, sí; pero que venga pronto.

Juan desapareció un instante, volviendo á poco seguido de Margarita y de María.

—Vedle allí, dijo á la jóven indicándole el lecho en que yacia el herido: vedle allí.

Margarita adelantó algunos pasos; pero al fijar sus ojos en el semblante de su padre, sus mejillas se tornaron pálidas y sus labios temblorosos, murmuraron con afan:

—¡Padre mio!

—¡Luis! añadió María á su vez, adelantando llena de angustia, pues en el rostro de su hermano se veian impresas las señales de la muerte.

—¡Hija, hermana mia! dijo éste solamente, alzando con gran trabajo los brazos para recibirlas en ellos.

—¡En qué estado! exclamó Margarita, sin poder contener su llanto.

—¡En el que la mano de un Dios Todopoderoso ha querido ponerme!

—¡Ah!

—No te quejes, hija mia.

—¡Pero así! exclamó María con pena.

—Es justo, dijo Luis á su oido; quien mal anda, mal acaba.

Aunque con trabajo, y usando las mayores precauciones, Juan informó á las dos jóvenes de cuanto habia pasado desde la noche anterior, y como Luis habia sido herido, ocultando únicamente el nombre de sus asesinos, pues aunque él lo sabia perfectamente y lo habia revelado á Juan, no queria que nadie lo adivinase, y los perdonaba desde lo íntimo de su corazon, para que Dios le perdonase tambien.

El peligro de muerte en que se hallaba el desgraciado, no fué ya un secreto para nadie, y su hija y su hermana se sintieron presas del más horrible dolor, aunque sostenidas por la religion, cuyas consoladoras promesas les hacia oir el acento dulce y persuasivo de su protector Juan de Dios.

Pasados los primeros instantes, Luis preguntó con débil acento.

—Me ofrecísteis la alegría de ver á mi Margarita, y el consuelo de recibir mi perdon: la primera de estas promesas está cumplida, la segunda...

Por toda respuesta, Juan hizo un signo con la mano, y á la en-

trada de la puerta apareció una mujer cubierta con un manto y tan agitada, que para adelantar hasta en medio del cuarto, tenia que apoyarse en la mano de un hombre que la acompañaba.

Aquel hombre era Cárlos; la mujer á quien sostenia era su desgraciada hermana Dolores.

Ante aquella aparicion, María y Margarita quedaron admiradas.

La primera no conocia á Lola ni se explicaba su presencia en aquel sitio: la segunda, recordaba vagamente haberla visto, aunque sin poder asegurar cuándo ni dónde.

En cuanto á Cárlos, su presencia conmovia fuertemente á la hija de Luis que le amaba siempre con locura, y hacia extremecer tambien á la pobre María.

La situacion, pues, era extraña y tristísima para todos.

LXXXXIV.

Solo á Juan con su santidad y su virtud; con su amor y su caridad, con la singular influencia que ejercia en cuantos le tenian á su lado, podia calmar aquellos espíritus agitados y dominar las diversas pasiones que hacian latir aquellos inquietos corazones.

Levantóse, pues, y dirigiéndose á Lola, la tomó de la mano y la acercó al lecho de Luis, murmurando al par:

—Hija mia, un desgraciado que os ha hecho mucho mal, implora vuestro perdon á las puertas de la eternidad. Dios, con quien le han reconciliado su fé y su arrepentimiento, le ha perdonado ya por boca de uno de sus ministros; ¿quereis, vos, imitar á nuestro divino Salvador, recordando que le decís todos los dias: «Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores»?

Lola no pudo pronunciar una sola palabra: las lágrimas la ahogaban.

Luis interpretó aquel silencio por una negativa, y exclamó con afan.

—¡Dolores, Dolores! ten piedad de mí: mira que voy á morir.

La hermana de Cárlos tendió las manos hácia aquel hombre á

quien tanto habia amado, y cayó de rodillas junto á su lecho, murmurando con débil voz:

—¡Luis, Luis, yo te perdono y te amo aún! ¡yo daria mi dicha por tu dicha en este mundo, y mi sangre entera para alcanzarte la felicidad en el otro!

Cárlos dió un paso hácia su hermana y Juan, colocándose ante él, exclamó con voz solemne:

—El frio soplo de la muerte apaga la funesta llama de los ódios y los rencores mundanos: inclinaos ante la voluntad de Dios que así lo quiere, y perdonad tambien.

—¿Pero, mi hermana...?

—Vuestra hermana puede recobrar su honra perdida, ante ese lecho de muerte.

—¡Oh! ese hombre...

—Ese hombre, hijo mio, ha sido muy desgraciado y tiene á su vez mucho que perdonaros.

—¡Á mí!

—Á vos, puesto que por una ley que no nos es dado juzgar, las culpas de los padres las pagan los hijos.

—Pero...

—Cárlos, vuestro padre causó la desgracia de ese hombre; y ¡ay! por un prodigio de la misericordia divina no ha causado tambien su perdicion eterna.

—¡Oh! explicaos.

—No me es dado hacerlo; son secretos que pertenecen á la tumba, dejémoslos, pues, dormir en ella!

—Pero si yo le perdono, si yo escucho vuestra voz, Lola será la esposa de un bandido!

—Nó; respondió Juan tristemente: será la viuda de un caballero.

—¡Cómo!

—De D. Luis de Aguilar y Suarez, hijo de una antigua y digna familia, á quien el príncipe Felipe, en nombre de su angusto padre el Emperador Cárlos V, indulta de todas sus faltas y rehabilita ante la sociedad.

—¡Ah!

—Si dudais de mis palabras, hé aquí la real cédula que conseguí de la régia clemencia; con ella esperaba hacer felices á dos séres, regenerar á un infeliz, y ¡ay! solo voy á conseguir rehabilitar su nombre para grabarlo en una tumba!

Cárlos nada respondió á Juan; pero se dejó llevar por él sin resistencia junto al lecho de Luis, y tocó en silencio la mano que aquel le tendia.

María y Margarita presenciaban aquella escena sin entenderla y entregadas á su dolor.

Todo se hizo segun los deseos de Juan, y Luis, al obtener el postrer don que Dios hace al moribundo, bajando á su pecho en forma de pan celestial, pudo recibir tambien el sacramento que liga á dos séres con lazos indisolubles y eternos.

Al terminarse la ceremonia, el enfermo llamó á Margarita junto á sí, y tomando su mano, dijo, uniéndola con la de Lola:

—Ella es cuanto de más precioso poseo en este mundo; sea, pues, ella, el postrer don que te hago.

—¡Será mi hija! exclamó Lola abrazando á la jóven y bañándola con su llanto.

Cárlos fijó en Margarita una mirada profunda y elocuente: en aquella mirada se encerraba una promesa de felicidad.

Cuando Juan vió que nada más podia hacer por aquellos séres á quien miraba con tal predileccion, dió gracias al cielo, y se dispuso á salir de aquella estancia en que habia para velar al herido tantas personas queridas.

—¿Os alejais? le preguntó Luis lentamente.

—¡Oh! sí: aun quedan séres por quien velar; contestó Juan con cariñoso acento.

—Mas ¿dónde vais? dijo el marqués de Sandoval aproximándose á él.

—Á pedir para mis pobres, respondió Juan sencillamente.

—La limosna de hoy corre de mi cuenta, se apresuró Cárlos á decir, arrojando en su mano un bolsillo lleno de oro. Tomad en nombre de mi hermana, que celebra socorriendo al necesitado sus tristes bodas.

—Dios derrame sus gracias sobre la frente de la desposada, como ella derrama sus dones entre los infelices.

—¡Así sea! respondió Cárlos suspirando.

—¡Así sea! dijo débilmente Margarita.

—¡Así sea! repitió Luis con ferviente emocion y con casi extinguido acento.

LXXXXV.

Dos dias despues de los sucesos que acabamos de referir, el cuerpo de Luis reposaba en la última morada, mientras que la Iglesia recitaba por su alma las santas preces del ritual romano.

Su viuda salia tambien de la casa de Juan, acompañada de Margarita y de María, á quien miraba como su nueva familia.

En vano, Lola, habia rogado á las dos jóvenes que fuesen á vivir á su morada, alegando para ello los derechos que Luis la habia dado sobre su hija. María se opuso tenazmente á ello, apoyada por Juan, que comprendia todo el peligro y la inconveniencia de aquel paso.

Cárlos no se atrevia á unir sus súplicas á las de Lola, aunque su corazon lo deseaba ardientemente, pues sabia muy bien los motivos que Margarita tenia para no habitar bajo el mismo techo que él.

—¡Oh! ¡dejadme, al menos, el triste consuelo de prodigar á la hija el amor y los cuidados que no he podido prodigar al padre! ¡Oh! ¡hubiera yo sido tan dichosa viéndole feliz y regenerado!

—Más adelante; dejad pasar algunos dias, y vuestro deseo se cumplirá.

—Pero ¿qué hará esa niña entre tanto? Yo sé que es pobre, que viven sin comodidades, sin lo preciso casi.

—Dios no la abandonará, y yo velaré por ellas tambien.

—Mas....

—Creedme, hija mia: poderosos motivos se oponen hoy á lo que anhelais; dentro de algunos dias, acaso....

—Sea como vos mandeis; ya sabeis que hace mucho sois el árbitro de mi suerte.

—Gracias, hija mia, por esa sumision; en cuanto á la que desde hoy llamais hija, nada la faltará, ni tampoco á su pobre tia: yo me encargo de ello; además, tengo esperanzas de hacer que recobren la herencia de sus mayores, que la injusticia de un tutor avaro la arrebatara un dia.

—¿Qué decís? preguntó María á su vez.

—Que conozco á D. Gutierre Dávalos, y que creo que no tardará en arrepentirse de sus culpas y en disponerse para dar á Dios estrecha cuenta de sus acciones en este mundo.

—¿Es posible?

—Sí: se halla enfermo hace tiempo; una horrible paralisis le tiene sujeto en el lecho del dolor, y allí sufre, y allí medita en la inutilidad de las riquezas humanas.

—¡Desgraciado!

—Ayer me llamó á su cabecera, y yo le hablé en nombre de Dios, recordándole sus deberes; hoy volveré, y si es la voluntad del cielo, él hará esa justa restitucion.

—¿Y entonces...? preguntó Lola.

—Entonces, María y Margarita tendrán un porvenir, y podrán vivir tranquilas, despues de tantos dias de prueba y de dolor.

—Pero ¿vendrán á mi lado? ¿no desdeñarán como ahora el asilo que las ofrezco?

—Aguardad, hermana mia, aguardad; esto solo puedo deciros.

Mientras Juan habia conversado con María y Lola, Cárlos se habia acercado á Margarita y la decia con emocion:

—Estais sola en el mundo: la barrera que nos separaba ha sido deshecha por el soplo de la muerte; ¿quereis, Margarita, apoyaos en mi mano, para atravesar la senda difícil de la vida?

—¡Oh! mi pobre padre....

—Vuestro padre bendecirá desde el cielo este lazo, que él mismo, si viviera, se habria apresurado á formar. Ya veis que él ha querido, antes de morir, pertenecer tambien á mi familia.

—Sí, sí.

—Esta es la mejor garantía de sus sentimientos.

—¡Dios mio!

—¿Dudareis aún?

—No, Cárlos, no; pero....

—¿Qué?

—Mi padre, al dejar de existir, ha hecho á otra persona dueña de mi suerte.

—¿Á mi hermana?

—Sí.

—Y bien.

—Que ella decida de mi porvenir.

Cárlos dirigió á Margarita una mirada llena de amor y de gratitud.

Estando en la mano de su hermana la felicidad de su vida, estaba cierto de conseguirla.

Algun tiempo despues, todas se separaban, dejando con el llanto en los ojos, aquella bendita morada.

Cárlos y Lola se dirigieron á su magnífico palacio; Margarita y María se encaminaron á su pobre morada.

Las tres mujeres iban tristes, desconsoladas; Sandoval, conmovido por las escenas que acababa de presenciar, pero llevando en el alma una dulce y consoladora esperanza.

LXXXXVI.

Habian pasado algunos dias.

Juan, que por pensar en todos los demás se habia olvidado de sí mismo: que trabajaba sin descanso dia y noche en favor de cuantos sufrian, dejando el reposo, el alimento y hasta el sueño, se sintió presa de un malestar sin nombre, en un principio, pero que se fué agravando de dia en dia, hasta el punto de impedirle salir á sus diarias correrías.

Una fiebre tenaz le aquejó de contínuo y crueles dolores esparcidos por todos sus miembros, le hicieron presentir que, Dios, satisfecho ya de su destierro, iba á recibirle en su patria eterna, para ceñir allí á sus sienes la corona merecida.

Entonces, el santo Juan pensó, como siempre, en los otros antes que en él, y quiso sacar una cuenta exacta de las deudas que aun no habia satisfecho de las contraidas para atender al hospital.

—No quiero que ninguno sufra perjuicio en sus intereses por mí; se dijo un dia en que se sentia peor: hoy saldré; hoy recorreré la ciudad, firmaré en manos de mis acreedores, documentos que justifiquen el débito, y de este modo estaré más tranquilo, puesto que,

aun que yo muera, serán sus créditos satisfechos tan luego como Dios dé medios para ello á mis hermanos.

Sin consultar sus fuerzas, salió de su estancia, y ocultando á todos su proyecto, bajó las escaleras, cruzó el extenso portal, y en breve se halló en la calle, caminando con trabajo y dirigiéndose, como habia pensado, en busca de sus acreedores.

El infatigable siervo de Dios, tenia, como ya lo sabemos, una voluntad firme y decidida, cuando trataba de hacer un bien, y así es, que sin vacilar llevó adelante su propósito.

Ni el cansancio, ni la falta de fuerzas, ni la fatiga que de vez en cuando le obligaba á detenerse, le hicieron desistir de su proyecto ni detenerse un instante en acabar de llevarle á efecto.

Ya se volvia á su casa, despues de haber firmado algunos recibos y reconocido algunas obligaciones; cuando al cruzar por una de las calles más céntricas, oyó una voz que pronunciaba distintamente su nombre.

—¿Quién necesita de mí? dijo con voz desfallecida, volviendo la vista en derredor.

—Mi señor, que me enviaba á llamaros, cuando al salir os he visto pasar, respondió un hombre, criado, al parecer, de casa principal, por la librea que vestia.

—¿Y cuál es el nombre de vuestro señor?

—Don Gutierre Dávalos, respondió el servidor.

—¿Se ha empeorado?

—Mucho: esta noche, segun han decretado los facultativos, debe visitarle el médico celestial.

—¡Ah!

—Antes desea veros, segun dice, y me enviaba á buscaros.

—Dios mio, haced que no me falten las fuerzas en esta ocasion, en que acaso voy á llevar á María su porvenir y la suerte de su hija.

—¿Vais á seguirme?

—Sí; dijo Juan, aunque á la verdad, no sé quién estará más enfermo, si vuestro señor ó yó.

El criado de D. Gutierre miró entonces el semblante de Juan, y admirado de su expresion,

—¿Quereis alguna cosa? le preguntó, pues veo que estais realmente indispuesto.

—No, le replicó el santo enfermo: la mayor medicina para mí, es cumplir la voluntad de Dios.

Y haciendo un supremo esfuerzo, siguió á aquel hombre que le condujo á la morada del anciano y moribundo D. Gutierre Dávalos.

Lo que hablaron aquellos dos hombres fué secreto, como secreta es la confesion; pero cuando media hora despues salia de la estancia Juan, en el rostro del enfermo brillaba una expresion de paz dulce y serena, como la que ilumina el alma del que acaba de reconciliarse con Dios por medio de una buena accion, ó por el cumplimiento de un sagrado deber; en cuanto á Juan, en su expresivo y bondadoso semblante se leia el gozo inefable y puro que le animaba siempre que hacia la felicidad de algun desgraciado, ó remediaba el infortunio ajeno.

Vacilante, aquejado por la fiebre y los dolores que le oprimian, bajó la escalera, despues de dirigir á D. Gutierre algunas palabras consoladoras, y despues de decirle, al alejarse ya:

—Habeis llenado un sagrado deber, y Dios os perdonará, y la Vírgen María velará por vos. Cuando el acta de restitucion esté firmada y puesta en órden por vuestro escribano Ruy Diaz, enviádmela á mi hospital, pues allí estaré, y ya sabeis que yo me encargo de hacerla llegar á manos de María.

—¿Pero me perdonará?

—Tan cierto estoy de ello, que desde ahora mismo, y en presencia de Dios, yó, en nombre suyo, os doy el perdon y la bendicion. Quedad en paz D. Gutierre y dormid descuidado, que purificado quedais ya, segun yo creo, de toda culpa.

Una vez en el portal de la casa, Juan parecia que no iba á poder dar un solo paso, segun lo pálido y lo exhausto de fuerzas que se encontraba.

El criado que habia salido á su encuentro, acudió en su ayuda, y le ofreció sus servicios, brindándole con acompañarle hasta su casa; pero él le dió las gracias y contestó:

—El que en tantas ocasiones me ha amparado y me ha socorri-

do, no me abandonará en este momento. Id al cuarto de vuestro amo que allí juzgo que hareis falta.

Y sin añadir más palabras, emprendió su camino lentamente y con gran trabajo y fatiga.

El criado le vió partir y quedó murmurando:

—Ese hombre va muy malo: lleva las huellas de la muerte impresas en el rostro y, sin embargo, va sereno y alegre. ¡Oh! indudablemente el vulgo tiene razon en llamarle justo y santo, pues ciertamente lo es.

Mucho tardó Juan en llegar á las puertas de su morada, pues á cada instante tenia que detenerse á respirar y descansar para poder seguir adelante.

Cuantos le veian pasar, se paraban á preguntarle qué llevaba, ó qué dolor le iba aquejando.

Pero él, sonriendo trabajosamente, solo podia contestar:

—Hermanos mios, esto no es nada para quien tanto merece: os aseguro que me siento bien, mejor que nunca, puesto que estoy como Dios quiere que esté.

Así, y al cabo de algun tiempo de penosa marcha, llegó á su hospital, contento y satisfecho ya, pues habia hecho dos buenas acciones: la primera, poner en órden sus asuntos particulares para que ninguno sufriese la más leve pérdida por su causa: segundo, terminar felizmente la obra de la devolucion de los bienes de María: obra en que ésta ganaba un porvenir en este mundo, y D. Gutierre un porvenir en el cielo.

Subió penosamente la escalera, á cuyo fin se hallaba Anton Martin esperándole.

—Gracias al cielo que volveis, hermano mio, le dijo mirándole con pesar.

—¿Y por qué? preguntó Juan cariñosamente.

—Vuestra tardanza me tenia con cuidado.

—Ya sabeis que Dios acude á toda necesidad, y hubiera atendido á este pobre pecador si hubiese tenido necesidad de algo.

—Además...

—Qué, ¿ha ocurrido algo en mi ausencia?

—Nuestro prelado quiere hablaros.

—¿Á mí?

—Sí: uno de sus pajes ha venido en busca vuestra.

—¡Oh! entonces voy al punto.

—Pero advertir que llegais cansado.

—No importa.

—Estais enfermo, muy enfermo: pues aunque vuestro labio lo calla, vuestro rostro lo revela.

—Antes que nada es la obediencia, hermano Anton; tenedlo siempre presente.

Martin nada se atrevió á responder, y el siervo de Dios emprendió de nuevo la marcha con doble esfuerzo y con igual trabajo que el que le habia costado llegar hasta allí.

Algun tiempo despues, se detenia ante los umbrales del palacio Episcopal, y con su humildad acostumbrada se hacia anunciar por uno de sus pajes al venerable D. Pedro de Guerrero, arzobispo de Granada.

LXXXVII.

El prelado recibió á Juan, no solo con su bondad habitual, sino con el amor que inspiraba su santidad y su virtud.

—Señor, le dijo él, arrodillándose y besando su mano; aquí estoy aguardando, como obediente hijo, las órdenes de mi buen padre; más ante todo, dadme la bendicion, que siendo vuestra, vendrá con ella la gracia y el auxilio de Dios.

Cedió el arzobispo á su ruego, y haciéndole levantar, le dijo con reposado acento:

—Hanme dicho, hermano Juan de Dios, que en vuestro hospital se refugian algunos que, mintiendo pobreza, usurpan el puesto de los verdaderos necesitados, abusando de vuestra buena fé y causándoos disgustos y trabajos, que solo en los temerosos de Dios debiérais emplear.

—Señor....

—Dejadme acabar. Tambien me han dado quejas de que allí se albergan mujeres que vivieron olvidadas del pudor, y que os llenan de denuestos, ultrajando la santa mano que las proteje. Decidme, ¿es esto verdad?

—Lo ignoro enteramente, señor.

—¡Cómo!

—Yo, al recibirlos, solo miro su desgracia, y solo les pregunto los males que les afligen.

—Sin embargo....

—No he conocido en ninguno de mis pobres culpa ni vicio alguno.

—Pues aseguran....

—Y si los tuvieran, procuraríamos corregirles, con la ayuda del cielo; pues si para remedio de sus cuerpos les traemos al hospital, tambien debemos hacer que sea para remedio de sus almas. «Y pues Dios sufre á malos y á buenos, y sobre todos hace nacer el sol para que les alumbre con sus rayos, no parecerá justo arrojar á los desamparados y afligidos de su casa, pues para todos debe servir la que lo es de Dios.»

Juan calló, y el arzobispo guardó tambien silencio por algunos momentos.

Ciertamente que, gentes que solo juzgaban por las apariencias de las cosas, le habian dado noticia de cuanto habia manifestado á Juan; pero al oir la sábia y elocuente respuesta de éste, habia quedado desconcertado y convencido de la verdad de sus palabras.

Al fin, mirando á Juan con cariñosa admiracion, le tendió la mano y le dijo con dulzura:

—Id en paz, hijo mio; id con Dios, puesto que por Él vivís y obrais, y haced en el hospital cuanto creais conveniente, pues para todo os doy licencia: y cuando otra vez vengan á darme quejas por ello con indiscreto celo, yo responderé con vuestras mismas palabras; y ellas, que me han convencido á mí, convencerán á los demás.

Juan dió las gracias y se dispuso á salir, pues apenas podia tenerse en pié.

Cuando por segunda vez fué á arrodillarse para besar la mano del prelado, notó éste que su cuerpo se agitaba con el temblor de la fiebre, y que su rostro, descompuesto, manifestaba los dolores que sufria.

—¿Qué teneis, hijo mio? le preguntó con interés.

—¡Oh! no es nada, señor.

—¿Estais enfermo?

—Un poco.

—Entonces ¿á qué habeis venido?

—Para obedecer vuestro mandato.

—Mas si no podíais....

—El espíritu siempre está pronto, aunque la carne sea flaca.

—Esas palabras....

Son las que dijo nuestro Divino Salvador; perdonad que las repita una miserable criatura.

—¡Oh! veo que sufris: retiraos, hijo mio, retiraos y cuidad de vuestra persona, tan necesaria para el cuidado y el alivio de los pobres.

—Los pobres tienen ya á Anton y á Pedro, que me reemplazan junto á ellos, y además, señor, sobre todos nosotros está la Providencia suprema, está Dios!

LXXXVIII.

Cuando Juan penetró de nuevo en su casa, sus fuerzas se habian agotado enteramente, y se dejó caer en el suelo, sin poder resistir por más tiempo á su grave y terrible mal.

Martin y Velasco acudieron en su auxilio; pero Juan de Dios rehusó todo cuidado, suplicándoles que atendiesen solo á los pobres y no se cuidasen de él.

Su voz habia sido siempre escuchada con respeto y veneracion por cuantos le rodeaban, y entonces no podia dejar de serlo tampoco.

Apesar del dolor que les causaba el verle en el duro suelo, con solo su miserable capacha por almohada, fuéles preciso ceder á sus deseos y dejarle en el lugar que él quiso ocupar.

Cuando interesados por su salud los médicos y cuantos tenia cerca le preguntaban qué sentia, él solo contestaba:

—Estoy bien, esto no es nada: apenas siento dolor alguno.

De este modo, los doctores encargados de la asistencia de los otros enfermos, ni podian hacerse cargo de su mal ni emplear para él remedio alguno.

La noticia de que Juan se hallaba falto de salud habia corrido

por la ciudad, y muchas personas acudian á informarse de su estado y á tener el consuelo de verle aún.

Entre éstas se hallaban los esposos D. García de Pisa, caballero ilustre, y D.ª María Osorio, señora de ejemplar virtud, y que comprendia las altas prendas y la santidad sin igual del enfermo.

Llevados ambos de su predileccion y de su afecto á Juan, acudieron al hospital tan luego como supieron su dolencia, y solicitaron verle, con instancias tales, que fué preciso concedérselo.

Conducidos por Simon, llegaron al lugar donde se hallaba el enfermo, y le sorprendieron, como ya hemos dicho antes, tendido en el suelo y con el áspero esparto por almohada.

D.ª María de Osorio, ante tal espectáculo, sintió que su corazon se oprimia y que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—¡Cómo! dijo, ¡el que á tantos ha consolado, procurándoles comodidad y bienestar, se halla ahora privado de todo bien, en el frio pavimento, sin abrigo alguno y sin tener siquiera donde apoyar su doliente cabeza!

—Tranquilizaos, señora mia, respondió Juan; cada cual recibe en este mundo lo que merece: yo soy un gran pecador, que solo debe hallar privaciones en castigo de sus faltas. Dejadme, pues, dejadme que sufra un poco, que nunca será tanto como ser debiera; además, mi mal no es grave; esto no será nada, ni traerá, Dios mediante, consecuencia alguna.

D.ª María, conmovida y apesarada, le suplicó á su esposo que ofreciera á Juan un asilo en su propia casa, donde ella se encargaria de proporcionarle cuanto hubiese menester.

D. García aprobó el pensamiento, y con cariñosas instancias y con frases llenas de interés, suplicaron á Juan que fuese con ellos.

Para conseguirlo, alegaban la imposibilidad en que Velasco y Martin se hallaban de consagrarse á él exclusivamente.

La idea de dejar su amada casa afligió á Juan de tal manera, que fué preciso desistir por entonces de tal empeño.

Sin embargo, D.ª María no se desanimó, y despidiéndose de él, se dirigió á su morada, donde, en union de D. García, determinaron dar parte de cuanto ocurria al venerable Arzobispo D. Pedro Guer-

rero, suplicándole que obligase á Juan á aceptar su ofrecimiento.

El éxito de esta peticion fué el que D.ª María Osorio deseaba, pues se le remitió una carta para el santo enfermo, en que el prelado le ordenaba, bajo obediencia, que se dejase conducir á la morada de los señores Pisas.

Loca de gozo D.ª María al tomar aquella carta,

—Ahora, dijo, ahora no se negará á mis ruegos.

Y se encaminó otra vez al hospital, seguida de D. García.

LXXXXIX.

Pocos instantes despues de llegar Juan á su morada, cuando salió de la casa de D. Gutierre, un criado, cubierto con la librea de éste y trayendo en su mano un abultado paquete, preguntaba por el santo enfermo en el ancho portal del benéfico asilo.

Anton, que habia acudido al vibrante toque de la campana, respondió manifestando el estado de Juan, que le impedia ver á nadie en aquel momento.

El criado insistió una vez y otra, asegurando que tenia órden expresa de no entregar aquellos papeles sino en la mano de Juan de Dios.

Tanto instó, y ponderó de tal modo el interés de su mision, que Martin se vió obligado á conducirle junto al hermano de los pobres.

Cuando éste rompió el nema del paquete y miró lo que contenia, sus ojos se animaron y en sus lábios apareció una dulcísima sonrisa.

—Decid á vuestro señor, contestó, que mi corazon le bendice, pues ha recibido de él la postrera alegría que ha de sentir sobre la tierra.

—¡Cómo! ¿qué quereis decir? preguntó Anton alarmado.

—La verdad, respondió Juan tranquilamente; pues creo que este será el último bien que podré hacer por mi mano.

—Segun eso, ¿os sentís peor?

—No, hijo mio; pero oigo que una voz interior me anuncia el fin de mi destierro.

—Dios quiera que os engañe, y que aún vivais mucho tiempo para los que tanto os amamos.

—Cúmplase su voluntad; mas ahora quiero que....

—Hablad.

—Enviad á llamar á D. Cárlos de Sandoval; deseo verle al instante.

—¡Oh! se hará así.

Y Anton Martin salió ligero á cumplir la órden que acababa de recibir.

—Vos, repetid á vuestro señor mis anteriores palabras, y añadid tambien que espero muy en breve al marqués para que me ayude á cumplir sus deseos.

El criado de D. Gutierre se alejó, saliendo de allí pesaroso, viendo el estado en que dejaba al bendito amigo de los desgraciados.

Juan quedó, pues, solo, y elevó á Dios su plegaria en favor de D. Gutierre, el cual, muy en breve, debia presentarse ante su divino Tribunal.

En su ferviente ruego no olvidó tampoco á María, criatura noble é infortunada, cuyos dolores comprendia; á María, á la cual no quedaba en este mundo más felicidad que Luisa, su tierna hija. Tambien pidió por Margarita, por aquella niña á quien tanto habia amado, y cuya felicidad iba á tratar de asegurar en aquel instante.

Sumergido en el éxtasis de su oracion permanecia aún, cuando escuchó la voz de Cárlos, que, al saber que deseaba verle, habia venido corriendo, sin detenerse un segundo siquiera.

—¡Loado sea Dios! murmuró Juan; ya está aquí: él podrá dar estos papeles á María, y hacer que tanto ella como Margarita recobren la herencia de sus padres.

En aquel instante penetró Cárlos en la estancia y exclamó llegando junto á su santo amigo:

—Aquí estoy, puesto que anhelábais verme, hermano mio: pero ¡cuán pálido y demudado os hallo! ¡no miente el rumor público cuando dice que os hallais muy enfermo!

—Hace algunos dias que sufro un poco: pero como mi mal me lo ofrece Dios, le acepto agradecido, como todo don de su mano. Y vos, hijo mio ¿sois menos desgraciado? ¿vuestra hermana...?

—La infeliz llora su viudez con sin igual desconsuelo; por uno de esos misterios del corazon que no nos es dado comprender, amaba con locura al hombre que causó su desgracia; y ahora que ha muerto lamenta su pérdida, y juzga que ha concluido toda esperanza para ella.

—Y, sin embargo, debia considerarse dichosa, puesto que Luis ha remediado el mal que hizo, y ha borrado sus culpas con un sincero arrepentimiento.

—Hé aquí lo que la aflije. ¡Haber muerto cuando habia obtenido la absolucion de sus faltas; cuando apoyado en su brazo podia haber cruzado la senda del bien!

—No mireis, Cárlos, los sucesos de esta vida segun el presente: miradlos segun la eternidad, y vereis en ellos la misericordia de Dios que lo ordena todo para nuestro bien; pero hablemos de otra cosa: tambien otro desgraciado que vivia en el error, ha abierto los ojos al borde del sepulcro, iluminado con la luz de la verdad eterna; tambien ha querido reparar el daño que habia causado, y hé aquí, que devuelve los bienes usurpados, y restituye lo que no le pertenecia.

Y al decir esto, Juan alargaba á Cárlos los papeles que le remitiera D. Gutierre.

—¿Qué es esto? preguntó el jóven admirado.

—El porvenir de dos mujeres que hoy viven en la pobreza.

—¿De María?

—Sí: de María y de...

—¡Ah!

—¿No habeis vuelto á verlas?

—Aunque mi corazon me llamaba á su lado, aunque al pié del lecho mortuorio del que fué esposo de mi hermana hubiera querido jurar que haria feliz á la pobre huérfana, he respetado los deseos de María, he respetado los vuestros y, fuerza es decirlo, he querido esperar á que vos, con una palabra aún, disipárais el resto de duda que abrigaba mi corazon.

—¿Luego...?

—No las he visto.

—¿Y dudais...?

—Sí: amo á Margarita, no lo niego: desde el dia que mis ojos se fijaron por vez primera en su semblante angelical, mi corazon guardó su imágen como un tesoro, y ví en ella mi sueño de dicha, mi suprema felicidad.

—¿Entonces...?

—Su padre ha hecho mucho daño á los mios.

—¿Y ella...?

—Ella es inocente, ya lo sé, y sin embargo...

—Explicaos.

—Temo que si la hiciera mi esposa, la sombra del autor de mis dias vendria á reconvenirme por ello.

—Cárlos, ¿teneis fe en mis palabras?

—¡Como en las de un santo!

—Pues bien: vuestro padre, si viviera, aprobaria este enlace, puesto que con él remediaria la desgracia de esa niña, desgracia de la que en gran parte él ha sido responsable.

—¡Cómo!

—Tal vez la madre de Margarita murió por un error del Marqués: tal vez por ese error, Luis fué criminal y perdió el puesto que en la sociedad debia ocupar.

—¡Ah!

—Creedme, Cárlos; creed á un hombre cuyos labios jamás se han manchado con la mentira. Si Luis os ofendió, ofensas habia recibido antes, y vuestro deber es olvidar y tomar á vuestro cargo el porvenir de esa jóven, puesto que la amais.

—Mas ¿consentirá ella? ¿consentirá María?

—Ella os ama.

—Mas...

—Llevarles esos documentos, en los cuales D. Gutierre Dávalos declara solemnemente que les devuelve cuanto les pertenecia; y haced que vengan á verme; yo me encargo de lo demás, y aquí mismo...

Cárlos iba á salir; pero al llegar á la puerta fué detenido por la presencia de D.ª María Osorio de Pisa, que en aquel instante llegaba, agitando gozosa un papel en su mano.

—¡D.ª María otra vez! murmuró Juan.

—¡Oh! ahora no os negareis á mi ruego, exclamó la noble dama, presentando á éste la carta del prelado: ved, ved lo que os traigo para obligaros.

Juan pasó la vista por el papel una vez, y otra despues, y dos lágrimas lentas y silenciosas rodaron por sus pálidas mejillas.

¡Tal vez una era de pesar, porque se veia obligado á dejar su amada casa! tal vez otra era de gratitud por el interés que tomaba por él aquella virtuosa señora!

—¿Qué respondeis? preguntó ésta con afectuoso acento.

—Que solo me toca obedecer.

—¿Luego vendreis?

—¡Oh! sí:

—Pues vamos, mi litera aguarda.

—Dejad que antes me despida de mis hijos, que son mis enfermos; de mi casa, á la cual no volveré.

—¡Juan! hermano mio, ¿qué decis? murmuró Cárlos que nada entendia.

—Ved, hijo mio, ved; le dijo él mostrándole la carta del arzobispo

—¡Ah!

—Me ordena que salga de aquí, y que acepte la hospitalidad que me ofrece D. García Pisa, pues en su casa estaré más tranquilo y sosegado, y debo ir al punto; pero allí como aquí, aun puedo protejer á los que me aman: llevad allí mañana á Margarita y á María, que aun quiero verlas por última vez.

Cárlos salió de la estancia con el corazon oprimido.

LL.

Anton Martín, Pedro Velasco y Simon de Ávila, llegaron á la estancia en que se hallaba su amigo y maestro, llamados por éste y llenos de una profunda afliccion.

—Hijos mios, les dijo Juan: una voluntad más respetable que la mia, me ordena dejaros.

—¡Cómo! exclamaron á un tiempo los tres: ¿en qué hemos faltado? ¿en qué os hemos disgustado? ¿por qué nos abandonais?

—¡Oh! Dios, que lee en el corazon humano, sabe el amor que os tengo, y que en vez de faltas os debo momentos de gran consuelo y alegría: todos habeis sido buenos, bondadosos y excesivamente fieles para mí. ¿En qué me habeis faltado? yo soy, yo soy el que, al partir, os debo pedir perdon de no haberos dado mejor ejemplo, de no haber sido todo lo amante y previsor que un padre debe ser para hijos tan humildes y tan amorosos como vosotros.

Al decir esto, la voz de Juan era conmovida y dulce, y sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Sus tres compañeros lloraban tambien.

—Mas ¿por qué nos dejais entonces? preguntó Pedro, el que más le debia de los tres.

—Porque nuestro prelado lo ordena; juzga que estaré mejor y más en camino de recobrar la salud en la casa de unos dignos señores que me invitan á ir con ellos.

Ante las palabras de Juan, que manifestaban la voluntad del venerable arzobispo, los tres compañeros de Juan bajaron la frente y sellaron los labios, del modo que las tímidas obejas inclinan la cabeza, y siguen humildes el sendero que les muestra el cayado del pastor.

Solo Martin se adelantó, é interpretando los deseos de sus compañeros, dijo:

—Antes de abandonarnos, dadnos vuestra bendicion.

Los tres se arrodillaron, y Juan, extendiendo sus manos sobre aquellas cabezas descubiertas, las bendijo llorando, en nombre de Dios.

—Antes de partir, les dijo: quisiera visitar todas las salas, todos los departamentos de esta casa, donde he vivido algunos años.

—Vamos, pues, dijo Simon, ayudándole á levantar.

Pero esto era imposible.

Juan habia perdido sus fuerzas enteramente y no podia tenerse de pié.

Entonces le colocaron en un sitial, y cogiéndole en hombros Simon y Pedro, le llevaron á que satisfaciese aquel amoroso deseo.

El bendito hermano de los desgraciados recorrió una por una las estancias de aquel basto establecimiento.

Los tristes enfermos, al saber que les dejaba, derramaban copioso llanto y exhalaban angustiosos jemidos, lamentando la ausencia del que habia sido su padre, su amigo, su consuelo, su providencia.

—Adios, hijos mios, contestaba él entre sollozos: mi corazon se queda con vosotros! os he amado como la madre ama al hijo de su alma: como la inocente paloma al nido que le dá abrigo; pero al dejaros para siempre, al despedirme de vosotros en este mundo, recibid mi bendicion, recibid mis lágrimas y rogad á Dios por mí!

Los ancianos le tendian las manos, los enfermos le llamaban con

los nombres más tiernos, y todo era dolor, desconsuelo y lágrimas.

Juan, afectado por el sentimiento que inspiraba, y por su propio sentimiento, estenuado por la debilidad y fatigado por la emocion, perdió el sentido en brazos de los que le conducian.

—Sacadle de aquí, dijo Anton Martin; sacadle de aquí, esta escena puede serle funesta; está tan débil que no puede resistir una agitacion semejante.

Y despues, volviéndose á los enfermos, exclamó con angustia.

—¡Oh! callad en nombre de Dios: ¿no veis que vuestros lamentos traspasan su corazon?

Todos enmudecieron instantáneamente.

El temor de perjudicar á Juan dominó á los demás sentimientos.

Así, en medio de un silencio solemne, le sacaron de aquella casa que habia santificado con su presencia, de aquella casa que, fundada por él, habia de sobrevivirle tantos años, como eterno padron que diria á las futuras generaciones de lo que son capaces los esfuerzos de un solo hombre cuando le animan la caridad cristiana, la segura fe y la santidad que en Juan existia.

Desmayado y sin sentido aún, le condujeron á la litera de doña María Osorio que le aguardaba á la puerta.

LLI.

Al dia siguiente, en una lujosa estancia de la casa de los señores Pisas, y colocado en un suntuoso lecho, se hallaba Juan, pálido, estenuado, moribundo; pero siempre alegre, siempre risueño, siempre tranquilo.

En torno suyo y demostrando en sus semblantes el más sincero dolor, se hallaban algunos de los principales personajes de nuestra historia.

Cárlos y Lola, María y Margarita, á quienes acompañaba tambien la señora de la casa, ilustre enfermera entonces del doliente Juan.

—Y bien, hijos mios, decia éste: ¿por qué os afligís? la vida es una hoja frágil y ligera que un soplo de la muerte lleva al eterno verjel donde se vivifica con los rayos de la mirada de Dios; no lloreis por mí, que si la mano de la muerte va á romper los lazos que me ligaban á este mundo de un dia, me abrirá en cambio las puertas de la eternidad.

Todos guardaron silencio, pero ninguno podia contener el doloroso llanto.

—Solo quisiera, continuó Juan, tener la seguridad de que os dejaba dichosos, ó al menos, resignados con la voluntad de Dios.

—¡Oh! yo lo estoy, murmuró Lola: yo que he sido la más desgraciada, al veros, al escuchar vuestras palabras, comprendo la verdad que encierran, y al meditar lo que significan las breves penas de nuestra vida de un dia antes los goces de la eternidad, me pregunto asombrada: ¿por qué nos paramos á enjugar las gotas de nuestro llanto? ¿por qué nos detenemos á contar nuestros dolores? ¿por qué sentimos á los que nos preceden en la muerte? ¿por qué, en fin, damos valor alguno á los sucesos de esta vida, cuando todo en ella perece, cuando todo en ella es un soplo inseguro y vago; cuando solo tiene de cierto que se escapa á cada segundo de nuestra mano, y que el instante que pasa no volverá jamás; siendo un paso que damos hácia la incomprensible eternidad?

—Dices bien, hija mia: dices bien, y ¡ay! de aquellos que no comprendan tal verdad!

—¡Oh! por eso estoy decidida á abandonar este mundo, ya lo sabeis: hace tiempo que os manifesté este deseo, y ya ha llegado el dia de realizarlo.

—¿Qué quieres decir? preguntó Cárlos á su hermana.

—Que muy cerca de aquí existe un seguro puerto contra las tempestades de la vida: el convento de monjas Clarisas, y á él quiero acogerme si me juzgan digna de ser su hermana.

—¡Lola!

—Vos, hermano mio, podeis apoyar mi peticion, añadió Lola con voz suplicante, y fijando en Juan una mirada en que se leia un doliente ruègo.

—¿Y el depósito que al morir te hizo Luis? preguntó Cárlos de nuevo, y Margarita, de quien ofreciste ser madre?

—Ese depósito tú lo recibirás de mi mano, y al efecto de madre sustituirás el de esposo.

—¿Qué decis? preguntó Margarita con un acento inexplicable.

—La verdad, hija mia; él te ama y te hará feliz.

—¡Pero yo...!

—Tú obedecerás: dijo Juan con solemne acento.

—¡Cómo! ¿vos tambien...?

—Yo apruebo este enlace: es más, yo lo deseo con todo mi corazon.

—¡Ah!

—No te digo, Margarita, que ames á Cárlos, porque los sentimientos de tu alma me son conocidos: no te digo tampoco que seas buena esposa, porque eres pura y honrada: ¿á qué le pediríamos al sol que alumbrase, si ha nacido para darnos su luz? en cuanto á vos, hijo mio, pensar que la recibís de manos de un moribundo, que velará por vosotros desde el cielo, si la misericordia de Dios le deja arribar á él.

—Juan, hermano, amigo mio; yo admito el don que me haceis: pero ¿por qué creer que vais á dejarnos? ¿no podeis mejorar? ¿no podeis restableceros?

—Dios todo lo puede: pero morir es nuestro destino y creo que el mio se cumplirá bien pronto.

—Dios mio, Dios mio, murmuró María con voz triste: ¿es posible que cuanto yo ame lo vea perecer? en vos, Juan de Dios, habia yo hallado un segundo padre, un protector y un amigo. ¿Qué será de mí ahora si os pierdo? ¿quién me guiará por el camino de la vida?

—Vuestra conciencia y vuestra virtud, murmuró el santo moribundo. Sé lo que sufrís, leo en vuestro pensamiento; pero hay seres cuya mision en el mundo es padecer y ver agotadas en flor sus más bellas ilusiones; á esos seres Dios les guarda toda su felicidad para el cielo. ¡Dichosos ellos! envidiable su suerte!

—¡Oh!

—Vos, hija mia, mi pobre María, no estais tan desheredada de dicha; teneis á Luisa, sois madre y las madres tienen goces y venturas que ellas solo comprenden: vivir, pues, para vuestra hija, educadla en la virtud, concentrad en ella todo el amor de vuestra alma, y en el cielo y aquí encontrareis la recompensa.

—Sí, sí, yo seguiré vuestros consejos.

Ya tambien sois casi rica, pues esos bienes que os devuelve D. Gutierre y que os pertenecen á vos y Margarita, pueden...

¡Esos bienes son suyos solo! Yo, en nombre de la que va á ser mi esposa, renuncio á la parte que corresponde á Margarita, pues al deberle la felicidad, quiero que me deba ella su porvenir y su posicion.

—Bien, muy bien, hijo mio: dijo Juan conmovido.

—Pero... murmuró á media voz María: no sé si debo....

—Aceptad: no teneis derecho á rehusar, puesto que todo es para Luisa.

—¿Y yo podré esperar que acudais á mi ruego? preguntó tímidamente Lola.

—¡Oh! sí, hija mia; mi buena enfermera verá en nombre mio á la abadesa del próximo convento de Santa Inés, y alcanzará de ella que os admita entre las esposas de Jesús.

—Sí, sí, lo haré: exclamó la señora de Pisa, que solo ambicionaba complacer á Juan; la superiora es deuda mia, y no solo accederá gustosa á mi peticion, sino que yo misma me ofrezco á ser la madrina de las bodas entre Dios y la hija de los marqueses de Sandoval, y de las de su ilustre hermano con esta niña encantadora.

—¡Ah señora! murmuró ruborosa Margarita.

—Acepto con toda mi alma, exclamó Lola conmovida.

—Gracias, doña María, dijo Cárlos á la de Osorio.

—En este instante voy, añadió ésta; ahora que mi buen enfermo tiene tantos amigos á su lado, que me reemplazarán dignamente.

Y se dispuso á salir de la estancia, en el momento en que á la puerta de ésta aparecieron dos nuevos personajes.

Eran un sacerdote y una niña vestida de luto.

—¡Padre Álvarez, Miguela! dijo Juan al verlos entrar.

—¡Oh! sí, nosotros somos, respondió el ministro de Dios, deteniéndose turbado.

—Gracias, amigo mio, murmuró el enfermo con voz débil; ¿venís á consolarme en mi dolencia?

—No, respondió el padre Álvarez; vengo á ser consolado por vos.

—¡Cómo! pues ¿qué os aflige?

—Mi hermana....

—¿Qué?

—¡Ha muerto! contestó Miguela sollozando.

—Dí, hija mia, ¡ha cesado de sufrir!

—Es cierto; pero esta niña queda sola en el mundo.

—¿Y vos?

—Yo soy pobre, y además, dentro de breves dias partiré para las misiones, donde me llama la voz de Dios y á donde hace tiempo que tenia solicitado ir.

—¡Señor! exclamó Juan de Dios, dirigiendo una mirada suplicante al cielo: ¡mi único afan ha sido socorrer á los desamparados; no dejeis que en esta hora sean mis deseos estériles, y que pase junto á mí un infortunio que no me sea dado remediar! esa niña, esa huérfana....

—Miguela, dijo Lola, acercándose á la sobrina del padre Álvarez; tú me recibiste como una hermana, cuando un dia llegué á tu puerta, sola, culpable y desamparada; ha sonado la hora en que te pague aquella deuda.

—¿Cómo? preguntaron todos á la vez.

—Ofreciéndote los bienes que dejo en el mundo, ó un asilo á mi lado entre las vírgenes del Señor: ¿cuál de las dos cosas aceptas? decide tú.

Miguela vaciló un instante.

Despues, alzando su purísima mirada hasta fijarla en el semblante de Lola,

—Mi madre ha muerto, exclamó: mi tio parte; ¡no tengo amor ni proteccion alguna en el mundo! ¡partiré de él con vos! ¡acepto solo un lugar en vuestra celda!

Lola la estrechó en sus brazos con efusion: ya no iba á estar sola con su dolor; tendria un alma que la amaría y elevaría con ella sus plegarias al cielo, rogando por los que no existian.

El padre Álvarez le dió las gracias con efusion.

Juan la dirigió una mirada de gratitud, exclamando:

—¡Bendita seais, hija mia!

—Entonces, dijo la de Osorio, en vez de una, anunciaré la entrada de dos novicias en Santa Inés?

—Sí, respondió Juan, con un acento lleno de fé; dos almas que se elevarán á Dios libres de las seducciones y los peligros del mundo.

LLII.

Dos dias despues de los sucesos que hemos referido, Juan se sintió visiblemente empeorado.

La Carrera de Darro, la calle de Santa Inés y el portal de la casa que acupaba, veíanse obstruidas de gentes que se afanaban por saber su estado, y que rogaban al cielo concediese la salud y la vida al consuelo de los afligidos, al hermano de los pobres.

Los esfuerzos de la ciencia, los cuidados y la eficacia de D.ª María de Osorio y su ilustre esposo, se estrellaban ante los progresos de una enfermedad cuyo término inevitable era la muerte.

Cuando Juan vió que sus fuerzas se agotaban con tal rapidez, pidió, con las lágrimas en los ojos, el postrer consuelo del cristiano moribundo: la visita celestial de un Dios, que, convertido en pan de vida, se digna descender al pecho de sus hijos, haciéndoles con ello un don que jamás concedió á los ángeles.

Su deseo fué atendido, y despues de los preparativos necesarios para tan augusta ceremonia, se esperó la llegada del Rey de los reyes, con cuya presencia se llenan los cielos y se estremece la tierra.

La noticia de este suceso cundió con la rapidez del rayo por toda la ciudad, llegando hasta los oidos del ilustre prelado, quien quiso ir por sí mismo á fortalecer y consolar á aquel que á tantos habia consolado con su palabra y con su amor.

D. Pedro de Guerrero se presentó, pues, en la estancia del enfermo, como nuncio de otra más alta visita, y Juan le recibió con la humildad, el afecto y la modestia que eran proverbiales en él.

Aquellas dos almas justas confundieron largo rato sus afectos, sus aspiraciones, sus esperanzas.

Los ángeles, sin duda, quedarian suspensos, escuchando las palabras del justo que se hallaba próximo á subir al cielo, y del que le exhortaba para el glorioso fin.

—Decidme, hijo mio, dijo el prelado, viendo sobre la frente de Juan una ligera nube de tristeza; decidme si el pesar os aflige en esta hora en que vuestro ánimo debe estar libre de turbacion, de toda sombra de pesar.

—Señor y padre mio, le contestó Juan; puesto que vuestra bondad me alienta á ello, le confesaré que ciertamente hay en mi corazon tres sentimientos que no me es dado disipar.

—¿Tres sentimientos?

—Es la verdad.

—Confiádmelos.

—Así lo haré, que sois mi padre, y la confianza con los padres debe ser ilimitada.

—Ya os escucho.

—El primero es el de lo poco que he servido á Dios, y los escasos méritos que llevo al acercarme á su presencia, cuando tantos y tantos favores he recibido de su santa y liberal mano.

—Consolaos en eso, hijo mio, que la misericordia de Dios es tan grande que suple todas nuestras faltas.

—El segundo es el tener que dejar á mis enfermos, á mis pobres, á tantos infelices arrepentidos que solo tenian mi amparo para no verse obligados á volver á la senda del mal.

—Tranquilizaos, Juan; Dios, que es el padre de los desgraciados, no desamparará á los que vos amparais: además, yo os ofrezco

tomarlos á mi cargo y suplir vuestra falta, segun el cielo me ilumine. Ahora, decidme el postrer sentimiento que teneis.

—Las deudas que dejo contraidas, señor, cuyas cuentas pongo en vuestras manos.

—Todas serán satisfechas, dijo el prelado, tomando aquellos papeles; yo las hago mias desde este instante, para que vuestro espíritu quede tranquilo y vuestro corazon sosegado.

—¡Gracias, señor! ¡bien haya vuestra bondad, que así me libra de los terrenos cuidados, dejándome solo el de esperar y recibir dignamente al Señor de cielos y tierra!

—¿Deseais, pues, hospedarle en vuestro seno?

—¡Con toda mi alma!

—Dentro de breves horas satisfareis vuestro anhelo.

—¡El cielo premie vuestra bondad!

El prelado se levantó para salir.

Juan besó su mano con respeto, y quedó entregado á la contemplacion, al recogimiento y á la oracion.

LIII.

Algunas horas despues, la estancia en que yacia el santo moribundo se glorificaba con la presencia del Dios tres veces santo, que venia á visitar á quien tanto le habia servido.

Aquel pecho, centro perenne de la caridad y del amor, se trocó en puro altar, engalanado de virtudes, para recibir la hostia consagrada.

En su corazon todo era ventura, paz y esperanza; en torno suyo todo era llanto, dolor y lágrimas.

La muerte de aquel justo era causa del duelo general.

El venerable arzobispo, segun se lo habia ofrecido, pasó á ver á sus pobres, les dió cuenta del estado de Juan, pagó todas las deudas existentes, y ordenó á los hijos y discípulos del hermano de los pobres que fuesen á verle por última vez, segun éste habia solicitado.

Cuando Anton Martin, Pedro Velasco, Simon de Ávila y sus compañeros llegaron ante el moribundo, una expresion de alegría bañó su rostro, cubierto ya con las primeras sombras de la muerte. Procuró incorporarse, y tendiéndoles los brazos, les fué estrechando uno por uno, como el que se despide para un largo viaje.

Ellos le abrazaron tambien, pero sin proferir una palabra; tan conmovidos y afligidos estaban.

Despues de algunos esfuerzos para recobrar la tranquilidad, Juan les dijo con acento reposado y dulce:

—Hijos amados mios, que á llamaros así me obliga el amor que os profeso; ya estoy oyendo la voz con que el Señor me llama, para tomarme cuenta en su Tribunal rectísimo. Voy contento, porque sé que si su justicia es infinita, su misericordia lo es tambien. El amor á los pobres, el socorro de las viudas, la asistencia de los enfermos, es la herencia que os confio y el distintivo que os lego. La obediencia, la oracion, la penitencia y la humildad, son las armas que os entrego, como á verdaderos soldados de Cristo. Con ellas me he librado de mis enemigos, he vencido las tentaciones, me he fortalecido en los trabajos y consolado en los dolores. Siempre, hijos mios, tened presente que no consigue la victoria sino el que persevera y confia. Ahora, á Dios, hasta el cielo, que es nuestra patria, donde dareis cuenta de la mision que os confio; recibid mi bendicion al separarme de vosotros, y rogad al cielo por mí.

Calló Juan, y á sus palabras respondieron angustiosos gemidos y ayes desconsolados.

Aquella escena, aquella despedida habia agotado sus fuerzas, y rogó á todos que le dejasen solo.

Así lo ejecutaron por complacerle.

Entonces empezó á delirar (tal lo creyeron los que le oian desde fuera).

—Señora, decia con voz dulcísima; gracias, gracias por el señalado favor que me haceis con vuestra presencia: yo no soy digno de que enjugueis el sudor que corre por mi frente en esta hora de agonía; pero vuestra misericordia es tanta, Vírgen María, que solo acierto á bendecirla.

Despues nada más oyeron.

D.ª María de Osorio velaba sin descanso á la puerta de la estancia, atenta al más ligero rumor.

Y sin embargo, nada se oia.

¡Juan luchaba solo con las postreras agonías! pero no, ¡no estaba

solo! le asistian los ángeles, le asistia la santa Vírgen, y con semejante compañía no podia mezclarse otra ninguna á la verdad.

Así se pasó algun tiempo.

D.ª María, sus deudos y sus criados, que permanecian á la puerta, oyeron por segunda vez la voz de Juan pronunciando estas palabras:

—¡Jesús, Jesús, Jesús, en vuestras manos encomiendo mi espíritu!

La de Osorio y su esposo corrieron acelerados á la puerta, levantaron con el mayor silencio una punta de la cortina que la cubria, y vieron á Juan, vestido con su hábito, de rodillas y con un crucifijo en las manos.

—Está en oracion, dijo D. García.

—No turbemos su plegaria.

La cortina cayó en silencio, y los dos esposos se retiraron.

Despues, cuando pasó más tiempo, cuando la inquietud y la duda fueron mayores aún; cuando el temor inspirado por aquel largo silencio extremeció el corazon de los dos señores Pisas, volvieron á abrir la puerta, penetraron en la estancia, y hallaron aún á Juan de rodillas, con el crucifijo apoyado en sus labios y estrechamente abrazado á él; pero inmóvil, rígido, muerto.

Su cuerpo permanecia en la tierra, vertiendo en torno una fragancia celestial; pero su alma habia volado á los cielos, presentada á Dios por la mano de María Santísima, y su nombre quedaba escrito en el catálogo de los santos.

LLIV.

El duelo que produjo la noticia de esta muerte, no solo en Granada sino en todos los pueblos de la península, es comparable solo á los beneficios que Juan de Dios habia derramado por doquiera.

La ciudad se cubrió de luto, y todas sus campanas anunciaron á la par, con sus lenguas de metal, aquel triste acontecimiento.

Para honrar muerto al que tanto admiraban vivo, quisieron á porfía los nobles y el pueblo todo desplegar una pompa fúnebre que excediera en lujo y explendor á la de los señores y magnates de la tierra.

Despues de encontradas discusiones y de acaloradas instancias, el santo cuerpo fué conducido, entre un inmenso gentío, al convento de la Victoria, en hombros del marqués de Tarifa, el marqués de Mondéjar, el conde de Tendilla, el marqués de Cerralbo, D. Pedro de Granada y Venegas, señor de Campotéjar, (hoy marquesado), D. Pedro Bobadilla y D. Juan de Guevara, los cuales tuvieron que ceder este honor á las diferentes órdenes religiosas, entre las cuales fué la primera la de los hijos de San Francisco.

La multitud inmensa que llenaba las calles, las aclamaciones



F. Casado. Litog.ª

Litogr.ª Campillo 32.

S. JUAN DE DIOS

que se escuchaban por doquiera, las lágrimas que brillaban en todos los rostros, eran el más elocuente testimonio de la admiracion, el amor y el respeto que Juan de Dios habia inspirado.

Sus virtudes y su nombre se repetian por doquiera, y en aquel momento las bendiciones de la tierra se juntarian con las aclamaciones de su entrada en el cielo; que así honra Dios á los que trabajan por Él y se trabajan por su honra.

Algunos han creido que el héroe de nuestra historia edificó el hospital que existe hoy en la calle que lleva su nombre; pero esta creencia es equivocada, pues dicho hospital no se edificó sino dos años despues de la muerte de San Juan de Dios, siendo el venerable Anton Martin el que dirigió aquella obra.

3-C/5/1
16.000

CONCLUSION.

Un año despues de los sucesos que hemos narrado en el capítulo anterior, las campanas del convento de Santa Inés anunciaban con su alegre clamoreo la profesion de dos novicias.

Una de ellas era Lola, que buscaba el consuelo de su dolor al pié de los altares, y ofrecia á Dios su penitencia en expiacion de su pasado. Otra era Miguela, que ponia sus esperanzas en el cielo, y que ofrecia su inocencia por un porvenir de gloria.

Cárlos y Margarita debian recibir tambien aquel dia la bendicion nupcial en la misma iglesia del convento.

Cuando terminaron ambas ceremonias, María, acompañada de su hija, decia á los que acababan de fijar para siempre su porvenir:

—Sed felices, ya que Dios lo ha permitido; pero en medio de vuestra dicha y de vuestra paz futura, bendecid siempre el nombre del HERMANO DE LOS POBRES.

(FIN.)